

**EL PATRIMONIO CULTURAL
DE LA ALPUJARRA
(GRANADA)
Y EL TERRITORIO JEBALA-GOMARA
(NORTE DE MARRUECOS)
APROXIMACIÓN COMPARATIVA**



proyecto
etnomed

patrimonio etnográfico, elemento de identidad y de desarrollo sostenible
DEL MEDITERRÁNEO





Diputación de Granada. Delegación de Empleo y Desarrollo Provincial.
Edificio CIE. Avda. de Andalucía, s/n. 18015 Granada | Telf.: 958 80 58 26 | Fax: 958 80 58 25 | (empleoydesarrollo@dipgra.es)

Proyecto ETNOMED - Patrimonio Etnográfico, elemento de identidad y de desarrollo sostenible del Mediterráneo -
Cofinanciado por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) de la Unión Europea, en el marco del Programa Operativo de Cooperación Transfronteriza España Fronteras Exteriores.

Dirección Científica del Proyecto ETNOMED: Julio Navarro Palazón. Escuela de Estudios Árabes. CSIC.
Coordinador científico de este libro: Pedro Jiménez Castillo. Escuela de Estudios Árabes. CSIC.
Textos: Marie Christine Delaigue. Antropóloga. Universidad de Granada.
Pedro Jiménez Castillo. Arqueólogo. Escuela de Estudios Árabes. CSIC.
Carmen Trillo San José. Historiadora. Profesora titular del área de Historia Medieval. Universidad de Granada.
Jacques Vignet-Zunz. Etnólogo. Centre D'études et de Recherches Interdisciplinaires sur Les Jbala.

Imagen portada: Joris Hoefnagel (segunda mitad del s. XVI).

Depósito legal versión digital: GR 1218-2014

1. INTRODUCCIÓN

- 1.1. Los fundamentos científicos*
- 1.2. Definición de patrimonio*

2. GEOGRAFÍA FÍSICA Y HUMANA

- 2.1. La Alpujarra*
- 2.2. El territorio de Jebala-Gomara*
- 2.3. Geología y clima: comparación entre el Rif y la Andalucía bética*
- 2.4. La población de Jebala-Gomara*
- 2.5. Fragmentos de historia del Rif*

3. LA ALPUJARRA: EVOLUCIÓN DEL POBLAMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA

- 3.1. Introducción*
- 3.2. La presencia romana en la Alpujarra*
- 3.3. Poblamiento y organización del espacio en la Alta Edad Media*
- 3.4. Poblamiento y paisaje en la Baja Edad Media (ss. XII-XV)*
- 3.5. Conclusiones*

4. PUEBLOS Y CASAS DE LA ALPUJARRA ALTA EN LA EDAD MODERNA

- 4.1. Breve esbozo histórico de la Alpujarra a mitad del siglo XVI*
- 4.2. La formación de la sociedad alpujarreña*
- 4.3. ¿Qué tipo de hábitat encuentran los repobladores de estas montañas?*
- 4.4. ¿Qué cambios operaron los colonos y sus descendientes?*
- 4.5. Conclusión*

5. LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO VERNÁCULOS

- 5.1. La casa alpujarreña*
- 5.2. Las aldeas alpujarreñas*
- 5.3. La casa tradicional y su implantación urbana en Capileira*
- 5.4. Los espacios de la identidad en Jebala-Gomara. El apellido, la casa y la aldea*
- 5.5. La vivienda de Jebala-Gomara*

5.6. La aldea en Jebala-Gomara

5.7. Comparación entre las casas y aldeas alpujarreñas y las de Jebala-Gomara

6. LA ACTIVIDAD AGROPECUARIA

6.1. Regadío y producción agropecuaria en la Alpujarra

6.2. Técnicas agrícolas en el territorio de Jebala-Gomara

*6.3. Elementos de comparación entre la Alpujarra y el territorio
Jebala-Gomara*

7. LAS TÉCNICAS DE TRANSFORMACIÓN TRADICIONALES

7.1. Algunas técnicas de transformación preindustriales en la Alpujarra

7.2. Las técnicas de transformación en el territorio de Jebala-Gomara

8. LA MUJER

8.1. En la sociedad alpujarreña

8.2. La mujer de Jebala-Gomara

8.3. Comparación de la mujer de la Alpujarra y de Jebala-Gomara

9. LA INDUMENTARIA TRADICIONAL EN JEBALA-GOMARA

9.1. Los 'arab

9.2. Los jebala

10. CRITERIOS DE INTERVENCIÓN Y PROPUESTAS PARA LA CONSERVACIÓN Y DIFUSIÓN DE LOS VALORES PATRIMONIALES ETNOGRÁFICOS Y CULTURALES

10.1. Valores patrimoniales relativos al paisaje agrícola de la Alpujarra

*10.2. Valores patrimoniales relativos al paisaje urbano y la
arquitectura doméstica*

10.3. El Patrimonio inmaterial en la Alpujarra

10.4. El aprovechamiento turístico

11. GLOSARIO DE NOTAS

12. COMPILACIÓN BIBLIOGRÁFICA

01

INTRODUCCIÓN

1.1 Los fundamentos científicos

1.2 Definición del patrimonio

La presente monografía tiene su origen en la memoria científica del proyecto impulsado por la Diputación de Granada: DIRECCIÓN CIENTÍFICA EN MATERIA DE PATRIMONIO CULTURAL COMÚN DE LA PROVINCIA DE GRANADA – TERRITORIO JEBALA-GOMARA, (NORTE DE MARRUECOS), EN EL MARCO DEL PROYECTO ETNOMED. Una vez elaborados los documentos individuales previstos en el Pliego de Prescripciones Técnicas del mencionado contrato, autores y patrocinadores hemos considerado de utilidad unificarlos en esta monografía.

1.1. *Los fundamentos científicos*

La elección del tema objeto del proyecto tiene unos sólidos fundamentos científicos que tienen que ver con la historia del Mediterráneo occidental. Los intercambios de población entre las dos orillas del estrecho de Gibraltar se remontan a la Prehistoria y han propiciado un intenso trasvase cultural en las dos direcciones. Han sido constantes a lo largo de los siglos, aunque fueron especialmente intensos durante la Edad Media, cuando la península ibérica y el Magreb formaban parte de la misma civilización islámica e incluso, en muchas ocasiones, estaban unificados bajo un mismo poder político.

El fenómeno del Estrecho no es unívoco. Existen pasos obligados para la comunicación entre los hombres que son, sin embargo, por esencia o amplitud, obstáculos naturales de difícil franqueo: desiertos, bosques, sierras, océanos... Inversamente, todos los estrechos no son necesariamente rutas frecuentadas. Es al combinarse la historia con la geografía cuando la naturaleza toma sentido: estrechos-cruce de caminos, estrechos-vía de paso, son aperturas por donde fluye la historia. Dicha historia dejó su sello muy pronto sobre esta región. El lugar predisponía a ello, no sin que se acumulen las paradojas: si bien constituye un punto de contacto entre dos masas continentales ¿no fue el Estrecho la puerta del Mediterráneo, el cual a la vez *une y separa* un Sur y un Norte? Y (con Sevilla y Palos, algo en su margen) ¿el punto de salida de las conquistas atlánticas que sellaron el declive mediterráneo?

Ya en la Protohistoria aparecen nítidamente manifestaciones de intercambios frecuentes entre el sur de la península ibérica y el extremo noroeste africano. Así es como, en Mzora, cerca de Arcila/Acilah, encontramos el único cromlech presente sobre suelo africano. El proceso se desarrolla con el foco de civilización milenario que va desde Tharsis hasta Tingis y, más tarde, desde Granada hasta Fez.

En ambos lados del Estrecho, esta zona que cierra el Mediterráneo fue rica en ciudades. Esto desde la época fenicia, en que fueron instalados, después de una serie de factorías mediterráneas, dos puestos adelantados simétricos frente a las rutas atlánticas, Lixus (Larache) y Gades (Cádiz). Se dice de la península tingitana que las ciudades, desde la Antigüedad hasta la Edad Media, le hicieron un verdadero cinturón urbano.

Esta densidad urbana no tiene equivalente en el resto de Marruecos.

Éste es un hecho que no será totalmente borrado por el adormecimiento que sufren las relaciones a través del Estrecho en los cuatro últimos siglos. Esa larga promiscuidad con lo urbano ha contribuido a atenuar los rigores del aislamiento que se supone en un relieve encajonado y muy fragmentado. Ello, a la par que el exilio morisco, es causa de que múltiples rasgos sean comunes a ambos lados del Estrecho.

Desde la conquista del reino visigodo en el año 711 por Tarik y Musa, se produce un flujo constante de población norteafricana hacia al-Ándalus, que coloniza amplios territorios, especialmente las regiones montañosas. Se trata de movimientos de tribus y grupos de familias, que apenas han quedado registrados por las fuentes escritas aunque su huella está presente en la abundante toponimia de origen bereber que aún existe en España y Portugal.

A partir del avance conquistador de los reinos cristianos, el sentido de la tendencia muda y serán ahora los peninsulares los que emigren al norte de África, especialmente en los periodos más críticos, como el siglo XIII, cuando al-Andalus desaparece casi por completo y queda reducido al reino de Granada; y en 1492, con la caída definitiva del reino nazarí. En este sentido, cabe destacar dos hitos especialmente traumáticos: el edicto de conversión de 1502, que forzaba al exilio a todos aquéllos que no quisieran cambiar su religión islámica por la cristiana; y la expulsión a comienzos del siglo XVII de los moriscos, que se habían mantenido musulmanes en secreto y estaban desigualmente aculturados.

Todos estos movimientos de población en ambas direcciones a lo largo de la Historia, unidos a unos condicionantes geográficos parecidos, han dado lugar a la existencia de un importante patrimonio cultural común en ambas orillas del Estrecho, especialmente en las regiones rifeñas del actual Marruecos y en la provincia de Granada, sobre todo en la Alpujarra, el último reducto de al-Ándalus. Estos vínculos consistentes se ponen de manifiesto, en la arquitectura, no sólo en los espléndidos palacios sino también en las casas tradicionales; en las técnicas agrícolas, pesqueras, en la artesanía de la madera, del tejido, de la piel y de la cerámica. Así como en una gran cantidad de costumbres comunes e influencias en la música, en la gastronomía e incluso en la vestimenta.

2.2. Definición de patrimonio ²

El objeto del interés del proyecto en el que se inserta este documento es el patrimonio en un sentido amplio, al que podríamos denominar como cultural. Incluye al patrimonio antropológico o etnográfico; al patrimonio inmaterial; al patrimonio natural; y, además, nos interesa también la evolución y transformaciones de éstos a lo largo del tiempo y su expresión material, es decir, el patrimonio histórico. Existen numerosas definiciones del patrimonio etnológico que intentan delimitar este concepto, sus procesos de construcción y de activación. Se concibe en ellas este patrimonio como un legado de generaciones anteriores, vector de la identidad cultural de un grupo social y a menudo esta reconstrucción del patrimonio da la

sensación de una gran estabilidad en el tiempo. Sin embargo desde una perspectiva antropológica el patrimonio cultural presenta dos facetas importantes: una es que no se puede reducir sólo a los recursos patrimoniales, sean objetos heredados del pasado o elementos como la arquitectura actualmente existente y utilizada, pues es un fenómeno vivo, en permanente construcción y sometido a cambio. La otra es que el patrimonio es también una construcción social propuesta por agentes que activan una determinada versión de éste, o sea que escogen los objetos identitarios que tienen el riesgo de ser fijados en el tiempo al reavivar la memoria colectiva sólo alrededor de éstos bienes para que éstos constituyan la manifestación obvia de la identidad de un colectivo.

Siendo conscientes de las dificultades que entraña el ejercicio de patrimonialización se puede seguir las afirmaciones de García Canclini:

“La política cultural y de investigación respecto del patrimonio no tiene por qué reducir su tarea a rescatar los objetos “auténticos” de una sociedad. Parece que deben importarnos más los procesos que los objetos, y no por su capacidad de permanecer “puros”, iguales a sí mismos sino por su representatividad socio-cultural. En esta perspectiva, la investigación, la restauración y la difusión del patrimonio no tendrían por fin central perseguir la autenticidad o restablecerla, sino reconstruir la verosimilitud histórica y dar bases compartidas para una reelaboración de acuerdo con las necesidades del presente”³.

O sea deben importar en esta reconstrucción del patrimonio una contextualización cultural (manifestar la inserción de este patrimonio dentro del contexto cultural); insistir en los procesos, las dinámicas que condujeron a esta producción de bienes culturales y explicitar la reelaboración que supone la patrimonialización. Estos tres elementos (contextualización cultural, procesos y dinámicas, reelaboración) son indudablemente la clave para llegar a entender y presentar los valores patrimoniales de la Alpujarra ya que en gran medida éstos pertenecen al pasado o se insertan plenamente en una época no muy lejana, a veces, pero que implica para entenderlos el realizar una reconstrucción dinámica de los contextos a través de distintos testimonios como el discurso oral de informadores o los documentos históricos.

Conforme al Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, el patrimonio etnológico de Andalucía está integrado por los espacios, construcciones e instalaciones, objetos y documentos de toda índole, actividades y manifestaciones inmateriales que alberguen o constituyan formas relevantes de expresión de la cultura y modos de vida del pueblo andaluz, o de alguno de los colectivos que lo forman ⁴. Se incluyen dentro del patrimonio etnológico los bienes inmuebles, los bienes muebles y las actividades de interés etnológico de Andalucía.

Son bienes inmuebles de interés etnológico los parajes, conjuntos arquitectónicos, construcciones o instalaciones, y espacios que alberguen o constituyan, hayan albergado o constituido, exponentes de formas de vida, actividades, modos de producción, vivienda, sociabilidad y otras manifestaciones de la cultura del pueblo andaluz, o de alguno de los colectivos que lo forman. (Reglamento de la Ley 14/2007 de Patrimonio Histórico de Andalucía).

El patrimonio cultural inmaterial está reconocido por la UNESCO en las declaraciones para la salvaguardia del patrimonio cultural no tangible, conocido como oral o inmaterial. Según la Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial (2003), el patrimonio cultural inmaterial (PCI) “es el crisol de nuestra diversidad cultural y su conservación, una garantía de creatividad permanente”. Existe un comité, reunido de forma regular, para inscribir los elementos del patrimonio cultural inmaterial, los cuales son elegidos según relevancia.

El concepto surgió en los años 1990 como contrapartida al Patrimonio de la Humanidad, que se centra en aspectos esenciales de la cultura. En el 2001, la Unesco realizó una encuesta entre estados y ONG para intentar acordar una definición, y una Convención fue adoptada en 2003 para su protección. Según la definición de patrimonio cultural inmaterial establecida por la Convención de la UNESCO, se considera patrimonio cultural inmaterial “los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas -junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes- que las comunidades, los grupos y, en algunos casos, los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural”.

Este patrimonio presenta unas particularidades para su protección dado que no es conservable ni reproducible más que por sus propios protagonistas y que, junto con toda la sociedad, deciden el cambio o la permanencia de sus manifestaciones. Ejemplos de patrimonio cultural inmaterial son las tradiciones orales, las artes de espectáculo, los usos sociales, rituales, actos festivos, conocimientos y prácticas relativos a la naturaleza y los saberes y técnicas vinculados a la artesanía tradicional. Su salvaguarda constituye, por todo ello, un destacado factor del mantenimiento de la diversidad cultural frente al fenómeno de la globalización.

La Convención de Salvaguarda del Patrimonio Inmaterial de la UNESCO, ratificada por España en 2006, dice que los Estados partes deben “adoptar las medidas necesarias para garantizar la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial presente en su territorio” y que harán “todo lo posible” por, entre otras cosas, “garantizar el acceso al patrimonio cultural inmaterial”. Los estados partes, sigue el documento, “reconocen que la salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial es una cuestión de interés general para la humanidad y se comprometen, con tal objetivo, a cooperar en el plano bilateral, subregional, regional e internacional”.

El 8 de noviembre de 2013, el Consejo de Ministros español aprobó el Anteproyecto de ley de Patrimonio cultural inmaterial mediante el que se otorgan competencias “ejecutivas” al Estado —que no tenía antes— sobre los bienes o expresiones de este tipo “que superen el ámbito territorial de una comunidad autónoma”, por ejemplo, el flamenco o el tejido del esparto. Se ha aprobado, además, la creación de un inventario nacional de los bienes de patrimonio cultural inmaterial, que gestionará el Ministerio de Cultura y que será “de acceso público”⁵.

02

GEOGRAFÍA FÍSICA Y HUMANA

2.1. La Alpujarra

2.2. El territorio de Jebala-Gomara

*2.3. Geología y clima: comparación
entre el Rif y la Andalucía bética*

2.4. La población de Jebala-Gomara

2.5. Fragmentos de historia del Rif

2.1. La Alpujarra: delimitación y datos geoclimáticos

La Alpujarra, a veces denominada por el plural las Alpujarras que hace referencia a la Alpujarra granadina y la Alpujarra almeriense, es una comarca bien definida geográficamente, situada en la cara meridional de Sierra Nevada, una cordillera con catorce cumbres situadas por encima de los 3.000 metros de altitud, y separada del mar Mediterráneo por una cadena montañosa menor: sierras de Lújar, Contraviesa y Gádor.

La Alpujarra granadina está limitada al sur por el río Guadalfeo que conforma un sinclinal. A diferencia del territorio Jebala-Gomara, que baja hasta la costa, la Alpujarra está separada de las riberas del Mediterráneo por unas cordilleras. El límite septentrional coincide con las cumbres de Sierra Nevada, que cuentan con el punto culminante de España el Mulhacén (3.478 m), y al este corresponde a la depresión de Ugíjar-Cánjazar mientras hacia el oeste se extiende hasta las estribaciones de la depresión del valle de Lecrín.

También se identifican la Alpujarra Alta y la Baja, designaciones que hacen referencia a la altitud de los pueblos y su territorio. La Alpujarra Alta comprende las localidades situadas a una altitud próxima a los 1.000 m y la Alpujarra Baja designa las que están ubicadas en las zonas bajas, en el entorno de dos pueblos principales Órgiva y Ugíjar.

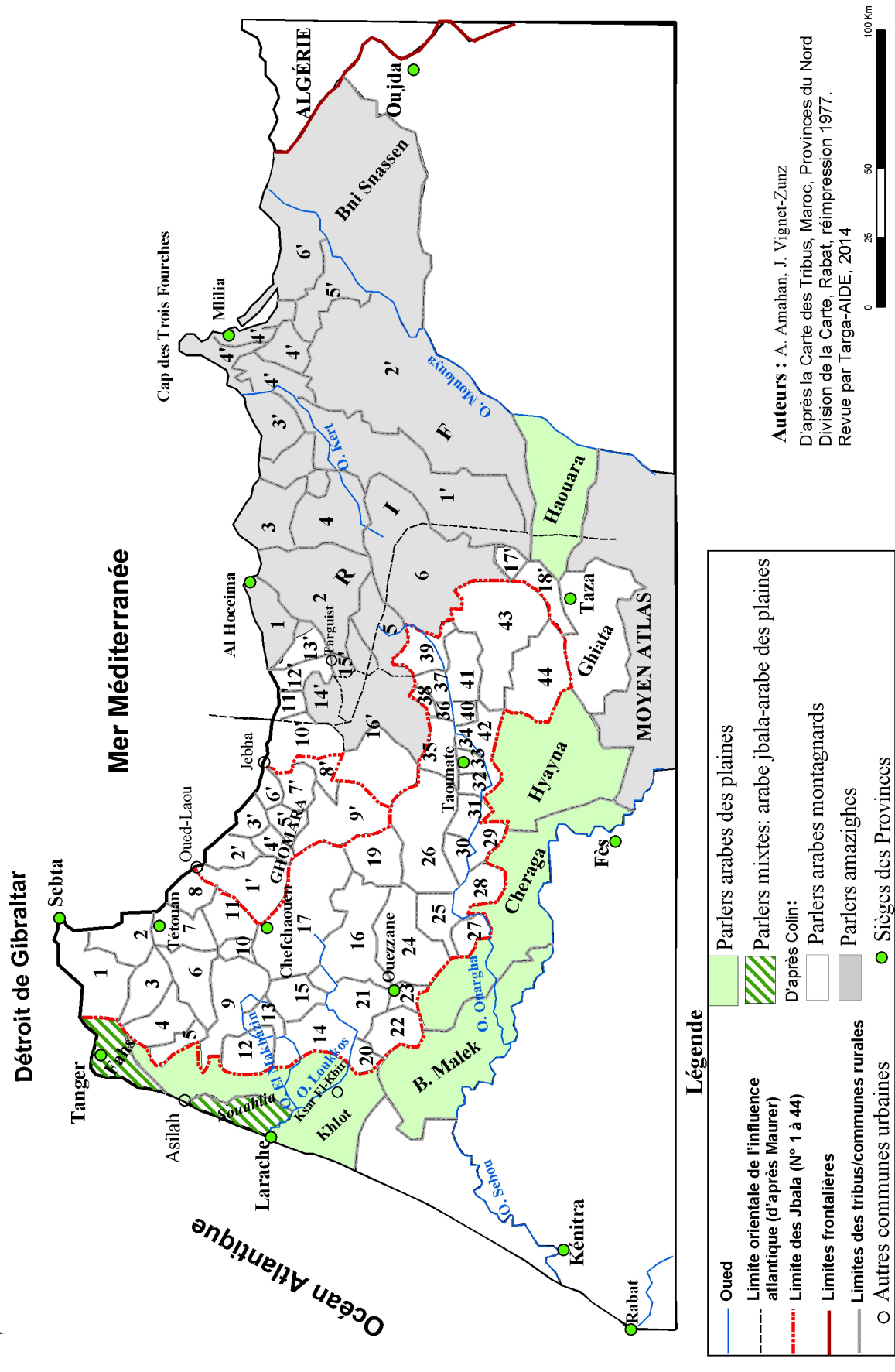
La Alpujarra no es una zona homogénea. Sus pendientes acusadas en la parte norte y sus diferencias de altitud originan una variedad climática que se manifiesta en la vegetación y en los usos del suelo. La Alpujarra Alta tiene un clima extremo con grandes diferencias en las temperaturas: en verano puede llegar a unos 30° mientras que los inviernos son rigurosos. Las partes más altas del territorio consisten en pastos y zonas de repoblación forestal (pino) plantados para evitar la erosión del suelo. Debajo del límite de los 2.000 m empiezan los cultivos de cereales (principalmente trigo, cebada) y leguminosas (habichuelas), que se diversifican conforme se baja hacia zonas más templadas. Alrededor de los pueblos los campesinos cultivan en sus huertos hortalizas variadas (cebolla, lechuga, tomate, pepinos, calabazas...) La Alpujarra Baja, se beneficia de un clima benigno con temperaturas más suaves que permite el cultivo del olivo, la vid, los cítricos..., y en contrapartida el agua no abunda tanto como en la Alpujarra Alta.

2.2. El territorio de Jebala ⁶ -Gomara ⁷: geografía física

Marruecos del norte es esencialmente un triple litoral y un relieve: una corta porción del litoral atlántico, la orilla meridional del Estrecho y una ventana de 350 kilómetros en el Mediterráneo, interrumpida solamente por la frontera argelina; una región montañosa, articulada alrededor de la cordillera -litoral- del Rif y delimitada al oeste, al sur y al este por una zona desigualmente deprimida.



CARTE DES POPULATIONS DU MAROC SEPTENTRIONAL



Légende

 Oued	 Parlers arabes des plaines
 Limite orientale de l'influence atlantique (d'après Maurer)	 Parlers mixtes: arabe jbala-arabe des plaines
 Limite des Jbala (N° 1 à 44)	D'après Colin :
 Limites frontalières	 Parlers arabes montagnards
 Limites des tribus/communes rurales	 Parlers amazighes
 Autres communes urbaines	 Sièges des Provinces

Auteurs : A. Amahan, J. Vignet-Zunz

D'après la Carte des Tribus, Maroc, Provinces du Nord
Division de la Carte, Rabat, réimpression 1977.
Revue par Targa-AIDE, 2014

0 25 50 100 Km

Tableau 1. Commentaire de la « Carte des populations du Maroc septentrional »

NOM DES TRIBUS-COMMUNES RURALES			
1. JBALA ¹ :		2. Tribus non Jbala de parler arabe montagnard ² :	
1- Anjra	23- Ahl Roboa	GHMARA :	SENHAJA :
2- El-Haouz	24- B. Mestara	1'- B. Ezjil	10'- Mettioua ³
3- Ouadras	25- B. Mesguilda	2'- B. Ziat	11'- Mestasa
4- B. Msaoua	26- B. Zeroual	3'- B. Bouchra ⁴	12'- B. Bou-Frah
5- Jbel Habib	27- Setta	4'- B. Selmane	13'- B. Itteft ⁵
6- B. Ider	28- Fichtala	5'- B. Mansour ⁶	14'- B. Gmil ⁷
7- B. Hosmar	29- Slès	6'- B. Guerir	17'- Meghraoua ⁸
8- B. Saïd	30- B. Ouriaguel	7'- B. Smih	18'- Mekkassa ⁹
9- B. Aros	31- El-Jaïa	8'- B. Erzine	Ghiata ¹⁰
10- B. Laït	32- Mezraoua	9'- B. Khaled	
11- B. Hassan	33- Meziat	3 - SENHAJA amazighophones :	
12- B. Gorfet	34- Rioua (Rghioua)	15'- Targuist	16'- Ktama ¹¹
13- Soumata	35- Mettioua	4 - RIF amazighophone¹² :	
14- Ahl Serif	36- Fenassa	Groupe occidental (sur les hauts reliefs):	Groupe de l'Oued Kert (sur les basses terres):
15- B. Issef	37- B. Ouensel	1 - Bokoïa	1'- Metalsa
1. JBALA : (suite)		2 - B. Ouriaghel (Ayt Waryaghar)	2'- B. Bou Yahi
16- B. Zkar	38 - Ouled Bou Slama	3 - Tamsamane	3'- B. Saïd
17- El-Akhmas	39 - Marnissa	4 - B. Touzine	4'- Gelaïya
18- Ghzaoua	40 - B. Oulid	5 - B. Ammart	5'- Ouled Setout
19- B. Ahmed	41 - Senhaja-de-Gheddou	6 - Gzenaïa	6'- Kbdana
20- Ahl Sarsar	42 - Senhaja-de-Mosbah		
21- El-Rhona	43 - Branès		
22- Masmouda	44 - Tsoul		
1. Les dix-neuf premières tribus des Jbala étaient situées dans l'ancienne zone espagnole (sauf les Ghzaoua, coupés en deux). Les seize premières tribus du groupe arabophone Ghmara-Rifains-Senhaja et tout le Rif amazighophone également.		7. Idem ; ils ne le seraient plus du tout dès les années cinquante (D. Hart)	
2. La classification empruntée à G. S. Colin est ici corrigée pour faire apparaître la catégorie des Senhaja de parler amazighe (shenhadjj).		8. Classés « montagnards » par Colin, mais « ni jbala, ni rifains ». Ce sont bien des Senhaja.	
3. Partiellement amazighophones. Ils relèvent de la Province de Chefchaouen, contrairement aux quatre suivants (11' à 14') qui dépendent de la Province d'Al Hoceïma.		9. Idem.	
4. Partiellement amazighophones.		10. Classés « montagnards » par Colin, mais « ni jbala, ni rifains ».	
5. Idem.		11. Sous le nom de Ktama sont regroupés ici ceux des Senhaja Sraier qui sont de parler amazighe. Cela comprend, outre les Ktama, huit tribus : B. Seddat, B. Khannous, B. Bou Nsar, B. Ahmed, Zarkat, B. Bechir, Taghzouth, B. Bou Chifet.	
6. Idem.		12. D'après la Carte des Tribus et D. Hart. Le groupe de l'Oued Kert inclut des fractions arabophones.	

Fig 1. La región de Jebala-Gomara en el norte de Marruecos

El límite sur de este conjunto es delicado de dibujar. Se puede trazar una línea de Kénitra a Taza y hasta la frontera argelina, aproximadamente en conformidad con un paralelo: deja, ligeramente al sur, Fez y Taza, y más al norte, Oujda. Es un Marruecos del norte bastante satisfactorio. También se puede seguir el curso medio del Sebou y luego de su afluente el Innaouen, en su curso de este a oeste: una curva que sigue los arcos redoblados del plegamiento rifeño y de la costa Sabta/Ceuta-Al Hoceima/Alhucemas hasta el tajo de Taza, siendo éste el paso obligado y la única verdadera frontera natural entre un norte (“rifeño”) y un centro (“atlásico”); luego, de manera indiferente, tomar otra vez el paralelo hasta la frontera o bien ir hacia arriba hasta Oujda. Es fácilmente legible en un mapa.

Menos regular pero indudablemente más fiel a las realidades del terreno, un límite físico del Marruecos del norte debería excluir el llano del Gharb y las bajas mesetas del Saïs de Mekinez y de Fez y seguir el valle del Innaouen y luego el pasillo de cuencas que lleva desde Taza a Oujda. Así, la profunda curva que traza al oeste tomaría en cuenta el avance de la vertiente meridional de la cordillera-madre hasta las puertas de Fez: las bajas montañas surrifeñas y las alturas prerrifeñas prolongan hacia el sur paisajes de tipo montañoso haciendo aquí aleatorio el trazado de un límite claro del plegamiento rifeño ⁸. En cambio, éste es mucho más claro en sus costados occidentales y orientales.

Nuestra región integra pues los llanos y las pequeñas mesetas que se interponen entre el Atlántico y las primeras estribaciones occidentales del Rif (el Hapt ⁹) así como, en el otro extremo, las anchas extensiones esteparias del Moulouya Bajo y Oriental, solamente partidos, en el norte, por los pequeños macizos de Bni Snassen, en el noroeste de Oujda; y de Kebdana, en la ribera izquierda del Moulouya, cerca del litoral.

Marruecos del norte aparece así como una región compuesta, que reúne una sierra, de perfil moderado excepto en su bastión central donde están los picos más altos, y las tierras bajas que le son contiguas. Este bastión central desempeña además un papel primordial: parando el flujo de humedad atlántica, hace de la zona colocada a su oriente un área cuya aridez va creciendo, mientras que su área occidental se beneficia de una pluviometría excepcional para Marruecos.

2.3. Geología y clima: comparación entre el Rif y la Andalucía bética

Es menester resumir los datos naturales comunes. En Andalucía, el plegamiento bético es efectivamente gemelo del pliegue rifeño: desde el meridiano de Gibraltar hasta el de Almería también mide unos 300 kilómetros. Relieve atormentado, caótico, extraordinariamente compartimentado según los geógrafos, más o menos en los mismos términos que describen el Rif; es una sierra por las pendientes y la fragmentación pero no por altura, ni por clima (el frío no es excesivo). Es el área de la policultura mediterránea: cereales, arboricultura y ganado menor.

El clima es también llamativo. Al norte de su línea de crestas, el surco intrabético (o eje de Antequera, Granada, Guadix) marca una ruptura en la cordillera Bética: el clima se vuelve más duro anunciando el fin de la policultura. En cuanto a la sierra del Rif, ésta se escinde en dos partes: en el oeste, hasta sus altas crestas centrales, está sometida a las influencias

atlánticas, definidas por criterios de precipitaciones, de temperatura y de cobertura vegetal; en el este, las lluvias y la altura decrecen con regularidad y pronto domina la aridez. A este corte se añade otro en el plano humano: en el oeste se encuentra una población araboparlante, los jebala; en el este una población de habla bereber, los llamados rifeños. Existe una sola sierra pero que consta de dos montes y de dos sociedades.

En la cordillera bética, el límite de la influencia atlántica sigue un meridiano apenas más occidental que su homólogo de enfrente: 4°30 de longitud oeste, lo que lo sitúa un poco al oeste de Málaga. Con la sierra de Grazalema, en el meridiano de Tetuán y Xáuen, tenemos los parámetros de lluvia más elevados de España. En el otro extremo del arco bético, nos encontramos con el clima sub-árido y las estepas presaharianas de su otro-tú rifeño (Almería se encuentra frente a la desembocadura del Moulouya). La aridez de la Andalucía almeriense es un poco más oriental que la rifeña merced al enorme macizo cristalino de Sierra Nevada que mantiene humedad, por mor del deshielo, lo que no tiene equivalente en la costa africana. Es ésta la suerte de la Alpujarra. Pero, prescindiendo de esto, los dos sistemas se corresponden.

2.4. La población de Jebala-Gomara

Las poblaciones de la región son diversas, desde el punto de vista del género de vida y de la lengua. En su centro, los serranos: una frontera lingüística que pasa, ella también, más o menos por el bastión central, les separa en dos. Al oeste, los jebala, áraboparlantes de una variedad dialectal conocida como “árabe serrano”. Al este, los rifeños propios, bereberoparlantes o imazighen. Entre los dos, desde el noroeste hasta el sureste, cuatro grupos que se diferencian por el carácter más o menos marcado de la influencia de la lengua bereber en hablas ya bastante arabizadas: gomara; sanhaja sraier; un pequeño grupo de tribus en el extremo oriental del arco de Jebala, al norte de Taza (donde, al parecer, la arabización ha terminado recientemente); finalmente un pequeño conjunto de cuatro tribus litorales, alrededor de Bni Bou Frah, al norte de los sanhaja, rifeñas (o sanhaja) de origen y de tradición pero, al parecer, arabizadas enteramente desde mucho tiempo.

En las bajas tierras, se dan poblaciones muy diferentes. La mayoría son de tipo beduino y, de hecho, son, al oeste y al sur, ramas de los Banû Hilal venidos desde el este en varias etapas, bajo orden de los sultanes, con sus tiendas, caballos y ganados. En el extremo oriental de la sierra, la situación es más heterogénea que en la vertiente atlántica: en las últimas alturas del Rif, divididos en cuencas y en pequeños llanos hasta el Moulouya, grupos rifeños, por lo tanto bereberoparlantes, lindan con aquellas aportaciones “beduinas” (más por el género de vida que por el origen).

Distinguiremos primero, desde el centro (brecha de Taza) hasta el noroeste (el pasillo atlántico del Habt que desemboca en Tánger), las tribus instaladas por el poder a partir del siglo XII para proteger Fez y sus accesos al Atlántico y al Estrecho y que llevan por tanto el título de tribus *guich*, “militares”. En el norte se detienen en el largo valle del Ouergha, última extensión meridional del dominio jebala; evitan por el oeste las alturas surrifeñas para ocupar todo el espacio entre los primeros relieves y el Atlántico (el pasillo del Habt que hemos dicho), hasta Tánger.

A excepción de dos islotes. La pequeña meseta de Souahliya, entre Larache y Acilah, donde grupos de serranos jebala se instalaron en este medio enselvado y accidentado, probablemente en la Edad Media, asimilándose a elementos beduinos para componer una pequeña bolsa lingüísticamente mixta. Y la zona de Tánger (el Fahs¹⁰) donde la población procede principalmente de los contingentes rifeños instalados como *guich* por el poder alauita después de la toma de Tánger sobre los ingleses; están desde entonces mezclados con los jebala y totalmente arabizados.



Fig 2. Fig 2. Fortaleza almorávide de Amergu

En otras partes, todos los elementos de origen beduino han guardado su árabe característico y su gusto por el caballo; pero habían abandonado ya la trashumancia y la tienda con la instalación de los protectorados (un poco más tarde en el noreste).

En el otro extremo, al este, el lento empuje de los nómadas es anterior y autónomo: zanatas (bereberoparlantes, pues) establecidos al principio de la era islámica si no antes; árabes más tarde (del gran conjunto de los Banû Hilal y de los Ma'qil); y, de nuevo, zanatas con los Banû Merin (futura dinastía de los meriníes). Ha hecho avanzar profundamente el frente del pastoralismo: éste ha podido franquear el Moulouya para penetrar en las tribus rifeñas, sobre todo (pero no exclusivamente) en las más meridionales. En la ribera derecha del Moulouya, apoyándose sobre el único relieve de cierta importancia, un islote resistirá largo tiempo a la arabización y conservará su agricultura de montaña de tipo mediterráneo: los Bni Snassen. Pero en todas partes desaparecieron la trashumancia y la tienda con el desarrollo progresivo de la agricultura extensiva o irrigada gracias a los primeros embalses

(embalse Mohammed V); al final de los años 60, sin embargo, la trashumancia animaba todavía algunas cañadas y la tienda seguía albergando a veces familias ya asentadas ¹¹.

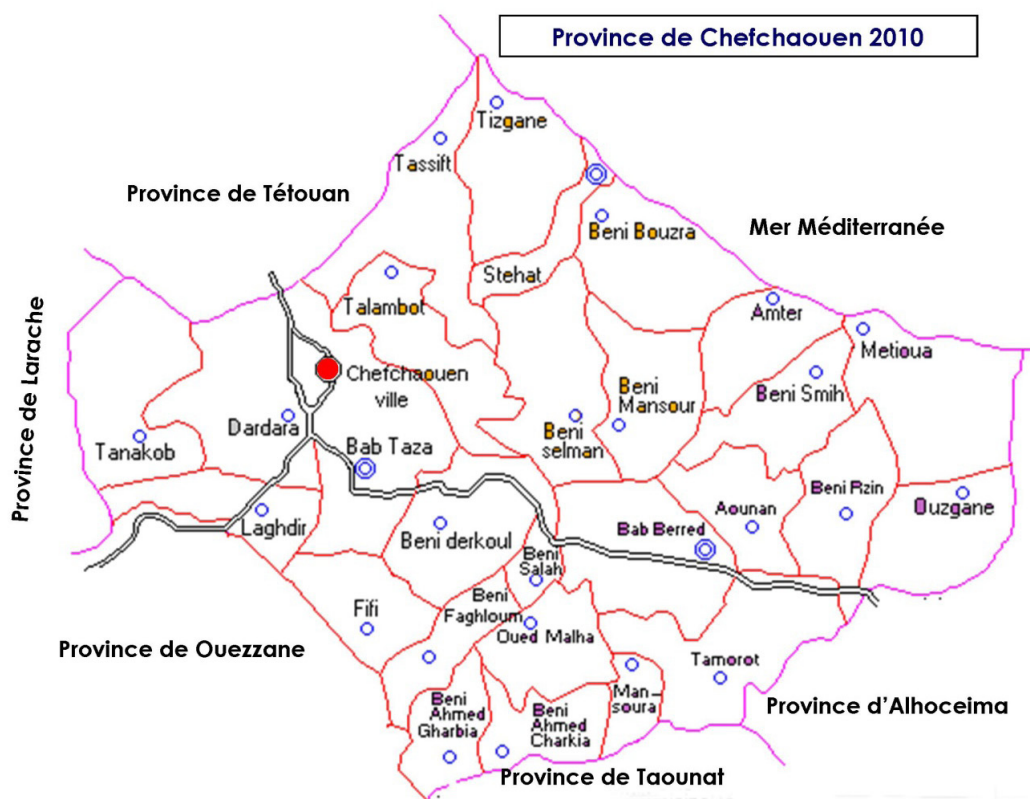


Fig. 3. Provincia de Chefchaouen

Las dos principales poblaciones del Rif: rifeños y jebala

El sentido de la palabra *rîf* en numerosos países árabes es “campo”. Se ha desprendido del contexto egipcio en el que designaba exclusivamente las riberas fértiles y cultivadas del Nilo. De aquí las dos nociones que vincula este vocablo: ribera, litoral (y, por extensión, vecindad, costado, límite) y “campo fértil”, “abundancia”, por lo cual se opone al mismo tiempo al desierto y a la ciudad.

En Marruecos, este sentido de “campo” no existe en el habla usual. Se usa ‘*urubiya*¹² o, más clásico, *bâdiya*. Por otra parte, *rif* existe con el sentido de “borde”. Por ejemplo, entre grupos de pastores trashumantes del centro del país que llaman *rif* las tiendas de la periferia del círculo que componen. También se encuentra con el sentido de “fila”: una fila de segadores. Moulieras¹³ lo usa para “ejército, banda, tropa”. También se debería adjuntar el *rif* que se encuentra en “Rif el-Andalus”, barrio de la ciudad de Chauen, así como en “Rif el-‘Azef”, el barrio más antiguo de Ouezzan, y, otro ejemplo entre otros, en dos de los ocho barrios de Lehra, una aldea de los Bni Gorfet, llamados Rif l-Fuqi y Rif s-Sefli (“alto” y “bajo”): ¿es este sentido conocido en otras partes de Marruecos? ¿Cómo vino a calificar, con los historiadores y geógrafos árabes, luego europeos, la sierra costera que va del estrecho de Gibraltar a las cercanías del Moulouya? La voz aparece por primera vez¹⁴ en un texto del principio del siglo

XIII para designar la antigua Mauritania Tingitana: Ibn Sa‘âd habla del “Rif de los Ghumâra”. Más tarde, en el siglo XIV, al-Badîsî lo extiende a toda la región –montañosa– que va desde Sabta/Ceuta a Tremecén.

David Hart¹⁵ nos recuerda el sentido de “borde”, presente en la expresión *rîf al-bahar*, “el litoral”; Michaux-Bellaire¹⁶ también había notado un uso militar del término, *rîf al-mahalla*, el borde del campamento, su costado externo. Esta región montañosa, bordeando una costa que estaba en primera línea para la expansión y la defensa del islam ¿no merece acaso este título? Es una explicación posible si se considera que a partir de los meriníes (que llegan al poder a fines del siglo XIII) la progresión de los cristianos en al-Andalus hace que la confrontación se acerque a la ribera africana del *dâr al-islam*.

Otra dificultad se le añade a ésta. En Marruecos, en el uso corriente, *rîf* no indica a una sierra determinada, ni siquiera a un relieve, sino a un territorio y su población: cubre sólo la mitad oriental de la sierra conocida como “Rif” y su prolongación atenuada hasta el Moulouya, territorio donde la lengua hablada (excepto en algunos grupos árabes de tradición beduina) presenta una alternativa muy característica dentro de las hablas bereberes.

Así hay un Rif oriental montañoso y bereberoparlante, conocido -con la parte de las tierras bajas que lo prolongan hasta el Moulouya- como Rif. Y un Rif occidental con una individualidad también marcada: físicamente, porque está muy irrigado; humanamente porque es áraboparlante desde hace siglos, esencialmente el país Jebala, al cual se pueden juntar los gomara y, si se privilegia el criterio climático, los sanhaja sraier.

Ciertos autores hacen las distinciones de otra manera. Por ejemplo, intercalando un “Rif central” -calificado a veces de “alto” Rif central- que se corresponde con los montes más elevados, entendiendo entonces a los sanhaja sraier como esos jebala y gomara que los rodean. Este Rif central incluye también a veces los jebala del sudeste y, para algunos autores, hasta el grupo de rifeños de la montaña, es decir los que están situados al oeste del Oued Kert¹⁷. También, otros agrupan en un “Rif meridional” a todos los jebala del sudeste¹⁸, o bien extienden al conjunto de la zona comprendida entre el Loukkos y el Ouergha el concepto de “baja montaña rifeña”, reservando la denominación de “tingitana” a la parte noroeste de los jebala¹⁹.

Jebala: plural del *ĵebli*, “habitante de la montaña”, de *ĵebel*, montaña. La palabra conoció en Marruecos la misma evolución que *rîf*, al desviarse de la definición de un medio natural a la de una población. Señala a los habitantes de una región montañosa muy particular, aproximadamente la mitad occidental de Rif. “*Jebala*” es un plural poco corriente²⁰. Se encuentran en Argelia, en el oeste (región del Ouarsenis) y en el este (sur de Batna); en el sudeste tunecino o en Tripolitania, y aún en el Líbano, poblaciones de montaña dichas, de manera más clásica, “*ĵebalia*”, “*ĵebayliya*” o “*ĵabayliya*”. La dificultad es que este etnónimo sustituyó algo tardíamente a otro que la historia “medieval” conoce bien: gomara. Estudios recientes de lingüistas permiten interpretar esta voz como un plural bereber, *ighmaren* (de la misma manera para el etnónimo de Masmuda: extensa población de la cual los gomara serían una ramificación, según Ibn Jaldún); sería así pues un adjetivo, no un sustantivo, y se referiría a un modo de vida: “Los Gomara son cazadores y madereros que viven del bosque”²¹.

En las fuentes extranjeras, notablemente portuguesas y españolas, el nombre “Gomera” sólo está de uso en los documentos de la época de la ocupación ibérica de los puertos de la región (los siglos XV y XVI). Se encuentra también en una de las últimas posesiones españolas de la orilla mediterránea de Marruecos: Peñón de Vélez de la Gomera. Si una de las Canarias lleva también este nombre no se debe poner en relación con el origen bereber de una parte de la población insular, sino con la presencia del lentisco (*Cabezacia lentiscus*) del cual se extraía una goma para masticar²².

El momento de aparición de la voz “*ÿebâla*” sigue siendo dudoso. Para las fuentes escritas, investigaciones recientes²³ la localizan poco después del advenimiento de la dinastía alauita, a la hora de una revisión de las divisiones administrativas: un texto anuncia el nombramiento en 1672 de un “*caïd* de la región de *ÿebâla* y del Fahs”. Esta entidad administrativa sustituyó la del ‘*amalat al- Habt*’ (“provincia del Habt”). Durante el protectorado español, la zona fue dividida en cinco “territorios”: Jebala, Lucus, Gomara, Rif, Quert. Las tribus de Jebala fueron distribuidas entre los tres primeros, el “Territorio de Jebala” incluyendo solamente once tribus (y asimiladas) referentes a Jebala.

Su actual ocupación de estas sierras, valles y colinas de la mitad occidental del plegamiento rifeño es una contracción del antiguo territorio de los gomara, aunque, en este punto, las versiones difieren. Según Ibn Jaldún, el límite occidental alcanzó, en su tiempo, el Atlántico, incluyendo Qsar El-Kebir pero no Tánger. Es probable que varios siglos antes, el territorio de los gomara se extendiera de hecho hasta las tierras pantanosas del Gharb; probablemente también en este Prerrif con valles todavía encajonados, hasta las cercanías de Moulay Idris del Zerhoun, Fez y Taza: hoy en día de hecho se encuentra allí la misma fuerte tradición aldeana y campesina, recuperada por poblaciones profundamente arabizadas (o sea beduinizadas: habla, indumentaria, estatuto del caballo, etc) por las grandes tribus *guich*²⁴.

Por otra parte, el límite oriental parece haber sido más estable, ciertos autores lo colocan en el Oued Ouringa (Colin), algunos (al-Idrîsî) incluyendo los alrededores de Badîs, cerca de treinta kilómetros más en el este, mientras que otros (al-Bakrî) los excluye²⁵. En cualquier caso, estaba claramente fuera el principado de al-Nakûr (709-1080, la primera construcción política de lo que se convertirá en Marruecos, antecediendo la fundación de Fez en cerca de un siglo), con su capital del mismo nombre tras la bahía de Al Hoceima. Fundado por un teniente del califa de Damasco, había entrado en el patrimonio de ‘Umar, uno de los hijos de Idris II, que también había recibido las ciudades costeras de Targha y de Tigisas “y los países de Sanhâja y de Gomara”²⁶.

2.5. Fragmentos de historia del Rif

La cordillera del Rif se repartía en los años iniciales del emirato idrisí (siglo IX) entre dos grupos beréberes, los gomara y los sanhaja. ¿Y qué sucedía con los jebala y los rifeños? Estos últimos llegaron paulatinamente desde las llanuras de la actual Argelia, en un movimiento que probablemente finalizó con la islamización del país. Eran, como se ha dicho, bereberoparlantes del grupo lingüístico de los zanata, diferente al de los gomara así como al de los sanhaja, ya instalados. Últimos en llegar, progresaron

hasta encontrarse con los sanhaja que así formaron un colchón entre ellos y los gomara. Fueron conocidos como “habitantes del Rif”, o simplemente “rifeños”, si bien únicamente ocupaban su mitad oriental.

En cuanto a los gomara, se arabizaron tempranamente, emplazándose en la ruta que unía Fez con al-Andalus. Es ahí donde reside su principal particularidad: fueron los primeros –salvo los habitantes de Fez, capital de los idrisíes y primer núcleo árabe del país– en adoptar la lengua árabe, lo que explica que su habla estuviese (aún hoy en día) tan matizada por voces y particularidades fonéticas propias del bereber, lo que lingüísticamente les confiere una gran originalidad a nivel del país.

Sabemos que a los gomara en el siglo XVII se les englobaba bajo la expresión “jebala” (“habitantes de la montaña”) reservándose a un grupo muy reducido, aquéllos que ocupaban la ladera septentrional de la cordillera hasta el mar, el apelativo originario de gomara.

Existe un tercer grupo, los sanhaja. Una parte de ellos se interponen entre los dos anteriores, pero mayoritariamente se han terminado integrando en la entidad jebala.

Originalmente, los sanhaja proceden del Sáhara y como nómadas se desplazaron antiguamente hacia las tierras septentrionales. Su último empuje, probablemente algo más de un milenio atrás, les condujo hasta la costa mediterránea. Los sanhaja llegaron hasta ese extremo, donde ocuparon una ventana de 30 km de ancho, con cuatro tribus. Tal acontecimiento hubo de darse en las décadas iniciales de la islamización. Estos grupos costeros se encuentran en la actualidad casi completamente arabizados, pero al mismo tiempo que reivindican su adscripción al gran tronco de los sanhaja, adoptan el dialecto de los jebala y se consideran rifeños.

El corredor sanhaja debía partir de la brecha de Taza (con los Ghiata) en dirección al mar, extendiéndose asimismo hacia el oeste a lo largo del valle del Ouergha, con una serie de pequeñas tribus que la historia (o mejor dicho, la administración) finalmente incorporó a los jebala, quienes terminaron por absorberlos lingüística y culturalmente. De estos ex-sanhaja, Ibn Jaldún nos dice:

“ocupan el país del Ouergha y de Amergu, trabajando en el tejido o cultivando la tierra. Esta es la razón por la que se llaman Sanhaja al-Bazz” (“tejedores”)²⁷.

Ibn Jaldún proporciona una relación de tribus sanhaja, en efecto, bastante más amplia que la actual. Sus denominaciones tribales pervivieron, pero las decisiones administrativas de los alauitas los incorporaron al nuevo conjunto jebala.

¿Por qué, en cambio, se mantuvo esa pequeña unidad de los gomara del Mediterráneo como entidad aparte, reservándoles un etnónimo antaño ampliamente compartido? Lo más probable es que al desprenderse como una comarca bastante aislada y de acusadas pendientes, en el Rif occidental y central, entre la cordillera y el mar, este bloque tomara una posición original en el conjunto ex-gomara. La delimitación de las tribus gomara y de las tribus jebala parece, de hecho, seguir aquí la línea de cumbres, exceptuando tal vez los Bni Khaled, al sureste, tribu que ocupa la vertiente meridional (atlántica) de estas sierras. Pero esta hipótesis precisa de una investigación más concienzuda.

En cuanto a los Ghiata, anteriormente citados, importante tribu que se extiende en torno a la ciudad estratégica de Taza, si bien son de habla *jebli* (“árabe de la montaña”) no se consideran, ni son considerados por los demás, parte del gran grupo jebala: es muy probable que la decisión administrativa que les excluyó tenga su fundamento en la situación geográfica que ocupan, un tanto periférica con respecto al arco jebala, en el trazado de la ruta que desde Fez se comunica con el Oriente marroquí. Los autores árabes los citan como integrantes de los sanhaja y habrían participado del destacado movimiento migratorio de estos antiguos nómadas hacia las tierras del norte.

03

LA ALPUJARRA: EVOLUCIÓN DEL POBLAMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA

3.1. Introducción

3.2. La presencia romana en la Alpujarra

3.3. Poblamiento y organización del espacio en la Alta Edad Media

3.4. Poblamiento y paisaje en la Baja Edad Media (ss. XII-XV)

3.5. Conclusiones

LA ALPUJARRA: EVOLUCIÓN DEL POBLAMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA

Por
Carmen Trillo San José ²⁸

3.1. Introducción

La Alpujarra es la región que se extiende desde la vertiente sur de Sierra Nevada hasta las sierras de Lújar, la Contraviesa y Gádor, y llega hasta la costa mediterránea. Se encuentra repartida entre las provincias de Granada y Almería, y al sur de las mismas. Se divide en dos, la Alta, que sería estrictamente la ladera meridional de Sierra Nevada, que limita por el sur con dos ejes longitudinales, de dirección este-oeste, que son los valles de los ríos Guadalfeo, en la zona occidental, y Andarax, en la oriental. La Alpujarra Baja está constituida, de oeste a este, por las sierras costeras de Lújar, La Contraviesa y Gádor, que caen abruptamente sobre el mar Mediterráneo.

En este trabajo vamos a ocuparnos de la Alpujarra Alta, es decir, de Sierra Nevada, una montaña integrada en el Sistema Penibético, que se formó en el plegamiento alpino. Tiene forma de bóveda, que se extiende longitudinalmente a lo largo de 92 km. Buena parte de sus cumbres se encuentran por encima de los 3.000 m de altura, de manera que en ella se halla la máxima altura de la península ibérica, el Mulhacén con 3.478 m de altura. Desde tiempos antiguos, y prácticamente hasta época contemporánea, estas altitudes, junto con el carácter de sus materiales, calizos en su parte occidental, la han convertido en una especie de muralla natural, lo que ha hecho de la Alpujarra una región más bien cerrada y poco proclive al cambio y al intercambio.

Hidrográficamente es una región muy rica, pues además de los dos ríos que la limitan al sur, con sus recorridos este-oeste en el Guadalfeo, y de Occidente a Levante en el Andarax, otros pequeños cursos fluviales rasgan la ladera en dirección norte-sur, es decir, perpendicular a aquellos dos que se desarrollan longitudinalmente. Como veremos, esta estructura geográfica en valles condicionó la organización del poblamiento y sirvió para establecer unas determinadas divisiones administrativas en época musulmana.

Debido a su aislamiento secular y a que se trata de una zona rural su mención en las fuentes escritas ha sido bastante escasa. Los textos árabes la citan muy superficialmente, mientras que los castellanos profundizan más en ella desde el momento en que tiene lugar la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos²⁹. Se trata especialmente de libros de Habices, es decir, fundaciones musulmanas para el mantenimiento de obras pías y de uso público, relaciones fiscales, pleitos sobre aguas y términos, etc. Es cierto, no obstante, que haber sido el escenario de dos sublevaciones, una de mudéjares (1500-1501) y otra de moriscos (1568-1571), le ha proporcionado

cierto protagonismo, especialmente en el caso de esta última, como se demuestra en la *Historia del rebelión y castigo de los moriscos* de Luis del Mármol Carvajal, y de *La guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza. Por otro lado, los libros de Apeo que cierran el proceso de repoblación y reparto en el último tercio del siglo XVI son un magnífico testimonio del paisaje y la vida agrícola en estas tierras. Esta información de las fuentes escritas ha sido completada con los datos arqueológicos procedentes de diversas campañas de prospección y excavación arqueológicas en la zona³⁰, que han permitido conocer la ocupación de este territorio en distintos periodos históricos y, especialmente, en la Edad Media.

3.2. La presencia romana en la Alpujarra

Aunque los asentamientos islámicos son los que caracterizan esta región, especialmente por su prolongada ocupación, que se extiende prácticamente a lo largo de toda la Edad Media y en la mayoría de los casos llega hasta la actualidad, también hay testimonios toponímicos y arqueológicos de épocas precedentes. De esta forma, se ha conservado una toponimia anterior a la árabe, tanto romana como prerromana, que es significativa de la instalación de grupos humanos en estas tierras. Así encontramos varios topónimos latinos en la Alpujarra, algunos en lugares abandonados en algún momento de la Edad Media, mientras que otros son funcionales todavía durante esta época y hasta hoy. De esta forma, de Oeste a Este hallamos, en la taha de Órgiva los nombres de alquerías de Sortes, Pago, Carataunas, Soportújar, así como de la acequia y cortijo de Besquerina y el despoblado de Tíjola. Todo ello mezclado con otros topónimos árabes de tipo gentilicio, como Benialzalt y Besenied, o bien que definen un barrio (Haratalhaxin) o una característica topográfica (Albacete, el llano).

En la taha de Poqueira, la alquería de Capileira parece tener denominación latina, mientras que Beniodmín, obedece a un gentilicio árabe, y Alguazta (del árabe *al-was-tà*) señala una ubicación entre dos poblados. La vecina taha de Ferreira tiene un nombre latino, junto con la alquería de Ferreirola, que se sitúa en ella, y las de Fondales y Pórtugos. En la taha de Jubiles, la alquería de El Portel se mantiene en época islámica con su nombre latino, quizás como Bérchules. En la taha de Ugíjar las poblaciones de Lucainena, Carchelina, Torilas y Picena tienen sufijo latino, al lado de otras con topónimo claramente árabe: Beni Çalim, El Fahz (de *al-fahs*, el campo), El Fech (de *al-fayy*, lugar elevado), y Almayçata (de *al-mawsata*, situado en medio). En la taha de Andarax, las alquerías de Paterna y Fondón tienen denominación latina, mientras que claramente son árabes las de Alcolea (de *al-qulai'a*, el castillejo), Lavjar y El Hiçan (de *hisn*, castillo). También en la taha de Lúchar, Padules es un topónimo latino, frente a Almócita, que es árabe, *al-mawsata*, el lugar de en medio. En la taha de Alboloduy, la terminación del lugar de Rochuelos es latina, frente a las alquerías de Alhiçan o de Harat Algima (*harat al-yami'a*, el barrio de la mezquita). El topónimo de la alquería de Marchena también parece latino, al contrario que el gentilicio beréber Bentarique (Banû Tariq), o los árabes Alhama (de *al-hammam*, el baño) o Alhabia.

No es fácil calcular la proporción entre unos y otros, pues desconocemos el origen de muchos de los topónimos. No obstante, puede servir de ejemplo la taha de Órgiva,

donde de 15 topónimos que denominan alquerías y despoblados, cinco son latinos. En Ferreira, de 9 hay cuatro latinos. En el resto de las tahas la proporción es menor, pero en cualquier caso su mantenimiento como nombre de alquerías durante la época medieval significa el éxito de un proceso de islamización en el que se integraron los lugares de población hispanorromana. Otras veces el topónimo de una alquería o de un barrio es de tipo gentilicio y hace alusión a la llegada de los árabo-beréberes en sus unidades tribales o de clanes. Sin duda, también hay toponimia prerromana, que es incorporada como denominación de alquerías islámicas.



Fig. 4. Tumba tardoantigua. Órgiva

Además de esto, la presencia romana está bien atestiguada por las huellas arqueológicas dejadas en diversos yacimientos. Algunos fueron abandonados antes del inicio de la Edad Media mientras que otros continuaron ocupados en el periodo islámico. Los sitios romanos encontrados tienen diversa entidad y probablemente distintas funciones. Así, algunos han dejado abundantes huellas de téglulas y cerámica como para pensar en una habitación permanente, y, dentro de éstos, los hay que podían tener una orientación agrícola o minera. En otros casos, en cambio, la presencia de determinados lugares, que coinciden con yacimientos altomedievales (emirales y califales), ha dejado tan escasos restos cerámicos que permite pensar en una ocupación ocasional y una funcionalidad diferente de los anteriores. En conjunto, el número de yacimientos romanos descubiertos en la Alpujarra Alta granadina ha sido más pequeño que el de los medievales. Algunos están en los márgenes del río Guadalfeo o en zonas sobre elevadas desde las que se contempla este curso fluvial, la principal vía de comunicación este-oeste de esta región montañosa, pero a menudo en cotas más bajas que la mayoría de las alquerías musulmanas situadas en los bordes de los valles con eje norte-sur.

Una de las áreas de mayor concentración de topónimos latinos (5 de 15 documentados en época medieval), y donde también hemos hallado dos yacimientos romanos próximos, es

la taha de Órgiva, la más occidental de la Alpujarra. Los dos sitios citados se encuentran en la parte más llana de este distrito y mejor comunicada, pues están junto al río Guadalfeo. El primero se trata de un yacimiento situado en la margen izquierda del curso fluvial, en la parte inferior de la ladera de un cerro, cuya altura es de 405 m. El sitio romano, pese a estar al lado de esta colina, ocupa, como hemos dicho, la parte más baja de la misma, lejos, pues, del castillo de Órgiva, que corona esta elevación y que tiene un amplio espectro de ocupación en época islámica (altomedieval y nazarí, con algún fragmento de cerámica prehistórica). El asentamiento romano presenta restos cerámicos entre el siglo I a. C. y el II d.C., así como de las centurias IV-V o posterior. Igualmente tiene un gran número de tégulas y material de construcción.

El segundo yacimiento corresponde a una necrópolis tardoantigua, próxima al anterior, con 27 tumbas (Fig. 4). Tanto la estructura y materiales de los enterramientos, como la cerámica asociada a ellos, así como la disposición de los esqueletos, indican una tradición tardo-romana. Asimismo los restos cerámicos corresponden en su mayoría a la época tardoantigua, mientras que el análisis C-14 realizado a los huesos da como fecha aproximada el final del siglo VII (entre el 650-850 d. C., aunque más probable del 685) como cronología de la necrópolis³¹.



Fig. 5. Llano de Órgiva desde el castillo.

Probablemente la finalidad del primer asentamiento romano descrito fuera de tipo agrícola, dada su proximidad al río y a la llanura de la Vega de Órgiva. La presencia de varios topónimos latinos junto a éste, como Pago, Sortes, y algo más retirado al E, Tíjola, muestra existencia de asentamientos romanos en esta área accesible y con buenos recursos hidráulicos. Los topónimos latinos de Carataunas y Soportújar, en la ladera montañosa de la sierra, y al norte de los yacimientos descritos, indican también una ocupación romana en cotas más altas.

En época medieval este mismo territorio presenta una intensa ocupación islámica, con pequeñas alquerías, algunas con topónimo gentilicio o geográfico árabe. Unas se extendían por la ladera montañosa, mientras que otras se ubicaban en el llano. Probablemente este poblamiento rural estaría vinculado con una importante estructura castral de la zona, situada al sur de Órgiva y que, por tanto, domina desde allí todas las alquerías que se extienden al norte de ella. Se trata del *hisn* Uryuba, que controlaría el distrito o *yuz* ' Uryuba, según nos dice al-'Udrî (1003-1085) (Fig. 5). Más tarde esta misma región aparece citada como taha de Órgiva en documentación de primera época castellana y en fuentes narrativas más tardías. El castillo presenta cerámica emiral, califal y nazarí.



Fig. 6. Aljibe del castillo de Jubiles.

Otros yacimientos romanos en la Alpujarra presentan otras características. Así, por ejemplo, hemos hallado cerámica romana en castillos ocupados en época islámica. Como hemos dicho, el volumen de la misma es muy pequeño en relación a la medieval, no obstante, es significativo que se hubieran habitado estos mismos lugares durante periodos diferentes, si bien con distinta intensidad y, seguramente, funcionalidad. Es el caso del Fuerte de Jubiles (1.309 m) (Fig. 6), en cuya ladera sur, fuera del recinto amurallado que constituye la fortaleza, habitada principalmente en época emiral-califal, hemos hallado algunos fragmentos de cerámica romana y sigillata. De forma similar, hay algunos restos de sigillata de los siglos I-II d.C. en la Piedra Fuerte de Yégen (903 m), en donde la mayoría son emirales y califales (Fig. 7). Por último, en el *hisn* de

Escariantes (Fig. 8), al S. de Lucaína, en el cerro del Castillo (600 m) han aparecido algunos restos de sigillata e ibérica pintada, que tiene permanencia en época romana, fuera de la muralla de la fortaleza medieval, ocupada principalmente en época emiral y califal, aunque continúa en menor medida en la almohade-nazarí (Fig. 9).



Fig. 7. Piedra Fuerte de Yégen

Estos tres yacimientos de época islámica en los que se ha detectado cerámica romana tienen en común, situarse al sur de las alquerías, que casi siempre se encuentran encañadas en las zonas más elevadas de las laderas de Sierra Nevada. Además se ubican en el mismo lugar que las fortalezas musulmanas, que tienen como principal época de habitación el periodo emiral y califal. Estos castillos se sitúan en lugares bien comunicados o al menos con cierta visibilidad, vigilando uno o varios valles, que son las escasas vías de acceso en una zona tan montañosa como ésta.



Fig. 8. Castillo de Escariantes

3.3. Poblamiento y organización del espacio en la Alta Edad Media

El cambio en el poblamiento que se detecta en todo el Mediterráneo occidental al final de la época antigua y que sigue unas pautas distintas, medievales, también se puede apreciar en la Alpujarra en el sentido de un abandono de yacimientos romanos y la formación de un nuevo tipo de hábitat. En efecto, los estudios realizados en este sentido en Italia muestran una transformación en los patrones de ocupación del espacio al final del periodo romano.



Fig. 9. Aljibe del castillo de Escarientes.

Los trabajos de R. Hodges y D. Whitehouse sobre el ámbito rural en torno a Roma señalan un abandono del 80% de las *villae* entre el siglo I y V, y una concentración del hábitat en lugares más elevados y menos accesibles como característica medieval³². Este hecho se aprecia también en la península ibérica. Así, en la costa de Granada A. Gómez constató la desaparición de *villae* entre los siglos IV y V y la formación de aldeas en zonas altas y fuera de las principales vías de comunicación³³. En la Alpujarra encontramos, como hemos dicho, presencia romana en castillos ocupados en época emiral y califal, si bien también se detecta un nuevo tipo de hábitat con una ocupación relativamente breve, que se puede datar en la primera época altomedieval. Podría tratarse de núcleos anteriores a la llegada de los árabes o bien de época emiral (ss. VIII-IX) pero, de cualquier forma, sin continuidad posterior. Es el caso de un yacimiento en el cerro ocupado por el castillo de Poqueira, aunque no en el mismo lugar de éste, que presenta cerámica a torneta de cocción reductora. También podemos ubicar en este periodo el situado al norte de Narila, sobre la margen izquierda del río Guadalfeo, en una elevación de 1.150 m, mientras que las alquerías de este valle están en el fondo del mismo, a alturas entre los 914 y 987 m, como son Narila, El Portel y Cádiar. Esta última citada en el siglo XII por Idrísî, al describir un camino que permitía recorrer

estas tierras montañosas. Los restos cerámicos de este despoblado altomedieval presentan pasta grisácea, poco pulida y sin vidriar. Y, finalmente, siguiendo una dirección O-E, está el castillejo de Júbar (Fig. 10), al sur de la actual población y a una altitud ligeramente más baja, sobre un cerro de 1.063 m. Se trata, en efecto, de una estructura fortificada compuesta por una muralla de piedra seca con un perímetro de 61'5 m. La cerámica es abundante, con piezas a torneta y a mano, ausencia de vidriado, y es, en conjunto, muy parecida a la del despoblado al norte de Narila. Son frecuentes también los fragmentos con molduras con digitaciones.

Sin que podamos precisar por el momento si estos yacimientos fueron habitados en época emiral (ss. VIII-IX) o son anteriores, estos lugares tienen en común la ocupación en un periodo muy concreto y su abandono posterior. Asimismo presentan cierto aislamiento, pues se hallan en lugares bastante inaccesibles y mal comunicados. Todo ello induce a pensar que estaban vinculados a prácticas económicas diferentes de las descritas en época romana y también de las del periodo posterior a su habitación. De hecho, los yacimientos altomedievales en el Mediterráneo han sido relacionados con una explotación más importante del *saltus*, de la actividad ganadera, y de una agricultura poco desarrollada. En cualquier caso, y dada la falta de continuidad de este poblamiento, no parece que la red de acequias fundamental de la Alpujarra pudiera relacionarse con este periodo. Tal infraestructura tiene como característica, precisamente, la permanencia, dada la cantidad de esfuerzo y recursos que hay que movilizar. Por otro lado, ninguno de los tres yacimientos mencionados guardan relación con un área de cultivo irrigada próxima.



Fig. 10. Castillo de Júbar

Otros lugares, en cambio, sí fueron con seguridad ocupados durante el periodo emiral-califal y casi todos ellos presentan una continuidad hasta época nazarí y a veces algo

más tardía. Todos tienen en común estar situados en zonas de paso, bien comunicados, por tanto. Son poblados fortificados o castillos, que han dado nombre a distritos (*ayza'*) altomedievales formados por alquerías. Se encuentran al sur y, a menudo, a una altura bastante inferior, a las aldeas que pertenecerían a su circunscripción. Así, pues, lo más relevante de estos yacimientos fortificados es que son testimonio de una organización del espacio de época emiral-califal, en la que encontramos tres elementos esenciales: castillos, alquerías y distritos.

Se trata en algunos casos de poblados fortificados, por tanto de castillos con abundante presencia de material de construcción, que inclinaría a pensar en una población permanente de cierta entidad, como sucede en el Fuerte de Jubiles, el castillo de Válor, Escarientes³⁴ y el de Sant Aflíy³⁵.

La ubicación de estas fortalezas sigue en algunos casos pautas parecidas. En todas las ocasiones se encuentran al sur de las alquerías, es decir, dominarían estos distritos desde la parte meridional, que era también la más vulnerable. Esta situación les permitiría controlar el acceso a los valles norte-sur en cuyos bordes se asentaban las alquerías. Por otro lado, estos castillos se encuentran siguiendo un eje este-oeste, representado en la Alpujarra Occidental por el río Guadalfeo, y en la Oriental por el curso del Andarax, que constituyen también la vía de penetración natural a la zona.

Finalmente, existe una coincidencia entre los nombres de estas fortalezas y los distritos, llamados *yuz'* (plural *ayza'*) citados por al-'Udrī (s. XI)³⁶. Estas circunscripciones habrían existido con anterioridad, pues el autor almeriense recoge referencias previas, que podrían corresponder a mediados del s. X, fecha en que la zona estaría sometida al Estado cordobés después de la rebelión de 'Umar Ibn Hafsūn.

Antes de esta situación la Alpujarra había sido escenario de varias revueltas. Una de las más conocidas es la que tuvo lugar en el castillo de Escarientes, al sur de la taha de Ugíjar. Aquí se alzaron dos rebeldes de la tribu de 'Adra, según nos cuenta su antepasado al-'Udrī, que residían en la alquería de Dalías (Dilaya). Se levantaron contra el emir Hisam I (796-798) en apoyo de su hermano y primogénito de 'Abd al-Rahmān I al-Dajil, Abu Ayyub³⁷. Los sublevados destituyeron a un omeya de la alquería próxima de Juliana. La rebelión se extendió por la vertiente norte de Sierra Nevada llegando a Guadix. Fue aplastada y el poder cordobés nombró un alcaide para la zona, Sa'id b. Ma'bad, hijo de uno de los que vino con 'Abd al-Rahmān I desde Siria. Escarientes continuó siendo ocupado en época califal y Juliana aparece citada más tarde como castillo, lo que significa que ambas fortalezas se incorporaron a las estructuras estatales que hubiera en la Alpujarra.

La segunda rebelión importante sucede apenas un siglo después, durante los emiratos de Muhammad I (852-886) y 'Abd Allāh (888-912): se trata de la revuelta muladí de Ibn Hafsūn. Este último emir interviene en el castillo de Jubiles para sofocarla, lo que no se conseguirá hasta la época de su hijo 'Abd al-Rahmān III an-Nasir (912-961). Es precisamente en este último periodo cuando se produce la definitiva islamización de al-Andalus. Ibn Hayyān (s. XI) nos informa de la intervención de an-Nasir de nuevo en la fortaleza de Jubiles, a la que tuvo que rendir sitiándola, cortándole el agua, talando sus cosechas durante cinco días y, finalmente, utilizando una catapulta³⁸. Sus

habitantes se sometieron entregando a los cristianos de Ibn Hafsûn, que fueron decapitados, mientras que al resto se le concedió el perdón.

El castillo de Jubiles tiene una clara ocupación califal, como lo demuestra la abundante cerámica de este periodo, aunque hay también algunos fragmentos romanos, incluso tégulas, y cerámica emiral, almohade y nazarí. Cuenta con dos aljibes de mortero, abovedados, en la zona alta y baja del castillo. Está dotado de una muralla de mampostería en la que se pueden apreciar entre 9 y 11 torres. Es posible que fuera fortificada aún más después de la rebelión, pues se convirtió en sede de un gobernador. Al caer Jubiles otras fortalezas próximas, las de Ferreira³⁹ o Farwa⁴⁰, se sometieron a la vez que ella, lo que indica su influencia. Seguramente por haber sido unos territorios conflictivos, el califa entrega, en el 942, la jurisdicción de las coras de Ilbira, Pechina y sus dependencias a su hijo y heredero al-Hakam (961-976), quien nombró nuevos gobernadores en diferentes partidos. En Berja, Dalías y sus alfores, destituyó a Qasim b. ‘Abd al-Rahman y designó a Hamza b. ‘Ali b. Asbag b. Hassan, mientras que en Jubiles y “zonas adscritas” puso al frente a al-Fath b. Lubb⁴¹.

Precisamente el geógrafo al-‘Udrî nos informa de una nueva organización administrativa en la cora de Ilbira, que suponía la división en 18 *ayza*’ de la Alpujarra, es decir, la región que se extendía desde Sierra Nevada al Mediterráneo, incluyendo, pues, la Alta y la Baja. Aunque no se conoce con exactitud el significado de este término que designa un distrito se le han aplicado diferentes sentidos. H. Mu’nis lo consideraba como término comunal de pastos, exento de cargas fiscales, frente al *iqlim*, que sería la unidad administrativa correspondiente a lugares densamente poblados y de agricultura intensiva. Esta explicación no encaja con la realidad económica de la Alpujarra ni tampoco con la de otras zonas designadas como *ayza*’ en la cora de Ilbira, como sucede, por ejemplo, con el *yuz*’ al-Munakkab o partido de Almuñécar, y otros muchos, ya que son 37 *ayza*’, de un total de 62 distritos, los que cita al-‘Udrî. En efecto, como veremos, desde el siglo XI, al menos, hay referencias a la agricultura de regadío en la zona alpujarreña, donde además es la actividad económica más importante, por encima de la ganadería.

En cualquier caso los *ayza*’ de al-‘Udrî designan una estructuración del territorio que tiene en cuenta una realidad geográfica como son los pequeños valles norte-sur que recorren la Sierra, y que, en cierto modo, están separados, casi aislados, de la siguiente depresión. Un único valle puede constituir un *yuz*’, aunque a menudo también un conjunto de estos barrancos forma un partido. Un lugar es el centro político y administrativo del *yuz*’: se trata del castillo. Esto explica que exista una homonimia entre el nombre de la fortaleza más importante del distrito y la denominación de éste⁴².

Aunque no podemos conocer cuáles eran las alquerías que formaban el distrito, pues las menciones de las mismas son más tardías, del siglo XII en adelante, y en particular, de la documentación inmediata a la conquista castellana, no cabe duda de que tales castillos y distritos, ya en fechas tempranas, organizaban núcleos poblados. Posiblemente, incluso, estas comunidades no eran ajenas a la designación de los gobernadores de las fortalezas, puesto que tenemos algún ejemplo de su participación en el rechazo de alguno de ellos y nuevo nombramiento de otro en época califal.

Dada la unidad que representan estos valles, tanto a niveles administrativos como territoriales, es difícil pensar que no formaran una entidad desde el punto de vista económico, al menos en algunos temas comunes, como acequias o pastos. De hecho, todavía en los libros de Apeo de finales del siglo XVI se recogen informaciones acerca de la conexión entre alquerías de ciertos territorios que formaron las tahas nazaries, herederas parcialmente de los *ayza* ' del siglo XI, en el aprovechamiento de bosques, pastos o del agua. Esto parece haber sido más claro en el caso de alquerías integradas en un conjunto espacial definido por un valle, como sucede en Poqueira (*yuz* ' Buqayra, taha de Poqueira) (Fig. 11), o por la suma de pequeños valles montañosos y una llanura, como es el caso de Órgiva (*yuz* ' Uryuba, taha de Órgiva).



Fig. 11. Castillo y valle de Poqueira

Como conclusión de la organización del poblamiento en este periodo altomedieval podemos señalar la importancia de castillos, algunos de los cuales, por el material de construcción conservado, podrían haber sido poblados fortificados. La permanencia de la ocupación de estas fortalezas llega, en la mayoría de los casos, al final de la Edad Media, pues se recogen en ellas fragmentos cerámicos también de época almohade y nazarí, aunque en conjunto en menor cantidad que los emirales-califales. Es el caso de Jubiles, Piedra Fuerte de Yégen, Escariantes y Sant Afliy. No hay continuidad en los castillos de Válor y Golco (Fig. 12) después de la época califal. Por otra parte, como ya hemos dicho, todos estos castillos constituyen elementos de gran importancia en la organización del territorio en *ayza* ' en dicho periodo.



Fig. 12. Castillejo de Golco

3.4. Poblamiento y paisaje en la Baja Edad Media (ss. XII-XV)

Si, como siempre, las noticias son parcas durante la Alta Edad Media, en cambio, para el periodo bajomedieval se vuelven más abundantes, proporcionándonos una rica información sobre aspectos tan diversos como los caminos, las alquerías y comunidades que las habitaban, los cultivos y las acequias, los edificios religiosos, y la administración de estos territorios. No obstante, estos datos proceden de fuentes distintas, árabes y castellanas, de obras narrativas (geográficas, históricas, agronómicas, hagiográficas, etc.) y de documentación de archivo, así como de cronologías diferentes, por lo que es necesario un riguroso análisis para obtener una imagen de la realidad alpujarreña a lo largo de esta dilatada época.

Mientras el castillo había constituido el elemento básico en torno al cual se organizaba el poblamiento durante la Alta Edad Media, llegando a veces, incluso, a ser auténticos poblados fortificados, en el periodo posterior éste parece haber tenido un protagonismo más reducido. Así, algunas de las fortalezas no tienen continuidad después de época emiral-califal, o bien es menos intensa la ocupación durante el periodo almohade-nazarí, según queda testimoniado por los restos cerámicos. Por ello, puede pensarse que la red de castillos y alquerías, así como sus relaciones, debieron constituirse en época califal, sobre una estructura de poblamiento preexistente, a menudo, emiral. Si los valles o conjuntos de valles que formaban los *ayza* ', con nombres que han quedado como topónimos de algunas alquerías (*yuz* ' de Ferreira-alquería de Ferreira, *yuz* ' de Jubiles-alquería de Jubiles, etc.), estaban ocupados en estas fechas, es muy posible que su dedicación a la agricultura de regadío pudiera ser datada como mínimo de entonces. Las acequias son tomadas a lo largo de estas depresiones, sobre todo, en

su cabecera, y parecen ser aprovechadas por las alquerías del valle, por lo que habría una evidente relación entre el momento de poblamiento de éstos, sin duda anterior a la estructura estatal administrativa de mediados del siglo X que pretendía controlarlos fiscalmente, y su dedicación a la agricultura de regadío. Es cierto, no obstante, que hasta el siglo XI no encontramos referencia a cultivos de regadío, aunque esto puede deberse a la parquedad de las escasas fuentes anteriores, especialmente para la descripción de zonas rurales a un nivel tan detallado. Otros estudios realizados en zonas similares a la nuestra, como es el Zenete, en la vertiente norte de Sierra Nevada, confirman la configuración de la infraestructura de regadío en la X centuria⁴³. Asimismo, la investigación realizada sobre la Vega de Granada en época altomedieval señala una integración temprana de árabo-beréberes y elementos de población indígena, manifestada a través de la homogeneidad cerámica, y su dedicación a la agricultura irrigada⁴⁴.

Por otro lado, el trabajo que suponía la creación de estas infraestructuras para la agricultura irrigada (captación, conducción, almacenamiento del agua, distribución a los campos, aterrazamientos, abancalamientos, etc.) debió de determinar en gran medida una continuidad de los asentamientos para aprovechar tales instalaciones. Eso no significa, por supuesto, una inmovilidad total del hábitat, ya que éste es dinámico, sin embargo, es cierto que se aprecia una importante continuidad del mismo. De esta manera, de mediados del siglo XIV a finales del XV puede detectarse la desaparición de algunas alquerías, si bien no parece la tendencia principal. Además también se aprecia la formación de aglomeraciones únicas a finales de la época nazarí, a partir de barrios o núcleos que habían estado separados. El mismo lugar de Órgiva es el resultado de la unión de varias alquerías o barrios separados, buena parte de los cuales tenían topónimo gentilicio.

Ya en la primera mitad del siglo X, al-Râzî señala, en la cora de Ilbira, una serie de plantas traídas por los árabes de Oriente, que necesitaban riego para crecer, como naranjos y caña de azúcar. No parece que estas especies pudieran desarrollarse en las altitudes de la Alpujarra, no obstante, destaca de Sierra Nevada la riqueza de su flora natural y la abundancia de agua: *“E quando van a este monte en tiempo de uerano, fallan sabrosos lugares e buenos para folgar, e muchas espeçias que meten en la (sic.) melezinas, e muchas fuentes e de buenas aguas”*⁴⁵. Un siglo después al-Bakrî nos dice sobre estas tierras: *“En ellas [estas montañas] hay diferentes especies de frutos maravillosos, y en sus pueblos se encuentra seda de la mejor calidad, y lino que aventaja al del Fayyum [Egipto]”*⁴⁶. En el siglo XII, el geógrafo almeriense al-Zuhrî proporciona una elocuente descripción de Sierra Nevada, señalando que la cumbre está des poblada, lógicamente, mientras que la parte más baja está muy poblada, hecho en el que coincide con al-Râzî: *“En la cima de dicho monte no puede vivir ninguna planta ni ningún animal pero su base está poblada totalmente de habitáculos sin solución de continuidad”*⁴⁷. Asimismo detalla los cultivos que se pueden obtener aquí: *“En ella se encuentran muchas nueces, castañas, manzanas y moras (firsad), [llamadas] tut por los árabes. Es uno de los países de Dios [más productores de] seda”*⁴⁸. Como vemos, pues, algunos plantíos son de regadío, como ocurre con los nogales, manzanos y los morales. En realidad podría tratarse tanto del *morus nigra* como del *morus alba*, puesto que en esta época en al-Andalus se conocían los dos. De esta forma, el *firsad* que menciona al-Zuhrî, es citado por el agrónomo Sevillano Ibn al-‘Awwam (ss. XII-XIII) así y también como *tut ‘arabi* o moral árabe, del que dice que se obtiene la seda, para distin-

guirlo del tut o moral⁴⁹. Dozy identifica el *firsad* con el moral blanco o morera (*morus alba*), aunque también recoge autores para los que esta especie sería tut⁵⁰. En definitiva, parece que el *firsad* era conocido como el árbol más apropiado para los gusanos de seda, si bien, como vemos, los autores árabes, al menos desde el siglo XII, también cultivaban otra especie, el moral negro, que podía asimismo utilizarse con este fin. La difusión de este plantío debió de ser más temprana en la Alpujarra, pues el gran impulso de la industria sedera en al-Andalus es muy anterior, de la época de ‘Abd al-Rahman II (822-852). En cuanto a qué especie fue la que se cultivó en la Alpujarra no estamos seguros. El moral se adapta mejor a climas más fríos, como los de estas sierras, en cambio es menos apropiado para la producción de seda, pues da un hilo más vasto. Por otro lado, sabemos que después de la conquista castellana se difundió en el reino de Granada el cultivo de la morera, que se consideraba más adecuada que el moral para obtener seda de más calidad⁵¹. Por todos los datos anteriores podemos pensar que ambos tipos de árbol eran conocidos en al-Andalus, si bien parece que el blanco se podría haber considerado mejor para la seda, aunque el cultivo del moral o la morera podía haber dependido de las condiciones climáticas.

Estos plantíos nos hablan de la existencia de una agricultura de regadío, así como también lo hacen los repartimientos de aguas anteriores a la conquista castellana. El primero registrado en el solar del antiguo reino de Granada, es un texto árabe romanceado, de 1139, sobre la organización del valle del río Alhama, en la vertiente norte de Sierra Nevada⁵². En el lado meridional la documentación más antigua en este sentido es de 1216, también árabe romanceada, referida a la alquería de Félix en la Alpujarra almeriense⁵³. Asimismo contamos con otro documento de 1304, igualmente traducido del árabe, en relación al reparto del río de la Ragua, que afectaba a las alquerías del distrito de Sant Afliy, seguramente centro del antiguo yuz de Sant Afliy citado por al-‘Udrî⁵⁴. Esto viene a reforzar la idea de que cada valle, coincidente a menudo con un distrito, podía haber funcionado como una unidad en el aprovechamiento de los recursos hidráulicos, pastos, y probablemente otras actividades religiosas, sociales y políticas, a la vez que cada alquería mantenía su autonomía.

La riqueza que proporcionaba el regadío permitía llevar el excedente al mercado. En el siglo XII nos consta la existencia de éstos en la Alpujarra, a través de Idrîsî, quien muestra también un importante conocimiento de los caminos en esta región. Así, de Órgiva dice que es “*una alquería con zoco y está en un llano de aguas y fuentes*”⁵⁵. Por su parte, al-Qashtali, autor de una obra hagiográfica sobre un *sayj* alpujarreño, Abû Marwân al-Yuhânîsî (m. 1264), también menciona un zoco en Ohanes (Almería), localidad de la que era originario, así como otro hebdomadario que se celebraba el jueves (*suq al-jamis*) en Laujar de Andarax.

En los siglos XII-XIII, al-Mallahî, según información de Ibn al-Jatîb, nos habla de una Alpujarra dividida en *aqalim* (pl. de *iqlim*) o unidades administrativas que incluirían, dada su extensión, a los anteriores *ayza*. Es significativo que de los 5 *aqalim* en que se organizaría el territorio alpujarreño, 4 van unidos a un nombre tribal: *iqlim* de Farrayra, de Busharrat Bani Hassan, de Arsh al-Yamaniya, de Banû Umayya, de Arsh Qays. No sabemos con seguridad la composición tribal de la sociedad estaba aún presente en estas fechas o quizás, más bien, tales denominaciones aluden a un pasado altomedieval, en el que aquélla era un elemento más destacado. Por otro lado, el *iqlim* más extenso,

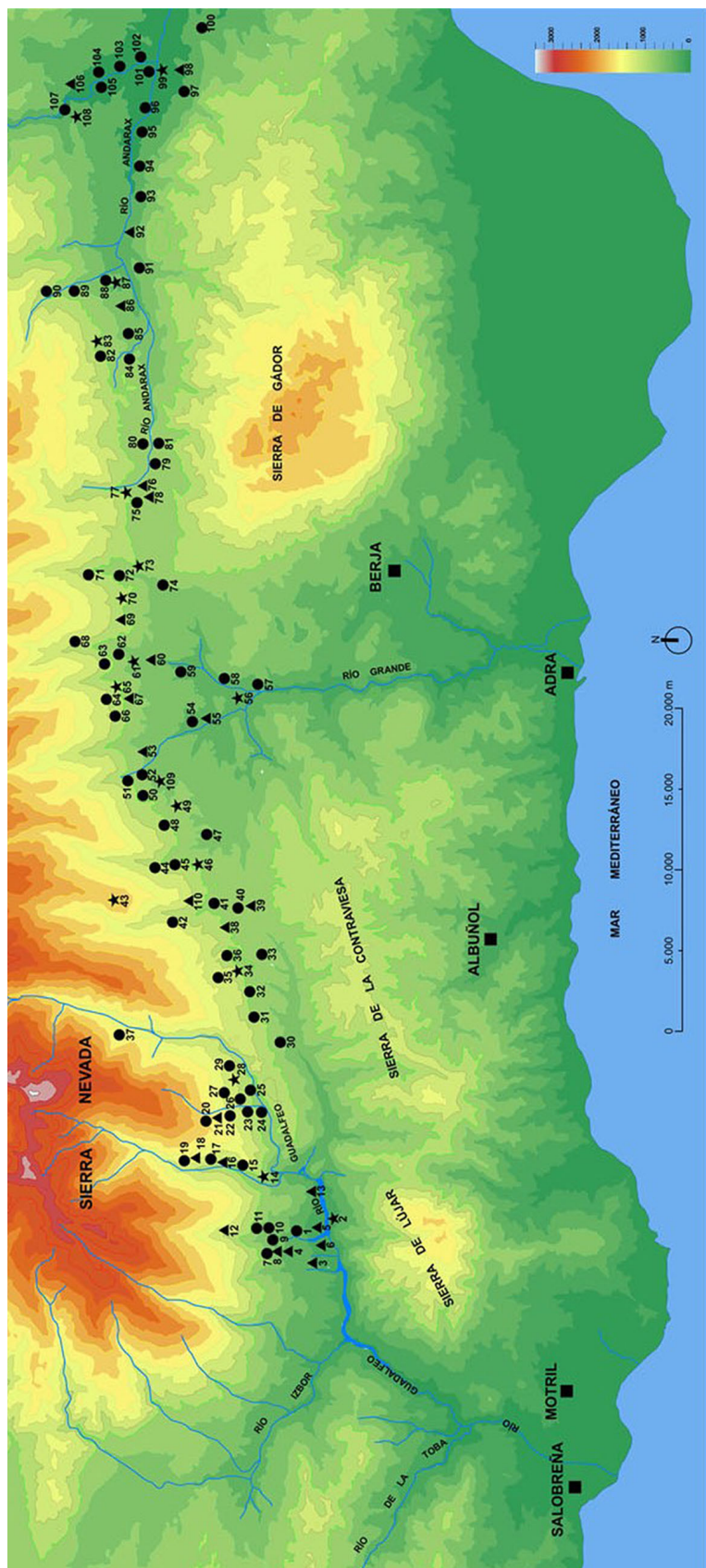
el de los Banû Hassan, que incluiría los *ayza* ' de Jubiles, Berja, y Dalías, así como los castillos de Alcolea y Adra, está relacionado con una de las tribus de clientes omeyas más influyentes de la época emiral y califal en el territorio granadino. Por otro lado, el resto de las tribus han jugado un papel muy importante en la primera historia de al-Andalus, como sucede con los qaysíes y yemeníes, así como con los mismos omeyas.

Precisamente, del periodo almohade-nazarí proceden las noticias más detalladas que tenemos sobre la sociedad alpujarreña, gracias al relato de la vida y milagros del santón de Ohanes, Abû Marwân al-Yuhânî⁵⁶. En él podemos ver unas comunidades rurales, en las que la agricultura y la ganadería son las actividades principales, y un territorio bien comunicado por diferentes caminos, pese a su fragosidad, lo que permite ir a Almería, Málaga, Guadix, Granada, así como hacer trayectos entre las propias alquerías alpujarreñas. Se trata de una sociedad musulmana en la que, junto a la mezquita, otro edificio religioso goza de una gran importancia, la rábita⁵⁷. La proliferación de rábitas en la Alpujarra al final de la época nazarí es un testimonio del éxito de fenómenos de tipo místico, sufí, que están presentes en todo el reino nazarí. Este tipo de espiritualidad, representada por *suyuj*, hombres de religión, místicos y ascetas, que disfrutaban de gran prestigio entre las comunidades, servía también para canalizar protestas sociales y políticas en el reino. Asimismo los reputados santones se convertían en personajes influyentes como mediadores entre las alquerías frente a las autoridades establecidas, como cadíes, alcaides y gobernadores.



Fig. 13. Aljibe del castillo de Poqueira

Debido a que la información más rica que tenemos sobre la Alpujarra procede en su mayor parte de la detallada documentación generada tras la conquista castellana, podemos decir que es, precisamente, el final de la época nazarí el momento mejor conocido junto con la instalación paulatina de los nuevos pobladores a lo largo del siglo XVI.



- | | | | | | |
|----------------------------|------------------------------|-------------------------------|-------------------------------|-----------------------------|--|
| 1.- Orgiva. | 19.- Capileira. | 55.- Ynqueyra. | 73.- Castillo de Alcolea. | 91.- Alcora. | 109.- Castillo de Válor. |
| 2.- Castillo de Orgiva. | 20.- Capilerilla. | 56.- Castillo de Escarientes. | 74.- Alcolea. | 92.- Bogorayar. | 110.- Despoblado altomedieval de Nariia. |
| 3.- Benizalte. | 21.- Aylacar. | 57.- Darrical. | 75.- Laujar. | 93.- Rágol. | |
| 4.- Sortes. | 22.- Pitres. | 58.- Lucainena. | 76.- alquería de El Hícan. | 94.- Instinción. | |
| 5.- Benisiete. | 23.- Mecina. | 59.- Cherín. | 77.- El Hícan de Andarax. | 95.- Illar. | |
| 6.- Pago. | 24.- Fondales. | 60.- Vnqueyar. | 78.- El Camaçen. | 96.- Bentarique. | |
| 7.- Cañar. | 25.- Ferreirola. | 61.- Castillo de Picena. | 79.- Fuente Victoria (Cobda). | 97.- Huéçia. | |
| 8.- El Fex. | 26.- Atalbéitar. | 62.- Picena. | 80.- Benecid. | 98.- Marchena. | ● ALQUERÍA |
| 9.- Bayacas. | 27.- Pórtugos. | 63.- Laroles. | 81.- Fondón. | 99.- Castillo de Marchena. | ▲ ALQUERÍA - DESPOBLADO |
| 10.- Carataunas. | 28.- Mezquita de Busquístar. | 64.- Jubar. | 82.- Beires. | 100.- Alhama. | ★ CASTILLO |
| 11.- Sopotufjar. | 29.- Busquístar. | 65.- Castillo de Jubar. | 83.- Castillo de Beires. | 101.- Terque. | |
| 12.- Barjas. | 30.- Notáez. | 66.- Mairéna. | 84.- Almódica. | 102.- Alhabia. | |
| 13.- Tijola. | 31.- Cástaras. | 67.- Marchelina. | 85.- Padules. | 103.- Alsodux. | |
| 14.- Castillo de Poqueira. | 32.- Níeles. | 68.- Bayárcal. | 86.- Bulinaba. | 104.- Santacruz. | |
| 15.- Pampaneira. | 33.- Lobras. | 69.- Ynica. | 87.- Castillo de Canjáyar. | 105.- Rochuelo. | |
| 16.- Beniodmin. | 34.- Fuerte de Jubiles. | 70.- Castillo de Paterna. | 88.- Canjáyar. | 106.- Bilinbin. | |
| 17.- Bubión. | 35.- Jubiles. | 71.- Paterna. | 89.- Níeles. | 107.- Aboloduy. | |
| 18.- Alguazta. | 36.- Timar. | 72.- Guarros. | 90.- Oñares. | 108.- El Hícan de Aboloduy. | |

Fig. 14. Plano de la Alpujarra nazarí

En el periodo nazarí la Alpujarra aparece dividida en tahas, otra división administrativa, que, seguramente anunciaba una nueva relación del Estado con estas comunidades. Algunos de los castillos emirales y califales, que habían sido cabeza de los *ayza*, van a ser reutilizados en este periodo, pero sólo de una forma muy parcial, a juzgar por la menor proporción de cerámica respecto a la Alta Edad Media (Fig. 13). Quizás se tratara de alcaides y pequeñas guarniciones en las principales fortalezas, cuya misión sería militar, fiscal y judicial para delitos criminales, como sabemos que ocurría en otros lugares del reino nazarí. Los castillos no son ahora el elemento esencial del poblamiento sino definitivamente las alquerías, jerarquizadas por sus dimensiones y las funciones administrativas que puedan ejercer.



Fig. 15. Ermita de Fuente Agria, Pórtugos

Así, por ejemplo, aunque los cadíes, dedicados a enjuiciar asuntos civiles, custodiar huérfanos, administrar las fundaciones de los hafices, se encuentran habitualmente en las ciudades, aquí, frente a la ausencia de éstas, podemos hallarlos en algunas de las principales alquerías. Nos constan en Berja (citada a veces como ciudad), Andarax (seguramente Laujar de Andarax), Dalías, Órgiva, Jubiles y Albuñol⁵⁸. Además de éstos parece haber existido el cargo de cadí del conjunto de la Alpujarra, según se observa en el mantenimiento de este oficio después de la conquista, aunque, como decimos, podía ser anterior, pues, en el siglo XIV, Ibn al-Jatib señala al sayj Abû-l-Hasan al-Yayyab como cadí de varias zonas (*yihat*) de las Alpujarras (al-Busharrat)⁵⁹. Al quejarse al sultán de la debilidad del territorio sobre el que tenía jurisdicción, éste

ordenó que se le añadiera el castillo de Escarientes, que, en efecto, según muestra la cerámica de superficie, estuvo ocupado en época nazarí.

Como hemos dicho, la alquería es el elemento básico del poblamiento rural, sobre todo en época nazarí (Fig. 14). Aunque hay diversidad de tamaños y complejidad de su tejido urbano, tienen unas características comunes. Son normalmente núcleos de población no amurallados, aunque a veces puede haber una fortaleza en su interior, como ocurre, por ejemplo, en Laujar de Andarax (quizás por ello algunas fuentes la llaman madina). Pueden estar constituidas por barrios separados por un pequeño accidente geográfico, como un barranco, elevación, etc., que parecen haber tenido un diferente origen étnico (Harat Alarab o barrio de los árabes), religioso o gentilicio. Presentan mezquita central, que es la aljama o aquélla en la que se realiza la oración oficial del viernes, y a la vez no es raro que tengan otras secundarias en los diferentes barrios o núcleos que la componen.

A estos edificios religiosos se añaden otros, generalmente denominados rábitas, que los castellanos interpretan en sus documentos como ermitas (Fig. 15), por su menor tamaño respecto a las mezquitas. Excepcionalmente se mencionan también *zawiyas*, que suelen albergar la tumba de un personaje reputado por su santidad. Es frecuente que cada barrio cuente además con una fuente (Fig. 16), a menudo asociada a alguna de estas construcciones religiosas.



Fig. 16. Fuente Agria, Pórtugos

La alquería es dinámica hasta el punto que en algunas de ellas se aprecia que obedece a un proceso de reagrupación de elementos separados con anterioridad que, a su vez, podían haber sido núcleos rurales independientes, como sucede con Órgiva, Laujar de Andarax, Pampaneira, etc.

Las alquerías son dueñas de un territorio próximo que parecen haber administrado de forma bastante autónoma, a nivel de explotación de pastos, monte, agua, tierra de cultivo, etc, todavía en época nazarí (Fig. 17). Dicho término está compuesto por una diversidad de tierras, desde el punto de vista jurídico y económico, lo que permite un aprovechamiento integral de terrenos de diversa calidad y entidad. La ley islámica, Shari'a, reconoce unas diferentes categorías de tierras y formas de explotación que básicamente son: *mubaha* o no apropiadas individualmente, a su vez divididas en *harim* o comunales (para pastos, recolección de frutos silvestres, caza, etc.) y *mawat* o muertas, que son apropiables por vivificación; y, por otro lado, las *mamluka* o verdaderamente apropiadas, que suelen situarse en las proximidades del hábitat. Generalizando un poco podemos decir que las *mamluka* serían tierras de regadío, y que las *mawat* podían ser de secano o bien de regadío si se encontraba agua en ellas, mientras que el *harim* podía ser definido como el monte, aunque también se llama así a la totalidad del término de la alquería⁶⁰.

En la Alpujarra el regadío ha sido la base esencial de la economía agraria hasta tal punto que, al menos en época nazarí, apenas se utilizaba el secano. Esta situación es recogida tanto por las fuentes fiscales de la primera época de la conquista como incluso los libros de Apeo del último tercio del siglo XVI, que señalan que no se cultiva el secano, sino únicamente de forma excepcional. Esto se debía sobre todo a que el regadío era suficientemente productivo como para asegurar la supervivencia de las comunidades y, como hemos visto, llevar al mercado el excedente. Esta organización agrícola proporciona una estructuración determinada del espacio cultivado y del hábitat. La alquería se sitúa a media ladera por encima de las terrazas de cultivo irrigadas. Más arriba del núcleo poblado se extiende el monte y, a veces, hay algunas parcelas de secano.

Puesto que la agricultura irrigada es el elemento esencial de la economía nos interesa conocer cómo se gestiona el agua. Las captaciones se realizan en la cabecera de los barrancos en cuyos márgenes están las alquerías, como sucede en el de Poqueira. Sin duda debió existir inicialmente una relación entre la explotación de estos ríos de origen nival y las alquerías que se situaban en sus lados, formando todo este conjunto, con el castillo, un distrito, que eran los *ayza* citados por al-'Udrí. Una muestra bien documentada de ello es el distrito de Sant Afliy (yuz Sant Afliy), que junto con sus alquerías (Laroles, Picena, Beniozmín, Armalata, Unqueyar e Ystarán) controlaba el río de la Ragua, y del que se conserva un texto de 1304 sobre el repartimiento del mismo.

Probablemente el diseño original de las acequias se debía al hecho de que cada alquería realizaba una toma de agua para su propio abastecimiento, buscando su propia autonomía, lo que no excluía cesiones parciales a otras situadas debajo que lo necesitaran, y que, a su vez, tenían también sus propias acequias. El sistema está tan interconectado que los acuerdos entre comunidades debieron de ser lo habitual⁶¹, como podemos ver con claridad en los repartimientos de agua conservados, algunos de ellos muy tempranos (1216), y en los libros de Apeo, de manera que a menudo dejan de regar los de arriba en un plazo de tiempo concreto, para que el agua llegue a los de abajo.

Los cultivos están igualmente bien documentados gracias, en su mayoría, a los textos posteriores a la conquista castellana. También contamos con fuentes agronómicas andalusíes muy notables desde el siglo XI al XV, si bien estas informaciones no

podemos casi nunca ubicarlas en lugares concretos, mientras que las anteriores sí. El espacio agrícola más importante, y a menudo único, es el irrigado, que casi siempre se sitúa debajo de la alquería, y está aterrazado para adaptarse a los desniveles del terreno, lo que a su vez es esencial para la conducción del agua de las acequias hasta los campos. Como cereales se sembraban en otoño el trigo y la cebada, mientras que en verano, por San Juan, el panizo y la alcandía, que se regaban. Es posible que el trigo y, sobre todo, el centeno, pudieran cultivarse en zonas de secano, más altas. Seguramente se alternaban los cereales en un ciclo rotativo con leguminosas como lentejas y garbanzos. El espacio agrícola era siempre una zona arbolada con frutales, que tenían diversas funciones: permitían la obtención de una segunda cosecha en el mismo suelo, protegían a los cultivos de las heladas, fijaban la tierra y la humedad, evitando la erosión. Por ello, frecuentemente se ubican en los límites de las parcelas, pero también en su interior.



Fig. 17. Capileira

Para saber los tipos de árboles cultivados antes de la conquista castellana hemos recurrido a los libros de habices (fundaciones musulmanas) de 1501, que pueden representar en torno a 1/3 del total de las propiedades agrícolas existente, pero que nos permiten conocer la proporción de especies. Así, el árbol más representado en los habices alpujarreños es el moral, sin que se especifique si el *morus alba* o el *nigra*, aunque quizás fuera este último, por su mejor adaptación al frío, que representa el 75 % de los plantíos documentados en este tipo de fuente⁶². No nos extraña, puesto que está bien atestiguada en las crónicas árabes la importancia de esta región para la producción sedera, que era de carácter familiar.

Le siguen en orden al número de menciones, el olivo, que suele ser de regadío, el castaño, la higuera, almez, nogal, cerezo, álamo, albaricoque, granado, manzano, peral

y ciruelo. Otros árboles que serían de secano son los almendros, asimismo se aprovechaban otros de tipo silvestre como el serval, el fresno, y la encina.

El secano también estaba arbolado, al menos en otros lugares del reino de Granada en que está más documentado, como por ejemplo, en Almuñécar, donde se plantaban vides (para la obtención de pasa) junto con higueras y almendros. Igualmente en el caso del cereal de secano se suelen encontrar encinas, olivos, e higueras. En la vertiente sur de Sierra Nevada la vid era también un plantío importante, especialmente en la Alpujarra Baja. Asimismo está también documentado el cultivo de plantas textiles y tintóreas, como por ejemplo el lino y la alheña.

En cuanto a la organización del espacio agrario, puede apreciarse que rara vez se dan monocultivos, ni siquiera del moral, que era una especie comercial, lo que apunta a una sociedad campesina que buscaba principalmente el autoabastecimiento a través del policultivo más que la especialización mercantil. No obstante, en el caso del moral, la razón de su amplio desarrollo debía de haber sido la existencia de una industria de carácter familiar. Había, pues, un pequeño comercio fluido, representado por los zocos que hemos visto, que conectaba con redes comerciales más amplias, es decir, con las ciudades del reino y con el exterior, como era el caso de mercaderes portugueses e italianos de la costa.

La parcelación es también muy pequeña, según se registra en los habices de 1501, siendo habitual parcelas que miden de 0'5 marjales a 6 ó 10, como mucho, por lo que, seguramente, la pequeña propiedad era también dominante. Esto apunta en una doble dirección, por un lado a una división extrema de la propiedad, debido a la ley de herencias, y por otro, posiblemente, hacia unas diferencias socioeconómicas poco marcadas a finales en la época nazarí en este medio montañoso y rural.

La instalación de los castellanos, que fue un hecho paulatino en la Alpujarra, pues, las capitulaciones facilitaron el mantenimiento de una población primero musulmana y luego morisca hasta el último tercio del siglo XVI, introdujo también algunas modificaciones. La más inmediata fue la creación de señoríos en los extremos de la misma: el de Órgiva en occidente y el de Marchena en Almería, lo que conllevaría, seguramente una acumulación de propiedades en pocas manos.

En el marco del nuevo poder castellano, los musulmanes del reino de Granada de la Alpujarra se sublevaron dos veces, primero como mudéjares y luego como moriscos. En las dos ocasiones los habitantes de la Alpujarra tuvieron un importante protagonismo. Las dos veces también el conflicto estuvo liderado por los miembros de un linaje ilustre y antiguo del Islam, la familia Omeya, que residía en Válor y en el área oriental de la taha de Jubiles. Su expulsión final significó la desaparición de más de un tercio de las alquerías, que pasaron a convertirse en cortijos o quedaron únicamente como topónimos, mientras que las que quedaron fueron repobladas por gentes de diferentes lugares de la península ibérica.

3.5. Conclusiones

1.- La ocupación romana de la Alpujarra está atestiguada por la toponimia y la arqueología. Muestra unos hábitats interesados en la agricultura y la minería, así como en el control de ciertas vías de acceso al interior de Sierra Nevada, vigilando los valles en dirección N-S que lo permitían. Asimismo otros yacimientos se ubican en zonas llanas, próximas a ríos. Posiblemente en este tiempo no estaba totalmente desarrollada la red de acequias aunque pudiera haber algunas.

2.- En época altomedieval la organización en distritos o *ayza* ' tiene en cuenta la estructura geográfica en valles perpendiculares a las laderas de Sierra Nevada. Posiblemente esta disposición de las alquerías facilitó ya la organización de la red inicial de acequias que seguiría desarrollándose con posterioridad. Ya en el siglo X y XI están documentados en al-Andalus y en la Alpujarra cultivos que requerían el riego, como el moral.

3.- En época nazarí el principal elemento de poblamiento no es el castillo ni el distrito o valle, sino sobre todo la alquería, un núcleo no fortificado, formado por barrios separados, de posible origen gentilicio, étnico o religioso. Estaban dedicadas a la explotación del regadío, principalmente, pues el secano era secundario. La ganadería, que no entra en los campos de riego y aprovecha la comunidad de pastos para subsistir. Utilizan una trashumancia de corto radio, de la montaña a la costa en invierno y viceversa en verano.

4.- La población mudéjar y morisca fue importante en la Alpujarra hasta el punto que constituyó un destacable foco de resistencia a la corona castellana durante la rebelión de 1501 y la de 1568. Aunque fueron expulsados, la huella que dejaron en el paisaje es reconocible todavía hoy.

04

PUEBLOS Y CASAS DE LA ALPUJARRA ALTA EN LA EDAD MODERNA

- 4.1 Breve esbozo histórico de la Alpujarra a mitad del S.XVI*
- 4.2 La formación de la sociedad alpujarreña*
- 4.3 ¿Qué tipo de hábitat encuentran los repobladores de estas montañas?*
- 4.4 ¿Qué cambios operaron los colonos y sus descendientes?*
- 4.5 Conclusión*

PUEBLOS Y CASAS DE LA ALPUJARRA ALTA EN LA EDAD MODERNA

Por Marie-Christine Delaigue

Este capítulo se centra en el desarrollo del patrimonio de la Alpujarra Alta: pueblos y casas. Escogí como momento inicial para averiguar el desarrollo de este patrimonio el siglo XVI para el cual disponemos de varios tipos de documentación que permiten un acercamiento a la vivienda y a estos pueblos. Por supuesto, esta época no es la del origen de los poblados que tienen raíces en la época musulmana y para algunos quizás en épocas anteriores, pero de momento, en ausencia de excavaciones arqueológicas, la fisonomía de estos pueblos, anterior al siglo XVI, nos es bastante desconocida⁶³ o por lo menos nuestro conocimiento es fragmentario y se centra en los monumentos más imponentes como son los castillos (*fin*), mientras que sabemos muy poco de las viviendas humildes.

El objetivo de este trabajo se centra en la producción de cultura material de las sociedades que se sucedieron en estos parajes (morisca heredera de la musulmana y luego la de los repobladores castellanos), plasmada en las viviendas organizadas en pueblos, para hacer hincapié en los cambios que sufrieron y en su adaptación a las situaciones sociales. Por lo tanto subrayaremos los rasgos de la sociedad que tienen incidencia en la producción de este paisaje construido sin intentar abarcar todos los aspectos de estas sociedades, aspectos que en gran parte han sido ya estudiados por los historiadores de la época moderna. Nos fijaremos sobre todo en tres elementos culturales que afectan de una forma u otra a las viviendas: la familia, las alianzas y la herencia. El análisis, de tipo histórico, no abarca la penúltima etapa del desarrollo de la vivienda tal como la estuvieron viviendo los habitantes del siglo pasado, antes de la fase de la introducción de nuevos materiales y la consagración de esta arquitectura tan peculiar que hoy en día podemos apreciar porque considero que es bastante bien conocida⁶⁴. Sin embargo, la comprensión de las descripciones de la casa alpujarreña en los textos históricos no se puede entender sin un buen conocimiento de su sistema constructivo tradicional.

Este capítulo hace una síntesis de un conjunto de trabajos ya publicados a los cuales se hace referencia en el texto. Se han añadido también algunos datos nuevos, objeto de comentarios más detallados. Para no entorpecer la lectura se han suprimido varias referencias que se encuentran en los textos iniciales utilizados.

4.1. Breve esbozo histórico de la Alpujarra a mitad del siglo XVI ⁶⁵

A principio del siglo XVI (en 1500), el levantamiento de los mudéjares de la Alpujarra tiene como consecuencia su forzosa conversión a la fe católica, empu-

jando numerosos moriscos a pasar “allende” a la costa africana. Empieza entonces el paulatino despoblamiento de la región. Al mismo tiempo, se introducen colonos (primera repoblación), poco numerosos que se instalan en los pueblos alpujarreños. La comarca, dividida en tahas⁶⁶ es mayoritariamente tierra de realengo (salvo la taha de Órgiva con el lugar de Busquístar que se da en señorío)⁶⁷.

Las distintas vejaciones que tuvieron que soportar los moriscos les empujaron a levantarse en 1568. Una vez apaciguada la región, la Corona decidió la deportación de los moriscos a otras tierras y proceder a una segunda repoblación que ha dado lugar a una toda una burocracia consignada en los Libros de Apeo y Repartimientos (L.A.R.) que se conservan en el archivo de la Real Chancillería.

4.2. La formación de la sociedad alpujarreña

Es imprescindible incidir en la formación de esta sociedad y en sus dificultades iniciales porque los rasgos de esta cultura, al principio una especie de *melting pot*, se irán afianzando luego a lo largo de los siglos y marcarán el desarrollo de la sociedad y su cultura material.

Los libros de Apeos que consignan todo el proceso de repoblación en cada municipio, recogen el origen de las familias que se asentaron en la Alpujarra y testimonian el mosaico que conforman los colonos. La mayoría de ellos venía de Andalucía occidental (34%)⁶⁸ y el grupo de los gallegos era particularmente importante (representan el 5%).

Los patrones de asentamiento varían según las localidades. En unos pocos municipios los colonos son paisanos, de una región (en Trevélez se inscriben todos como gallegos), de una provincia (en Atalbéitar donde, salvo uno, todos son de Soria- de la Calzadilla o de Pedrales) o incluso del mismo lugar (en Mecina Bombarón los nuevos moradores provienen todos de Brihuega- Guadalajara). Sin embargo, en general la sociedad de los pueblos alpujarreños se compone de un mosaico de colonos de distintos orígenes, aunque siempre con la presencia de algunos grupúsculos de paisanos, a veces familiares, que desarrollarán formas de solidaridad.

Aunque en teoría esta colonización estaba guiada por la voluntad de repartir de forma equitativa entre los repobladores las fincas abandonadas, dicho deseo no se cumplió y rápidamente se dibujó una sociedad que se alejaba del modelo igualitario, y estaba estructuralmente marcada por la tendencia de algunos de los repobladores a concentrar patrimonio⁶⁹. Varias circunstancias favorecieron esta tendencia. En primer lugar desde el inicio del proceso no se respeta este principio ya que algunos repobladores, son agradecidos por algún servicio (cargos militares, administrativos)⁷⁰ con varias “ventajas” en tierra, árboles....

También influyeron las dificultades a las cuales se tuvieron que enfrentar los colonos: una región devastada por la guerra, y unas técnicas que desconocían: los repobladores, gente de secano, se asentaban en un terreno montañoso que proporciona frutos gracias a los sistemas de riego y debía gran parte de su riqueza a la cría de la seda a la cual no

estaban familiarizados estos nuevos pobladores.

Las dificultades de asentamiento de los colonos se manifiestan en la inestabilidad de la población que recogen tanto los Libros de Apeos como las sucesivas Visitas. Ya a la hora de hacer el reparto de las suertes (los lotes que se entregan a los repobladores incluyen casas, distintos tipos de tierra y árboles) varios Libros de Apeos como el del Barranco de Poqueira o el de Cástaras y Nieves registran la baja de varios colonos que no acudieron o se marchan enseguida, dando lugar a la entrada de nuevos colonos. Sin embargo, la inestabilidad de la población no se debe imputar sólo a la dificultad por trabajar esta tierra áspera sino que responde a “estrategias cuidadosamente elaboradas”. De hecho, los movimientos de la primera hora (entre 1572 y 1577) tienen lugar en la cercanía, en los límites de la Alpujarra granadina y se explican por la búsqueda de mejores condiciones de vida, o sea de las posibilidades de acumular un capital en tierra. Para lograrlo los colonos observan distintas estrategias (dispersión de la parentela, dispersión de las tierras (suertes), pequeñas concentraciones de familias, solidaridad entre familiares o paisanos, alianzas y prudencia) que les aleja de la imagen de unos colonos que no tienen nada que perder, aventureros que se marchan tan rápido como han llegado.

La primera estrategia que utilizan los repobladores en el momento de asentarse en las Alpujarras reside en el hecho de escoger una cuidadosa dispersión de los miembros de una comunidad y de respetar una escrupulosa solidaridad entre ellos. Así Bartolomé Rodríguez, de Coto de Pombeiro, tierra de Lemos (Lugo) vino como “comisario superintendente, nombrado por el muy Ilustre Licenciado Moya” y presentó en octubre de 1572 una *“lista de 27 pobladores de Pombeiro de Lemos los que yo, Bartolomé Rodríguez, trae alistados en mi lista y a mi cargo”*⁷¹ de los cuales sólo una decena se instaló con él en el Barranco de Poqueira. La dispersión de una misma familia permite luego escoger el sitio que presenta más ventajas. Así los Pacheco de Santisteban del Puerto (Jaén) se separan al principio: dos en Órgiva y uno en el Barranco de Poqueira. A Bernardino se le entregan dos suertes en Órgiva, pero él y su hermano Pedro escogen asentarse en el Barranco de Poqueira donde reside el tercer hermano y donde se casará en segunda nupcias Bernardino⁷².

Otros colonos logran obtener suertes en distintos sitios, la dispersión de las suertes entre varios pueblos no es frecuente pero permite una diversificación de los aprovechamientos y a corto plazo la posibilidad de escoger. Así García de Montossa, de Antequera (Málaga) coge una suerte en Busquístar en noviembre de 1574, en abril de 1576 abandona la de Busquístar *“por ser tornar a la suerte que tenía en Notaos”*⁷³; también Diego, vecino de Soportújar compra sucesivamente una suerte en Carataunas y otra en Soportújar, de la misma manera Juan de Hortesa, vecino de Cáñar, compra de su suegro otra suerte en Carataunas⁷⁴.

Los lazos familiares o de paisanos incrementan las posibilidades de conseguir capital y facilitan la vida. Así se busca diversificar y al mismo tiempo, como lo hemos visto para los hermanos Pacheco, concentrar en el mismo sitio parte de la familia o de los ciudadanos de mismo origen. A la hora de traspasar las suertes se busca algún conciudadano o familiar. En el Barranco de Poqueira, de la decena de traspasos de suertes que se dan en 1577, diez conciernen a nuevos pobladores recién llegados de Coto de

Pombeiro de donde son originarios varios de los primeros colonos que se instalan en el barranco. Se apela también a una solidaridad de paisanos cuando ocurren problemas: Pedro González de Rielo, gallego, por “ciertas pasiones”⁷⁵ que tuvo en Trevélez, pueblo donde reside, tiene que abandonarlo y permuta su suerte en 1577 con otro gallego de Atalbéitar.

En esta sociedad la familia juega un papel de importante para poder incrementar el patrimonio según tres principales modalidades.

La más corriente consiste en pedir las suertes que se quedan vacías o traspasarlas a algún familiar. Alonso de Viciosa ilustra el primer caso, vecino de Bayaca recibe en 1574 dos suertes, compra otra en 1575 y cuando aquel año los oficiales de visita señalan tres suertes sin dueño, las pide para él mismo y su yerno (hijo de Pedro de Brebia, nuevo colono que recibió dos suertes y compró otra) que ya tiene una. Entonces estas dos familias emparentadas tienen una docena de suertes, casi la mitad de las que cuenta el pueblo⁷⁶.

Se puede también incrementar el patrimonio gracias a la emancipación de los hijos menores de edad y conseguir el traspaso de una suerte. Muchos padres recurren a este trámite: Cristóbal de Cañavate emancipa a su hijo de 18 años que recibe una de las suertes abandonadas; Rodrigo y Alonso de Carvajal, colonos venidos de Plasencia, reciben en 1576 cada uno una suerte y Alonso se compra otra y sus hijos de 22 y 20 años reciben cada uno una suerte además de la que tenían ya. La familia contabiliza entonces en total 7 suertes (L.A.R Barranco de Poqueira). Bernardino Pacheco encuentra en la emancipación de su hijo de 12 años y medio la única manera de adquirir una nueva suerte: hemos visto que Bernardino se instaló en Órgiva con un hermano suyo mientras otro hermano suyo escoge Poqueira. Bernardino se casa con una mujer de Poqueira a donde se traslada en 1573, abandonando sus dos suertes de Órgiva. En Poqueira se le adjudican también dos suertes pero se queja porque al mismo tiempo el juez quito a su mujer su suerte, argumentando que marido y mujer no pueden tener cada uno una vecindad para llegar a instalar el número de vecinos previsto (*“si mi mujer y yo moviésemos de tener dos vecindades, no se cumpliría el número de vecinos que S.M. manda que se pongan”*). Bernardino sigue pidiendo las suertes vacías, sin éxito, hasta que en 1576 emancipa a su hijo de doce años y medio y obtiene una de las suertes abandonadas⁷⁷.

La transmisión de una suerte a un familiar en línea directa es también una forma de acumular bienes. Bartolomé Sánchez de Busquístar, cuando se va, deja su suerte a su hermano Antonio Rodríguez (L.A.R. Busquístar, folio 78). Catalina de Aliaga es viuda y deja las suertes de su marido en Pórtugos a su hijo y pide otra suerte porque, a pesar de haberse vuelto a casar, se queda *“sola con un muchacho de diez años”* y pide la suerte abandona por Juan Gutiérrez⁷⁸. Al mismo tiempo esta solución permite diversificar la localización de los bienes: Alonso Martín Carrasco de Cuenca aprovecha sus cambios de residencia para favorecer a sus descendientes. Originario de Cuenca, Alonso se instala primero en Lobras en diciembre de 1574, luego se instala en Pórtugos donde se le dan dos suertes abandonadas por el antiguo inquilino. Cuando en abril de 1576 decide irse a Busquístar se dio a su nieto Alonso Martín Carrasco sus dos suertes de Pórtugos. En Busquístar se le entrega una suerte abandonada y otra a otro

nieto suyo, entonces menor de edad⁷⁹.

Si los lazos familiares juegan un papel importante para acumular capital, un momento clave es el de las alianzas que permiten ampliar un círculo o reforzar la parentela, evitar la dispersión de los bienes...

Ciertamente el matrimonio más atractivo por su interés económico es una unión con los cristianos viejos. Pues estos colonos de la primera repoblación, aunque constituían sólo una pequeña comunidad aislada en medio de la mayoría morisca, supieron incrementar su patrimonio a lo largo de sus años de presencia en la Alpujarra granadina. Las posibilidades de enlaces eran pocas y varias de estas familias estaban emparentadas. Por ejemplo en el barranco de Poqueira dos hermanos Martín y Cristóbal de Cañavate han contratado matrimonio con dos hermanas de Jubiles, Catalina y María⁸⁰, y una tercera hermana se instala también en Bubión con otro cristiano viejo. Los cristianos viejos tuvieron también la oportunidad de incrementar su patrimonio gracias a declaraciones falsas ya que faltaban conocedores que podían discutir sus declaraciones y ellos mismos son los que proceden a la identificación de los bienes (por ejemplo en Cástaras, Juan de Villareal y en Los Bérchules, Floristán Martín, los dos viejos cristianos oriundo de estos pueblos participan en el inventario). Del mismo modo estos cristianos viejos aseguran que las cartas de dote de sus mujeres han desaparecido, quemadas durante la rebelión o *“que la llevaron los moros quando se llevaron a Órgiva y se quemaron los papeles de Diego de Silva y aun tambien entiendo que se quemaron los registros de las demás cartas de dote de las dhas mys mugeres”* afirma Andres Camacho, vecino de Órgiva que estuvo casado tres veces⁸¹.

Valeriano Sánchez Ramos (2000) mostró que las viudas, cristianas viejas que habían perdido a su marido durante el levantamiento de los moriscos, gozaban de un buen nivel económico, gracias a la obtención de renta o por su patrimonio y cualquier enlace con ellas significaba un aumento patrimonial rápido. De hecho, en la Alpujarra granadina estas viudas no tardan en volver a casarse con los repobladores: de las tres viudas del Barranco de Poqueira, dos (Polonía de Aragón y María Villanueva) aparecen rápidamente casadas con un colono. En el caso de María Villanueva el incremento patrimonial no es inmediato, como lo hemos visto el juez retira la suerte que ella tenía, no obstante María hereda también de los bienes de su padre Juan Cabezón⁸², viejo cristiano, que tenía bastantes bienes en Juviles, Cástaras y Nieves⁸³. Por su parte el matrimonio de Bernardino viudo, con un hijo de menos de diez años en el momento de contraer nupcias, obedecía ciertamente a varias razones: ayudar en la educación de los hijos y el repartimiento de las cargas de trabajo y lograr una mejoría de su patrimonio. En cuanto a los matrimonios entre colonos parecen sobre todo afianzar los lazos dentro de una misma comunidad, incluso en el seno de la misma parentela: en Órgiva dos colonos de Valencia de la Torre se casan, unos años más tarde Isabel, hija de Antonio Carpintero, gallego que reside en Bubión, toma por esposo a otro gallego de Fondales y Pedro de Ávila, igualmente gallego, nuevo poblador de Bubión, se casa en 1578, con su sobrina, hija de su hermana⁸⁴. Las bodas en el seno de un mismo linaje constituyen una solución que evita la hemorragia y la dispersión de los bienes en el momento de la repartición de la herencia.

Todas las estrategias enumeradas muestran la prudencia de los colonos. Además, y a

pesar de las dificultades de comunicación, mantuvieron lazos con sus comunidades de origen donde han dejado bienes que no vendieron antes de partir o de los cuales heredan en el transcurso de su estancia en la Alpujarra. Francisco Rodríguez, repoblador de Busquistar decide volver a su tierra de Plasencia pues *“tiene muchas y más cantidad en valor de la dha suerte (de Busquistar) en la ciudad de Plasencia de donde soy natural con que me poder sustentar honrossamente”*⁸⁵. A menudo se recurre a la solidaridad familiar o de paisanos para cobrar una herencia o vender los bienes que quedan allí, una vez realizada la instalación en la Alpujarra.

Así a finales del siglo XVI, la sociedad de la parte de la Alpujarra granadina que hemos podido observar a través de la documentación, se caracteriza por la desigualdades económicas entre sus vecinos, cierta inestabilidad en los primeros tiempos en los cuales se encuentra diezmada por las dificultades que encuentran al asentarse (según las Visitas de 1576, 1578, 1587, 1591, 1597⁸⁶ en muchos pueblos no quedan más de la tercera parte de los colonos y varios lugares quedan despoblados), dificultades a las cuales se añaden entonces condiciones climáticas nefastas y enfermedades como la peste ⁸⁷. Es también una sociedad abigarrada que oscila entre varias estrategias matrimoniales: por una parte busca reforzar los lazos dentro de las comunidades de un común origen y por otra parte intenta ampliar la red de solidaridad.

La documentación muestra situaciones familiares complicadas, marcadas por la mortalidad: mujeres viudas con niños de corta edad, mujeres que mueren (seguramente durante el parto) dejando niños pequeños. Las familias recompuestas (las bodas en tercera nupcias y entre viudos que aportan familia de las uniones precedentes) no son raras y comparten espacio en las casas donde vive la descendencia de los distintos matrimonios. Así Gaspar Nieto reconoce que María, hija que su segunda mujer tuvo antes de casarse con él, ha vivido con él antes de casarse así como el hijo que Gaspar tuvo de un primer matrimonio⁸⁸.

La necesidad de tener descendencia para trabajar la tierra, ocuparse del ganado... y la complementariedad de los roles de cada esposo obliga en muchos casos a contraer matrimonios seguidos. Así Catalina en su testamento reconoce que se ha gastado toda su dote en criar a los niños que tuvo de su primer matrimonio y a la hora de contraer en segunda nupcias a Juan Ximénez no tenía dote⁸⁹. Para así evitar problemas entre los hijos o con el cónyuge que queda, los propietarios de algún bien no tienen más opciones que testar.

A pesar de venir de diferentes regiones con tradiciones quizás distintas, los testamentos consultados reflejan una preocupación común, la de hacer un reparto justo de los bienes (no se favorece al hijo mayor, pero sí se le puede encomendar responsabilidades especiales como velar para la fundación de memoria⁹⁰, para que reparta dinero a una hermana⁹¹). Para lograr esta repartición justa se recomienda que se haga *“trayendo cada uno una partición lo que les he dado en dote i tienen recibido”*⁹², precaución indispensable en los casos de hijos de varios matrimonios que han casado también varias veces y tuvieron varias dotes. Es el caso de la familia de Andrés Camacho, cristiano viejo de Órgiva. De su primer matrimonio le queda una hija que se casó dos veces y él afirma haberle entregado dos dotes; además recibió la herencia de su madre. De su segundo matrimonio le quedan dos hijos: María, casada, tuvo también su dote y

Juan; los dos deben todavía recibir una herencia de su madre. Su tercera mujer heredará también⁹³. Esta preocupación de equidad atañe sobre todo a las hijas todavía doncellas en el momento de redactar el testamento para que puedan también disfrutar de una dote a la hora de casarse⁹⁴.

Así a lo largo de las actas notariales se dibuja una fuerte solidaridad familiar que une a los miembros de familias amplias: cuñados que entregan a una cuñada la suerte de su hermano muerto⁹⁵, una suma de dinero, la casa de los padres⁹⁶, hijos de un matrimonio que velan por los intereses de una hija de su madrastra⁹⁷... Esta solidaridad familiar permite también que vivan en la misma casa familias recompuestas, tíos y sobrina⁹⁸, abuela viuda con uno de sus nietos aunque esté todavía vivo su padre⁹⁹.

Hay que mencionar también la presencia en varias familias de criados y esclavos, berberiscos o moriscos. Predominan las esclavas trabajando en el servicio de la casa mientras criados y esclavos se encuentran más bien en casa de ganaderos (Pedro de Aravia¹⁰⁰, Gaspar Nieto, Andres Camacho¹⁰¹).

La documentación notarial¹⁰² permite apreciar algunos rasgos estructurales de esta sociedad que tienen repercusiones en el patrimonio y especialmente en la vivienda. En primer lugar parece que las casas se entregan sobre todo a las hijas en dote y pasan de madre a hija mientras que los hijos reciben más bien tierras. En caso de los padres que no tienen más que una casa, las casas ofrecidas en dote suelen pasar a la hija a la muerte de la madre cuando se libera la casa, el ajuar se entrega antes. Hasta 1585, la repartición igualitaria de los bienes de los padres no entraña muchas particiones de casa. El único caso es el del cristiano viejo Luis de Cuéllar. Su primera mujer Catalina de Vilches había traído en dote la mitad de una casa en Nigüelas (la otra mitad pertenece a su hermana Ana)¹⁰³ y su hija Luisa de Cuéllar recibe en dote una casa en Albacete y “*dos palacios bajos e dos altos que están en la misma casa de los dichos luys de Cuellar con un pedazo de huerto a la espaldas de los susos dichos palacios... en Beniçalte*”¹⁰⁴. La partición de los bienes en esta época delicada no atomiza las propiedades, pues está compensada por la partida de gran parte de los colonos y la consiguiente posibilidad de recibir otra suerte, por la mortalidad tanto infantil como de los adultos que evita dividir en pequeños lotes los bienes.

4.3. *¿Qué tipo de hábitat encuentran los repobladores de estas montañas?*

La documentación disponible para esta época (libros de Apeo, libros de Habices, archivos notariales) muestra una región devastada por la guerra con la mitad de las casas derribadas o en mal estado, árboles quemados o destrozados, acequias obstruidas...

Pero no son sólo los destrozos que modifican el tejido urbano de los pueblos tal como lo conocemos hoy en día. Las descripciones muestran unos pueblos divididos en barrios aislados uno de otro por huertos regados a través del sistema de acequias que

pasan por encima de los pueblos. Además el tejido urbano de estos barrios es abierto, verde, gracias a la presencia de huertos adosados a las casas¹⁰⁵, de árboles que bordean las calles (morales, castaños y nogales) o abrigan las puertas de entrada de las habitaciones (morales en general en la Alpujarra Alta, a veces una parra). De hecho, las casas no suelen conformar manzanas muy importantes. En Los Bérchules, donde se hizo un inventario preciso de las viviendas disponibles antes de entregarlas a los repobladores, se especifica que algunas casas tienen “pared y medio” o sea se encuentran adosadas a otras y componen manzanas más bien cortas: en general las casas están agrupadas dos por dos y en algunos casos llegan hasta tres o cuatro¹⁰⁶. En todo caso estos grupos de viviendas no representan ni la mitad de las moradas de un barrio donde las casas se encuentran más bien “solas” como las describen los conocedores del repartimiento.

En general, para proceder al repartimiento de las viviendas los “conocedores”, encargados de las descripciones de los bienes retirados a los moriscos, mencionan el nombre del dueño o inquilino morisco que ocupaba cada edificio, procurando por lo tanto una imagen de la repartición espacial de los grupos sociales. En primer lugar destaca la presencia de un diminuto grupo de vecinos, cristianos viejos alrededor del templo del lugar, en el barrio principal. En el Barranco de Poqueira los cristianos viejos vivían todos en Bubión¹⁰⁷, pero las indicaciones de los conocedores no permiten apreciar en qué barrio residían; en Cástaras, Ángel Bañuelos Arroyo observa que las casas y huertas de los cristianos viejos se encontraban en el barrio Medio, cercanas a la iglesia, y considera que es en este barrio donde esta comunidad desarrollaba su vida cotidiana, separada del resto de la población morisca¹⁰⁸. En cambio en Los Bérchules, que cuenta con tres iglesias en distintos barrios (en el de Purchena, el de Cuchurio y el de Alcudia), esta minoría se encuentra más diseminada en el pueblo: en casi todos los barrios vivían dos o tres familias en medio de los vecinos moriscos y varios de ellos (Cristóbal de Arévalo y el bachiller Crespín, beneficiado de la iglesia de Cuchurio) además de la vivienda que ocupaban poseían otras casas en este barrio. Estos casos favorecían la convivencia entre familias de distintas religiones. Incluso, en Los Bérchules se denunció el caso de una mujer cristiana Isabel, renegada de su fe (aunque más adelante se le ha absuelto), que se comportaba y vestía como una “mora”¹⁰⁹.

La sociedad morisca ocupaba la mayoría de las casas, agrupadas en barrios aislados, designados a menudo por un topónimo gentilicio (por ejemplo Beniziet en la taha de Órgiva). Si esta designación ha podido corresponder, en un momento dado, a la plasmación en el espacio de las diferentes filiaciones de la sociedad organizada en grupos tribales, en la época morisca, este esquema no sigue vigente. De hecho, los nombres que los conocedores dan a los moriscos son bastante diversos y se asemejan más a apodos que a una designación a través de los criterios de la filiación. Sin embargo los pequeños agrupamientos de casas parecen a menudo ocupados por familias que tienen lazos cercanos: “cassa del mismo Diego aluertar morisco mas otra cassa que esta junto a ella de su padre del suso dicho”¹¹⁰; “Yten otra cassa pared y medio de esta de arriba desbaratada que tiene dos morales de cristóbal de arrevalo a la Puerta que Hera de la biuda de lonrenço cenera morisco. Yten otra cassa medio cayda mas arriba que hera de Alonso cenena morisco que está pegada con otra de Andres haytas morisco la quales estan entre quatro calles”¹¹¹. Sin llegar a abrigan grandes linajes (los lazos no sobrepasan una generación y abarcan hermanos y primos), estos pequeños agrupamientos

de casas, aislados de sus vecinos por la presencia de los huertos que los circundaban, dejaban así espacio para poder más adelante construir nuevas casas.

Las calles, más bien caminos, unen los distintos grupos de casas y barrios y algunos puntos destacados del paisaje como una fuente, un horno, una rábita, cementerio musulmán, antigua mezquita y a parte de la Calle Real que atraviesa el pueblo, se designan por el pueblo al cual llevan... La documentación menciona también la presencia de placetas, plazas donde se ubican algunos edificios particulares como hornos, (que pertenecen o bien a algún morisco o a los habices)... un palomar en Los Bérchules.

La iglesia se encuentra o bien en el epicentro de los barrios o en una de sus extremidades (por ejemplo en Bubión). En estos primeros años el templo corresponde a la antigua mezquita mayor, consagrada en iglesia. La situación del *masjīd* parece depender de la presencia de una fuente, necesaria para proceder a las abluciones rituales, y de una plaza¹¹². Las mezquitas rurales alpujarreñas carecen de minarete¹¹³ y no se diferencian de las casas de los pueblos, incluso se adjudican como vivienda a los nuevos pobladores¹¹⁴; sin embargo, en algunas de las iglesias se edificó, en la primera mitad del siglo XVI, una torre (por ejemplo en Los Bérchules donde las iglesias de Alcutar y Cuchurio tienen torres¹¹⁵. Devastadas durante la rebelión (los cristianos viejos se refugiaban entre sus muros que los moriscos intentaron quemar) se encuentran en general todavía en mal estado cuando se procede al repartimiento.

Si la documentación del siglo XVI permite restituir el urbanismo y la organización de la trama urbana de estos pueblos alpujarreños, en cambio es muy parca en lo que concierne las casas. Sin embargo las pocas anotaciones que se refieren a las viviendas permiten asegurar que se empleaba ya el sistema constructivo que hoy en día caracteriza a la Alpujarra Alta.

El término más frecuente es el de *cuerpo*, utilizado sobre todo para describir los solares en los libros de Apeo “*un solar de dos cuerpos...un solar grande...que tiene cinco cuerpos*”¹¹⁶, sin duda¹¹⁷ porque en los solares se puede o apreciar la estructura de los edificios en ruina. De hecho, el solar aparece en el libro de Apeo de Los Bérchules como el último escalón de destrucción de un edificio que puede ser primero habitable, medio habitable, medio caído, desbaratado y al final hecho solar. Este *cuerpo* corresponde a lo que hoy en día los alpujarreños llaman nave o sea las cuatro paredes que definen una construcción elemental cuya anchura depende de la longitud de las vigas que sustentan la cobertura. Es el término que sirve también para designar una nueva mezquita construida en Alguastar “*un cuerpo nuevo...que hicieron para mezquita*”¹¹⁸.

Otro término que se refiere a la estructura de las casas es el de *cámara* cuyo empleo es menos preciso y puede abarcar varias realidades. De los significados que proporciona de la palabra el Diccionario de la Real Academia, se pueden retener dos: la de “sala o pieza principal de una casa” y en contexto rural la de “local alto destinado a recoger y guardar los granos”, sentido que proporciona igualmente Corominas “piso alto donde se guardan las viandas y el grano”. La acepción más frecuente, sobre todo en los libros de Apeos, se refiere a un local alto “*una casa...encaramada de una cámara en alto*”¹¹⁹. A veces se refuerza la palabra castellana con la árabe de *algorfa*¹²⁰ que designa igualmente una habitación en alto “*una casa que tiene una camara algorfa*”¹²¹.

La cámara puede también tener el sentido de habitación: *“una camara en alto en que ay dos cámaras”*¹²² o *“una casa toda encaramada de una camara en que tiene quatro camaras”*¹²³. Cuando se encuentra en la planta baja es sinónimo de palacio que designa en general una habitación de la planta baja: *“una cassa... medio habitable que tiene unas camaras vajas”*¹²⁴ o *“una casa ... con tres camaras ... e las dos cámaras tienen sus palacios baxos e la otra camara esta syn palacio porque es palacio baxo e llamanla camara”*¹²⁵; otra expresión frecuente en los libros de Apeo es *“dasele a esta casa una cámara alto y bajo”*¹²⁶. A primera vista no queda claro las diferencias entre una casa y una cámara.

Los Libros de Habices proporcionan las dimensiones de las construcciones que pertenecieron a esta institución y permiten vislumbrar las diferencias entre una categoría y otra y acercarnos al sistema constructivo entonces imperante en la Alpujarra Alta: las rábitas, pequeños oratorios de una sola planta sirven de base para apreciar el tamaño de las casas. Estas rábitas, en general de un solo cuerpo, suelen medir 10, 11 o 12 pies de ancho (o sea unos 3 m) por una longitud más variable, entre 14 y 20 pies (entre unos 4 y 6 m)¹²⁷. Las cámaras presentan dimensiones similares aunque tengan un lado más alargado acercando los 8 metros. En cambio las casas tienen siempre dimensiones más importantes que corresponden en ancho a múltiples de los anchos de las cámaras y de las rábitas, a menudo el doble o el triple *“la cual dicha casa tiene veynte e seys pies en largo e veynte e dos pies en ancho”*¹²⁸. Por lo tanto las casas suelen ser edificios de dos o tres cuerpos adosados con un solo muro de medianera entre cada nave cuyo ancho mide alrededor de 3 metros. Se distinguen de las cámaras por el tamaño ya que estas presentan una sola nave de uno o dos niveles y quizás por su función pero sobre la utilización de los espacios, los textos son mudos.

Las casas moriscas son amplias (según las medidas proporcionadas por los libros de habices), abarcando una superficie en el suelo siempre superior los 100 m², algunas incluso ocupan en Bubián y Beniozmin unos 300 y 487 m², a los cuales hay que añadir la superficie de la planta que puede cubrir parte o la totalidad del primer nivel. Estamos lejos de las pequeñas viviendas descritas por los viajeros en el medio rural¹²⁹.

Varias de las casas presentan dos niveles descrito por la expresión *“casa ... es toda encaramada de una camara tiene tanto en lo alto como en lo bajo”*¹³⁰. La presencia de *algorfa* alude también a una construcción en alto que, quizás, ocupa sólo parte de la planta alta. El desarrollo de las viviendas en altura así como las soluciones para su acceso son mencionados en el pueblo de Busquístar donde se caracteriza una de las casas por la ausencia de escalera, *“a la entrada no tiene escalera para subir”*¹³¹ dejando entrever que las otras viviendas la tenían. En este mismo pueblo, a falta de un conocedor originario del pueblo (no había cristianos viejos), se suple la pérdida de conocimiento por la descripción de elementos arquitectónicos. Así se describen casas que suelen tener varias puertas, dejando entrever también la posibilidad de acceso independiente por cada planta, al favor de la pendiente (se accedería a la planta alta a través de una puerta que se abre desde la calle que se encuentra a una cota superior).

La puerta principal de las viviendas está abrigada por un cobertizo, o por una *catifa* o *açaquifa*, pórtico o galería cubierta, ancestro de los actuales tinados, término entonces reservado para los bueyes (*“una casa que esta junto a ella con un tinado a donde*

comían Bueives”). Debajo de estas pequeñas construcciones se ubica una cabaña, naguela “*de hilar seda*”¹³². Estos pequeños abrigos permitían a las moriscas hilar la seda según ordenaban las normas vigentes o sea a la vista para que se pueda controlar la producción¹³³.

Se menciona también la presencia de ventanas “*tiene un nogal en derecho de una ventana de la dicha casa*”¹³⁴; en Busquístar varias casas presentan una ventanilla encima de la puerta principal (en este caso no hay cobertizo) y en algunas moradas se contó hasta tres ventanas (vivienda atribuida a Alonso Fernández).

En cuanto al sistema constructivo se precisa en Busquístar que las fachadas están construidas en piedra (“*tiene ni más ni menos la pared de piedra*”) y se subraya la presencia de apas (vigas de madera que aseguran cierta flexibilidad a la casa en caso de movimiento sísmico): “*una casa que tiene una viga atravesada de una pared a otra*”. También se menciona la presencia de dintel de madera: “*encima de la puerta un palo atravesado*”.

En este pueblo de Busquístar se aprecian también algunos detalles constructivos refinados que denotan que esta arquitectura rural conoció un cierto desarrollo debido al nivel de vida alcanzado por los moriscos (recordamos que en este pueblo no vivieron cristianos viejos): una ventana geminada “*casa que tiene encima de la puerta una ventana con un pilar de yeso en medio de la ventana*”, en otra morada un “*arquillo a la puerta*”, las vigas de un techo decoradas con motivos pintados “*alfaxias pintadas de Pinzel*”.

Podemos conocer el sistema constructivo de estas casas gracias a la documentación del siglo XVI y apreciar que se mantiene sin grandes cambios hasta ahora (por lo menos hasta la introducción de nuevos materiales en la segunda mitad del siglo XX), en cambio los textos no explicitan las utilizaciones de los espacios domésticos. Aparte de la mención al tinado para los bueyes, el único ámbito especializado es el de la cocina que aparece en Busquístar como un espacio independiente “*diosele mas otro pedazo que una cozina junto de ella*”¹³⁵ y en Capileira en la cámara del nivel superior “*casa...esta toda encaramada de una camara en alto en que hay dos camaras e una cozina*”¹³⁶. Esta falta de explicación sobre la organización interior del espacio doméstico se debe atribuir quizás al hecho de que los conocedores no entran sistemáticamente en las casas y prefieren dar características que se aprecian desde el exterior de las casas y sobre todo al hecho de que muchos de estos ámbitos eran polivalentes y no constituían un criterio claro para identificar las casas.

En resumen, los documentos proporcionan una imagen de las viviendas moriscas de la Alpujarra Alta que se distinguen de las casas musulmanas y moriscas tal y como han aparecido en la península ibérica, centrada en un patio y orientada hacia la vida en el interior, con pocas aperturas, a parte de la puerta, hacia el exterior. Como las casas moriscas urbanas presentan a menudo un desarrollo en altura, aunque no podamos asegurar que en estas montañas el piso superior cubra siempre toda la superficie, ni que tenga usos similares a los de la ciudad¹³⁷. Estas casas estaban ocupadas por familias nucleares (padres y sus hijos)¹³⁸.

4.4. ¿Qué cambios operaron los colonos y sus descendientes?

A los colonos se les atribuye más de una casa para que puedan reconstruir con los materiales de una la que está en mejores condiciones, proporcionando así una continuidad en el sistema constructivo. La utilización para el techo de la launa local es confirmada por un texto: en 1577 un colono, que tiene que ausentarse, deja su suerte y casa a otro vecino con la condición que este *“eche a su costa toda la launa que para ello fuere menester y sus losas en las orillas de los dichos terados con que el dicho Francisco Rodríguez a de pagar los vagajes en que se a de traer la dicha launa de manera que queden muy bien hechos sin que se llueva mucho ni poco”*¹³⁹.

Dos siglos después de la implantación de los repobladores y una vez superadas las dificultades que padecieron hasta por lo menos finales del siglo XVI, la población se recupera y en varios pueblos la demografía supera ampliamente a la población morisca: por ejemplo en vez de las 62 familias moriscas de Capileira, en 1752, según el Catastro de la Ensenada, el numero de vecino se ha más que triplicado y unas 219 familias residen en el pueblo. La documentación de este siglo da cuenta de la impronta de esta población en el paisaje alpujarreño, de las orientaciones económicas¹⁴⁰ y sociales que ellos impusieron.

Una de las fuentes más precisas es el Catastro de la Ensenada que, a mitad del siglo XVIII, consigna los resultados de una amplia encuesta impulsada por el marqués de la Ensenada, primer ministro de Fernando VI para proceder a reorganizar las finanzas del reino. En este documento figuran la composición de las familias, sus bienes y sus recursos, datos que se prestan a estudios de tipo económico y sociológico. Sin embargo nos centraremos sólo en los aspectos que tienen relevancia respecto al hábitat.

Este tipo de fuente muy sistemática en su aplicación se puede explotar de forma estadística. Así para estudiar las casas de los pueblos de la Alpujarra Alta se procedió a un estudio estadístico de variables a partir de los datos que proporcionan sobre las viviendas los Catastros de la Ensenada de diez pueblos: Atalbéitar, Bubión, Los Bérchules, Busquístar, Cáñar, Soportújar, Capileira, Pampaneira, Pitres y Pórtugos. La base de datos tiene 1.800 fichas establecidas en base a las casas. Las informaciones proporcionadas sobre las casas conciernen a sus dimensiones (ancho y largo dados en varas), según toda probabilidad sacadas en el interior, la presencia de x cuartos bajos y x altos (la existencia de varios cuartos se expresa a veces solo por el plural del término) y de espacios especializados (corral, caballeriza...), el precio de la casa, su localización en un barrio y sus lindes.

La representación gráfica de las casas por pueblo (Fig. 18) expresa la repartición de las moradas en función de sus dimensiones: el eje horizontal plasma los anchos y el eje vertical los largos (en varas). Estas reparticiones indican claramente la preponderancia en todos los pueblos de las viviendas que presentan un ancho alrededor de 4 varas o sea de moradas de una sola nave¹⁴¹. Para precisar la composición de este grupo de casa hemos introducido la variable del número de habitaciones en cada nivel, lo que permite apreciar que las casas de una sola nave en general no son divididas en distintas habitaciones ya que cuentan sólo con dos espacios distintos (uno abajo y otro

arriba) y presentan una profundidad alrededor de 8-10 varas o sea entre 6 y 8 metros (Fig. 19). Estas viviendas representan el 50 % de las casas.

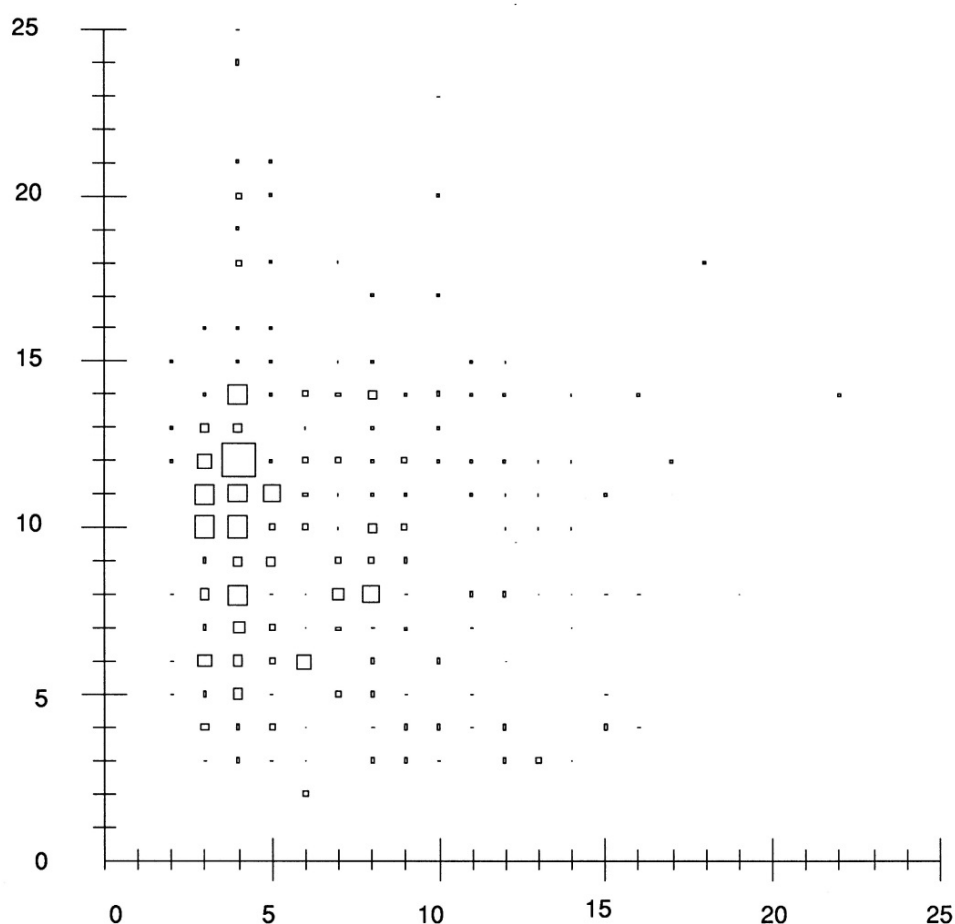


Fig. 18. Representación de las medidas de las casas del pueblo de Los Bérchules. La mayoría de las casas miden 4 varas de ancho por 10 12 varas de largo.

Otro grupo también bastante bien representado, aunque en menor proporción, es el de las casas de dos naves con un ancho alrededor de 8 varas. La profundidad de estas casas no se incrementa respecto a las de una sola nave.

En resumen, el sistema constructivo no ha cambiado desde la época morisca como lo ilustran los dibujos (Fig. 20) que ofrece el Catastro de la Ensenada (sistema de naves, sobre todo implantadas perpendicularmente a la pendiente y pegadas por sus lados más largos¹⁴² y techos planos cubiertos con launa), sin embargo los descendientes de los repobladores han adaptado las viviendas a sus necesidades. La presencia de dos niveles en las casas se generalizó (las viviendas que no tienen más que un nivel ni llegan a representar el 1 % de la base de datos), sin embargo el tipo más frecuente es el de una sola nave con dos habitaciones: una arriba y otra abajo. Este tipo de vivienda ocupa unos 30 m², proporcionando entre los dos niveles una superficie habitable inferior a los 100 m². Así la mayoría de las casas del siglo XVIII es claramente inferior en tamaño a las de la época morisca a pesar de las mejoras que se han introducido por ejemplo en la guía de los árboles que permite utilizar vigas más largas y obtener naves

algo más anchas que avanzan en las calles, los huertos...¹⁴³. Éstas empiezan a ser divididas en habitaciones aunque todavía muchas de las viviendas de una sola nave (alto y bajo) no presenten compartimientos. En todo caso la función de las distintas habitaciones que componen una vivienda no se precisa en los Catastros de la Enseñada y no sabemos según qué principio se regía la organización interior de las casas. Pues los únicos espacios especializados que se mencionan corresponden más bien a anexos como hornos (en Pitres son numerosos en todos los barrios y en uno de ellos se cuentan hasta 8 casas con horno), corrales y tinados, términos que parecen aplicarse a especies de cobertizos que a menudo se encuentran asociados a los corrales. Sin embargo la tendencia a vivir en moradas con dos niveles se refleja en la fuente: las pocas casas que no disponen de una planta arriba suelen ser habitada por los vecinos más pobres del pueblo, los que no pueden pretender a una vivienda más desarrollada: pobres de solemnidad, jornaleros sin tierra y sobre todo viudas y mujeres solas, sin bienes.

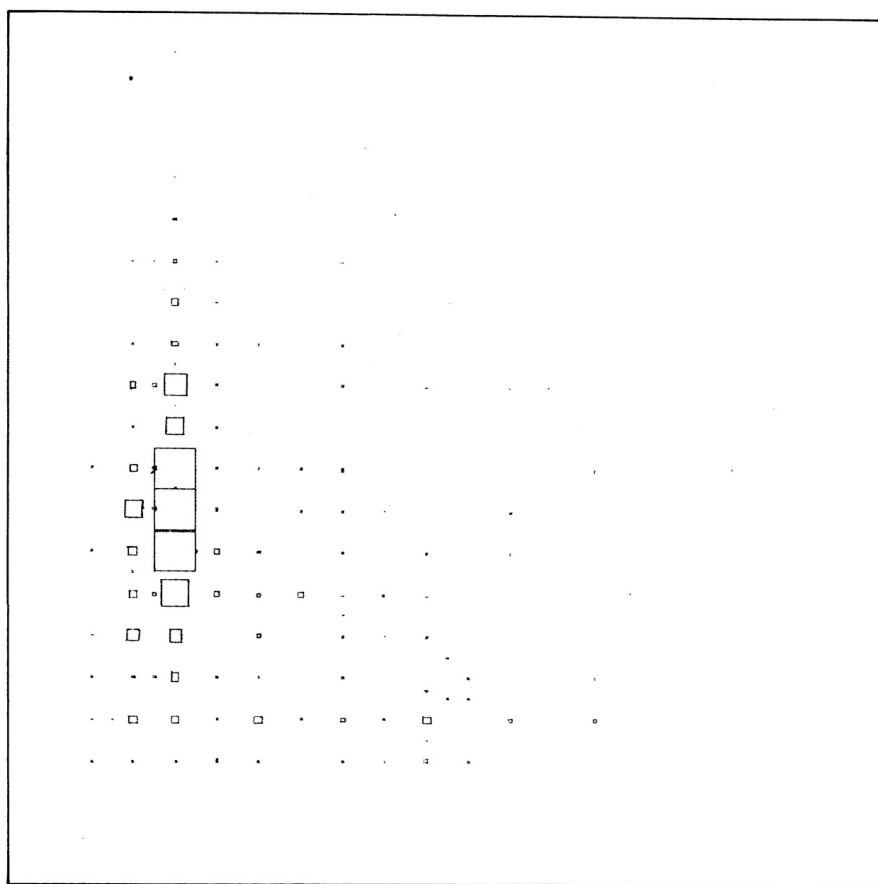
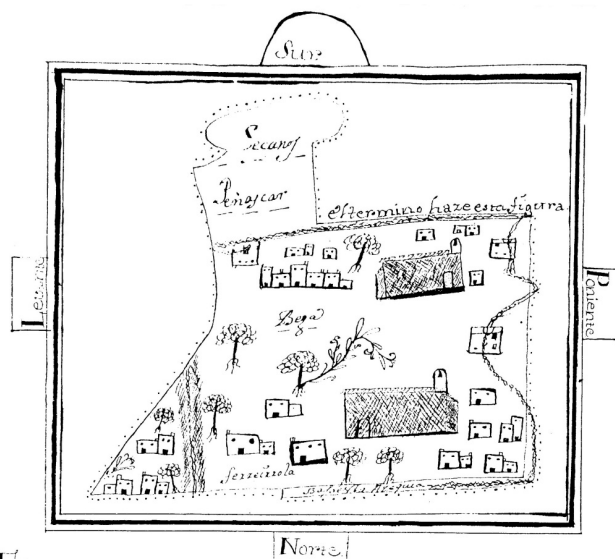


Fig. 19: Representación gráfica de todas las casas del fichero (506 referencias) que tienen una única habitación arriba y abajo

Cada casa alberga a una familia nuclear, compuesta, en general, por los padres y sus dos hijos (aunque se encuentran varias familias numerosas que cuentan entre seis y 11 hijos -en Capileira- a menudo niños de corta edad). Sólo un 6% de los hogares cuentan también con algún miembro de la familia amplia (hermanos del marido o de la mujer o uno de los abuelos viudos o, en virtud de la solidaridad familiar, algún

sobrino o primo sin duda huérfano). La familia de acogida es en la mitad de los casos una persona sola, viuda o soltera o una pareja sin niños; en todo caso estas moradas no suelen abrigar a más de seis personas. En otras casas (3 %) se encuentran criados empleados en hogares con niños pequeños.



El Lugar de Ferreirala y Alveitar, partido de Alpujarras, dista de la Villa de Vájar Capital de su partido seis leguas, y de la Ciudad de Granada que lo es de su Provincia onze. Su termino un quarto de legua de Levante a Poniente, y otra tanta distancia del Norte a el Sur, y de Circunferencia como una legua, tiene la figura procedente; linda por Levante con termino del lugar de Busquistán, que pertenece a el estado de Orizaba, por Poniente con el de Mecina de Fondates, Norte con el de Pomuzos, y por el Sur con el de Almejivar, que estan sonlugares de dicho partido de Alpujarras.

Fig. 20 Dibujo del Catastro de la Ensenada

En cuanto al sistema de alianza, después de la fase inicial de duda entre varias estrategias, se descanta según James Casey, por la búsqueda de uniones con familias importantes, para “multiplicar las oportunidades, el éxito de la dinastía midiéndose por la frondosidad de la ramas en vea de la solidez...del tronco. Es un sistema que fomenta la solidaridad del clan”¹⁴⁴.

James Casey en su estudio sobre Órgiva apunta que “la casa alpujarreña es muy plástica, muy “urbana”: se divide, se vuelve a unificar, incorpora o cede partes a la casa vecina. Se adapta, en suma, al juego de alianzas de una población orientada

hacia la solidaridad entre suegros y yernos, hermanos y cuñados”¹⁴⁵. Sin embargo la visión, más bien estática, que proporcionan los Catastros de la Ensenada muestra, por el contrario, que no existe una correlación entre el número de personas que ocupan una casa y el tamaño de ésta y el número de habitaciones. El aumento de miembros de una familia no se relaciona con una progresión del tamaño de la vivienda. Así varias personas residiendo en Capileira (único pueblo donde se hizo hasta ahora un estudio pormenorizado relacionando los censos con los datos sobre bienes urbanos) viven solas en casas amplias (dos naves) con una superficie en el suelo superior a los 50 m², mientras familias con seis a ocho miembros se apañan en moradas cuya superficie en el suelo apenas llega a 30 m². Y la estructura de la familia (presencia de abuelos, primos...) no modifica esta observación. Tampoco se aprecia una variación del número de habitaciones en función de la importancia de la familia o de su composición. Todo parece más bien indicar que existe entonces una cierta promiscuidad, en la medida en que abuelos, primos, sobrinos comparten el espacio dedicado a la familia, a menudo recompuesta ya que un tercio de los matrimonios¹⁴⁶ conciernen a algún viudo o viuda.

Este espacio doméstico, lo hemos visto, se restringe, en la mitad de las moradas, a una sola nave. La falta de compartimentaciones interiores en muchas de ellas se podía suplir por piezas del mobiliario que permitían cierto aislamiento, elementos textiles como cortinas o subdivisión con arcas. Por otra parte, la existencia de una división de los edificios, similar a la que se observa en el siglo XX, con la parte baja ocupada por los animales y la del primer piso por los humanos, tenía que observarse en la mayoría de los edificios¹⁴⁷ ya que casi todas las familias cuentan con algún animal (burro, cerdo, vaca, cabra) que tiene que estabular, cuando no son demasiado numerosos, en la parte baja de la casa.

En cambio existe una relación entre la casa y el nivel socioeconómico de su dueño. La sociedad, tal como la dibuja la evaluación de la renta fiscal del Catastro de la Ensenada, refleja una gran desigualdad entre los vecinos. La comunidad se divide sobre todo en labradores y jornaleros (y algunos ganaderos) aunque la diferencia entre las dos categorías no quede del todo clara. Parece que el grupo de los jornaleros se compone de gente más bien joven que no ha recibido todavía la herencia de sus padres en tierras de labores o poseen muy pocas tierras, es también lo que apunta James Casey para Órgiva. Los labradores suman algunas tierras (con la rentabilidad de su trabajo superan los 400 reales) y son más mayores, superan los 40 años por lo tanto han podido dejar parte de sus tierras a algún hijo, explicando que estas categorías no se apliquen a todos los casos presentados en los Catastros. En cualquier caso los vecinos se agrupan en tres estratos: el mayor abarca el 90 % de la población que ostenta unos bienes que no sobrepasan los seiscientos reales y reúne tanto a jornaleros como a pequeños propietarios; el segundo que representa el 7 % de los vecinos tiene bienes valorados entre 600 y 1.000 reales y el último 4 % de la población detentan entre 1.700 y 6.700 reales.

Aunque la casa represente sólo un porcentaje débil de la estimación de la renta fiscal (una casa de una nave y dos pisos suele ser estimada en 11 reales), que su precio varíe con una amplitud menor que otros bienes¹⁴⁸ y esté más repartida que la tierra entre los vecinos (82 % de los hogares son dueños de su morada, de los cuales algunos tienen más de dos casas –hasta uno que posee 10 viviendas–) se observa que cada estrato socioeconómico habita un tipo particular de vivienda. Las familias que declaran las

rentas más altas del pueblo son las que residen en las casas más amplias (cuatro naves, alto y bajo) que se valoran en unos cuarenta reales; las del segundo grupo corresponden a viviendas de dos o tres naves, incluso de una sola nave (siempre con dos pisos) pero que suelen ser más alargadas que las otras y se estiman en treinta reales; y las del tercer grupo viven en casas pequeñas que pueden tener varias naves pero de pequeñas dimensiones cuyo valor puede llegar a los 20 reales.

En estos pueblos no existe carencia ni de vivienda ni de espacio para construir unos edificios nuevos. De hecho en todos los pueblos se encuentran viviendas vacías (6 % de las casas descritas) y otras en mal estado o hechas solar. Además hemos visto que el 82 % de los dueños de vivienda poseen más de una casa. A esta cifra habría que añadir el patrimonio realengo y eclesiástico que no se describe en el documento y que, en una estimación seguramente baja, se calcula en torno a unas treinta casas. Este conjunto de viviendas se puede alquilar a los que no son todavía propietarios de su hogar, sobre todo jóvenes del pueblo, casados y sin tierra propia que trabajan como jornaleros, empleados, quizás como lo apunta James Casey en Órgiva¹⁴⁹ por sus propios parientes a quienes ayudan a trabajar las tierras, llevar el ganado...

Otro elemento que afecta al patrimonio y a las casas es el sistema de herencia que, sin duda, es responsable de que algunos dueños poseen sólo cuartos altos y no la parte baja que les corresponde. Varias casas con propiedad compartida son citadas en el Catastro de la Ensenada, testimoniando igualmente la repartición de los bienes inmuebles entre los herederos (se anota cuando son hermanos, los grados de parentesco más lejano no se apuntan). En Bérchules, los hermanos Isabel, Salvador y Juan de Olvera son dueños de una casa, cada de un tercio de la casa, seguramente paternal, en el barrio de Churre. Sin embargo Juan y Salvador han dejado el uso de la casa a la hermana, ya que ellos poseen cada uno otra casa en el barrio de Alcutar donde residen. Los ejemplos de solidaridad familiar como éste abundan en los Catastros más meticulosos de algunos pueblos, indicando que más allá de un reparto igualitario entre los herederos, por lo menos en lo que concierne a las casas, predomina la solidaridad familiar a la hora de entregar el cuarto alto situado al lado de la casa de un heredero que lo podrá integrar en su vivienda o de dejar el disfrute de la vivienda al más necesitado de la fratría. Estos casos recuerdan la solidaridad existente entre los miembros de una familia en la misma época en Órgiva¹⁵⁰. Esta solidaridad abarcaba ciertamente no sólo a la célula padres-hijos, explicando la convivencia de hijos mayores con su madre viuda (muy pocas personas viven solas) sino también a círculos familiares o de amistad más amplios, explicando el hecho, por ejemplo, de que labradores bien dotados en tierra no ostenten propiedad de animales de labranza, indispensables para el arado, por recurrir a sistemas de ayudas entre familiares u otros círculos.

Los pueblos

Desde el siglo XVI los pueblos se han ido densificando por añadidos de cuerpos de casa o nave provocando una disminución de los espacios verdes a favor de las zonas construidas. Si en el siglo XVI el número de casas que conforman una manzana es reducido, en 1752 los agrupamientos llegan a contar una decena de viviendas, siendo frecuentes las manzanas de cinco o seis moradas y ya no se encuentran más que tres

o cuatro casas aisladas por pueblo. También se observan construcciones que ocupan huertos dedicados antes al cultivo¹⁵¹.

No obstante los espacios libres de construcción no escasean: se mencionan huertos, plazas, placetas y las calles son anchas, plantadas de árboles como castaños, nogales, morales que crecen delante y detrás de las casas.

El urbanismo está organizado en barrios a veces nuevos o los antiguos que se han extendido y han cambiando a menudo las designaciones de época morisca. Esta densificación logra reunir en un solo cuerpo algunos de los barrios antes aislados (en Capileira por ejemplo) y es similar a la tendencia a la concentración que Jean Gauthier-Dalché (1988) observa en los pueblos de Castilla. La iglesia, en algunos pueblos (Capileira y Cástaras) es una construcción nueva, edificada a finales del siglo XVII o inicio del XVIII para reemplazar el antiguo templo ya demasiado exiguo para la población. Constituye un polo de atracción que rompe con las normas de la época anterior. Se escoge para su nueva edificación una zona llana, bastante amplia que permite desarrollar una organización de la trama urbana más regular, amplia, conforme a las exigencias de la época¹⁵². Se suelen agrupar alrededor las casas más importantes del pueblo que poseen los dueños con una renta superior a la de otros barrios. Este “centro” atrae también la vida económica y política, con algunas tiendas, la casa del Concejo...

En esta época casas y pueblos de la Alpujarra Alta presentan la mayoría de los elementos peculiares que hoy en día les caracterizan y les confieren este aspecto tan peculiar.

4.5. Conclusión

En suma, la peculiar arquitectura de la Alpujarra Alta tiene sus raíces en la época musulmana de la cual ha heredado un sistema constructivo basado en la utilización de los materiales locales y en una organización en barrios aislados. Los colonos y sus descendientes que repueblan la comarca asientan las bases de una sociedad cuyos rasgos más significativos se han ido perfilando al filo de los siglos hasta llegar a la sociedad campesina subactual de la cual antropólogos como Pío Navarro, supieron subrayar la organización basada en los lazos de parentesco así como la importancia de los sistemas de ayuda.

Rasgos como la voluntad de proceder a un reparto igual de los bienes a la muerte de los padres siguen vigentes desde el siglo XVI y han llevado, siglos después, a una parcelación extrema de los bienes (James Casey caracterizó este sistema, en el siglo XVIII, de suicida).. En cuanto al sistema de alianzas, las estrategias han variado en el tiempo adaptándose a las necesidades de cada momento: al principio oscila entre ensanchar la parentela o casarse dentro de su comunidad, de su grupo, hasta en el siglo XVIII buscar alianzas favorables. En el siglo XX la fragmentación de las tierras incita a la gente a casarse dentro de su clase social en condiciones de igualdad: lo ideal es “vivir entre los suyos”. Para evitar pérdidas y para intentar compensar la disminución de las herencias entre los herederos, uno de los matrimonios preferidos concierne a

hermanos de dos familias: hermano y hermana se casan con hermana y hermano de otra familia compensando así la fuga de los bienes.

Los tres estratos sociales que se observan en el siglo XVIII permanecen en el siglo XX hasta por lo menos la Guerra Civil y se enraízan en el siglo XVI con el sistema de reparto de los bienes retirados a los moriscos y sus posteriores manipulaciones, con los trueques, ventas de suertes... Incluso unas pocas familias pertenecientes a la clase social más pudiente permanecen en la Alpujarra desde la primera repoblación (en Capileira se ha podido seguir la genealogía de unas de estas familias a partir de inicio del siglo XVII, a través de los registros de la iglesia, pero el apellido de estas familias se podría enlazar con el de los primeros colonos).

En cuanto al urbanismo varios pueblos se han densificado y sólo quedan algunas huellas de los antiguos “huertos urbanos” (Bubión, Los Bérchules por citar sólo dos), vestigios de la frondosidad anterior (Figs. 113 y 114).

La casa “tradicional” se ha ido configurando a lo largo del tiempo, en un intento de conseguir la opción más rentable en cuanto a energía y funcionamiento, para cumplir las necesidades de las familias en cada época. No ha sido tan afectada por las particiones como la tierra. Aparte de contados casos, no se suelen fraccionar más allá del tipo más básico de morada o sea una sola nave alto y bajo, porque corresponde a la organización elemental e indispensable para un buen funcionamiento del microcosmos de una familia campesina alpujarreña tal como se averiguo en el siglo XX. A inicios del siglo XX, esta casa, adosada contra otras, presenta sólo la fachada más estrecha a la calle para evitar los desperdicios de calor en los largos inviernos en montaña. Se aprovecha el calor de los animales que estabulan en la planta baja mientras la familia reside en la primera planta. La mayoría de las ocupaciones diurnas se desarrollan en la cocina entre la chimenea y la única ventana, y se reserva la parte oscura para el descanso. Arriba en la cámara, que no ocupa toda la superficie, se guardan las provisiones de la familia.

La reconstitución de la arquitectura vernácula de la Alpujarra a lo largo de los siglos incita a volver a reflexionar sobre la noción de hábitat tradicional y su valor como elemento de identidad de una comarca. En el caso de la Alpujarra el presupuesto de inmutabilidad, de permanencia en el tiempo de esta arquitectura se puede aplicar a las técnicas constructivas que han variado poco en el tiempo y conforman una casa peculiar con sus techos llanos de launa. Sin embargo esta perennidad no se puede extender ni a la sociedad, que cambió radicalmente con la llegada de los colonos y siguió transformándose hasta nuestros días, ni a la organización de las casas que, tal y como la conocemos hoy, se gestó y se conformó a partir de la segunda mitad del siglo XVI, ofreciendo en cada etapa una casa “tradicional” adaptada a las necesidades de una sociedad rural que evolucionó.

05

LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO VERNÁCULOS

5.1. La casa alpujarreña

5.2. Las aldeas alpujarreñas

5.3. La casa tradicional y su implantación urbana en Capileira

5.4. Los espacios de la identidad en Jebala-Gomara. El apellido, la casa y la aldea

5.5. La vivienda de Jebala-Gomara

5.6. La aldea en Jebala-Gomara

5.7. Comparación entre las casas y aldeas alpujarreñas y las de Jebala-Gomara

LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO VERNÁCULOS

5.1. La casa alpujarreña ¹⁵³

La casa es un elemento emblemático del paisaje alpujarreño en el que resalta por sus colores, el blanco del encalado de las paredes y el tono grisáceo de la launa de los techos que se erizan de chimeneas también blanqueadas. Aunque la cal haya sido empleada sólo en la primera mitad del siglo XX por razones de higiene (la cal “sanea” las casas y quizás también por contaminación de la moda de los pueblos blancos de la costa) ha quedado como un elemento “típico” de las casas¹⁵⁴ que además protege de las inclemencias del tiempo. Así las fachadas de las casas de los pueblos presentan una estética común. Este encalado se renueva una vez al año (salvo en señal de duelo durante tres años después de la defunción).



La casa tradicional se edifica con los materiales locales (piedra, tierra y madera) que imponen a los constructores ciertas restricciones (por ejemplo en el ancho de las habitaciones). En el sistema constructivo se emplea un aparejo mixto: los muros de carga que llevan el peso de la techumbre y del suelo del primer nivel se montan en piedras trabadas con argamasa muy pobre en cal; a partir de unos metros de altura se emplea un tapial de tierra procedente de lugar de la misma obra, y se insertan *apas* de madera en las paredes que dan flexibilidad al conjunto, sobre todo en caso de movimientos sísmicos o deslizamiento de terreno (Fig. 21). Encima del tapial se disponen una o dos hiladas de piedras donde se empotran las vigas.

Fig. 21. Casa de Capileira con unas *apas*

En la Alpujarra Alta las vigas son sobre todo de castaños y a partir de Mecina Bombarrón hacia el levante y la Alpujarra Baja se emplea también el álamo. Se deja menos espacio entre dos vigas de álamo que en el caso del castaño pues el álamo es una madera menos resistente que el castaño. Además se coloca entre dos vigas una caña maestra a la que se cose con tomiza una trama del mismo material dispuesto transversalmente. Se utiliza también puntualmente el nogal y el pino. Encima se colocan las alfajías de la misma madera que a su vez soportan las lajas de pizarra encima de las cuales se extienden la tierra (en la Alpujarra Baja se suele remplazar estas pizarras por un entramado de cáñamo, cubierto por unas matas secas de gran duración que dificultan la caída de la tierra que se coloca a continuación). La primera tierra es la “malhecho” que proviene del entorno del pueblo y sirve de base para el revestimiento del piso y para la launa de la terraza que la impermeabiliza. Alrededor de la terraza que desborda de la fachada gracias a los *beriles*, lajas que sobresalen alejando la lluvia de la fachada, se colocan piedras que sirven para impedir el deslizamiento de la launa ya que el techo tiene una ligera pendiente hacia la calle (para evacuar las aguas).

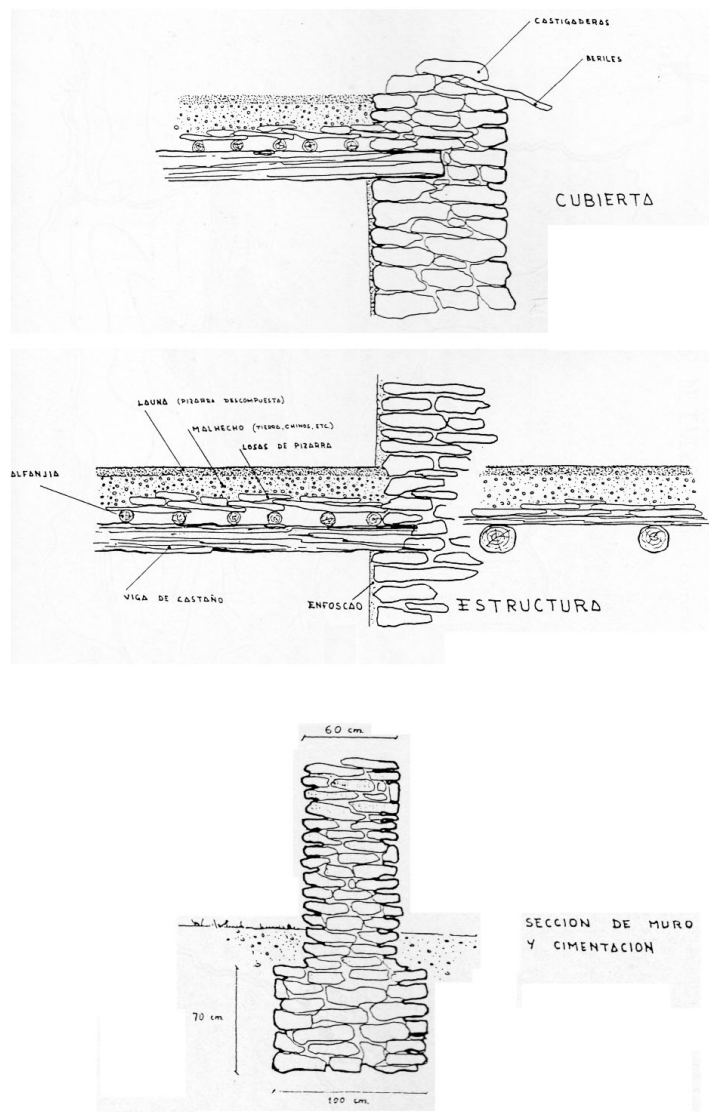


Fig. 22. Secciones de muro que reflejan el sistema constructivo tradicional alpujarreño: arriba, parte superior del muro y terrado; en medio, forjado de la planta alta; abajo, zócalo y cimiento



Fig. 23. Techo de la Alpujarra Baja con la caña maestra entre dos vigas Fotografía del archivo J. Spahni

Los terrados sirven para tender la ropa (Fig. 25) y secar productos de la cosecha, normalmente con tiempo seco pues no es aconsejable utilizarlo cuando llueve ya que el hecho de pisar las escamas que componen la launa fragiliza la impermeabilidad. Incluso cuando nevaba mucho, los campesinos quitaban por lo menos parte de la nieve para que no se hundiese el techo bajo el peso.



Fig. 24. Casa de Capileira (M.-Ch. Delaigue) Las vigas de los techos están cuidadosamente blanqueadas. Así pueden conservarse en buen estado durante unos 100 años, en cambio en las casas abandonadas la techumbre se desploma al cabo de tres o cuatro años

Fig. 25. Bubi6n (Ph. Allart)

Las chimeneas, con su forma troncocónica rematada con una laja y una castigadera encima, sobresalen hasta un metro de altura y se han convertido en un símbolo representativo de la arquitectura alpujarreña de montaña (pues no se suelen encontrar en la Alpujarra Baja).



Los vanos: pocas aperturas dejan entrar el frío en la casa. Sin embargo la ventana de la cocina, normalmente ligeramente descentrada respecto a la puerta de entrada, se podía abrir hasta el suelo en verano para dejar entrar la luz. Una barandilla de madera impedía los accidentes. Cerraba con persianas de madera de dos hojas en las cuales se abría la contraventana para los días de invierno o cuando no hacía falta mucha luz en la cocina, donde se concentraban gran parte de las tareas cotidianas. Las casas de los más ricos disponían de balcones que poco a poco se han puesto de moda en las aperturas de muchas de las casas.

Fig. 26 Fachada de una casa de módulo simple. Capileira 1982

La azotea totalmente abierta en uno de sus lados hacia el paisaje se encuentra más en la Alpujarra Baja que en la Alta donde la cámara no tiene más que una puerta de pequeñas dimensiones y algún que otro pequeño vano. Estos pequeños vanos adintelados se encuentran también en los muros al nivel de la calle y de la vivienda a modo de “postiguillos” y permiten airear una de las habitaciones.

El módulo más simple corresponde en planta a un rectángulo. Aunque existan unos pocos edificios (que no suelen servir de vivienda) de una sola planta, las casas más típicas y frecuentes que conforman el tipo simple de vivienda suelen tener dos niveles más la azotea. Abriga una familia nuclear (padre e hijos) y le ofrece todas las funciones necesarias para la vida en estas montañas: en el primer nivel que se abre a la calle se encuentran la cuadra para los animales imprescindibles (mula, unas gallinas, etc.) y los aperos necesarios para el trabajo agrícola; el segundo nivel da cobijo a la familia y se compone de una cocina a donde desemboca la escalera que sube de la cuadra; la chimenea que juega un papel central está situada a menudo en medio de la pared que separa la cocina del dormitorio y da calor a los dos ámbitos; empotradas en las paredes, para no perder espacio, se ubican la cantarera y la alacena; detrás de un tabique están los dormitorios (el primero suele ser de los padres y el segundo de los hijos) y

al final los atrojes (compartimientos de yeso y madera donde se guardan los cereales). Las reservas alimenticias (partes del cerdo después de la matanza) se encierran en la azotea del tercer nivel que no cubre toda la superficie de la planta inferior y a la cual se puede acceder, gracias a la ubicación en la pendiente, directamente desde la calle superior. Así esta casa elemental reúne los espacios necesarios para garantizar las principales necesidades de la familia (nutrición, descanso y reproducción). Las aperturas principales (puerta de entrada, ventana del primer nivel que constituyen los vanos más amplios) se abren hacia la calle inferior. La ausencia de *vis-à-vis*, pues el otro lado de la calle da sólo acceso a las azoteas de las casas de la manzana más baja, contribuye a salvaguardar la intimidad de la familia.

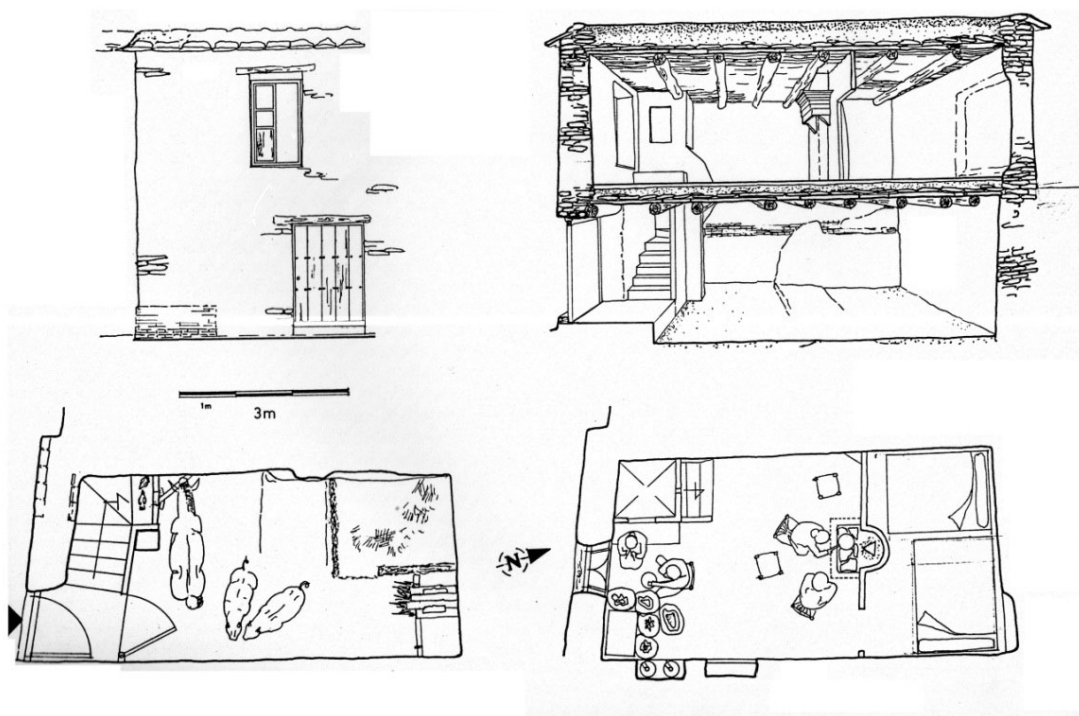


Fig. 27. Módulo simple de una vivienda con una sola nave (Ph. Allart-M.-Ch. Delaigue)

A partir de este módulo simple, la casa se puede desarrollar por añadido de módulos, a menudo pegados uno a otro por el lado más largo o sea ofreciendo a la calle las fachadas más estrechas que presenta menos superficie a los vientos helados del invierno. Estas casas más amplias traducen también las mejorías económicas de su dueño que le permite diversificar las estancias de la vivienda, aumentando el número de dormitorios y/o añadiendo, en las casas de familias más “pudientes”¹⁵⁵, un salón; especializando en la cuadra un espacio para la madera, atrojes para almacenar los cereales, el lagar, etc¹⁵⁶.

En los barrios antiguos estas viviendas más amplias están imbricadas una dentro de otra, y la parte alta, a veces no se corresponde con la superficie de la primera planta, testimoniando ventas y/o arreglos con los vecinos.

El mobiliario también se incrementa y suele componerse de algunas piezas importadas de la ciudad (mostrador, mesa, sillas, etc.) mientras en los módulos sencillos la familia se acomoda en la cocina, centro de la vida familiar, con una mesa baja, algunos taburetes, la indispensable tinajera (hasta la llegada del agua potable a las casas), el

trébedes, y en el dormitorio con catres de madera y cuero y algunas arcas. Los cuartos de baño que suelen aparecer en la Alta Alpujarra a partir de la segunda mitad del siglo XX se instalan en algún rincón de la casa, a veces encima del tinado o en la cuadra que ya no sirve para los animales.



Fig. 28. Puertas labradas de una alacena

Fig. 29. La escalera arranca delante de la ventana

Fig. 30. Chimenea y al lado la puerta que da acceso a los dormitorios. En las casas más antiguas no reformadas esta puerta se solía cerrar con una cortina (Capileira, 1982)

En los pueblos de la Alpujarra Baja las casas cubiertas de launa compiten con casas con cubiertas inclinadas de teja. Cuentan además con otros edificios singulares que destacan de la trama urbana residencial, como es el caso de algún palacio (Órgiva), conventos (Ugíjar), o casas señoriales (Fondón, Cádiar, Ugíjar). En estos edificios

no se suelen utilizar los mismos materiales que en las casas “comunes” y sus dimensiones son siempre más importantes. Ilustran la mayor actividad económica de estos pueblos y sus mejores comunicaciones e interconexiones con el mundo urbano a lo largo de la historia.

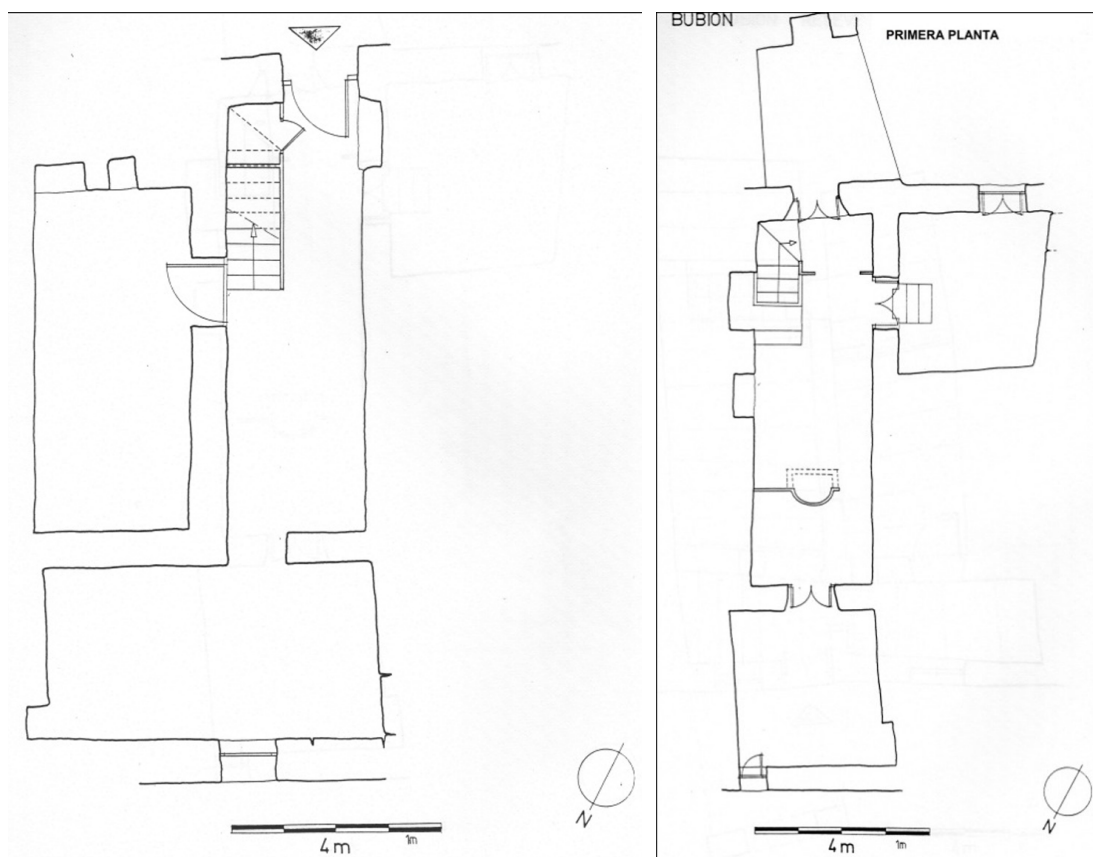


Fig. 31. Casa de Bubiión. La primera planta de la nave oriental no pertenece ya a esta casa y una habitación de la primera planta ha sido desgarrada de la vivienda vecina. (Ph. Allart)

Las casas descritas son el resultado de una evolución a lo largo de los últimos siglos. Así por ejemplo las escaleras que unen los dos primeros niveles se situaban al exterior de la casa para no perder espacio en la cocina. Las naves se alargaron apropiándose terreno público, etc... otros cambios llevaron también a cerrar más los espacios interiores con pasillos que dan paso a los dormitorios en vez de tener que atravesar cada uno antes de llegar al último...

Bien es cierto que la casa es una emanación de la sociedad que el hombre adapta al entorno y a sus necesidades que, conforme va cambiando la sociedad, se modifican igualmente. La Alpujarra que ha entrado en los sistemas de globalización no escapa a esta dinámica y desde la década de los años 1970 se mantienen en sus laderas comunidades o familias de extranjeros que de una forma u otra cambiaron las visiones del mundo. La mejoría de las infraestructuras facilitó también los intercambios y la casa descrita arriba corresponde y se adapta más bien a una época en la cual los sustentos económicos de la comarca reposaban en una agricultura de subsistencia con escasos productos especializados dirigidos al mercado.

La casa museo de Bubiión (Barranco de Poqueira) es una buena ilustración de una casa

alpujarreña¹⁵⁷. El ayuntamiento de Bubión compró la casa de una mujer que dejó su vivienda en los años 90. Esta casa no ha sido modificada y la distribución de las habitaciones, así como el mobiliario, refleja la vida de esta señora en los últimos cincuenta años (aparte del lagar que viene de la Contraviesa).

5.2. Las aldeas alpujarreñas ¹⁵⁸

El poblamiento de la Alpujarra granadina se conforma en la Edad Media, estando muchos de los núcleos de población atestiguados a finales de este periodo.

En la Alta Alpujarra los pueblos se escalonan en las vertientes de algún barranco con una orientación al sur suroeste para defenderse del frío y resguardarse de los vientos, sobre todo los que vienen del Norte. Estos pueblos conformaron en la época medieval entidades administrativas cuyos límites se apoyaban en el relieve (caso del Barranco de Poqueira).

En la Alpujarra Baja, donde la pendiente no es tan abrupta, se escogió un terreno más o menos llano en la proximidad de las zonas fértiles y de las vías de comunicación para implantar unos pueblos que, en la Edad Media, lideran la comarca epónima (por ejemplo, Órgiva, cabeza en la época nazarí de la taha de Órgiva que reúne a varios pueblos diseminados en las pendientes aguas arriba de esta localidad).



Fig. 32. Pueblo de Trevélez. Su tejido urbano denso, con casas apretadas una contra otra, no permite delimitar desde fuera una vivienda de otra. El pueblo resalta en el paisaje por la blancura de sus casas y sus techos de launa.

El peculiar perfil que dibujan las aldeas alpujarreñas se debe a su escalonamiento en la pendiente (Fig. 33); a la organización de origen en barrios aislados implantados en las zonas más rocosas para reservar las mejores tierras a la agricultura y a la densidad de su tejido urbano donde las casas están apretadas unas contra otras. A lo largo de los siglos el crecimiento urbano ha logrado, en algunos casos, unir estos núcleos por añadidos de construcciones (caso, por ejemplo, de Capileira). Sin embargo numerosos pueblos conservan entre los distintos barrios parte de los bancales cultivados que los aíslan unos de otros (por ejemplo Bubión). Gracias a estos “huertos” abancalados (Figs. 113 y 114), la vegetación penetra en el pueblo que si no, no contaría más que

con unas pocas parras que abrigan las puertas de entrada de las casas y unos pocos árboles. De hecho, una de las características de la red de acequias alpujarreña reside en el hecho de que pasan por encima de los pueblos permitiendo así regar los huertos “urbanos”, mientras en otras regiones de la Península las acequias bordean por la parte inferior los cascos urbanos conformando una “línea de rigidez”, por debajo de la cual no se desarrolla el caserío con el fin de no invadir los espacios productivos. Estos huertos urbanos están también presentes en la Alpujarra Baja sin embargo no presentan un perfil tan notable (en ausencia de balates tan pronunciados como en la Alpujarra Alta).



Fig. 33. Capileira

En la Alpujarra Alta las casas forman manzanas irregulares, adaptadas a la topografía que se estiran a lo largo de las calles, mientras que en la Alpujarra Baja la pendiente menos acusada permite un urbanismo más centrado conformado por manzanas más anchas. La ausencia de condicionantes topográficos severos hace que la forma de estos pueblos esté mucho menos condicionada por el terreno, predominando los núcleos con un carácter más extensivo, que se expanden hacia las vías de comunicación en varias direcciones, en forma radial como es el caso de Órgiva, o de forma más lineal como Fondón. La trama urbana está por lo tanto menos definida que en el caso de los pueblos dispuestos en terrenos de mayor pendiente, dependiendo en mayor medida de las vías de comunicación que los atraviesan o confluyen en ellos. Además, su mayor grado de transformación hace que a las tramas tradicionales se superpongan muchas veces ensanches más modernos.

En la Alpujarra Alta el tejido urbano denso está invadido por el sinuoso trazado de calles estrechas que dejan pasar sólo una mula y su carga y permiten subir sin demasiado esfuerzo las pendientes acusadas, mientras en los pueblos de zonas llanas estas vías se ensanchan y en algunas manzanas se convierten en adarves. Estas calles, que discurren en sus tramos más rectos paralelas a las curvas de nivel, estaban cubiertas por un

empedrado de piedras locales que dibujaban líneas oblicuas para conducir el agua de las lluvias hacia el centro de la calle o conformaban peldaños para agilizar la subida de los peatones. Cuando se asfaltaron las calles se recuperó, grabando en el cemento, los dibujos del empedrado anterior a modo de líneas oblicuas de canalillos. Todos los pueblos disponen de una Calle Real que acaba en el campo en Camino Real que da acceso a los otros núcleos de población. A pesar de su designación como Real no es a menudo más ancha que las demás.



*Fig. 34. Fotografía aérea de Mecina Bombarón en 1982.
Obsérvese la presencia de huertos regados entre el caserío*

La sensación de falta de espacio para las construcciones emana de estas angostas calles y también de la altura de los edificios de varios pisos y de una característica de estas vías de la Alpujarra Alta: el tinado (*tinao*), prolongación de la casa hacia la vía pública que llega a cubrir. Su función es doble: amplía el espacio de la primera planta de la casa y abriga operaciones delante de la puerta de la casa como descargar una mula y dar refugio a las mujeres que durante sus horas de ocio pueden reunirse o descansar, sobre todo en verano, a la sombra. Así se opera cierta “privatización” de la calle. Estos tinados no se encuentran en la Alpujarra Baja.



Fig. 35. Las calles estrechas de Capileira (Ph. Allart)



Fig. 36. Tinado en Capileira (1983) Ph. Allart

El tejido urbano está a menudo organizado en función de la pendiente, de la atracción de un punto destacado en la vida social de la comunidad como puede ser la iglesia o una fuente con su lavadero que en principio suelen encontrarse más bien en el límite de un barrio de manera que se recupere el flujo para el riego. Estos puntos originan un ensanchamiento de la calle que puede dar lugar a plazas, en general espacios muy reducidos, irregulares y frecuentemente con diferentes planos de cota definidos por muros y unidos entre sí por rampas y escaleras, que reproducen el sistema de paratas de los espacios agrícolas. Las más anchas son las que han sido generadas alrededor de edificios significativos como pueden ser las iglesias (sobre todo las de nueva generación es decir las que no se implantaron en el antiguo solar de la mezquita sino en una nueva ubicación como la de Capileira) o el ayuntamiento.



Fig. 37. El pueblo de Taghsa: las calles angostas paralelas en la mayoría de su trazado a las curvas de nivel se ensanchan delante de la mezquita y de los baños (M.-Ch. Delaigue)

Cortijos y cortijadas

Aunque no se puedan considerar como aldea ya que no disponen de los servicios comunes de éstas (iglesia, ayuntamiento, además de distintos servicios e infraestructuras comunes) hay que mencionar cortijos y cortijadas que salpican tanto el paisaje alpujarreño como el de los gomara. En la Alpujarra son de dos tipos:

- Unos estacionarios se encuentran en la alta montaña, en la proximidad de los pastos, y son utilizados sólo durante el verano. Abrigan al pastor y su familia o a aldeanos que hasta hace unos cincuenta años dejaban sus casas del pueblo para ir a cultivar algunas parcelas en la montaña y criar su ganado. Esta especie de trashumancia nunca ha sido del agrado de las mujeres que siempre intentaron retrasar el momento de la salida del pueblo y desde casi medio siglo muchas de estas estructuras sencillas (se componen de una o dos habitaciones para la familia y de un corral) se encuentran abandonadas.

- Otros están habitados todo el año y corresponden más bien al desgarramiento del pueblo de unas familias que han decidido instalarse en la proximidad de las tierras que cultivan para ahorrar en los trayectos de ida y vuelta y cerca de un manantial de agua. Este tipo de cortijada cuyas casas se asemejan, por el empleo del mismo sistema constructivo, a las de los pueblos pero sin llegar al desarrollo vertical de las casas de las aglomeraciones de la Alpujarra Alta, podrían estar en el origen de un nuevo poblado: este tipo de transformación ha podido ocurrir en los procesos de creación de varios pueblos de la Alpujarra Alta (unas pocas estructuras alrededor de una fuente que se desarrolla en hábitat permanente).



Fig 38. Cortijada de Montenegro (Alpujarra Alta)

5.3. La casa tradicional y su implantación urbana en Capileira¹⁵⁹

La casa es un testimonio arqueológico de primera importancia, fuente de información privilegiada sobre la población que vive allí. Al elegir estudiar el hábitat de una aldea en funcionamiento, tenemos la oportunidad de reconstruir su evolución gracias a ele-

mentos arquitectónicos y etnográficos, y además, de comparar esta evolución con datos históricos y de apreciar las relaciones entre este hábitat y la sociedad que lo produjo.

En este apartado presentamos sólo la evolución de la casa de un pueblo de la Alpujarra. De hecho, después de constatar que las construcciones en la Alpujarra Alta utilizan un sistema constructivo común, basado en el uso de materiales locales, nos hemos centrado en el pueblo de Capileira, elegido por el buen estado de conservación de su arquitectura, su densidad, así como cierto estado de emergencia debido a los cambios que se avecinan. De hecho, los habitantes viven principalmente de la agricultura y de la ganadería, aunque desde unas décadas, tanto los proyectos de turismo como las dificultades económicas que los moradores tienen, tienden a cambiar radicalmente la relación que éstos mantienen con su entorno construido.

En primer lugar, trataremos la reconstitución de la arquitectura en el siglo XX, antes de la emigración de los años sesenta, y en segundo lugar, haremos una tentativa de reconstrucción de la evolución, a lo largo del tiempo, de esta arquitectura peculiar.

5.3.1. La arquitectura "tradicional"

La casa "tradicional" del siglo XX se construye mediante el añadido de naves adosadas. Así hemos clasificado las construcciones estudiadas en una tipología basada tanto en el número de niveles como de naves (Fig. 40). En la clasificación resalta un tipo que hemos llamado general (Fig. 39) que se compone de una nave y de dos niveles, que representa más del 50 % de los hogares. La mayoría de los otros tipos son más grandes y constituyen múltiplos de esta vivienda básica. Presentamos aquí este tipo general.

Su construcción

El tipo general consta de una planta baja y de un primer piso. Se trata de un paralelepípedo de forma ligeramente troncocónica cuyas paredes están hechas de pizarra. En la parte alta se utiliza también la tapia fabricada con la tierra recuperada *in situ*. El suelo del piso como el techo descansan en vigas de castaño soportando losas más planas que las que se emplean en los muros de contención; éstas son cubiertas con una capa gruesa de tierra que asegura tanto la inercia como el aislamiento del edificio. Sobre el techo se distribuye uniformemente la launa, tierra compuesta por pequeños elementos que provienen de la descomposición del esquisto. Este material sellador proporciona un característico color violeta a estos techos.

Las dimensiones medias de la nave están alrededor de 10'50 metros de la longitud por 3 metros de ancho interior que corresponde a la longitud de una viga de castaño.

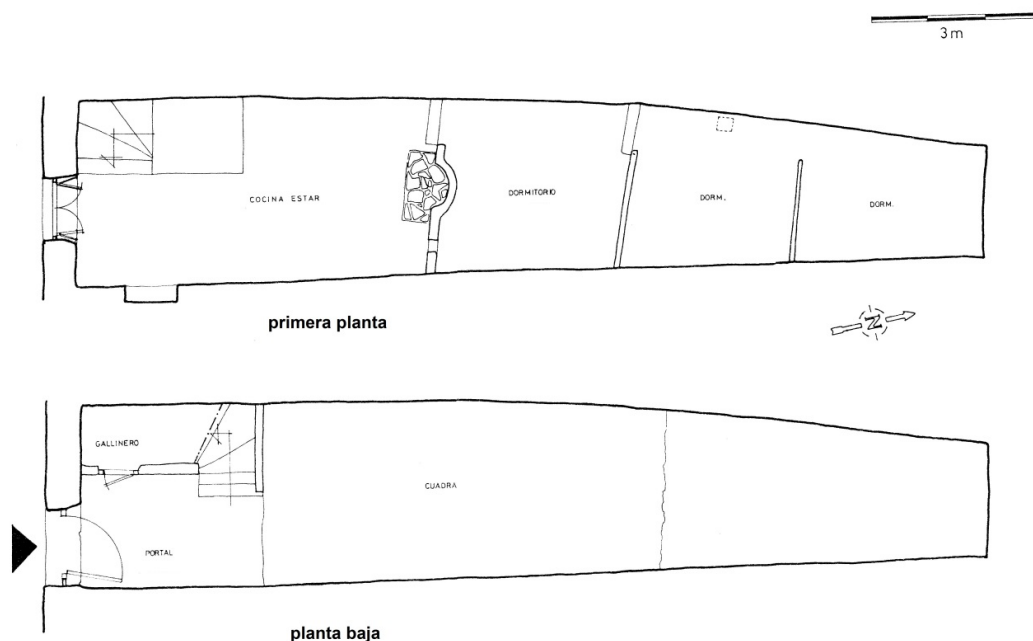


Fig. 39. El modelo doméstico

Organización del espacio

La nave está orientada de norte a sur. La planta baja está dedicada al ganado y la vivienda ocupa la planta superior. Las únicas aberturas hacia el exterior son la puerta baja y una ventana en la parte superior, las dos practicadas en la fachada principal que se abre al sur. Una escalera, en el interior, conecta estos dos volúmenes.

La puerta da acceso al portal (zaguán) donde se ubica la escalera y debajo de ella el gallinero. La separación con la cuadra se lleva a cabo mediante una barrera (pretil) o bien por un tabique. La escalera comunica la planta baja con la cocina del primer nivel que es la habitación más amplia y mejor iluminada de la casa, al contar con la única ventana, situada en el centro de la fachada sur. En frente de ella se encuentra la chimenea, de forma cónica. Situada en el centro de la casa, se inserta en un tabique de tierra y madera que separa la parte diurna de la parte nocturna. Los muros constan de huecos para almacenar (alacena, pequeño hueco para la sal, para poner una vela...).

Detrás de la cocina, las habitaciones se suceden (de una a tres), abiertas una a la otra de tal manera que para llegar a la última hay que atravesar las primeras. Sus dimensiones no exceden los 2'5 metros de largo y el ancho es el de la nave.

Aspectos etnográficos

Las casas del pueblo son el hogar de la familia nuclear (padres e hijos), base de la sociedad y la economía. A veces, en dos periodos del ciclo de vida, la familia se amplía: cuando los abuelos son recogidos por uno de sus hijos o cuando una pareja de jóvenes no puede encontrar una vivienda, es alojada en la casa paterna del novio hasta que

encuentren otra solución. De hecho, es el novio el que debe encontrar la casa, mientras que la mujer proporciona los muebles. La regla general que preside en el pueblo es la neolocalidad o sea la instalación de los hijos casados en una casa independiente de la de los padres. En el transcurso del tiempo considerado (1900-1960), son pocos los casos de división de la residencia paternal para acoger a un hijo casado. Dos razones se invocan: por un lado, las casas, especialmente las de tipo general, son pequeñas y apenas suficientes para la familia. Además, el sistema de herencia es igualitario: las propiedades del padre están divididas en lotes similares que se sortean. Pero si uno de los herederos no ha podido aún encontrar un hogar, él puede quedarse con la casa con la condición de compensar a sus hermanos y hermanas¹⁶⁰.

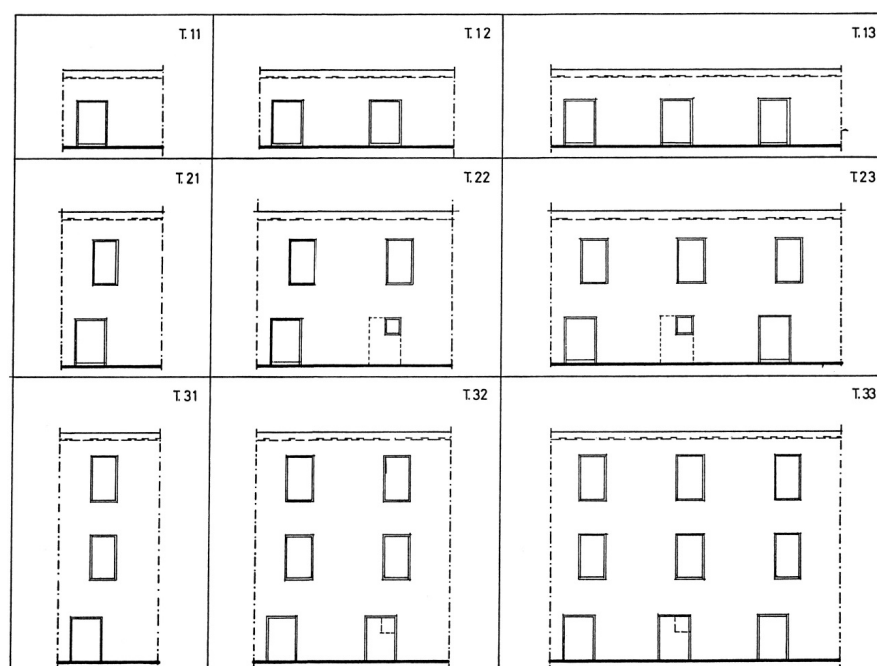


Fig. 40. Tipología de las casas

Las casas de tipo general constituyen, a menudo, el hogar de las familias pobres de agricultores que alquilan, bajo distintos tipos de contratos, la tierra que trabajan; o de pastores que crían el ganado de las familias más ricas.

En las familias existe una clara división del trabajo. La repartición idónea es que el hombre trabaje en los campos mientras su esposa se queda en casa ocupándose del hogar (limpieza diaria, blanqueo anual, preparación de las comidas, etc.) y de la educación de los niños. Raras veces este ideal es logrado en los estratos sociales desfavorecidos ya que la mujer, además de las tareas del hogar, debe a menudo participar en las labores agrícolas. Además, se la considera como el garante moral de la casa, el honor de la familia depende precisamente de la actitud de las mujeres de la casa.

Utilización de la casa

Toda la actividad diurna se concentra en la cocina, que es la habitación principal pues dispone de dos elementos importantes: el fuego y la luz. El mobiliario, escaso

(dos o tres sillas, la mesa camilla, a veces algún aparador) se dispone a lo largo de las paredes, ocupando un espacio mínimo y la vajilla (ollas, algunas fuentes, platos, cántaros de agua), se almacenan en la tarima encima de la escalera o en la alacena. Por la mañana, el fuego se enciende y se mantiene en invierno durante todo el día. Pero el foco de atracción es la ventana delante de la cual se desarrollan varias actividades: lavado, clasificación de grano, costura... Cuando la luz declina, la familia se reúne alrededor del fuego para la cena y la velada, antes de penetrar en la parte trasera de la casa para dormir. Por lo tanto, a medida que transcurre el día, los habitantes se mueven desde la parte delantera de la casa (fachada principal donde se encuentra la ventana) a la parte trasera oscura, el lugar del sueño. Estos movimientos representan el mejor aprovechamiento de este tipo de vivienda. Los padres ocupan el primer dormitorio, detrás de la chimenea y los niños (en general cinco o seis) se reparten en los siguientes dormitorios (a menudo uno sólo). La planta baja es reservada para los animales, sus alimentos, las reservas de madera y las herramientas agrícolas. La familia no desarrolla muchas actividades en estos locales: se alimentan los animales y se utilizaba como cuarto de baño.

Así el uso de la casa enfatiza la optimización de un espacio reducido, adaptado al modo de vida de estas familias de pequeños agricultores.

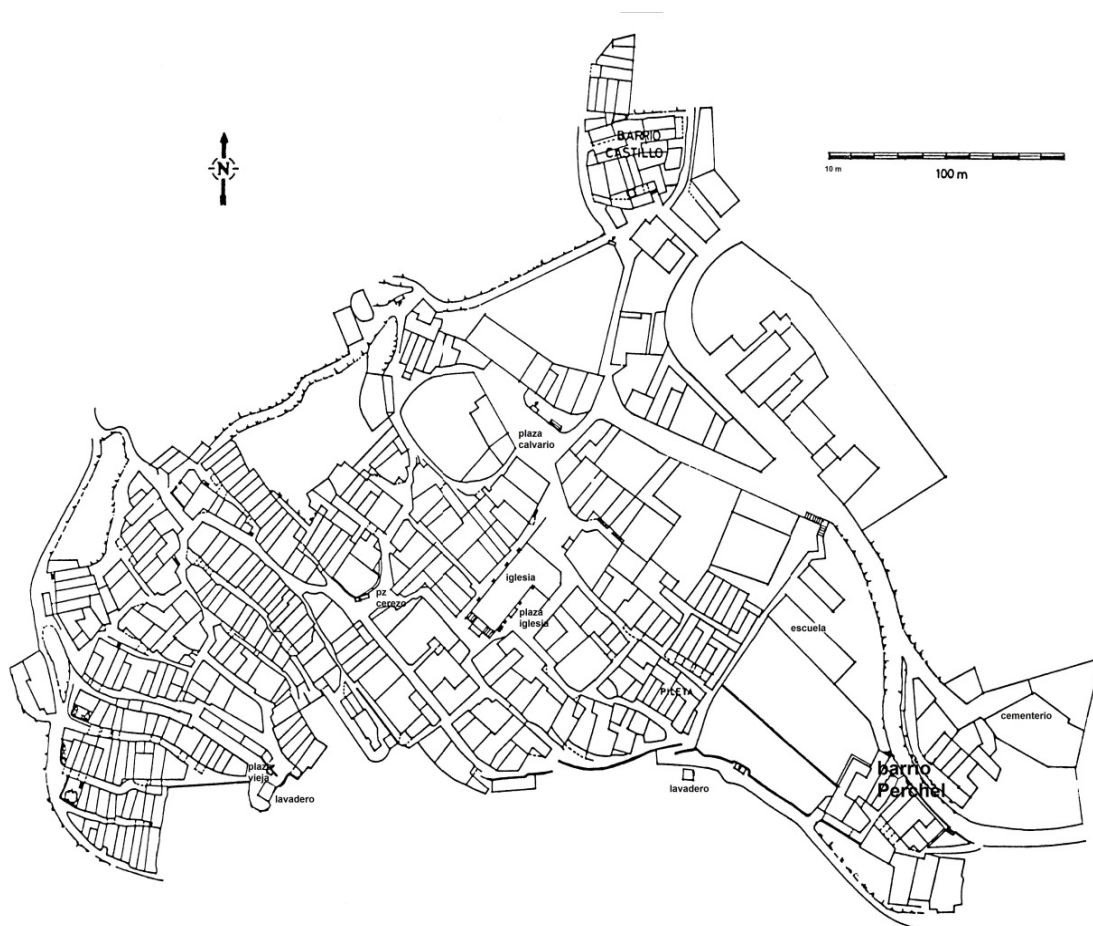


Fig. 41. Plano de Capileira

Implantación de las casas en la trama urbana (Fig. 41)

El pueblo denso se compone de casas adosadas por los lados más largos. La organización de la nave y la utilización de la pendiente evitan que los edificios tengan “vis -à -vis”: el frontal de la casa situada en cotas más altas domina la fachada trasera ciega de la casa aguas abajo. El hecho de no poder ver lo que pasa en los edificios vecinos actúa como protección de la intimidad familiar en un entorno social en el cual todos los aldeanos se conocen y están al tanto de los detalles de la vida de cada uno. Las normas de sociabilidad dictan conductas como el hecho de hablar con todos en público, así como tener relaciones cordiales y de intercambio de servicios con los vecinos... La casa es el refugio de la familia que se encuentra rodeada de vecinos cercanos con quienes comparten paredes pero con los cuales evitan las miradas indiscretas.

De la misma manera que existen varios niveles de agrupamiento de las casas, también la sociabilidad está adaptada a estos distintos niveles: uno pertenece a una familia frente a sus vecinos, pero todos los residentes de un sector se organizan en grupo frente a los vecinos de otro sector y los barrios están divididos por rivalidades. Éstos reúnen a grupos sociales distintos. El barrio Alto es el centro del pueblo, el lugar de las autoridades religiosas, civiles y militares (La Guardia Civil se ha instalado allí desde 1950) y del grupo dominante. Este último reside en grandes casas, organizadas en manzanas de forma compacta casi circular que se encuentran en la proximidad del edificio religioso. Alrededor de este anillo, las casas más pequeñas abrigan a familias menos afortunadas. Allí el tipo general es predominante y conforma grupos en hileras. El barrio del Castillo agrupa a los pastores. El del Perchel reúne una población heterogénea de agricultores y de pastores detentores de algunos bienes. En el Bajo se encuentran las familias más pobres, las que no tienen nada y alquilan sus servicios como peones, braceros¹⁶¹.

5.3.2. Evolución de la casa

La evolución de la casa puede ser observada desde dos puntos de vista complementarios: en primer lugar la nave y por otro lado sus extensiones. El tipo general ha sufrido transformaciones sucesivas que conciernen principalmente a las conexiones entre las distintas plantas.

Evolución del tipo general

Hemos podido identificar los cambios en el tipo general a partir de un elemento clave: la posición de la escalera (Fig. 42). Algunos observadores de principios de siglo¹⁶² han dejado descripciones del hábitat en las cuales señalan la presencia de escaleras exteriores, construidas en la fachada sur. Estas escaleras han desaparecido casi todas. La entrada de la cuadra se realizaba por debajo de la escalera y las dos plantas eran probablemente independientes. Tal vez deberíamos ver en esta escalera exterior el origen de las puertas-ventanas situadas en el primer piso y que hoy no

tienen razón de ser aparte de incrementar el caudal de luz cuando se abren de par en par. De todos modos, la posición combinada de la ventana y de la puerta permite una organización de la vivienda tal como la hemos descrito anteriormente: se entra en la parte diurna que hay que atravesar para llegar a las habitaciones. La planta baja, por el contrario, podía constituir un único gran espacio sin separación interior.

la escalera

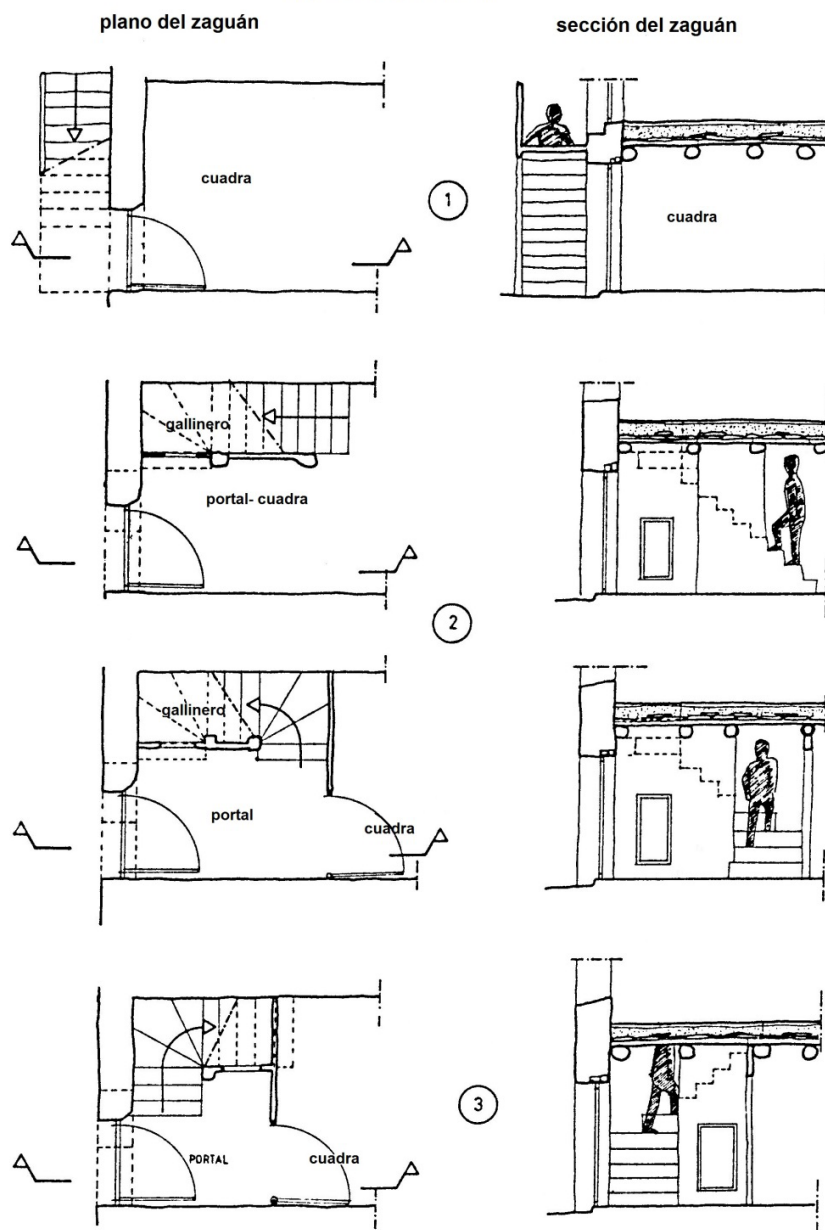


Fig. 42. Las distintas posiciones de la escalera

Las encuestas con la población local ayudaron a definir otra disposición: la de la escalera interior. Inicialmente, se adosa a la pared medianera de tal manera que para subir por la escalera es necesario entrar en la cuadra y contornearla. Entonces, el espacio libre debajo de la escalera se convierte en gallinero. La escalera conduce al

piso superior junto a la ventana, condenando así cualquier uso del espacio de la casa mejor iluminado. Después, el espacio se especializa: un tabique o un pretil separa el establo de la entrada a la casa. La parte inferior de la escalera presenta entonces un ángulo recto dejando más espacio para el ganado. La antigua cuadra se divide ahora en el zaguán y el establo propiamente dicho. Los animales entran por la misma puerta que los hombres pero en el portal los caminos se separan. El último cambio se refiere a la dirección hacia arriba de la escalera que se invierte para que se pueda subir justo detrás de la puerta. Así el tamaño del portal o zaguán se puede reducir. La escalera ocupa entonces la mitad del muro medianero de la cocina pero la tarima instalada encima se utiliza como módulo de almacenaje. La transformación permite despejar el área iluminada por la ventana para su utilización por algunas tareas domésticas.

Esto muestra cómo, a lo largo de esta evolución, el espacio se especializa y se racionaliza para satisfacer las cambiantes necesidades de las personas. Este proceso de especialización del espacio lleva, en el piso de la vivienda, a la división cada vez más pronunciada del espacio, especialmente en lo que se refiere a la parte diurna. Un nuevo tabique separa la cocina cerca de la ventana, del comedor que queda en las sombras. Éste controla un pasillo que conduce a las habitaciones, aisladas unas de otras. En la cocina la chimenea se empotra en la pared medianera. Los primeros ejemplos de esta última modificación se han podido fechar, gracias a las encuestas, entre 1930-1940.

Las extensiones (Fig. 43)

Las casas que han sufrido o no transformaciones pueden presentar algunas extensiones. Éstas se añaden tanto a las pequeñas como a las casas más importantes cualquier sea su tipo. Hemos distinguido dos categorías de extensiones según su finalidad agrícola o doméstica.

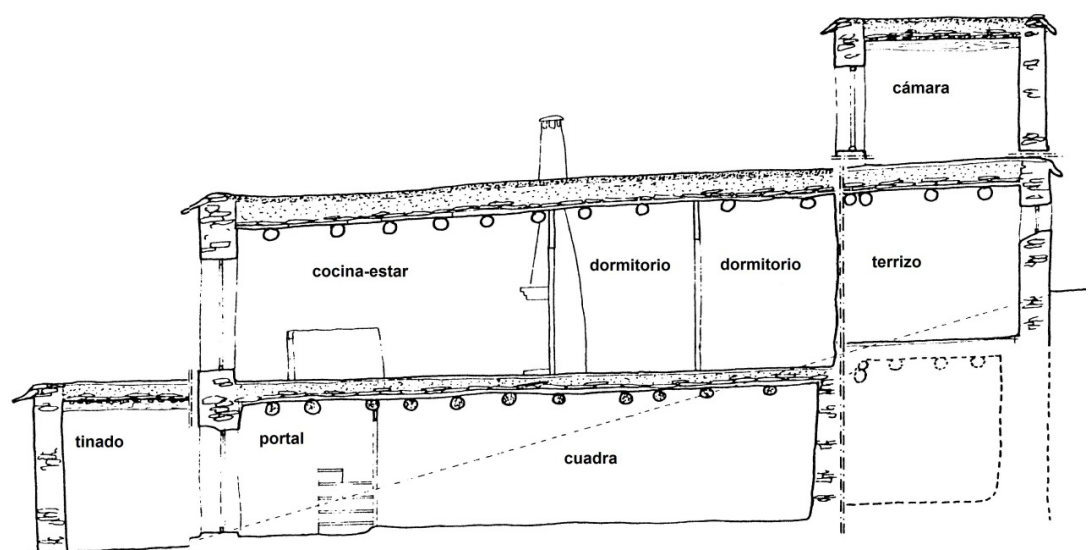


Fig. 43. El tipo general y sus extensiones

a) Extensiones para uso agrícola: *tinado* y cámara.

Las extensiones para uso agrícola son las más reconocibles. El *tinado*, peculiaridad arquitectónica, es un piso que cubre todo o parte de la calle y prolonga la vivienda delante de la fachada principal. Alberga las operaciones de carga y descarga de la mula. Su parte superior se utiliza para el secado de alimentos, es también un lugar de encuentro muy apreciado entre las vecinas¹⁶³.

La cámara es una habitación (o conjunto de habitaciones) situado encima de la cubierta, en la parte trasera de la nave. Sirve de secadero, a semejanza del *tinado*, pero se trata de un volumen oscuro donde se protege su contenido de la intemperie y de la vista. Se sube a la cámara por una escalera, fija o móvil, situada en la parte trasera de la nave. Si la pendiente lo permite, se realiza una conexión con la calle aguas arriba, al abrir una pequeña puerta directamente a esta vía.

Estos dos tipos de extensiones para fines agrícolas tienen una característica adicional común: son diferentes formas que no reproducen la de una nave, aunque su principio constructivo se inspira en ésta.

b) Extensiones domésticas “anexiones”.

No encontramos esas características en las otras formas de extender las casas para las cuales hemos preferido utilizar el término “anexión”¹⁶⁴. De hecho se trata de la toma de posesión de espacios adyacentes a la casa, sean públicos o privados. Con respecto a las “anexiones” de espacios privados, suelen ser habitaciones que estructuralmente pertenecen las casas vecinas y que se han adjuntado como resultado de partición, de herencia o de venta. Una puerta abierta en la pared de la medianería conecta el alojamiento con este espacio añadido.

Una casa se puede ampliar por la parte trasera mediante la apropiación del suelo. Una extensión parcial de la planta superior se llama “terrizo”, ya que descansa sobre la tierra y no sobre la estructura inferior. Se puede también prolongar las dos plantas y así casi duplicar la superficie inicial.

Es necesario aclarar que las cámaras y “anexiones” de suelo en la parte trasera de la casa se encuentran, a veces, perpendiculares al edificio existente. Por ejemplo, en el caso de viviendas con dos naves, la extensión en la parte posterior consiste a menudo en una nave que conecta las dos primeras.

5.3.3. Conclusión

Muchas de las casas de Capileira, sin extensiones, presentan la huella de una puerta cerrada, situada en la parte norte al nivel del piso de la vivienda, apertura que daba acceso a la calle aguas arriba. Se trata de edificios que no han podido extenderse atrás en razón de la presencia de casas vecinas; su implantación parece antigua. Esta

puerta, hoy tapiada, era, quizás, la entrada principal de la vivienda y se puede suponer que entonces no existía una escalera en la fachada sur. Por lo tanto la organización interior de la vivienda que hemos descrito antes, no tendría validez y tuvo que ser distinta de la que conocemos hoy en día, sin que podamos avanzar una hipótesis a falta de ejemplos o de datos para Capileira.

Esta observación nos lleva a pensar que la aparición de la escalera, sea en el exterior de la vivienda o en el interior, está vinculada al crecimiento de las manzanas. De hecho, en un primer tiempo, el contorno de la casa era bastante corto. Sin embargo, al construir más casas adosadas, el trayecto se hizo más largo y compensaba edificar algún tipo de escalera aunque quitase espacio dentro de la morada.

El estudio etnoarquitectónico nos permite concluir que el pueblo debe su densidad actual, sobre todo, al aumento de naves construidas y a las extensiones que han ido invadiendo el espacio disponible por adiciones sucesivas en la parte trasera de las casas.

La ubicación de las viviendas muestra una clara oposición, dentro de la aldea, entre el barrio Alto y el Bajo. En este último, las casas se organizan en hileras y se orientan hacia el sol. En el barrio Alto, las moradas componen manzanas compactas más complejas. La búsqueda del sol no se ha privilegiado. El hacinamiento de las viviendas en algunos sectores (en particular el de la Pileta) y las numerosas anexioniones (se trata, sobre todo, de intercambios de habitaciones entre casas vecinas) que entremezclan propiedades, revelan el interés que presentaban estos sectores por su ubicación que se consideraba privilegiada por la proximidad, de los establecimientos del poder y por la presencia de la clase de los terratenientes.

Así, en esta etapa del análisis, la organización del pueblo no parece regida por criterios técnicos, o por las características geográficas. Son más bien los factores culturales y sociales los que determinaron las distintas tramas urbanas. En el barrio Bajo, las manzanas estiradas en forma hiladas, paralelas a las curvas de niveles, irradian a partir de un centro donde estuvo implantada la antigua iglesia. En el barrio Alto, el nuevo edificio religioso ha determinado la orientación de las fachadas de las grandes casas que lo rodean, estructurándose en su alrededor las complejas manzanas.

Algunos textos históricos permiten elaborar algunos elementos del desarrollo del pueblo y de sus viviendas.

Los libros de Apeos de 1572 proporcionan unos datos sobre el urbanismo de Capileira. Hemos determinado que 75 casas conformaban el pueblo de Capileira y que las destrucciones sufridas durante la rebelión morisca había destrozado casi la mitad de ellas: 44 % de ellas se encontraban en ruinas. La descripción de las suertes distribuidas sugiere que el espacio del pueblo estaba mucho menos denso que en la actualidad. Las manzanas no cuentan más que con 5 ó 6 casas adosadas, y a menudo sólo 2 ó 3 que solían pertenecer a los miembros de una misma familia (un padre y un hijo por ejemplo); los huertos son numerosos dentro del casco urbano y las puertas de las viviendas están sombreadas por moreras, a veces castaños o nogales.

Los libros de Apeos de otros pueblos mencionan algunos elementos arquitectónicos

como la presencia de cámara o de escalera así que parece que al final de la época morisca, las casas habían alcanzado un cierto desarrollo; la mayoría de los elementos que hemos aislado y estudiado en la arquitectura “tradicional” existían ya, sin ser tan frecuentes como en la actualidad. Además, el pueblo, menos denso, estaba formado por pequeños islotes.

En el siglo XVIII (1752) los datos del Catastro de la Ensenada muestran que la población se ha incrementado drásticamente. Si en los Libros Apeos 70 familias se asentaban en el Barranco de Poqueira, en 1752, son 561 familias las que residen en este sitio. En este documento figuran las dimensiones de los hogares y se puede restituir la organización en manzanas. Estos elementos corresponden al sistema actual constructivo y a la organización en hileras que anteriormente hemos puesto en evidencia. La mayoría de las casas son de tipo general y su profundidad es de aproximadamente de 8 metros. Comparando estas cifras con la media registrada en 1981, vemos que, durante estos dos siglos, las viviendas han sido alargadas, probablemente, en la parte trasera gracias a las anexiones. Además, en este documento se toma en cuenta la organización en distintos barrios. Las manzanas que los conforman son más importantes que en el siglo XVI, sin embargo, no suelen llegar a abarcar una docena de casas. Así, en el siglo XVIII, la densificación del pueblo se debe al aumento del número de viviendas que pasa de 75 (en 1572) a unas 220¹⁶⁵ (en 1752).

La iglesia actual del pueblo de Capileira data del siglo XVIII¹⁶⁶. Este edificio reemplaza al antiguo templo en mal estado, situado en el barrio Bajo y demasiado pequeño para la población¹⁶⁷. La elección de una nueva ubicación en el barrio Alto, presentaba la ventaja de ser un terreno con una pendiente más suave que la de los otros barrios, que se ubica en medio de éstos y que además estaba hasta entonces libre de construcción (ocupado seguramente por unos huertos). Eso explica que el sector de la iglesia en el año 1752 no contaba más que tres viviendas. Las grandes casas construidas alrededor del edificio de culto son posteriores a esta fecha.

El proceso de expansión hacia el norte estaba entonces bien iniciado y continúa todavía: en los años ochenta se planeaba un nuevo barrio a la altura del barrio Alto y una prolongación del barrio Perchel a lo largo de la carretera estaba ya proyectada. Los barrios más antiguos han seguido densificándose. De hecho, el aumento del número de viviendas y de extensiones prosiguió hasta la saturación de la trama urbana.

La comparación de los distintos datos manejados muestra que el cambio de población que se produce en el siglo XVI, no causó, contra todo pronóstico, una ruptura en las maneras de construir, que siguen casi idénticas hasta ahora: hemos visto que los principales elementos aislados en el análisis etno-arquitectónico, estaban presentes en la arquitectura del siglo XVI. Los repobladores y sus descendientes han mantenido las técnicas de construcción y generalizado elementos como las cámaras. Sin embargo, los textos que utilizamos no proporcionan detalles sobre la organización interior de la casa. Y es probablemente en esta dirección en la que hay que buscar los cambios proporcionados por los repobladores: han utilizado una estructura adaptada al yacimiento y han remodelado el espacio interior, en función de sus maneras de vivir que diferían de las de los antiguos dueños y han ido evolucionando a lo largo de los siglos.

5.4. Los espacios de la identidad en Jebala-Gomara. El apellido, la casa y la aldea ¹⁶⁸

¿Podemos considerar el espacio que rodea al individuo X, en su parcela de montaña, como lo hacemos con los diferentes grados de su identidad: una serie de círculos concéntricos donde él ocuparía el centro? En realidad, tal correspondencia no es un simple juego intelectual, pues hay de hecho, en cierta medida, una adscripción de la identidad al suelo. Esto se contempla en el Marruecos rural (y en todo el Magreb) donde el territorio dicta sus condiciones a la genealogía, en un vaivén aleatorio.

Dejémonos de generalizaciones y hablemos de lo concreto: la Jebala. Mejor: de una de sus qabila-s (tribu), Bni Gorfet. Acerquemos la mirada: escogamos un *dchar* (aldea), Lehra, dividido en ocho *hwam* (barrios, plural de *hawma*), del cual elegimos uno, Rif l-Fuqi. Aquí se encuentra la casa de quien vamos a estudiar la forma de habitar, en su aspecto social, o sea “la sangre” y la residencia. Por una parte, “la sangre”, es decir los “lazos de sangre”, manera un tanto anticuada para denominar el significado del parentesco; por otra parte, las relaciones de vecindad.

5.4.1. La formación espontánea de apellidos

¿A quién escoger para tomar el papel de X? El anonimato, en este caso, no puede justificarse. No se puede disfrazar los nombres porque tienen un significado, en particular por el lugar donde moran y su redundancia en el linaje. Revelar los mecanismos por los cuales el individuo está provisto de títulos que designan su lugar dentro de la comunidad es facilitar estos títulos tales como son.

Por ejemplo: ‘Ali. ‘Ali es un simple campesino y además trabaja como tejedor; asimismo, es iletrado y comparte con un número de varones y hembras una pertenencia a un grupo específico, un parentesco, y el eje que le conecta a estos otros es una sucesión de ascendientes en línea masculina. Se trata de una línea agnaticia, teóricamente infinita. ‘Ali sólo nombra los tres primeros niveles: su padre, el padre de éste y el padre de este último, su bisabuelo, en línea paterna. Más allá, es el reino de lo desconocido (o casi). A aquel bisabuelo se le conocía como el Fqih Ben Taher. “El Fqih” es un apodo frecuente en la región. Evoca una función real: profesor de escuela, letrado. “Ben Taher” podría sugerir (*ben* es “hijo de”) que se ha identificado un cuarto nivel, el padre del *fqih*, pero ‘Ali no lo garantiza: podría ser en realidad una especie de apellido, un apellido en formación o “cuasi apellido” (él dijo: *kunya*) que varias generaciones atrás habría podido calificarse como un *Flen* (“fulano”) que no es el hijo de un tal Taher. Lo que confirma, es que ‘Ali cita un Tayyeb Ben Taher que no es el hermano del *fqih* sino que es considerado *uld ‘ammu-chqayq*, su “primo paterno en primer grado, en el sentido estricto”. En cualquier caso, este uso se reconoce perfectamente en este contexto.

Sin embargo, ‘Ali no se llama ‘Ali “Ben Taher”. Falló el apellido en formación. No, se llama ‘Ali “Siya”, forma local de Sfiya (en árabe clásico, Safiyya). Su padre era

Uld Abdallah ‘Ali Siya y su abuelo, de hecho, ‘Ali Siya. “Siya” es un nombre femenino. ¿Y quién lo llevaba? La abuela materna de este último. En suma, se asistió a la creación de un nuevo apellido que ya estaba disponible con el abuelo Fqih Ben Taher, cuando el “cuasi apellido” ya en uso abortó al no ser recogido. La solución existía, pero en forma de un nombre femenino procedente, además, de la línea materna: la primera Siya es la esposa del tío materno de Fqih Ben Taher. Situada fuera del eje agnado, llega a nombrar, sin embargo, la descendencia agnada.

Esta práctica es común entre los *Jebala*. Un destacado número de núcleos familiares, o de segmentos de linaje, se designan con el nombre de la abuela: Dâr Uld *Toma* (casa del hijo de Toma), Dâr ‘Abselm *Sajrawiya*, Dâr Taher *Mnana*... Obviamente no se trata de una matrilinealidad latente, ya que el sistema sigue siendo fundamentalmente patrilineal. Pero tal vez es necesario admitir que esta sociedad gustaba reconocer la posibilidad de que una abuela pudiera marcar una progenie con su huella, cuando una fuerte personalidad o alguna otra circunstancia le confería una cierta relevancia social, señalada a través de esa capacidad para designar con su nombre a la descendencia. Podía ser, por ejemplo, una larga viudedad que la convertía en la única autoridad de la casa. También si dos hermanos, procedentes de dos esposas simultáneas o sucesivas, tenían que identificarse con el nombre de sus respectivas madres. Así, un soberano ‘Alaui, Muhammad II, uno de los hijos de Muley Isma’il, era conocido como Muhammad ben ‘Arbiya, que recordaba el nombre de su madre, una de las numerosas esposas del soberano.



Fig. 44. Boda: palanquín de la novia (J. Vignet-Zunz).

5.4.2. Apellidos oficiales y charaf

Todavía no hemos finalizado con este concepto de “sangre”, la esfera social que logra insertar al individuo. ‘Ali también comparte con decenas de personas de la aldea un

otro apellido: Serroj, el único que está inscrito en el registro civil. Por suerte, hay entre uno de los *foqha* (plural de *faqih*) de la aldea un *chayara*, un árbol genealógico completo y exhaustivo, avalado por el sello del sultán Muley Isma'il. El antepasado de los Srarja, según este documento, fue uno de los *moqaddem-s de la zawiya* (“uno de los responsables de la cofradía”) del santo Muley ‘Abslem Ben Mchich, llamado en consecuencia Moqaddem Hsayen. Y como quiera que llamaba a la oración de una manera un tanto cómica, fue apodado así: *ka israj*, “el que se desgañitaba como un gallo”. A raíz de unos desencuentros, vino a establecerse en este lugar, precisamente en el *hawma* vecino de El-Qajdar, cerca de la tumba de Sidi ‘Omar Ghaylan (antepasado del combatiente que contribuyó a la retirada de los británicos de Tánger), donde fundó un linaje importante que, incluso hoy, a pesar de las migraciones, de salida y llegada, procedentes de los horizontes más diversos, sigue siendo hegemónico en el dchar. Al menos, por su abultado número, si no económicamente.

Sin embargo, pocas prerrogativas mantiene esta familia. Se relacionan con la condición de primer grupo familiar que se instala en este sector occidental del Ýbel Bni Gorfet, en un contexto donde la propiedad familiar permanece raramente intacta tras varias generaciones. La fragmentación de la propiedad se debe, por un lado, al matrimonio exogámico de las hijas y, por otro, a las ventas de parcelas adquiridas por el difunto en lugar de ser propiedad familiar.

Se da, sin embargo, una circunstancia que confiere primacía a una familia: los que inician el labrado de las tierras son miembros de uno de los tres sublinajes (sing. *ta'yfa*), descendiente de Moqaddem Hsayen, los Uled Stito, del barrio de Rif es-Sefli. Si alguien en el *dchar* se atreviera a comenzar a labrar sus campos antes de los Uled Stito, se entiende que la cosecha sería desastrosa para todos. Los Uled Stito empiezan a labrar en la semana siguiente al día del *soq* (zoco) cuando, de común acuerdo, los aldeanos establecen que las lluvias han mullido suficientemente las tierras. Hace unos cincuenta años (la bisagra se establece en torno a los años de la independencia de 1956), los Oled Sito llenaban un cubo de tierra tomada en los campos de sus vecinos y lo vertían en la primera parcela que trabajaban, mezclando una a la otra. El vecino pueblo de Sajar tiene la misma práctica. Es probablemente general, al menos en esta parte de la *Jebala*. Este privilegio de los “amos de la tierra” en el plano simbólico (pidiendo préstamo a una fórmula que pertenece más al África subsahariana) existe en otros lugares del Magreb.

¿Hemos alcanzado entonces la mayor profundidad en esos niveles concéntricos de ‘Ali a los que nos referíamos con anterioridad? No, si se considera que, según el documento de los Srarja, su antepasado epónimo, un Abû-l-'Aichi, desciende de Basen, un hijo del fundador del reino de Fez, Muley Iris II, quién fue gobernador de la provincia de Tánger donde fue enterrado. Hay muchos Bni Abû-l-'Aichi que proceden de este antepasado epónimo: en Tánger, por ejemplo, vive un ilustre erudito descendiente de este personaje. No obstante, genealogistas del Majzén (tal como Ibn Ramón bajo el gobierno de Muley Isma'il), cuya labor de descarte como integrantes de la categoría de *chara* (descendientes del Profeta por su hija Fatima-Zohra) afectó muchas antiguas familias de la *Jebala* tampoco aceptaron como tales a nuestros Srarja. Sin embargo, treinta o cuarenta años atrás, los Srarja asistían a la *ziyâra* (“oferta”) reunida durante el *mussem* (romería) de Sidi Qâsem... A la inversa, no hay nadie en la vecindad que haga

acompañar su nombre (*ism*) con el título de Sidi. Como en el resto de las familias, solo pueden ostentar al título de Sidi estos Srarja capaces de memorizar las sesenta secciones del *qor'an*.

Si comparamos este linaje con el de Sidi 'Omar Ghaylan y con el de Muley 'Abslem Ben Mchich (descendiente de príncipes idrisies y convertido en un ermitaño entre los siglos XII y XIII), comprobaremos lo difícil que resulta valorar en su integridad la noción de *chrif* en contextos rurales. Los Srarja avalan un árbol genealógico con *dahires* ("decretos") del Majzen, pero no cuentan con un mausoleo que les venga a honrar con una *'imara* ("romería") anual, compromiso de "autenticidad" al menos a nivel local. Los Ghaylaniyyin, o Ghaylanich en el dialecto de los jebala, poseen una *'imara* en la tumba de su antepasado Sidi 'Omar, quien mantenía la *baraka* ("gracia divina") de su padre, Sidi Ibrahim, heredero espiritual del *chij* Talidi de Ajmas. La cadena mística se extiende a través de un tal Sidi 'Ali ben Ahmed El-Gorfti (que los Uled Ghaylan adjuntan a su linaje), que inició al fundador de la cofradía de Ouazzan, Muley 'Abdallah Cherif (siglo XVII). Sin embargo, Ibn Rahmûn les niega el estatus de descendientes del Profeta. Y en lugar de la legendaria Figuig, ciertas tradiciones dicen que los Uled Ghaylan procederían más bien de una familia andalusí que se estableció en la ciudad de Salé. Por el contrario, el linaje del *qotb* ("polo místico") del Jbel 'Alam, Muley 'Abslem, es universalmente reconocido como idrisí —y santo.

5.4.3. La identidad por la residencia

Sea lo que fuere, la identidad de 'Ali se puede perfilar mejor al complementarla con elementos que no tienen, esta vez, nada que ver con la prosapia de la genealogía, pero que caen prosaicamente en el concepto de vecindad, de residencia. En otras palabras, la relación del hombre con el suelo, en Marruecos, si no más ampliamente en el mundo árabo-islámico, no es exclusivamente el producto de la proyección de las genealogías, como se deduce de la repetitiva división de las unidades territoriales de base entre «Uled Flen» y «Bni Flen» ("hijos de fulano"). De hecho, convivían contradictoriamente dos principios de organización de los grupos rurales: uno basado en la genealogía, incluso ficticia o acomodada, otro sobre el reparto de un territorio.

"Sociedad compuesta" concluyó provisionalmente, en un registro cercano, un observador atento del hecho social marroquí¹⁶⁹. Si no es una realidad única del país Jebala, sin embargo toma un aspecto masivo aquí: la *hawma* no está (¿ya no está?) constituida por familias con un antepasado común; todavía menos el *dchar* y peor aún la *qbila*. Sin embargo, los Grafta (o Bni Gorfet), que nos remiten genealógicamente a un tal "Gorfet" —que no sabemos si era un epónimo o un topónimo—, tienen una destacada consistencia, conformada por una historia y por instituciones comunes. ¿Es eso suficiente para dibujar los contornos específicos de "la tribu en el norte de África"? ¿O todo esto sólo tiene que ver con la integración ordinaria de viejas comunidades campesinas? Lo cierto, es que 'Ali se define como de Jebala, luego Gorfti, después de Lahra y finalmente de Rif l-Fuqi, cuatro círculos de identidad que, a nivel de las relaciones exteriores por lo menos, juegan más que las determinaciones de la genealogía.

Ésta, por consiguiente, funciona (¿funcionó?) especialmente en el nivel mas local, el de la vecindad.

5.4.4. *El espacio aldeano*

Precisamente: ¿Cómo son estos barrios de Lahra? Se extienden longitudinalmente, siguiendo una curva de nivel que discurre “a la raíz” de las enormes losas (sing., *hafa*) de piedra arenisca que se alzan verticalmente en las cercanías de la línea de cumbres del macizo de Bni Gorfet, orientado en sentido norte a sur. Se observa una constante de los pueblos de Jebala, al punto de ser un criterio de identificación: en esta zona de pendientes bien regadas, el hombre se instala en las laderas, encima de las llanuras y valles reservados al cultivo. Pero los establecimientos humanos no se emplazan en cualquier lugar pues la geología impone sus condiciones, las pequeñas sierras que corren alineadas, elevándose de oeste a este a partir de la llanura atlántica hasta el corazón del macizo rifeño, se configuran como substratos de margas impermeables sobre los que se asienta la piedra caliza porosa que corona las cumbres. En el contacto de estas dos formaciones geológicas, abundan las fuentes que facilitan la instalación humana y, en el verano, el mantenimiento de jardines (sing., *gharsa*) y huertas (sing., *ghars* o *ýnan*) irrigados, riqueza secular -con la artesanía doméstica- de los jebala.



Fig. 45. Aldea, Tsoul (J. Lanclon).

Característica dominante del paisaje de estas áreas es la densa ocupación a media altura de las laderas en las que se suceden las alquerías, a veces sobre varios kilómetros, brevemente separadas entre ellas por barbecho. La visión que se obtiene es la de una banda larga y oscura de jardines salpicada de árboles y setos de arbustos, puntuados

por las manchas más claras de las casas -claroscuro de paredes encaladas y, antaño, de techos de bálago. Actualmente, aparecen menos contrastadas debido a la teja y, especialmente, a la chapa de uralita. Por encima, hasta la cresta de la montaña, el bosque o lo que queda de él. Más abajo, mordiendo sobre la llanura cerealística (*ota*), una zona de terreno baldío, tierras comunales (*ard yama'iya*) destinadas al pastoreo de invierno y primavera, roída de forma imperceptible por el empuje de la demografía. En el límite de las tierras de labrado, donde se acaban las tierras colectivas en terreno llano, se encuentra la zona colectiva de áreas de trillado (*nwadriyich*), agrupadas por barrios. Más allá, el territorio del pueblo o alquería, hasta llegar al límite del país beduino (*l-'arab*, hoy sedentarios y que se han convertido en agricultores más que en pastores), encontramos un área aproximadamente rectangular, paralela al territorio de las aldeas vecinas: aunque la propiedad sea privada, fuera de las parcelas cedidas a los habous (*ahbes*, “bienes de manos muertas” o “habices”), una rotación bienal colectiva alterna, entre la parte superior y la parte inferior (*ota l-fuqi* y *ota l-habti*), los cultivos otoñales y los cultivos de primavera.

Siete de los ocho barrios de Lahra se extienden casi alineados transversalmente a la pendiente: desde el sur hacia el norte, El Qa_dar, 'Am Bettiwa, Rif es-Sefli, El-Matmar, Rif el-Fuqi, El Mechrif, Zuwwa, mientras Zerraq, habitado principalmente por descendientes de Sidi' Omar Ghaylan, domina El Qa_dar. Casi en el corazón de este conjunto, a poca distancia de la base de la escarpa de formaciones areniscas, ubicamos un espacio despejado, *amrah*: en uno de los extremos, la principal mezquita de la aldea, yama'a l-kbira, la única que dispone de un alminar (casi cada barrio cuenta con su propia mezquita), la tumba de un santo, Sidi El Forjani cuyo origen es desconocido pero que de manera efectiva identifica el lugar, y un cementerio (maqbara), que no es el más antiguo pero sí el “favorito” de la población. El resto del espacio se empleaba para “alardes” con caballos, las “fantasías” (*jayl*), hasta que un gran deslizamiento de tierra, probablemente a inicios del siglo XX, impidió sus desarrollos. Ese carácter nodal de la plaza central, entorno al binomio “cementerio antiguo-gran mezquita”, se confirma por la circunstancia de que cuatro de los ocho barrios convergen en este punto, siguiendo sus límites los caminos principales que allí conducen. Estos caminos (sing. *azaniq*) se pavimentan a menudo con grandes losas irregulares. Esta red, mantenida por la comunidad, se extiende en alvéolos bastante regulares logrando el agrupamiento de varias propiedades. La fotografía aérea evoca, de hecho, una organización similar a la de los pulmones.

5.5. La vivienda en la región de Jebala-Gomara ¹⁷⁰

5.5.1. Las tierras bajas

Éstas rodean sobre tres costados la cordillera del Rif. Están ocupadas por poblaciones de origen beduino llamadas localmente *'arab*.

En la franja atlántica de nuestra región, los *'arab* vivían al principio del siglo XX¹⁷¹ en aglomeraciones compuestas de habitaciones situadas en círculo (significación

primera de la palabra *duwwar*), al interior de las cuales, de noche, descansaban los rebaños protegidos a veces por una zanja profunda que doblaba el cercado; pero más a menudo dispuestas sin mucho arreglo: la población estaba ya en el proceso del sedentarización. Para la mayoría, las viviendas fijas eran la *nuwwala*, el *bit* y la *qabusa*. La primera fue tomada de los Jebala¹⁷², podía tener las paredes rectas, con tablas escuadradas groseramente y ramajes, cubiertas con tapial, y un tejado de dos aguas cubierto de bálago; o bien paredes de cañas, verticales o cónicas, revestidas de tapial. El segundo era de una habitación sola de adobes y tejado de dos aguas de bálago, según el modelo habitual de los Jebala. La tercera era la habitación de los grandes propietarios únicamente, tomada del Gharb: de forma circular, construida con un entramado muy apretado de cañas entrelazadas, podía ser cónica o componerse de una pared recta coronada por un tejado cónico, o en cúpula, y cubierto con bálago; las más lujosas tenían hasta cuatro metros de diámetro, la pared estaba hecha de tres o cuatro entramados sucesivos y espesas esteras de junco; era una vivienda caliente en el invierno, fresca en verano. El mobiliario siempre estaba compuesto de esteras y de cojines, la alfombra (*henbel*) era escasa; los más ricos tenían una alfombra de mejor calidad (*zerbiya*), a veces colchones, exponían la silla de montar y las armas, el servicio de té...

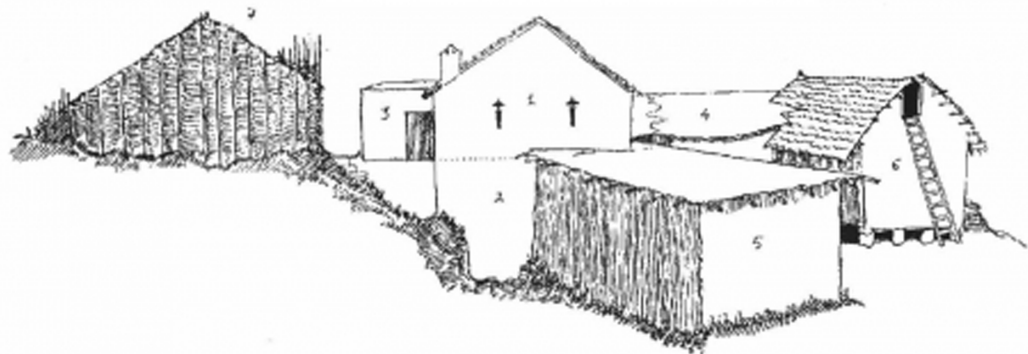


Fig. 46. Granja gomara perteneciente a un agricultor acomodado

1. Habitación del propietario y de sus invitados; 2. otras habitaciones; 3. letrinas; 4. cocina; 5. Establo de las vacas; 6. graneros; 7. establos de las mulas y abrigos para las cabras (a partir de J. Caro Baroja)

Sin embargo, la tienda (*jayma*) todavía no había desaparecido totalmente en aquella época. Si ya no era el instrumento del desplazamiento pastoral, coexistía con las viviendas de tierra o de vegetal para convertirse en general en la residencia de las mujeres. Su originalidad, comparada con el dominio de los grandes nómadas, era no estar hecha de lana o de pelo sino de un vegetal, el asfodelo (*berwaq*), planta de la cual las mujeres extraían el tejido de filamentos que rodeaba la raíz¹⁷³. Lo trabajaban como cáñamo pegándole con palos en el agua, después lo hilaban y lo tejían en el telar horizontal de los beduinos, fijado en tierra por estacas. Componían así las largas cintas (*fliṣ*) que, cosidas juntas, formaban el velum de la tienda; la pared cuadrangular estaba simplemente compuesta de pequeños manojos atados y colocados en el suelo, hechos con el tallo de otra planta salvaje (*bechneyj*).

Los 'arab viven hoy en día en aldeas (sg. *duwwar*), en casas de adobes (*tob*) cubiertas con la chapa de uralita de dos o tres aguas (raramente con un piso arriba), según el

modelo propio de los Jebala (Fig. 47). Las paredes, al exterior y al interior, están someramente encaladas. Si hay pequeños parterres con flores en el patio, plantas verdes en latas colgadas, no hay en el patio banquetas para el descanso, el interior no incluye decoraciones, ni lecho elevado y cerrado por una cortina como veremos entre los jebala. La cocina en verano se hace a menudo en un pequeño edificio sin techo (*grur*)¹⁷⁴ cerca de la empalizada que confina el patio; está hecho con una pared de adobe de apenas un metro de alto, trazando un círculo de un diámetro de un metro aproximadamente, interrumpido para dejar lugar a una entrada angosta; el conjunto se estrecha levemente hacia arriba. Si se encuentra a veces una *nuwwala* de cañas que sirve de local para cocina de invierno (*bit en-nar*), por otra parte ya no quedan tiendas.

En las regiones bajas de Marruecos del nordeste, con las condiciones de sequía que han retrasado el desarrollo de la agricultura moderna, la trashumancia y la tienda se mantuvieron más tiempo. La tienda pobre estaba hecha de esparto y pelo de cabra, y solamente los más ricos usaban lana de ovejas o pelo de camello¹⁷⁵. En los años 60, el pastoralismo, por cierto, es residual pero todavía se menciona¹⁷⁶. El paso hacia la casa ha seguido aquí el modelo del patio central y de la azotea de suelo apisonado de los rifeños y de los altos llanos de Marruecos central.



Fig. 47. Techos de chapa de uralita, Bni Gorfet (J. Vignet-Zunz).

5.5.2. La península tingitana

La aglomeración aldeana, en todo el dominio rifeño, se dice *dchar* (lo que también sucedía a menudo en otras partes de Marruecos, a veces bajo la forma de *dechra*, antes de que la administración generalice el uso de “douar”). Se sabe que la casa tradicional, en las aldeas de los jebala, está cubierta por una techumbre de bálago (Fig. 48) -susti-

tuida rápidamente hoy por la chapa de uralita-, de dos aguas, a veces tres. En su muy completa investigación sobre el hábitat rural en Marruecos, Hensens¹⁷⁷ y su equipo muestran bien que este tipo de tejado estaba circunscrito muy exactamente a la mitad occidental del arco rifeño, es decir a su parte húmeda, y no existía tradicionalmente en ningún otro lugar¹⁷⁸.



Fig. 48. Techo de bálago, Bni Gorfet (J. Vignet-Zunz)

Es también, en parte, el caso de sus vecinos gomara y sanhaja de la cordillera central del Rif. Las fracciones de su territorio que se localizan en la otra cara de la frontera climática conocen la azotea de suelo apisonado: al este del bastión central del plegamiento, pero también al norte de este bastión, allí donde, a baja altura, a lo largo del Mediterráneo yendo tan lejos al oeste como hasta Oued Laou (y más allá incluso, puesto que la azotea todavía está presente en baja altitud entre los Bni Sa'id, en Jebala), las lluvias ya se hacen escasas, formando el punto bajo del país Gomara. En altitud, al acercarse a los altos picos y las primeras coníferas, el país Gomara recobra su techumbre de bálago.

Se sabe que se encuentra también hasta la fecha este rasgo en la ribera de enfrente, en Andalucía, en la mitad occidental del borde bético del Mediterráneo¹⁷⁹. Si la cubierta de bálago está lejos de ser excepcional en la Europa del pasado, lo es totalmente en el Magreb. Sólo se encuentra en algunos puntos de sus relieves mediterráneos: en Marruecos, en este Rif occidental precisamente; en Argelia, en el Dahra, en Kabília (donde la teja redonda de cerámica sustituye a menudo al bálago), en las cercanías

de Annaba; en Túnez, entre los Khroumir... En todas las otras partes, es el reino de la azotea de suelo apisonado (Fig. 53).

La materia es *achqaliya*, que deriva del latín *secale*. Éste indica el centeno pero aquí se trata de hecho de la escaña, *Triticum monococum* L., un trigo con una sola fila de granos. Otras plantas se utilizan a veces: bálago del durum de trigo candeal, brezo (*jleny*) atado en pequeñas gavillas que cubren el bálago (por ejemplo, en Anjra)...

Bálago se dice *sqaf* en el Rif occidental, la choza de bálago *dar d-sqaf* (en habla urbana, *sqaf* es el techo; en clásico: *saqf*). Sobre un bastidor de cañas (horizontales) y de pértigas (transversales), el bálago, juntado en pequeñas gavillas (*qabta*), con las raíces hacia arriba, es dispuesto hilera por hilera (*nawba*, a veces *dowr*), comenzando por abajo. Dos hombres cooperan, uno al exterior, que coloca las gavillas sobre el bastidor, el otro al interior que las ata. Utilizan una “aguja” (*chkunt*), larga varilla de aproximadamente un metro con un extremo perforado por un agujero por el cual pasa un cordel. El hombre del exterior inserta el cordel con la varilla y los retira ambos cuando el otro ha atado una gavilla. Cerca del caballete, la sujeción de la última hilera está reforzada afuera por una línea de cañas, más a menudo dos o tres separadas cada una por unos veinte centímetros: es el único lugar del tejado en donde aparecen las cañas y estas líneas en el remate son características de las chozas a ambos lados del Estrecho (también ocurre a veces que se asegura la firmeza del conjunto sujetando un segundo bastidor de cañas). Esta operación debía repetirse en promedio cada dos años, parcialmente o en el tejado entero. En Andalucía, estas chozas ya no se habitan (se utilizan como pajar, establo, etc); entre los jebala, pueden seguir siendo habitadas.

Hoy en día, la chapa ondulada de uralita tiende en generalizarse, más fácil de instalar y de mayor protección contra el incendio –pero menos impermeable al exceso de calor o de frío–, después de una fase de tejas llanas importadas de España durante el protectorado.

Los Bni Gorfet y sus vecinos ¹⁸⁰

Las funciones domésticas se reparten allí en varias crujías alrededor de un patio irregular. El edificio reservado para la habitación abarca una galería cubierta (*nbah*), una suerte de pequeña veranda que antecede al cuarto o los cuartos. Éstos están así retirados respecto a la fachada, delimitándose un pequeño espacio abrigado; se comunican con éste por una puerta (antes muy baja, apenas un metro) y a veces una pequeña ventana cerrada por un postigo de madera y una rejilla de hierro forjado. Esta disposición parece absolutamente única en el paisaje rural marroquí. En el piso de arriba, cuando lo hay, esta galería está parcialmente cerrada por un parapeto y por los elementos del muro portador que estrechan aún más la abertura: ésta puede variar, de una casa a otra, de la dimensión de una ventana a la de un amplio ventanal.

En cualquier caso, esta fachada tan abierta diferencia este tipo de casa de la vivienda urbana árabo-islámica caracterizada por la fachada ciega hacia la calle y, al contrario, las anchas aberturas al patio. Pero en la medida en que, entre estos jebala, los otros edificios que flanquean la vivienda no llevan piso y no siempre se cierran en cua-

drado, hacen efectivamente visible la fachada desde fuera, aunque esté –de manera totalmente clásica– vuelta hacia el patio. De hecho, el *nbaḥ* (galería) de estos jebala se denomina con el mismo nombre que en las residencias clásicas de las ciudades marroquíes, en donde forma un elemento constitutivo del patio (*wust ed-dar*).

En la planta baja del edificio principal, la habitación (sala o salón-dormitorio) se nombra *bit* (pl. *biot*; en otras subregiones de la península tingitana se pueden encontrar: *stah* en el suroeste, ‘amara en el sur de Chauen...); en el piso de arriba, por idénticas que sean sus funciones y su disposición, la habitación se nombra *ghorfa*. Estas habitaciones son en general dos en cada nivel cuando la casa es grande. A los huéspedes se les instala generalmente en el piso de arriba, lo que libera el patio, espacio privado.

Habitación de recepción o dormitorio, la ordenación es idéntica (Fig. 49). Al entrar, siempre a la derecha, a lo largo del lado pequeño, sobre un bastidor de ladrillos de adobe y de tablas, a un metro del suelo, la cama (*srir*), cerrada por una cortina (*rwaq*) colgada de una caña. En la cabecera de la cama (en la pared opuesta a la puerta), un nicho pequeño con una vela. Entre el pie de la cama y la pared, el baúl de la boda, de madera decorada. En el suelo, una estera -a veces, hoy, un pedazo de moqueta- y una mesita baja circular. A lo largo de las paredes y de la cama, colchones estrechos y espesos colocados a veces sobre un bastidor de madera (de allí su nombre: *kadri*, pl. *kadriyat*). Antes, al menos entre la gente ordinaria, estos sofás no se usaban, ni las tapicerías en las paredes, ni la mesita baja: las comidas se tomaban sentados sobre la estera, a veces sobre una piel de borrego, que ocupaba el centro, o un lado de la habitación (*zawiya del-bit*), en una fuente común presentada sobre una cesta de fondo amplio y llano (*gherbel*). Por la noche, los niños dormían sobre la estera. Los padres, en su cama cerrada, descansaban sobre un colchón de pequeños haces de una variedad de juncos, *jap* (*Typha latifolia* L.).

Se cuelga más a menudo en las paredes una tapicería, con el motivo clásico del arco quebrado morisco. Delante de la puerta o de las ventanas, pequeñas y cerradas por un postigo, una cortina ligera. A lo largo de una pared, a unos treinta centímetros del techo, se sujeta una caña: es el armario, las mujeres cuelgan allí su ropa, un atornasolado de colores y gasas, para el mayor placer de los visitantes. El resto es cuestión de gusto personal: estantes, chucherías, flores artificiales, reproducciones de cuadros y fotografías de la familia, mantelitos de algodón bordados o de punto (las jóvenes han pasado por el *nadi*, la clase de tareas domésticas)...

La instalación de las habitaciones asocia así el rigor de una tradición con la preocupación por una decoración personalizada. Sin embargo, la tendencia reciente, bajo la influencia del modelo estandarizado de la ciudad, va hacia una especialización del cuarto de recepción tal que ya no guarda rastro del mobiliario que se refiere a la vida privada, sino sólo sofás a lo largo de las paredes y mesitas bajas, eventualmente una televisión provista de una batería de coche¹⁸¹, y profusión de chucherías.

A menudo, en la parte trasera de esta habitación está situado el lugar de las abluciones (*medÿra*) al cual se accede por una abertura pequeña cerrada por una cortina: un ángulo de ese espacio minúsculo es delimitado simplemente por un murete semicircular, formando una pila levemente inclinada hacia el desagüe (es la *medÿra* propiamente

dicha). Se trata pues de un verdadero cuarto de baño del que consta, —y consta desde hace tanto tiempo como la memoria puede recordar—, la casa jebliya donde uno puede cuidar la higiene personal o bañarse enteramente con un cubo de agua caliente y un cubo de agua fría, como en un *hammam*. Hoy, cuando el espacio habitado va creciendo, las casas disponen cada vez más de un cuarto pequeño para este propósito, en la planta baja o en el piso de arriba, a veces en ambos. Antes, la *medyra* estaba en la habitación única, en la esquina de la izquierda, detrás de una cortina. Por somera que fuese, siempre cumplió en cada hogar una función esencial de la cultura de los jebala.



Fig. 49. Sala-dormitorio, con cuna, en una casa de los Tsoul (J. Lanclon)

Si *medyra* y *bit en-nar* forman parte de la estructura tradicional de la vivienda del *jebli*, las cosas no están tan claras para la *ghorfa*. Según algunos, antes era escasa. Respondía sin embargo perfectamente a las necesidades de seguridad del tiempo precolonial, *waqt sayba*, la época de la “anarquía”: permitía observar mejor los movimientos sospechosos, para disparar se podían utilizar las aspilleras que se abrían en cada una de las cuatro paredes (en la hipótesis antes la más común, de que la *ghorfa* no estuviera construida según el modelo de las habitaciones de la planta baja: ni veranda, ni granero en la parte trasera), finalmente, combinando escalera y escalas, uno tenía varios medios de salida en caso de ataque. El plan tradicional, en una de sus alternativas,

ofrecía también esta posibilidad colocando la *ghorfa*, habitación de huéspedes, encima de la entrada: el *stwan*, verdadero vestíbulo, secundaba con eficacia a la *ghorfa*, esta vez en la entrada, para la defensa del patio y de la casa.

Otros dudan de su antigüedad, evocando una época en que la vivienda era más sencilla, una construcción más pequeña, más ligera, sin piso, con una esperanza de vida más corta, permitiendo así frecuentes cambios de residencia, al ritmo de las necesidades y de los humores. “Hoy uno construye para sus niños”, más grande y más sólido. Lo que finalmente dice más sobre una evolución del discurso referente a la familia, considerando su versión nuclear actual, que sobre el estado verdadero del antiguo hábitat. Sin embargo, el término se usa igualmente en la ciudad, por ejemplo para las viejas mansiones de Tetuán y de Fez, donde se trata de habitaciones altas, a veces en la azotea (donde se les dice también *menzeh*), con vista al exterior. El carácter discriminatorio, en la ciudad y en los jebala, podría así ser la vista que ofrece la disposición en altura de esta habitación¹⁸². Kazimirski propone para *ghorfa*: 1. galería, balcón. 2. cielo, séptimo cielo. Sin embargo, en la ciudad, *ghorfa* es en general la reproducción idéntica, en el piso de arriba, del *bit*, el dormitorio de la planta baja: éste, más fresco, se utiliza en la estación caliente, la otra, que deja entrar más sol, se reserva para la estación fría¹⁸³.

Última instalación, e indudablemente igual de antigua, la reserva de granos (*jzana*, pl. *jazin*; o *hra* equivalente del *heri* de la ciudad: almacén, depósito), hecha de varios compartimentos para las distintas cosechas, que se alcanzan por una abertura pequeña colocada a casi un metro del suelo, y que se encuentra a menudo en el fondo de la habitación, lo que la hace más segura. El silo, *matmora*, ya casi no existe; en él se enterraba preferiblemente el sorgo (*Sorghum bicolor* (L.) Moench) que aguantaba mejor la humedad de la tierra en esas montañas. La cosecha también se coloca en cestas de fibra de palmito (*askil*) y, desde las últimas décadas, en grandes cestas de caña (sg. *sulla*) que vienen de bastante lejos en el sur y penetraron en la región solamente desde la abertura de la artificial frontera interior, cuando la Independencia.

El desván (*tahar bit*, la *t* en el habla *jebli* tiene el valor de la *d* clásica: la “espalda” de la vivienda; a veces ‘aricha), bajo el tejado, puede contener la paja, que se guarda también en un pajar (hay otros métodos de guardar la paja, en otros puntos de los países de Jebala, como el almiar no cubierto de barro, *temmun*, que se describirá más adelante).

a) Construcción y mantenimiento

Se cavan primero los cimientos (*ses*), un foso del espesor de los muros que ha de aguantar (con un promedio de 0’80 m), que se llenará de piedras grandes aparejadas como si fuesen un alzado; profundos, en general de un metro, pueden alcanzar los tres metros cuando es necesario que resisten la presión de un declive.

La casa se eleva entre unos treinta centímetros y un metro sobre el nivel del suelo, lo que permite pasar por debajo, transversalmente a su eje mayor, dos desagües (*sariya*, pl. *swari*) que evacúan hacia la parte trasera de la casa el agua superficial que podría atravesar el patio o las filtraciones de una tierra a menudo empapada con agua. Luego

se levantan los muros: no según la técnica del tapial pisado en un encofrado que se desplaza progresivamente (*be-redma*, la técnica usada entre los rifeños donde la tierra, dicen, convendría mejor), sino de piedras, con una argamasa de tierra mojada. En el piso de arriba, los muros son menos anchos (0'40 m), hechos de adobe; si la construcción no lleva planta alta, la piedra no pasa de 1 m - 1'5 m de altura, dejando entonces lugar ahí a los ladrillos de adobe.

Terminada, la casa es el objeto de un atento cuidado. Los muros y el suelo se cubren con una capa de arcilla (*hammar*) que las mujeres buscan arriba en el monte y se amasa con agua, paja picada (*tben*) y bostas de vaca (*jatra*). Este barro cubre también las escaleras y las banquetas (sg. *dukkana*) que adornan el patio, el ángulo de una pared, la base del tronco de la higuera, etc, así como las pequeñas tinas plantadas con flores. Este revestimiento entonces se enluc: las paredes de la fachada con cal (*yir*, teñido a veces de azul o de verde) o con *biyata* (en vez de *biyada*), tierra de calidad determinada (*terrest*, *budrihim*, *yerraya*...) muy diluida en agua y que se pasa con un trapo, *yfef*. Suelos, escaleras, banquetas, por otra parte, son exclusivamente pasados al *biyata*.

El mantenimiento consiste inicialmente en repegar con barro las partes dañadas por la lluvia (paredes, suelo, banquetas). Es una tarea femenina. Pero a lo que se dedican con más regularidad, es al mantenimiento del *biyata* cada dos o tres días, como complemento al barrer diario, igual que en otras partes se friega el suelo enlosado; aquí las muchachas pasan el trapo, remojado en un cubo lleno de agua de color tierra, por todas las superficies por donde se pisó. El suelo, de un cálido tinte amarillento, queda así siempre liso y neto. De vez en cuando, avivan con cal la parte baja de las paredes, más expuesta, desbordando sobre el suelo con un trazo que subraya de blanco las superficies beige. En el invierno, basta con pasar el *biyata* una vez por semana, si la lluvia lo permite. Además, cada día de fiesta, se encala en grande. Esta coquetería de la casa *jebliya* (paredes de dos tonos deslumbrantes, flores en macetas o en tierra, patio sombreado por la higuera familiar) constituye indudablemente su segunda característica, siendo la primera técnica (*ghorfa*, *nbah*, *stwan*, tejado de dos aguas, pavimento del patio...).

b)El patio.

Alrededor del patio (*dwira*¹⁸⁴), pavimentado someramente (Fig. 50) y protegido contra el calor del sol por la higuera tradicional (*chadyra*¹⁸⁵) rodeada de una banqueta de tierra (*dukkana*), circular, también tradicional, para el descanso, se encuentran así mismo: un edificio para la cocina, o cuarto del fuego (*bit en-nar*¹⁸⁶), pequeño edificio rudimentario que, por miedo del fuego, está siempre distante algunos metros de la vivienda; y una o dos construcciones bajas más, cubiertas siempre con bálago, para moler el grano (*bit er-rha*), o servir de depósito o de taller (a menudo para el telar, *mramma*).

El patio a veces está cerrado frente al camino por una pared que forma una especie de gran pórtico, *stwan*, en el que se abre una ancha puerta de dos batientes; éste es el modelo que tiende a propagarse actualmente con la llegada de rentas procedentes de la emigración; en tal caso, la pared, a cada lado, toma apoyo en los edificios secundarios

que vienen aquí a estrechar el patio. Pero esta entrada puede constituir un verdadero vestíbulo (*stwan*: aquí la voz y la función recuerdan otra disposición esencial de la morada urbana) coronado por un pequeño tejado de dos aguas, cerrado por la misma puerta de dos batientes en el lado exterior y por una amplia abertura cara al patio. En las casas menos ricas, un simple tronco de árbol colocado por la noche en el cruce de dos estacas basta para prevenir la divagación de los animales; los perros se ocupan de lo demás.



Fig. 50. Patio pavimentado (J. Vignet-Zunz)

Bit en-nar está reservado para cocinar con fuego alto el cuscús, las tortas, el pan ácimo, etc que se preparan en el fogón (*kanun*¹⁸⁷), hecho de un hueco hemisférico rodeado de tres piedras¹⁸⁸. Aquí no hay ningún *nbañ* que abra sobre el patio, solamente una pequeña abertura en la pared para que entre la luz; la armazón del tejado está directamente colocada encima de los muros, así que no hay techo, lo que facilita la evacuación del humo¹⁸⁹. El brasero (*meymar*), móvil, queda al alcance de las mujeres, en el patio o en la habitación donde suelen estar. Sirve para hervir el agua para el té o para cocer a fuego lento el *taÿin* ordinario.

El horno del pan (*jabbaz*) puede estar en la cercanía inmediata a la casa, siendo una pequeña construcción de piedra y tierra circular con tejado cónico, levantada medio metro o un metro por encima del suelo. Pero la práctica usual, en gran parte de la península tingitana, es el horno del barrio. Varias familias se arreglan para mandarlo edificar por un especialista, en el borde de un camino local ensanchado; luego las mujeres se turnan para encargarse de él diariamente: una acarrea la leña y la enciende por la mañana; las mujeres entonces traen su pan, preparado para varios días, y una tras otra lo cuecen en el horno; se puede también cocinar un plato.

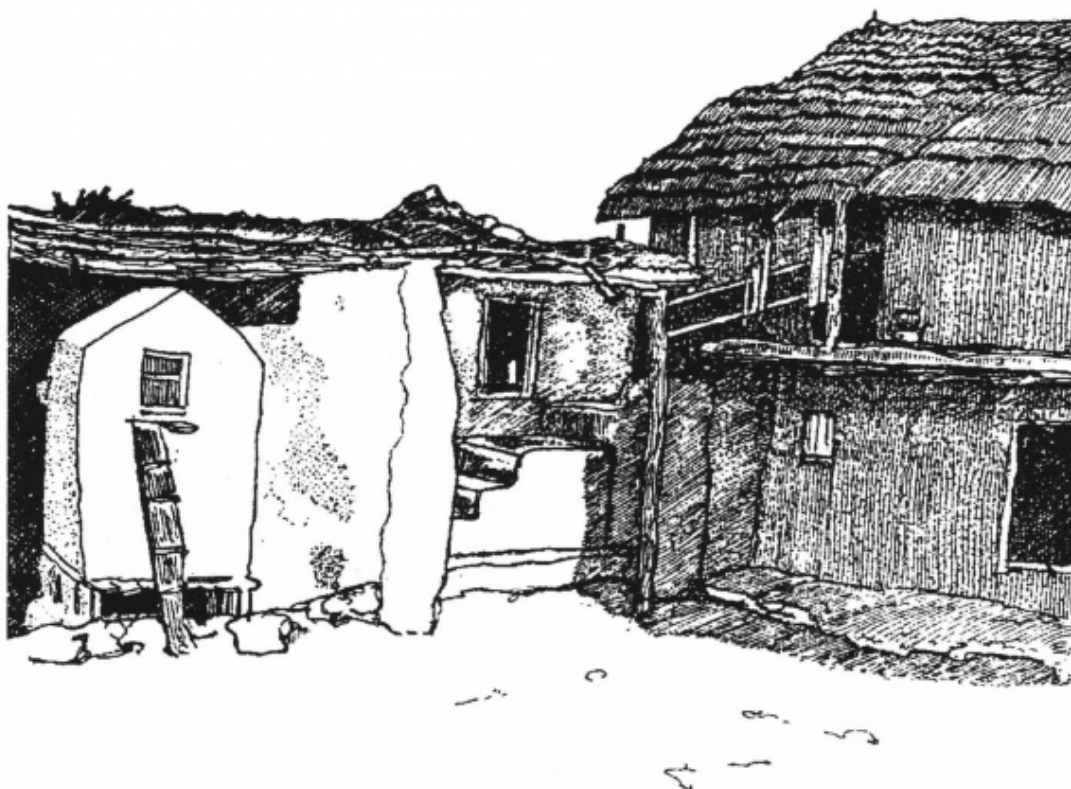


Fig. 51. Patio de granja gomara; a la izquierda, el granero sobre pilotes (J. Caro Baroja)

Las necesidades del cuerpo ahora se hacen pocas veces en el *gharsa*, huerta situada generalmente en una zona próxima a las viviendas en donde varios propietarios se juntan; aparece hoy, fuera del edificio principal pero en general en el patio, en un pequeño recinto cubierto o al aire libre, una instalación somera, a veces un asiento de porcelana de segunda mano, encima de un pequeño hoyo.

¿Estaba la casa del pasado provista de un sitio reservado para los animales? Los perros, a menudo dos o tres por hogar, duermen fuera y las gallinas generalmente en un árbol, reconocible por quedar casi enteramente eliminadas sus hojas y tener la base cubierta de deyecciones. Quedan los ganados (*ksiba*). No se sabe de la existencia de establos antes del período de apertura que siguió a la Independencia, y sigue siendo raro. Los vocablos que se le aplican ahora, *rwa*, *myel*, *nuwwala*, son de uso reciente, por lo menos en este sentido: no se utilizaba más que una voz, *arudan*, un rincón detrás de la casa en donde, en las noches de la estación fría, la vaca, su becerro y las pocas cabras, eran atados cerca de sus pesebres, protegidos por la prolongación de la techumbre o por un techo cubierto con bálago, más tarde con chapa de uralita, colocado sobre dos estacas. Nada más para la cabalgadura, atada aparte. Sigue siendo hoy a menudo la solución. Pero otras versiones del pasado hacen de la pequeña veranda de la planta baja, *nbah*, un abrigo para el ganado, tanto del mal tiempo como de los robos: esto aún está por estudiar en detalle, pero le daría al *nbah* una función que no sería de mera comodidad tal y como sucede ahora una vez que ya no hay peligro.



Fig. 52. Horno de pan gomara (J. Vignet-Zunz)

Otros tipos de viviendas de los jebala occidentales

La arquitectura de este grupo de tribus en el centro-oeste de la península tingitana (es decir en la fachada atlántica de la cordillera) es notable, principalmente, por esas galerías cubiertas (o verandas, *nbah*) que dan luz a la fachada.

Pero otras subregiones dividen la península tingitana con sus singularidades.

En la fachada del Estrecho, los Anjra tienen también un modo particular de construcción. Menos extensión y volumen, ángulos rectilíneos y paredes rectas. Ni *nbah*, ni

ghorfa. Los edificios rodean el patio formando un cuadrilátero o una U cerrada por una pared, pero son pequeños, sin planta alta, y no constan de más de una habitación por lo general; solamente uno o dos tienen un tejado de dos aguas, si son dos, uno conserva el bálago, el otro es de uralita. La manera de sujetar las chapas de uralita a las paredes es característica: los dos aguilonos exceden unos veinte centímetros en altura estas chapas, formando un doble borde paralelo a la pendiente en la cual están cogidas. El estilo es muy urbano. Más aún el de los edificios con azotea, cuyas paredes forman un borde que delimita verdaderas terracitas. Teniendo en cuenta que aquí la emigración hacia Tánger está muy enraizada ¿será esto la señal de un estilo importado? ¿Por albañiles locales pero formados en la ciudad? ¿Es esto cosa de renta, alimentada por esta emigración, pero, tradicionalmente también, por el contrabando constante con Sabta/Ceuta? ¿El viento que azota regularmente el Estrecho también tiene su papel en esas formas más reducidas y mejor sujetas?

El Haouz, pequeño territorio constituido en tribu que ocupa los picos al norte de Tetuán, desarrolla un estilo original para la habitación principal. Lo que en otras partes es una pequeña veranda en la fachada (*nbah*) está aquí cerrado como una habitación verdadera, una habitación de recepción más que un pasillo (la puerta, flanqueada por dos ventanillas con rejas, está a menudo coronada por un arco de herradura de lo más urbano, antecedido por dos o tres escalones de cemento), que no tiene equivalente en el piso alto, lo cual libera espacio para una azotea a la que abre directamente la *ghorfa* que está cubierta con un tejado a dos aguas de uralita, a veces con viejas tejas planas de la época del protectorado. Entre los dos o tres edificios más pequeños que la acompañan, la choza atestigua la continuidad de la ocupación; los otros tienen azotea, según el estilo descrito para los Anjra, que recuerda aún el borde de los aguilonos que aseguran la fijación de las hojas de uralita. ¿Es esto cosa de estándar de vida? Indudablemente. Pero, ¿viene alimentado por Tetuán o por Sabta/Ceuta? Tetuán está por cierto muy cercano pero entonces ¿por qué no ha influido en la vivienda de las tribus que la rodean por el sur? Faltan estudios socioeconómicos como complemento natural de un estudio sobre la vivienda.

La casa de los Ghzaoua, en la orilla meridional del curso superior del Loukkos, por lo tanto a medio camino de Chauen y de Ouazzan, fue descrita por el equipo de etno-prehistoriadores de la Universidad de Cantabria¹⁹⁰. Aunque localizada justo atrás de la fachada atlántica del país Jebala, se observan muchas diferencias con la casa de los Bni Gorfet y de sus vecinos. Estas diferencias se relacionan tanto con la estructura general como con el léxico.

Lo más llamativo es la ausencia relativa del *nbah* en la casa tradicional, esa galería cubierta que en la fachada antecede las, o la, habitaciones principales: no se la cita más que en dos casos entre unas quince casas viejas estudiadas y, por otra parte, se reduce a una porción de la fachada (sin embargo, está más a menudo presente en las construcciones recientes). Una disposición de la casa principal que no aparece en los jebala más atlánticos (a menos que haya existido en el pasado sin que sus rastros hayan sido localizados), es el dukkana: en otras partes, estrecho poyo de piedra y adobes para el descanso situado por lo general en el patio, esta disposición es aquí la regla cuando, en las casas pobres, la pieza principal de la planta baja sirve de albergue a la vez a los animales y a la familia en invierno. Es entonces una amplia plataforma de poca altura que puede ocupar la

mitad del cuarto, estando el lecho marital instalado cerca de la pared (los niños duermen directamente en el *dukkana*); incluye a veces el fogón fijo o *kanun* (cuando el *kanun* está en el patio, por ejemplo en verano, una pared de adobes lo rodea para protegerlo contra el viento, instalación ya observada en los ‘*arab* de la llanura atlántica). Cuando la dependencia principal no incluye esta estructura, la cama del matrimonio es una plataforma de cañas sujetas por un lado, en la pared, y por el otro apoyada sobre un murete de adobes de un metro de alto, disposición clásica entre los *yebala* del norte y del oeste. Pero, más sorprendente -e indudablemente una de las contribuciones más valiosas del equipo español- es la presencia, bastante lejos al sur del país Gomara donde se le creía confinado, del granero sobre postes en el patio de la casa.

Por otra parte, como en el resto del país Jebala, se encuentran:

- el tejado de dos aguas y techumbre de bálago;
- la habitación del primer piso, la cual, cuando existe (pajar, despensa, o habitación para huéspedes), es conocida bajo su nombre característico de *ghorfa*, mientras que *bit* sigue siendo específico de la planta baja (sin embargo, como veremos, con un desliz en el significado);
- la pequeña instalación del “cuarto de baño”, con su desagüe;
- parece que se encuentra también aquí la disposición que coloca la cama a la derecha de la entrada y el “cuarto de baño” a la izquierda (con la despensa, los utensilios de cocina, etc);
- el *stwan*, en la ciudad es “pasillo”; en Jebala, es habitación con dos puertas que puede cumplir la misma función cuando se dispone entre el camino y el patio; se parece más aquí a una habitación de prestigio y de recepción principalmente cuando se interpone entre el patio y la habitación principal.

Las diferencias léxicas son más numerosas:

- *qawr* es el patio, en vez de *dwira*;
- *stah* es la habitación de la planta baja; es, en la ciudad, la azotea;
- *bit*, en invierno, es la habitación común para los animales y la familia ; cuando no cumple esta doble función, *bit* es el establo, ya no la habitación principal de la familia (*stah*);
- *mistham* es, en el *bit*, la mitad reservada para los animales;
- *dukkana* es la mitad realzada del *bit*, reservada para la familia;
- *ruf* es un falso techo encima del *mistham*, utilizado como despensa;
- ‘*aricha* es un espacio bajo la azotea (pajar, despensa, exista o no la *ghorfa*);
- *udaya* es el espacio para las abluciones (*wudu*) o “cuarto de baño”, en vez de *meÿra*.

Eso es lo que puede desprenderse de una encuesta detallada realizada en el territorio de una sola tribu. Observaciones más numerosas traerían aún más diversidad en la concepción y el estilo de la casa entre los jebala. Así, sólo se puede trazar un cuadro general, indudablemente muy desigual, lo cual vale para otros temas además de la vivienda.

5.4.3. La baja montaña surrifeña y el Prerrif

Se extiende como un arco desde la región de Ouezzan, al noroeste, hasta el valle del Ouergha. En el norte de este arco, las bajas montañas surrifeñas bordean el curso del Ouergha, mientras que al sur se extienden las alturas menos elevadas y más cultivadas del Prerrif, hasta el conjunto Sebou-Leben.

Este Prerrif incluye, entre los ríos Ouergha y Sebou-Leben y entre la línea meridiana que se encuentra a medio camino de Mekinez y Fez y el meridiano de Taza, por una parte, tribus de tipo beduino (Hyayna, Cherarga, etc.), por otra parte, al norte y al este de estas tribus beduinas, las tribus de Jebala (una serie de pequeñas tribus de cada lado del Ouergha y, al norte de Taza, el conjunto más importante de los Tsoul y Branes, entre los ríos Leben e Innaouen).

La casa no tiene ni el volumen ni la presencia de la de los jebala de la península tingitana: se estrecha alrededor de un patio rodeado por una galería cubierta sostenida por palos clavados en el suelo; raramente, ésta, construida más firmemente, puede correr a lo largo de la fachada como se puede ver generalmente en el norte de la península tingitana. A veces se alza una planta más, parcial. El tejado es a dos aguas con poca pendiente y su cubierta sorprende puesto que, a pesar de la inclinación, está hecha con tierra extendida sobre una capa de bálago (aquí: *brumi*), puesta encima de un lecho de cañas colocado sobre pértigas; una cama de piedras viene a veces a intercalarse entre el bálago y la tierra¹⁹¹. Eso puede sorprender: el bálago se conserva pero se cubre... ¿Cómo significar mejor que estamos, aquí, en una región que combina las dos culturas, la de los jebala y la de los beduinos? Es probable que haya también una explicación técnica: el bálago no está fijado aquí sobre las pértigas por una cuerdecilla tirada por una aguja de madera, así la capa de tierra es el medio de mantener el bálago.

Pero su originalidad se debe sobre todo al uso del enlucido de arcilla (*tahnika*) que tiende en envolverlo todo, tejados, exterior e interior de las paredes, techos, suelos, nichos, cuadro de ventanas, escaleras, banquetas -a veces realizado con una capa de cal amenizada con un tinte-, verdadera remodelación de las superficies y de los ángulos que da un aspecto cremoso y liso, unas curvas para las que son maestras las mujeres de esta región a su vez ondulada de escaso arbolado:

“La arcilla del Prerrif parece ser un regalo del cielo (...). Todo se unta, absolutamente todo: paredes, suelos, techos, banquetas y hasta la vegetación. Pequeñas obras tales como hornos, depósitos de granos, también están untados y ofrecen el espectáculo de verdaderas esculturas.”¹⁹²

También los Tsoul, en la extremidad sudeste del arco de Jebala, se singularizan en este Prerrif. Si la arquitectura no tiene una configuración muy diferente, la piedra está donde estaban la tierra y su enlucido. Suelos pavimentados, paredes desnudas de piedra, tejados hechos de losas gredosas de color ocre, colocadas sobre una capa de tierra que cubre un relleno de piedras puestas sobre una cama de cañas sostenida por pértigas (Fig. 53):

“La omnipresencia y el dominio de la piedra confieren a la arquitectura tsuliana un carácter muy fuerte y único en Marruecos”¹⁹³

En cuanto a los jebala de la ribera derecha del Ouergha y del curso superior del Leben (región caracterizada como “baja montaña surrifeña”), puesto que comprende las primeras verdaderas alturas de la cordillera rifeña, se da una pluviometría que cambia algunas características de la arquitectura doméstica: la chapa de uralita está ya fuertemente establecida y da más solidez (y, por tanto, más amplitud) al tejado, firmemente sujetado a las paredes, así como una mejor impermeabilidad sin el recurso constante al revestimiento protector del bálago y de la tierra:

“Esto crea una nueva plástica más rectilínea, con una definición geométrica nítida; si se confirma esta tendencia, la arquitectura de uralita, que cubre ya el Gharb y el Rif central¹⁹⁴, ensanchará su presencia hasta acercarse al eje Fez-Taza.”¹⁹⁵



Fig. 53. Azotea de suelo apisonado y tejados de lajas, Tsoul (J. Lanclon)

5.5.4. El Rif central o alto Rif

Adoptemos aquí la clasificación que introduce un Rif central entre Rif oriental y Rif occidental (los cuales, en consecuencia, se estrechan), correspondiendo a la zona de los picos más altos de la sierra: la altitud y, por lo tanto, el clima son de hecho criterios diferenciadores para la vivienda. La región incluiría pues los gomara de la dorsal y los sanhaja sraier, además de sus vecinos inmediatos entre los jebala respectivamente del centro y del sudeste: se extendería así desde Chauen hasta las fuentes del Ouergha.

La casa de dos plantas del Rif central es totalmente diferente de lo que se ha visto hasta ahora. País verdaderamente serrano, “el arte de construir es allí uno de los más destacados de Marruecos”¹⁹⁶. Tejado con pendiente fuerte, piramidal sobre base cuadrada, más raramente de dos aguas; bálago sobre un entramado de madera; muros de piedra, unidos por vigas, cubiertos de un revestimiento espeso y, por la parte oeste, revestidos de planchas de madera o meros ramajes para asegurar una protección contra la lluvia. Compacta y maciza, cumple todas las funciones que, en el caso de los jebala, se dispersaban alrededor del patio, desapareciendo éste. El piso alto, corriente aquí, recoge las habitaciones alrededor de un pasillo central; la planta baja está reservada para las dependencias y los animales. Si hay solamente un nivel, las habitaciones rodean un patio central cubierto. La casa por lo general presenta, en la planta alta, una galería de madera, soportada por postes delgados, que le da la vuelta, protegida por una barandilla de madera a menudo esculpida —como lo es, en particular en el valle de Taghzouth, en Sanhaja, el bastidor que enmarca las persianas de madera y que a menudo reproduce el arco de herradura de las ciudades—; esta galería está abrigada por el alero del tejado, que sobresale mucho. Es “un verdadero chalet de la sierra”¹⁹⁷.

Se encuentra a veces esta galería de madera sobre postes, por lo tanto ligera y saliente, a lo largo de la gran sierra dorsal entre Chauen y Ketama, sólo que se limita a la fachada. ¿Será que marca una transición entre la galería de madera periférica sobre postes, propia del Rif central; y la galería de mampostería integrada en la fachada, de la península tingitana? Pero ¿es siempre necesario intentar aislar, dentro del abanico de los tipos implicados, una secuencia sincrónica que atestiguaría una evolución histórica? Las cosas quizás son menos sencillas.

5.5.5. El Rif oriental ¹⁹⁸

En lo que atañe al Rif oriental, país donde la altitud y las lluvias disminuyen rápidamente hacia el este, es otro universo: viviendas en general muy dispersas (no es el caso del Bajo-Kert, por tanto), techos de azotea¹⁹⁹ levemente inclinados, hechos clásicamente de una capa de tierra encima de un lecho de cañas que se apoyan sobre fuertes pértigas; casa en forma de U, con dos alas que flanquean el patio (azkak) al que un saliente del tejado (*asqeif*, árabe *sqaf*), sostenido por puntales clavados en tierra, protegía contra los excesos del sol o de la lluvia; muros de piedra, generalmente sin enlucido, excepto alrededor de los vanos. En el patio, el silo enterrado; fuera de la casa, cerca de la valla, el horno cónico para el pan. El grano, los higos secos para el consumo diario se guardan en grandes cestas de cáñamo blanqueadas con cal para alejar las gallinas. Hart señala en el dormitorio de los Aith Waryaghar la presencia de un pequeño espacio reservado para las abluciones con el desagüe, subrayando a este propósito la preocupación general por la limpieza del cuerpo (la misma instalación se da en el Bajo-Kert).

Pero no aparece la cama elevada y cerrada por una cortina, ni el baúl de la novia, ni el “armario” sobre percha:

“el modo de habitar atestigua la aspiración permanente a la emigración, y la poca conexión del habitante con su vivienda; todo aquí es provisional. Uno observa, por ejemplo, que los muebles, heteróclitos e irrisorios, están amontonados en el fondo de las habitaciones, como a la espera de una mudanza”²⁰⁰.

¿Quizás sea esto un juicio que corresponde más con la situación actual que con lo que pudo existir... hace cien años?

Si las construcciones se han multiplicado después de la fuerte emigración hacia Europa y la extensión de la cultura del cannabis durante los últimos cuarenta o cincuenta años, utilizándose a gran escala el hormigón, la planta superior, los balcones, y las viviendas tienden a desplazarse hacia las zonas bajas, las carreteras y las aglomeraciones nuevas, la casa de antes constaba por lo general de una planta baja solamente. Características de una época -y de la sociedad rifeña-, las viviendas de los principales jefes de familia estaban flanqueadas por una pequeña torre fortificada (*achbar*, de unos 2 m2 y 1'50 m de alto) que permitía defenderse en caso de ataque gracias a un mejor ángulo de tiro²⁰¹. Este símbolo de las “vendettas” interminables que minaron el mundo rifeño fue derribado por ‘Abd al-Krim que ordenó en 1922 que se las echara abajo²⁰².

5.6. La aldea en Jebala-Gomara ²⁰³

La amplia presencia de ciudades desde la Antigüedad modificó a lo largo del tiempo la vocación natural de la región. Lo que no podría reducirse a la presencia de tres ciudades en su perímetro, Tetuán, Chefchauen y Ouezzan, relativamente tardías, además. De hecho, múltiples características se encuentran a la vez en la cultura ciudadana y en la cultura campesina, sin que se sepa siempre distinguir lo que corresponde a una y a la otra. De ahí el círculo de relaciones entre la ciudad, la campiña y la aldea.

El espacio doméstico y el espacio de la aldea se hacen a menudo eco del contexto ciudadano. Encontramos a la vez un mismo término, una misma disposición, una misma función: el barrio (*hawma*), la calle pavimentada (*azaniq*), la habitación del piso alto (*ghorfa*), la estrecha veranda (*nbah*), el pórtico-vestíbulo (*stwan*), toda esta nomenclatura tiene su equivalente en la casa burguesa de Fez... Los pueblos que cuentan varios millares de habitantes son comunes. Su organización en núcleos, cuando se suceden en torno a los macizos a lo largo de la línea de surgencia de las fuentes, evocan otras configuraciones ciudadanas, como las capitales medievales de Tahert, Sijilmasa, Taroudant, Mekinez y otras, hechas de una “yuxtaposición de localidades tribales dispersas” ²⁰⁴. En la definición de ciudad, la centralidad y la concentración no son atributos siempre necesarios.

Por esta razón, por lo que se refiere a los jebala (o a los kabiles de Argelia con quienes, como con el Sous marroquí, presentan numerosos puntos comunes), algunos autores no vacilaron en utilizar formulaciones como: “urbanización rural”, o “urbanización en marcha”.



Fig. 54. Aldea de los Haouz (J. Vignet-Zunz)

Además de la morfología física de las aglomeraciones, es importante ver la forma en que estos montañeses se organizaban en comunidades. Cada pueblo posee una mezquita de *khotba*, mezquita del viernes, la cual, en el pasado, administraba para el beneficio exclusivo de esta comunidad los bienes *habus* (de manos muertas) que le eran afectados. Por dispersos que estuvieran en sus valles, se presentaban organizados en verdaderas “ciudades”, con el sentido que le daría el observador penetrado de cultura clásica griega. Los jebala aparecerían desde este punto de vista como una excepción en el mundo rural marroquí.



Fig. 55. Norte de la región de Gomara: Jebha (J. Vignet-Zunz)

5.7. Comparación entre las casas y aldeas alpujarreñas y las de Jebala-Gomara ²⁰⁵

5.7.1. Las casas

Si las comparaciones entre la casa alpujarreña y la del Alto Atlas parecen, en primeros análisis, evidentes, sin embargo se tiene también que subrayar las similitudes de los sistemas constructivos empleados en cada orilla del Mediterráneo. Así las casas de los gomara disponen de techo llanos de tierra (aunque no sea de launa) y se emplean en la edificación de los muros la mampostería de piedra y el encofrado de tapial.



Fig. 56. En el valle de Targha (Gomara) las casas de techo llano desbordante se construyen con un aparato mixto de mampostería y tapial. Algunas entradas de las casas que se escalonan en la pendiente, están protegidas por una especie de “tinado” (M.-Ch. Delaigue)

Por supuesto la organización de las naves alrededor del patio central (Gomara) o en naves paralelas (Alpujarras) responde a patrones culturales distintos y no podrían ser comparadas. Se diferencian también las viviendas a ambos lado del Mediterráneo por la ausencia en Jebala-Gomara del segundo nivel que corresponde a la vivienda alpujarreña: en Jebala-Gomara la vida se desarrolla en la planta baja y en la *ghorfa* (habitación que ocupa parte del tejado).

Unas comparaciones más detenidas de las dos formas de construir y de vivir tendrían que apoyarse en la restitución de los que era la vivienda alpujarreña en época musulmana.



*Fig. 57. En el valle de Taghssa se construyen las viviendas con mampostería.
Pequeños vanos se abren hacia el paisaje (M.-Ch. Delaigue)*

En todo caso el origen de la arquitectura alpujarreña no podrá ser desvelado sin la ayuda de la Arqueología que permitiría seguir y matizar la transmisión de técnicas de construcción autóctona (quizá desde la Prehistoria) y determinar lo que se debe a influencias externas.

5.7.2 Las aldeas

Los pueblos alpujarreños presentan ciertas similitudes con los de la otra orilla del mar en territorio gomara. Más allá de la utilización común del relieve para apoyar unas casas que se escalonan en la pendiente, hay que señalar el parentesco que reside en la organización de los valles donde la aglomeración principal se encuentra en el punto más bajo (a orillas del mar y de las vías de comunicación), organización heredada también de la época medieval ²⁰⁶.

Se puede comparar el tejido denso de los pueblos de la Alpujarra con el de las aglomeraciones más importantes de los gomara donde las calles que siguen las curvas de nivel son angostas y se ensanchan delante de la mezquita o a la entrada de los pueblos. Los cortijos y cortijadas de La Alpujarra se asemejan bastante a las que se pueden ob-

servar en los valles gomara donde este tipo de hábitat aislado abriga, en general, a una o dos familias emparentadas que han decidido instalarse juntas, cerca de una fuente y de los campos de trabajo.



Fig. 58. El pueblo de Targha (M.-Ch. Delaigue)



Fig. 59. Cortijada en el valle de Targha (M.-Ch. Delaigue)

06

LA ACTIVIDAD AGROPECUARIA

6.1 Regadío y producción agropecuaria en la Alpujarra

6.2 Técnicas agrícolas en el territorio de Jebala - Gomara

*6.3 Elementos de comparación entre la Alpujarra y el territorio
Jebala - Gomara*

LA ACTIVIDAD AGROPECUARIA

6.1. Regadío y producción agrícola en La Alpujarra ²⁰⁷

6.1.1. Acequias y sistemas de riego

A partir de los 2.000 m de altitud, el 75% de la pluviometría cae en forma de nieve. Esta característica constituye la base del sistema de acequias. Estos canales contruidos por el hombre transportan por gravedad el agua de los ríos, nacidos del deshielo, hacia los campos y juegan un papel indispensable en la configuración del paisaje y la explotación agrícola del entorno. Elementos indisociables del paisaje alpujarreño, las acequias conforman una red extensa que se encuentra entre las mejores conservadas de la geografía española.

Los geógrafos suelen distinguir dos tipos de acequias según su función:

- las de careo cuyo objetivo es conducir el agua desde los caudales naturales hasta zonas determinadas que tienen un sustrato muy permeable denominadas simas o cimas para que el flujo se infiltre. Después de un tiempo de retención en las capas subterráneas, el agua surge en lugares concretos conocidos por los campesinos o alimenta los propios ríos. Estas acequias se encuentran a una altitud elevada, superior a los 1.800 m, cargándose desde otoño a primavera, cuando los cauces naturales llevan agua excedente²⁰⁸.



Fig. 60. Acequia de careo del Boe (Laroles) (J. C. Ávila Cano)

- las de riego que conducen el agua desde los cauces naturales hasta los bancales irrigados. Pueden alcanzar varios kilómetros de longitud. Muchas de estas acequias tienen un doble papel al servir también en cierta porción de su recorrido de careo. Estas infiltraciones naturales son a veces inducidas por el hombre que deja, de noche cuando no se riega, que se lleven a cabo las infiltraciones.

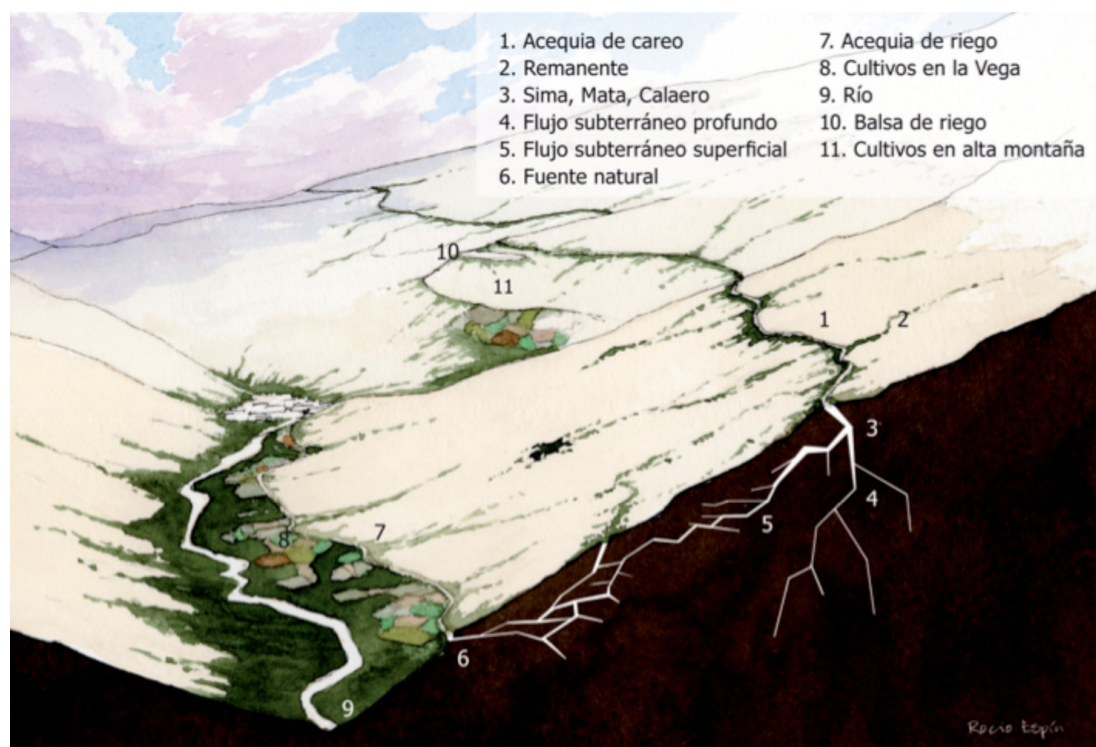


Fig. 61. Esquema de la disposición y funcionamiento de una acequia de careo de Sierra Nevada y su relación con las acequias de riego y cultivos irrigados (R. Espín)

Además el riego se puede llevar a cabo con las numerosas fuentes que surgen en las laderas de la Alpujarra. Algunas de ellas son perennes y otras dependen en mayor grado de las infiltraciones de las acequias que se encuentran en cotas superiores.

A partir de estas surgentes de agua el preciado líquido es distribuido en el campo a través de canales de menores dimensiones que las acequias principales (los ramales) hasta los surcos (melgas o mergas) de la tierra que se riega. Estos surcos no son permanentes y se vuelven a dibujar en el suelo después de labrar. Para dividir el agua entre varios ramales se utilizan partidores de madera o de hormigón que reparten el flujo en tantas partes como haga falta.

Otros elementos indispensables del paisaje alpujarreño son las balsas de regulación del flujo que permiten almacenar el agua para poder diferir y/o incrementar el caudal en el momento del riego. Suelen pertenecer al dueño del bancale donde se ubican.

Desde la Edad Media los campesinos supieron explotar la fuerza de la gravedad para distribuir los caudales, las infiltraciones y afloramientos para regar las laderas organizadas en banales y, por encima de ellos, los pastos. De este sistema depende la fron-

dosidad de este paisaje construido, sin embargo se trata de un sistema dinámico especialmente vulnerable. El abandono de las prácticas agrícolas en las zonas más alejadas de los pueblos o más difíciles de trabajar conlleva una pérdida de mantenimiento de los canales hasta su progresivo abandono que tiene repercusión en el conjunto paisajístico como bien se puede observar en estos últimos años en el Barranco de Poqueira.



Fig. 62. Alberca de regulación en el Barranco de Poqueira (M.-Ch. Delaigue)

“Como se ha visto, el manejo ancestral del agua de este macizo montañoso responde a un sistema dinámico y vivo y, por tanto, sumamente vulnerable, que es necesario conservar para, entre otras razones ecológicas y ambientales, no destruir el paisaje, frondoso y húmedo, que hoy caracteriza la vertiente sur de Sierra Nevada. Un verdadero oasis de humedad y frescor dentro de un territorio cada vez más desertizado y árido”²⁰⁹

6.1.2. La organización del sistema

El sistema de riego sigue la tradición y se respetan, generación tras generación, dos axiomas: el derecho al agua y la propiedad del suelo están ligados (a diferencia de los que ocurre en Marruecos donde siguiendo la doctrina malikí el agua es independiente de la tierra y se puede vender, alquilar, hipotecar... y de lo que parece ocurriría también algunas regiones de Andalucía en época morisca); y el campesino expresa su derecho al agua en función de la cantidad de tierra que posee. La cantidad de agua que recibe cada unidad es proporcional a la importancia del caudal de la acequia que a su vez depende de la cantidad de nieve que acaeció durante el invierno.

Cada acequia con sus ramales y los campos que riega compone una entidad regida por sus propias leyes que pueden variar de una acequia a otra. Las tierras que se riegan

son divididas en pagos, base de la organización. Cada pago recibe durante varias horas el agua de las acequias empezando generalmente por el pago de más abajo y luego se va subiendo. En cada pago el reparto va por turno (tanda) según la localización de las tierras. Los conflictos son inevitables en torno al agua, incluso en la Alpujarra Alta donde abunda como testimonian varios pleitos que ocurrieron en los siglos pasados. Sin embargo el hecho de que las propiedades de muchas familias estén repartidas en varios pagos y pertenezcan por lo tanto a distintas comunidades de regantes, supone un freno a las querellas que podrían surgir entre los vecinos.

Las acequias más importantes disponen en general de un personal específico que se compone de tres personas: el acequero encargado de averiguar el estado de la acequia desde el primer día en que trae agua hasta el último, o sea de mayo a octubre. Tiene que señalar las reparaciones que se deben hacer que puede también llevar a cabo él mismo o con la ayuda de los regantes. Su vigilancia del estado de las acequias, especialmente de las de careo, es imprescindible ya que se encarga de conducir el agua a las simas, destapándolas de la vegetación que se acumula. En algunos sitios es también el encargado de administrar el agua por turno. El “ramalero” obliga a respetar las leyes sobre el riego y averigua que el reparto del agua entre los distintos dueños de la tierra sea justo. Asegura que se perpetúan las tradiciones del riego. El encargado de aguas es el tesorero. Organiza entre los agricultores los equipos de limpieza y de arreglos de la acequia. En invierno recauda las tasas del agua y calcula la repartición del dinero. De hecho, el agua es gratuita y las tasas sirven para pagar los salarios del personal del canal así como su mantenimiento.

Este personal es nombrado por los interesados por un tiempo indefinido. El nombramiento tiene lugar en una reunión para tratar de los problemas específicos del riego.

Según P. Sabovik, “la principal característica – del sistema de riego en Capileira- es la anección del agua a la tierra y una división proporcional del agua, constituyendo un sistema muy descentralizado, tradicional, casi auto perpetrado y resistente al cambio”. Así la Ley de Aguas de 1879 no modificó el sistema tradicional que se transmite oralmente a través del aprendizaje de generación en generación.

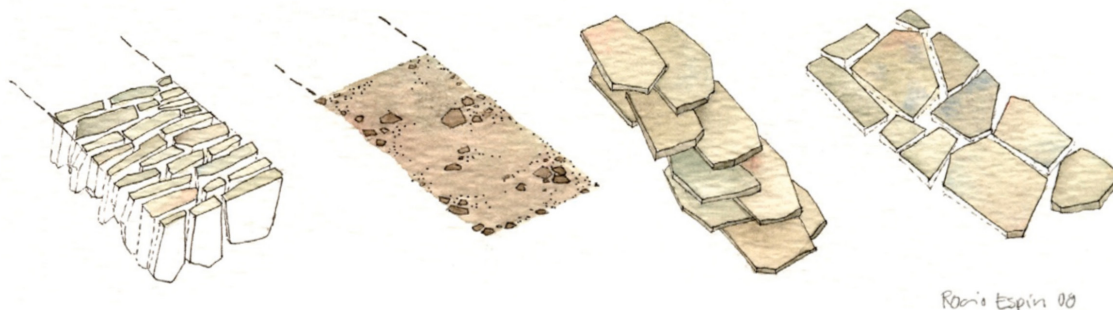


Fig 63. Distintos tipos de base de acequia (R. Espin)

La construcción de las acequias hace acopio de los materiales locales: tierra, lajas de pizarra que permiten unas reparaciones aunque frecuentes no muy costosas. En ciertos

tramos se necesita labrar la roca para facilitar el trazado del canal que requiere antes de su construcción un cuidadoso reconocimiento de los terrenos y una planificación de su recorrido. Algunas tentativas de revestirlas de cemento o incluso entubarlas (por ejemplo en el Barranco de Poqueira) no han procurado los efectos deseados ya que, al impedirse casi totalmente la infiltración, el paisaje se resintió y las laderas empiezan a secarse, fenómeno incrementado por el abandono de la agricultura tradicional en estos parajes. O, por el contrario, el cemento con los bruscos cambios de temperatura se resquebraja e impide las filtraciones que la acequia “terriza” otorga, consolidándola gracias a la propia vegetación que crece espontáneamente en el borde. En Sierra Nevada se han parado los esfuerzos por cambiar los materiales tradicionales de las acequias porque se ha demostrado que alteran el funcionamiento del sistema.

6.1.3. ¿Cuándo se implantó esta red de acequias?

Lo único que se puede afirmar con seguridad es que parte del sistema existía ya a finales de la época nazarí y es posible identificar algunas de estas acequias en los Libros de Apeos que consignan los bienes distribuidos a los nuevos repobladores después del levantamiento de los moriscos en 1568. Estos libros registran también las costumbres que regían los sistemas de riego tal y como se las transmitían los moriscos. Distintos documentos históricos permiten seguir en sus grandes líneas el desarrollo de la red, principalmente en el siglo XVIII y XIX cuando la comarca recupera cierto protagonismo económico.

6.1.4. Una forma de solidaridad consuetudinaria

Los sistemas de riego tradicionales obligan a los alpujarreños a respetar una forma de solidaridad al compartir sus recursos de agua. Las tradiciones establecen quién tiene derecho al agua y cuándo con los sistemas de los turnos que inciden en todos los niveles del sistema: solidaridad regulada de los vecinos del pueblo, dueños de tierra a lo largo de una misma acequia para respetar los turnos, no entorpecer el trabajo del que viene después (la memoria colectiva guarda así el recuerdo de algunos reglamentos de conflictos interpersonales a través del intento fracasado de no respetar la regulación del agua), solidaridad entre los pueblos que comparten el flujo de la misma acequia (por ejemplo en el Barranco de Poqueira los pueblos de Capileira, Bubión y Pampaneira comparten el caudal de la Acequia de Los Lugares) o deben respetar el trasvase de cuenca como ocurre entre Mecina Bombaron y Bérchules o entre Bérchules y Trevélez donde acequias de careo traspasan el agua de un barranco a otro. Se han organizado modalidades de aprovechamiento, como el hecho de que los pueblos aguas arriba riegan de día y dejan correr por la noche el agua hacia los pueblos situados en cotas inferiores o en el curioso caso de Laroles donde los pueblos de Picena y Cherín situados aguas abajo tienen derecho al caudal del río Bayarcal mientras Laroles disfruta sólo de los sobrantes. También canales de careo alimentan pagos de distintos municipios (acequia de Boe que carea para Laroles y Mairena). Esta solidaridad esta-

blecida genera por supuesto conflictos sobre todo en época de estiaje o en caso de un funcionamiento defectuoso del sistema de acequias.

6.1.5. Técnicas agrícolas

El minifundio y el terreno abrupto impiden en esta comarca la introducción de una maquinaria agrícola que no puede, en la mayoría de los casos, llegar por los frágiles caminos a las diminutas parcelas de cultivo. Esta imposibilidad de modernizar la agricultura la hace al mismo tiempo poco rentable y ha condenado al campesinado, en estas últimas décadas, al abandono creciente de las parcelas de cultivo. Este estado económico de la comarca es también fruto de cambios en la orientación económica. Así Pío Navarro Alcalá-Zamora²¹⁰ recuerda que *Hurtado de Mendoza, Mármol Carvajal y Henríquez de Jorquera hablan de la comarca como de un emporio de riqueza, debido principalmente a su gran producción sedera y a la laboriosidad de sus habitantes moriscos, aunque reconocen que están asentados en una tierra áspera y pobre de suyo*. Gracias a un perfecto conocimiento del terreno, del abancalamiento en pequeñas parcelas que raramente sobrepasan 0'11 ha²¹¹ y de los sistemas de riego, los moriscos y antes los musulmanes desarrollaron una arboricultura variada y una horticultura apreciable. Años más tarde, después de la expulsión de los moriscos y de la posterior repoblación de la comarca por cristianos viejos, el panorama cambia radicalmente con una orientación de los nuevos habitantes hacia los cereales en detrimento de los morales y de las hortalizas confinadas en los bancales de la vega, en la proximidad de los pueblos. Los censos de finales del siglo XVI apuntan que los vecinos son muy pobres. Una situación más desahogada se recuperará en la Alpujarra Alta a partir del siglo XVIII con la ampliación de la red de acequias, la roturación de tierras de secano (dedicadas a cultivos herbáceos-cerealistas) y la expansión del viñedo hasta la crisis inducida por la introducción de la filoxera.

Esta economía de subsistencia se apoyaba en la familia nuclear que intentaba desempeñar todas las tareas sin necesidad de contratar mano de obra. Las mujeres cultivaban las parcelas cerca del pueblo donde crecían hortalizas y ayudaban a sus maridos cuando la siembra o la cosecha. Sin embargo, sistemas de intercambios recíprocos aligeraban las faenas. El “tornapeón” concernía a las personas de mismo nivel socio-económico. Dictado por la amistad o la vecindad el tornapeón o compadrazgo ponía en juego tanto la fuerza de trabajo personal como el préstamo de animales de tracción, de aperos.

Animales de tracción

“Casi todo el trabajo agrícola se hace con la ayuda de animales, usándose en estos menesteres el burro, la vaca, el mulo y el caballo, solos, llamados en “ganga”, o en pares, formando yuntas, según las posibilidades de cada uno. El burro suele ser un animal secundario de labor, empleándose como auxiliar para carga y sólo en los niveles más pobres lo utilizan los labradores en las faenas agrícolas. El caballo es poco frecuente, siendo sus usos principales la cría y la silla. Lo más común, y apreciado, son las

yuntas de vacas o de mulos; pero se considera que lo más conveniente, para cierto tipo de labradores, es la yunta mixta, de vaca y mulo, que aúna la fuerza y la cría anual de la vaca con la rapidez y facilidad para la carga del mulo; la escasez y mal estado de los caminos hace que no se conozcan las carretas de bueyes ni los carros de mula”²¹².



Fig 64. El arado en Capileira (1982) Ph. Allart

Herramientas

Las herramientas principales del trabajo agrícola son pocas (aunque puedan variar en tamaño), sencillas y no son específicas de la Alpujarra, encontrándose más bien en toda Andalucía, incluso en buena parte de España. Quizás lo más original de la comarca sea el hecho de encontrar aperos para una gran diversidad de tareas ligadas a la diversidad geoclimática que permite, en unos pocos kilómetros, el desarrollo de cultivos distintos (cereales, vid, arbóreos como almendros, olivos, cítricos, moreras, castaños, nogales... hortalizas variadas), de una actividad pastoral, minera, etc. La colección Jiménez Tovar (Jorairátar, Ugíjar) contiene una buena muestra de esta riqueza patrimonial.

Principales aperos:

- la “hoz” para segar; la guadaña apenas se conoce ni se usa.
- el “legón”, o la “legona”, especie de azadón con palo largo y pala de forma semicircular, de unos cuarenta centímetros de diámetro, que se emplea fundamentalmente para la limpieza de las acequias.
- el más usado de todos los instrumentos de labranza es el “mancaje”, hasta el punto de que a muchas tareas agrícolas en las que se usa se les llama “mancajar”, como ocurre con la escarda. En síntesis, es una pala de hierro triangular unida al astil de madera por el lado de un vértice. Se conocen cuatro variedades con distintos usos: el pequeño que sirve para escardar; el mediano para sembrar; el de astil largo para regar y el pico-mancaje para cavar, que es el que tiene la pala más grande.
- Otro elemento de labranza es el azadón, que en la comarca suele tener por un lado la forma normal de pala rectangular y por el otro la de dos triángulos agudos que prolongan la pala pasada la inserción del mango.
- Los arados que se usan son el de hierro y el romano; este último es preferido para ciertas labores más delicadas como sacar patatas”²¹³. Estos arados de tipo dental (este-

va y cama arrancan en el dental) son comunes en Andalucía y parece que se encuentran también en los gomara²¹⁴.



Fig. 65. Arado en la cortijada de Montenegro (1992)

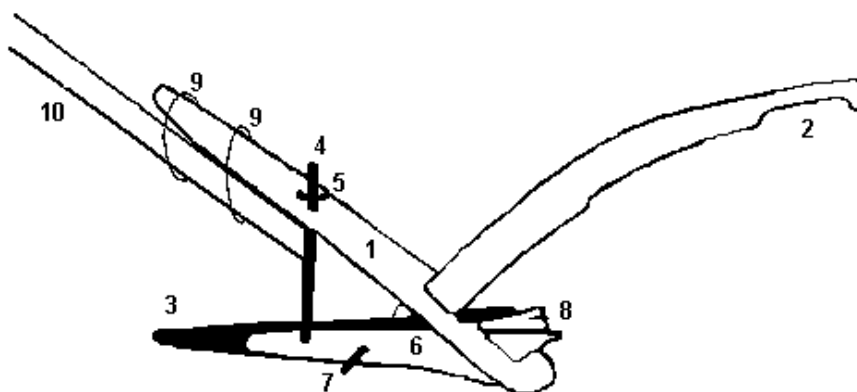


Fig. 66. Arado Alpujarreño (<http://www.la-alpujarra.org/timar/aperos.htm>)

Piezas que componen el arado :

1. **Cama:** Pieza para unir la mancera -2- con el enjero -10- y el dental -6-.
2. **Mancera:** Pieza curva que permite dirigir el arado y apretar la reja -3- contra la tierra.
3. **Reja:** Pieza de hierro con forma de lanza, para hender y revolver la tierra.
4. **Tenilla:** Tornillo largo metálico que une la cama -1- y el dental -6-.
5. **Alcaraván (anacrán):** Tornillo metálico, a modo de palometa, que permite apretar la cama -1- y el dental -6-.
6. **Dental (cuna):** Pieza donde encajan la reja -3- y la cama -1-.
7. **Orejera:** Barra de madera que remueve la tierra al avanzar el arado.
8. **Pescuño:** Cuña gruesa y larga con que se aprieta la mancera -2-, la reja -3- y el dental -6- contra la cama -1-.
9. **Birorta:** Aro metálico para encajar el enjero (10) contra la cama (1).
10. **Enjero (tímón):** Palo largo que permite enganchar el arado al yugo

Las eras son un elemento patrimonial destacado aunque, lógicamente, no peculiar de la Alpujarra. Tienen un pavimento de piedras locales. Suele pertenecer a un propietario privado que la presta a los vecinos en la temporada de trillo.

Técnicas de cultivo

En los bancales las culturas son intensivas y diversificadas (policultivo) para satisfacer el ideal del autoconsumo arraigado en los lugareños. El cultivo más frecuente es el de los cereales (éste remonta a la época de las repoblaciones del siglo XVI por “gentes de pan llevar” mientras que los anteriores ocupantes hacían de los morales la base del cultivo sedero). En la Baja Alpujarra los cereales se complementan con cultivos mediterráneos como la vid, el olivo, almendro e higuera mientras que en la Alpujarra Alta, donde no falta agua, el trigo suele encontrarse en parcelas regadas y se complementa con patatas y habichuelas.

Para no agotar los terrenos se observa una rotación de los cultivos: el trigo en alternancia con habichuelas y patatas. También se asocian distintos cultivos en la misma parcela, por ejemplo cereales y olivar, o frutales y hortalizas. Otras asociaciones más originales son el trigo o la cebada con las habichuelas (se designa esta técnica por el nombre de “golpear”).



Fig. 67. Trillos de la colección Jménez Tovar

6.1.6. *Un paisaje construido como elemento patrimonial*

De hecho, el destacado verdor del paisaje, a pesar de su ubicación en una solana, se debe, por supuesto, a las reservas hídricas de las cumbres de Sierra Nevada pero sobre todo a la construcción y gestión de estructuras que permiten el riego.

1. El acondicionamiento de las pendientes en bancales. Estas terrazas son indispensables para la agricultura de regadío en las zonas abruptas como las de la Alpujarra Alta, donde adoptan formas alargadas arqueadas e inclinadas en dirección a la pendiente. A menudo los bancales presentan unas superficies más pequeñas en los alrededores de los pueblos (vega) y más amplia en la montaña y conforman un mosaico de terrazas con formas redondeadas, escalonadas en las laderas.

Estos bancales, sirven tanto para impedir la erosión de la tierra como para facilitar el riego. Así, cuando le toca el turno de agua, el campesino aprovecha esta pendiente para conducir el agua que llega a la parcela y dirigir su administración en toda la superficie gracias a la gravitación y moviendo aquí una piedra, allá un montículo de tierra para permitir una correcta repartición y absorción del caudal.

“El muro de contención que conforma los bancales, levantado a base de lajas de piedra, es el elemento constructivo básico. La piedra de distintos tamaños se clasifica y se coloca por los propios agricultores, que contienen de esa forma los rellenos de tierra cultivable. La deformabilidad de un muro de tal naturaleza es la garantía de su durabilidad, ya que puede adaptarse a todos los movimientos del terreno hasta que éste adquiere su acomodo, el agua sobrante escapa entre las juntas abiertas del muro y las roturas son de fácil reposición.

Cuando se organiza un cultivo, la piedra sobrante del terreno, y la que se aporte expresamente para la fabricación del muro, se va intercalando en tamaños diferentes hasta que forma una red tupida que recuerda las organizaciones de cultivo del área mediterránea”²¹⁵

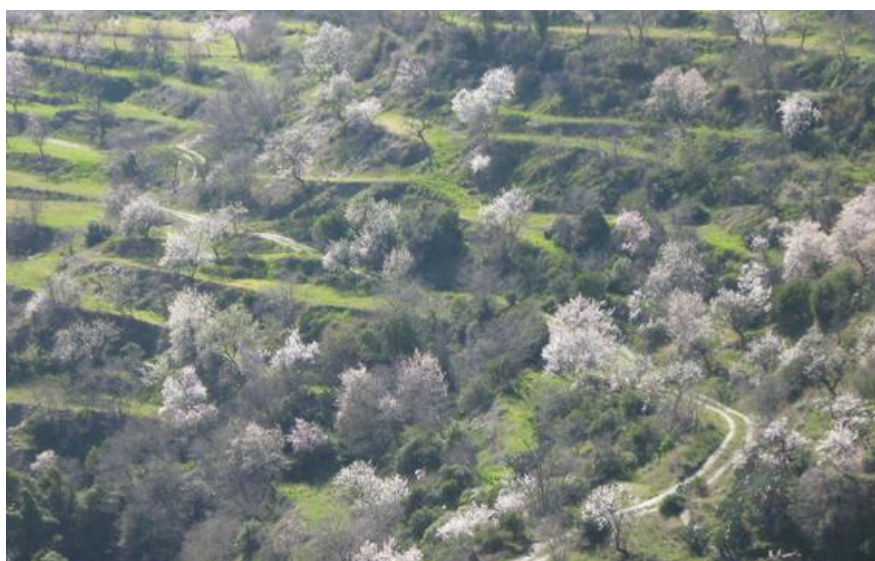


Fig. 68. Distribución de bancales en ladera. Imagen del Parque Natural de Sierra Nevada

Los muros de contención o balates son bastante frágiles y necesitan un mantenimiento frecuente sobre todo después de las épocas de fuertes lluvias. Este mantenimiento corre a cargo del dueño de la parcela. La forma de los bancales queda inscrita en el tejido urbano de los pueblos donde conforma la trama de base, pues al ampliar el suelo edificable con nuevas construcciones solían seguir la forma de los bancales y respetar las vías de comunicación que unían campo y zona urbanizable. A la inversa, en la ampliación de las culturas en detrimento de los despoblados, se aprovechaban los muros de las casas en los bancales que conservan las huellas de estas construcciones.

2. Otros elementos del paisaje son los caminos que comunican los pueblos. Hasta 1931, cuando se construyó la primera carretera, que se asfaltó en 1966, los habitantes de la Alpujarra Alta circulaban gracias a múltiples caminos que cuadrículaban toda la comarca y enlazaban entre sí los tres pueblos de la ladera meridional y los de la vertiente norte de la Sierra así como los de los valles laterales. Estas sendas han sido descritas por varios autores: estrechas y en algún tramo, sobre todo en la salida de los pueblos, con pavimento de piedras dibujando anchos peldaños, son utilizables solamente por hombres y animales. Estos senderos que llevan también a los pagos de cultivo impiden la mecanización de la agricultura. Hoy en día constituyen un reclamo para el turismo de montaña, uno de los puntos fuertes de atracción de la comarca.



Fig. 69. Camino en Notáez

(<http://www.la-alpujarra.org/castaras/paginas/Guias.GR%20142.html>)

6.1.7. El pastoreo

La Alpujarra Alta ha tenido una tradición ganadera bastante fuerte gracias a la presencia de pastos en las partes más elevadas de los términos municipales. Con las repoblaciones forestales estos pastos se han visto mermados, sin embargo sigue habiendo una actividad pastoral en estos parajes. Se pueden distinguir dos modalidades:

- La de los ganaderos de la comarca. Cada pueblo tiene su propio barrio de pastores

que, o tienen su propio rebaño o juntan el ganado (compuesto sobre todo de ovejas y cabras) de cada propietario para llevarlo a pastar en la sierra en verano o en terrenos más cercanos al pueblo en invierno cuando la Sierra está cubierta de nieve. El pastoreo de invierno sirve también como abono de los campos y se tiene que completar con forraje. Las mujeres de pastores tienen siempre más trabajo que las de agricultores pues ayudan a alimentar los animales y fabrican los quesos.

- La de los ganaderos forasteros que siguen practicando una trashumancia estacional de ganado vacuno: el invierno en los campos de baja altura como los de Dalías y el verano en los pastos de altura.



Fig. 70. Ovejas pastando en los campos (Capileria 1982 ph. Allart)

A diferencia del territorio Jebala-Gomara, no parece que se haya transformado en la Alpujarra la leche en mantequilla, siendo el aceite la base de la gastronomía local.

La crianza de cerdo era muy frecuente y sigue siendo emblemática con la explotación de los famosos jamones de Trevélez, una de las pocas actividades especulativas de la comarca. En general la cría de animales permitía su venta en cualquier época del año procurando una entrada de dinero. El énfasis puesto en todo lo relacionado con el cerdo se explica, según el antropólogo Pío Navarro Alcalá-Zamora, porque el jamón es parte del cerdo y el consumo de éste un distintivo de los cristiano viejos, especialmente cuando esta condición era la única exigida a los antiguos repobladores de la comarca.

6.2. Técnicas agrícolas en el territorio de Jebala-Gomara ²¹⁶

6.2.1. El acondicionamiento de las laderas

Es una seña de identidad de la explotación de este tipo de medio ambiente natural. Este acondicionamiento puede darse de dos formas distintas. Por una parte, puede ser un plano horizontal que corta la pendiente, lo que conlleva un muro de contención en

la parte inferior. Esto permite cultivos intensivos de regadío en comarcas secas. Por otra parte, también puede tratarse de simples taludes, paralelos a las curvas de nivel, de poca altura (algunos palmos), a veces reforzados con un manto herbáceo o con un murito de piedra seca; son “cortinas” (francés: *rideaux*), generalmente trazadas con escasa regularidad y que apenas corrigen la inclinación natural. Se les llama en Andalucía tablas (pueden también estar los lechos de ramblas, y en este caso son horizontales).

La función primera de estos acondicionamientos no estriba en almacenar el agua, ni en mitigar una insuficiencia de lluvias, sino en aminorar la erosión causada por la escorrentía de las aguas, en retener la tierra y, subsidiariamente en facilitar la labor de la yunta por la mínima corrección del declive y por el desempedramiento que conlleva. En cambio, los bancales permiten, en zonas montañosas que reciben suficientes lluvias, mitigar la escasez de área de cultivo en caso de fuerte ocupación humana pues, de hecho, almacena la tierra; o, gracias al regadío, permitir el cultivo de variedades no-oriundas de la zona.



Fig. 71. Acondicionamiento de laderas, Provincia de Taounate (J. Vignet-Zunz)

Señalemos la presencia de fuertes concentraciones de este tipo de acondicionamiento principalmente en dos comarcas andaluzas: la Alta Alpujarra, al sur de Granada, y la Axarquía, al norte de Málaga. En éstas, los bancales jamás son horizontales (salvo, como he dicho, en los fondos de las ramblas).

¿Difieren las laderas de la Andalucía bética de las del Rif occidental? Hace como veinte años, G. Fay notaba:

“Los Jebala solo construyen terrazas en las zonas de riego. En las vertientes más antiguamente cultivadas, solo han mantenido “cortinas” (...), a veces murallitas de despedregamiento que fijan la tierra y dejan pasar las aguas; en otras partes, trazan con el arado largos surcos en el sentido de la pendiente para acelerar el desagüe de las lluvias.”²¹⁷

Así, las dos riberas mediterráneas, no sólo no se oponen, desde este punto de vista, al contrario de lo que pensaba el geógrafo Despois, sino que son, una vez más, muy cercanas. Enfrentadas con los mismos retos de la naturaleza, los hombres de estas tierras vecinas encontraron respuestas idénticas a estos desafíos.

6.2.2. *La rotación de cultivos*

La rotación cereales-leguminosas, rotación bienal, es ampliamente practicada por los campesinos marroquíes que conocen la importancia de las leguminosas para el enriquecimiento del suelo. Existen cultivos de invierno (u otoño), precoces, y cultivos de primavera, tardíos.

En el Rif occidental, el sorgo, que tiene las mismas virtudes que las leguminosas (fija el nitrógeno del aire) desempeña el papel de cultivo de primavera. La rotación hace alternar el trigo, la cebada y algunas leguminosas, en otoño, con el sorgo y otras leguminosas, en primavera. La rigidez y originalidad del sistema no sólo estriba en esta complementariedad entre dos cereales sino en su organización colectiva. Su longevidad puede explicarse por el hecho de que está estructuralmente asociado al modo de ganadería practicado en esas regiones, de manera tal que no se entiende lo uno sin lo otro. Efectivamente, la guardia de los ganados vacuno y caprino también está organizada de forma comunitaria: por barrios, los propietarios entregan sus animales a un pastor común. Este sistema de guardia es llamado *be-nowba* (por turno), se le da a veces el nombre atribuido a la manada común: *dula*²¹⁸.

El problema surge entonces en verano. Estas manadas de tamaño importante son de difícil control. Si los cultivos de dos tipos de cereales estuvieran entremezclados, según el gusto de cada propietario, estando desfasados los ritmos estacionales de las dos cereales, los animales llevados sobre los rastrojos arruinarían su salud y la cosecha venidera, al ingerir hojas de sorgo verde (nocivo en esta etapa). Al separar las parcelas de cada propietario del pueblo en dos grandes hojas y al alternar los dos cultivos cada año, se logra poner fuera de alcance del rebaño el cereal todavía verde y enriquecer el suelo.

6.2.3. *El labrado*

El instrumento es el arado común (*mehret*, rif. *asghar*²¹⁸) de tipo radial, pedazo de madera único para la esteva y la parte activa (dental). Esto está en conformidad con la situación que prevalece en todo Marruecos (o en casi todo Marruecos) y en Europa (según una cinta de clima atlántico que cubre Portugal, Galicia y las Landas). Como se sabe, por el contrario, el arado dental -donde se distinguen claramente dos partes con ángulo recto, la esteva y el propio dental, el primero embutido en el otro- se extiende a Argelia occidental (y también a algunos oasis, a pequeñas zonas de Túnez y Tripolita-

nia... y alrededor de Casablanca) así como a toda Andalucía; se asocia a menudo a un timón curvo. Éste último era el instrumento de los púnicos y de los romanos.

El arado es de madera de alcornoque o de olivo salvaje. La pieza que forma el radial (esteva con dental) se llama *ga'ada* entre los 'arab, *qa'ada* en Jebala, *siri* en el Rif (*chetba*²²⁰ en Bni Chicar según Martínez Ruiz, véase más en adelante). Se equipa con dos “vertederas” o alas simétricas (*udnin*, “orejas”) encajadas en el dental en la parte posterior de la reja. Una clavija o vilorta (*trakib* en los 'arab y los jebala, del árabe *rkeb*, “ir encima de”; *tafrut* entre los gomara), reforzada en la parte posterior por una pieza más pequeña (*taba'*), que asocia el timón con la base del radial. La reja, de hierro, es *sekka*.



Fig. 72. Arado (J. Vignet-Zunz)

Hay un margen de incertidumbre con esta clasificación: un dibujo²²¹ representa un dental en Gomara, que confirma la terminología ya que ésta distingue una parte más alta, la esteva, *mensul*, y el dental propiamente dicho, *qa'ada*. En el norte de Chauen, sobre el Oued Laou (al límite de Jebala con Gomara), se puede observar una esteva que se incorpora claramente en el dental pero formando un ángulo apenas marcado con éste. Además, el timón es rectilíneo como en el arado radial. En Bni Chicar, cerca de Nador, por lo tanto en el Rif bereberoparlante, un estudio²²² describe expresamente el arado dental con una esteva formando con el dental un ángulo de 90 grados. Al contrario, entre otros rifeños situados a cientos de kilómetros al oeste de éstos, los Aith Waryaghar, el arado es claramente radial²²³.

Thibaut²²⁴, en una clasificación se refiere a “un arado radial con esteva compuesta, haciendo transición con el tipo dental” y lo localiza en algunos puntos raros de la cuenca mediterránea, en particular en el Tajo (en la frontera entre Portugal y España), en las islas Baleares y a una y otra parte del estrecho de Gibraltar: es decir al norte mismo de la península tingitana (región de Tetuán-Chauen) y en el Rif oriental (región

de Nador), así como en la región de Huelva y en la Andalucía almeriense. Aparte de esta última, las otras localizaciones aparecen en puntos situados en contacto con las áreas de distribución de los dos tipos de arados.

¿Se trataría de un verdadero tipo de arado “de transición”, más que de un “bricolaje” aleatorio según podría dar a entender, a partir de hechos que en efecto pueden ocurrir (refuerzo, reparación...), una generalización precipitada?

Por el contrario, en todas partes se da un solo nombre para el timón (o lanza): *temun*, *timun*, *temmuna*, rifeño *athmun*. Y para la reja de hierro: *sekka*. Estos dos términos de claro origen latino²²⁵.

6.2.4. El tiro

El sistema de tracción del arado es de tres tipos:

- Yugo de cruz, *bel-kittafi*, robusta pieza de madera de, aproximadamente, 2 m de largo que reúne los dos bueyes (en general son más bien vacas). El yugo es llamado por los rifeños *matmat*, según Beneítez; a veces *zegru* según Coon que lo describe con una doble curva; y *ayarmun* en Bni Chicar, según Martínez Ruiz, al parecer sin equivalente en otras partes); los gomara también lo emplean, en común con *azaglu* (voz bereber, pero presente en ciertas regiones áraboparlantes, como alrededor de Fez, en el Gharb, en Salé...). Es el único tipo de yugo en uso entre los rifeños²²⁶.



Fig. 73. Yuguetes de cruz (J. Vignet-Zunz)

- Yuguetes de cruz unidos a una pértiga (*'amud*) barriguera y llamados por esta razón *bettani* (Fig. 73). Es el tipo que se adapta también a la tracción por dos mulas (o asnos); la pértiga barriguera está conectada por una correa con cada uno de los dos animales (que se cruzan a veces entre ellos: una mula con un asno, o con un buey que lleva, él, un yuguete de cruz). Es el más común del África del norte, e ignorado en la ribera europea. Los yuguetes son *jachba* en jebala y en el *'arab*, *azaglu* en gomara.

- yugo de cuernos (*ber-rwasi*), pedazo de madera similar al yugo de cruz, atado no en la cruz sino en la base del cráneo, es decir detrás de los cuernos (un cojín de juncos protege la frente contra la fricción del lazo) (Figs. 74 y 75). Normalmente ausente del paisaje del norte de África, se encuentra, sin embargo, en Jebala y Gomara, pero restringido a algunas tribus y a veces solamente a ciertas porciones de estas tribus, según una trama desordenada, sin que se puedan dibujar zonas homogéneas de suficiente extensión, ni encontrar una correlación significativa con tal o cual carácter del medio natural, ni de asociación regular con alguna serie de otros hechos técnicos que acabarían por trazar un ambiente cultural coherente. El mismo principio afecta a la distribución del yugo de cuernos en las riberas septentrional y oriental de la cuenca mediterránea: aparecen más como manchas, este proceso viene rápidamente a chocar contra un procedimiento concurrente, lo que no permite dilucidar la lógica que prevalece en las opciones.



Fig. 74. Atalaje con yugo de cuernos, Oued Laou (J. Vignet-Zunz)

El tiro es *zudÿa*, *dÿuÿa* en jebala, *zuÿa* entre los *'arab*, *yuga* entre los rifeños (tayuga en las otras partes del mundo bereberoparlante). En los dos lenguajes, la relación está clara entre el instrumento y el par de bueyes que une: en árabe, *zuÿ* para “dos” y en bereber *azaglu*, un derivado del latino *jugulum*, “garganta, clavícula”.

Una clavija solidariza el timón con el yugo o la pértiga barriguera: *yebbad* en toda la región, con las habituales alternativas locales en la pronunciación.

6.2.5. El sembrado

Como en toda el África del norte, se siembra: a) antes de arar, b) en una parcela dividida de antemano en tablas (sg. *mtira*) trazadas con el arado. Al menos cuando la parcela ha sufrido el año anterior un cultivo de primavera y, por este hecho, el suelo sigue estando blando. Si no, se realiza un primer arado, con surcos poco prietos, antes de sembrar.

Para romper los terrones y cubrir la siembra, no se emplea la rastra en el África del norte²²⁷. Pero el arado, que “abre una línea pero no vuelca la tierra”²²⁸, no deja terrones bastante significativos como para justificar el recurso a una herramienta especial. Sin embargo, sus vertederas pueden efectuar subsidiariamente esta tarea.

El escardar (*nqa*; *naqa*: limpieza): se efectúa con la azada, en el caso de las patatas y los melones, pero, en Jebala por lo menos, no el sorgo. En general, con la mano o el cuchillo se limpia de malas hierbas la parcela de cereales jóvenes. Hay pocas herramientas. Se trata de una clase de azuela, *qaduma d-enqa*, o de la azada, *fas*, a veces con la hoja trapezoidal y un eje levemente curvado, a veces con la hoja semicircular; con un mango largo, de 1 m a 1'20 m. El *fas*, en casi todo el África del norte, es la azuela (el “picoussin” de Provenza²²⁹); no en el Marruecos del norte. Se encuentra la misma herramienta, pero más pequeña, *atla*, con una alternativa que añade al otro lado de la hoja los dos dientes del binador.



Fig. 76. Segando el sorgo (J. Vignet-Zunz)

6.2.6. La cosecha

La cosecha se dice *hsad* (‘arab y jebala) o *ahsad* (jebala), término que se distinguirá de *ahsida*, bálago (paja) que permanece sobre la parcela, mientras que el bálago utilizado para la cubierta del techo es *sqaf*, en ciertas partes *brumi*. Las herramientas se limitan a la hoz dentada (‘ar. *menÿel*, jb. *mendÿel*, rif. *amzhar*²³⁰) de forma y de tamaño similares al instrumento de la ribera europea. El resto es el equipo que protege al segador: el delantal de piel de cabra, *tbenta* (*tabanka* en zonas bereberoparlantes); dedales de caña (*sbaba* ‘, del árabe *sba* ‘, dedo), para los dos últimos dedos de la mano izquierda que la hoz amenaza; el dedal de piel, para el dedo índice izquierdo que necesita seguir siendo flexible; la tablilla de madera (*derra* ‘a, del árabe *dra* ‘, brazo), a veces una pieza en piel de cabra, para proteger la cara interna del brazo derecho del roce de las espigas o de los tallos.



Fig. 77. Segadora de los Bni Gorfet cosechando el trigo

La descripción que sigue procede de los jebala de la fachada atlántica²³¹. Cuatro o cinco gavillas (*ghomar*), de promedio, forman un *amanu*, una gavilla grande (Laoust ignora el término, que sería pues particular al norte). Dieciséis *amwana* hacen una *matta*, un gavillero (Laoust²³² no menciona tampoco este término, que sin embargo existe también en la región de Rabat). Este primer gavillero se carga en una red (*chebka*) llevada por una mula al borde de la era de trillo, donde se forma un segundo gavillero (*fechqar*): es en general un rectángulo orientado según el eje del viento marino del noroeste, *siqal*, el más favorable para el aventamiento.

Las gavillas de los rangos externos tienen las espigas vueltas hacia el centro para protegerlas contra el ganado; dentro de este cuadrilátero, las gavillas se presentan en capas invertidas, dirigidas alternativamente hacia cada uno de los pequeños lados. Al contrario del gavillero de los cereales de invierno, en el otro lado de la era de trillo, se forma el gavillero (*kucha*) de una u otra leguminosa que trillar.



Fig. 78 Trillo de trigo o la cebada (J. Vignet-Zunz)

6.2.7. El desgranado

Entre los jebala de la península tingitana, la zona de la era de trillo con su gavillero es *nwader*; pl. *nwadriyech*, esta última forma se aplica de hecho al campo común donde se juntan todos los *nwader-s* de la aldea. En esta zona, la forma *nader* no existe, designa en otras partes (en los *yebala* del Ouergha y en los llanos) el almiar cubierto con barro, también al dicho *mtebna mellsa* (almiar “revocado”, “alisado”).

Trillar (*idersu*) se hace con mulas o asnos (en general de cuatro a seis) que, llevados en una fila por una cuerda, dan vueltas pisoteando el montón circular de gavillas (*dersa*) depositadas en la era de trillo (*ga 'da*; entre los 'arab: *ga 'a*) desherbada y despedrada de antemano, luego cubierta con una capa de arcilla y de paja apisonada fuertemente (Fig. 78). Debe observarse que las mulas no dan vuelta alrededor de una estaca plantada en el centro de la era y que no se utilizan vacunos como en otras regiones de Marruecos.

Para cantidades pequeñas, se pueden pegar las espigas depositadas en el suelo con una especie de palo o mazo (*merzeb*), con una cara estriada con líneas que se cruzan en ángulo recto, cavadas profundamente, formando tres rangos de “dientes” (*snan*), largo de 0'35 a 0'40 m, por 0'07 a 0'08 m de alto.

Se aventa (*iderru*) con la horca de tres dientes ('ar. *medra*, jeb. *amedra*) de madera de laurel rosado o de oleastro, luego con la pala de madera (*löh*); con un pequeño cepillo de ramas (*gharraba*), se barre la paja que todavía cubre los granos. Se aventa también con una cesta amplia y plana y se termina la operación con una criba (*gherbel*, *kerbell*) de piel de cabra horadada de agujeros.

Para el sorgo, se trillan las espigas con un palo largo (*anefat*) de oleastre, de dos metros, al mismo tiempo que dan vueltas las mulas (Fig. 79); se utiliza un rastrillo de madera, *qachbel*; y una clase de rastrillo sin dientes, *yerraf*, para recoger los granos.



Fig. 79. Trillo del sorgo (J. Vignet-Zunz)

6.2.8. El almacenaje del grano

Toma varias formas según los lugares. El más asombroso es el granero sobre postes que se halla en el Rif central y occidental, esa bolsa “insólita” que ya hemos visto extenderse irregularmente alrededor de Gomara.

El silo (ar. *matmora*) apenas se utiliza hoy. En ciertas regiones, se enterraban el trigo y la cebada, en otras el sorgo. La pared estaba revestida de un cañizo de bálago (*sqaf*), sustituido más adelante por plástico. Se cavaba en los suelos “calientes” (secos). Existían, como en todo Marruecos, emplazamientos colectivos (*mers*) que contenían varios silos.

En la península tingitana se conservan exclusivamente hoy los granos en cuartos reservados a este propósito, con la entrada a menudo escondida al fondo de una habitación, y divididos en varios compartimientos para cada producto de la cosecha; o en grandes tinajas de barro o en envases de hojas trenzadas de palmito (*askil*); pero, cada vez más, desde casi los últimos cuarenta años, en grandes cestas de cáñamo (*sulla*) compradas en los mercados del llano y cubiertas con una mezcla de barro y paja y un enlucido de cal.

Sin embargo los gomara, sus vecinos inmediatos del nordeste, tienen un pequeño edificio específico en el patio de la casa: 3 m de largo por 1'50 o 2 m, tejado de dos aguas con techo de bálago, cortas pilastras de piedra o marco de madera para mejorar el aislamiento y la ventilación y para rectificar eventualmente la pendiente; una escala o un tronco estriado permite el acceso a la pequeña abertura cerca del caballete del granero²³³. Se llama *heri*, que en árabe significa “almacén” (hay una relación posible de esta palabra con el horreum latino y así con el “hórreo” español²³⁴).

Ahora bien, tenemos también un testimonio entre los jebala vecinos de los gomara: inmediatamente en el norte de Chauen, en las altas cumbres de Bni Hassan (Jebala) y Bni Esjjil (Gomara) que separa el Oued Laou, se localizaron cinco sitios, de los cuales por lo menos uno está todavía en funcionamiento²³⁵. Son concentraciones de estos graneros individuales (hasta dos o tres centenares) construidos, a menudo bajo protección de la tumba de un santo, en escarpes de acceso difícil; su nombre es *aqrar* o *qrar*. El *aqrar* estaba sujeto a reglamentos escritos y, por lo tanto, guardado por un letrado, además armado (*hadday*). Allí, mujeres, niños, viejos, rebaños podían tomar refugio en caso de desórdenes. Eran verdaderos graneros colectivos, una reproducción en altitud, reducida a las dos terceras partes o a la cuarta parte, silenciosa y desierta, de las aldeas verdaderas. Cada hogar se había construido una “casa” minúscula, el *heri*, idéntico a ése descrito para Gomara; se almacenaba allí el trigo (donde quedaba preservado durante cuatro o cinco años) y todas clases de provisiones, hasta la pólvora y las municiones...

Montagne²³⁶ los señaló y luego un interventor español, Pereda Roig (1939). No se conocen en ninguna otra parte del norte, aunque en la toponimia de la sierra rifeña no faltan referencias a esta función de reserva colectiva: *aydir* (para agadir) en país rifeño, *aqrar* en Ahl Serif y Bni Mestara, o palabras formadas sobre las raíces H.R.A. y J.Z.N (cf. la aldea de Lehra, en Bni Gorfet, o Oued El-Makhazin, afluente por la derecha del Loukkos...). Por minúscula que sea, esta presencia, en los relieves mediterrá-

neos de una institución que teníamos tendencia a identificar con la franja presahariana del África del norte (*agadir, ighrem* al oeste; *gel'a, ghorfa* al otro extremo) puede sorprender. Montagne la observa y sugiere parecidos con otros baluartes situados en otros picos invulnerables de esas sierras del Magreb septentrional: el '*afir* de Kabilia, o el *m'aqil* señalado por al-Badîsî en el siglo XIV.

6.2.9. El almacenaje de la paja

La cuestión del almiar es también interesante porque existe en el Rif una técnica totalmente original, desconocida en otras partes de Marruecos y atestiguada en Argelia solamente en una región.

Se sabe que en el África del norte (salvo en algunas partes del Tell, por ejemplo en los Babors, en Argelia, en donde está protegido por una capa de *dis*, *Arundo Festucoïdes*), se cubre de un revoque de barro y que, así protegido, se ubica en el exterior. No así en el Rif en su totalidad, ni en las llanuras de su fachada atlántica.

Allí, se observa un primer procedimiento: gran almiar en forma de nave volteada, cubierto de una capa de bálago del mismo cereal sujeto por una ligadura vegetal (largos tallos pinchados en el costado del almiar, como un punto cosido), una o dos líneas horizontales de cañas, a una y otra parte del remate, consolidando el conjunto; es una versión simplificada del procedimiento usado para la casa de bálago de la montaña cuyo equivalente se encuentra en Andalucía, al oeste de la sierra Bética.

En ciertos lugares de la montaña (por ejemplo, en el centro-oeste de la península tingitana: grupo Bni Gorfet, etc), se guarda la paja en un lugar de la casa o bajo el techo. Pero en la mayoría de la sierra rifeña, se amontona en un almiar cilíndrico con cúpula cónica y se deja sin revestimiento, mantenida simplemente por un conjunto de cuerdas que, fijado en un anillo de cuerda en la cima de la cúpula, caen abajo radialmente sobre los lados del almiar, lastrado por piedras que le hacen una manera de collar²³⁷. Su nombre es *temun*, a veces *temmun*. Este proceso se encuentra en sanhaja, en el Rif central y en una parte por lo menos del Rif oriental (*atmun* en los dos últimos, en la zona bereberoparlante); también se da en estas regiones el almiar no cilíndrico sino alargado en forma de nave volteada de volumen más importante.

Hay ya un *temun*, en Marruecos: el timón del arado. ¿Qué pueden tener en común los dos objetos en cuestión para justificar tal homofonía? Dos autores dan una pista: se refieren a una alternativa del almiar cilindrocónico que se construye alrededor de una estaca hundida en tierra. Tácita para uno, explícita para el otro, una relación léxica se establece entre esta estaca y el timón: el almiar se llama *temun* porque se edifica con una estaca que recuerda el timón del arado. El primero, Colin (1993), señala el parecido pero no se compromete:

“*tammûn*, n., plur. *tmân*. 1. Timon, age (de la charrue). 2. Perche plantée verticalement en terre au centre d'une meule de paille broyée, pour la maintenir;

meule de paille, de forme tronconique, avec une perche au milieu. (...) ; comparer berbère *atmun*, *atemun* et lat. *temonem*: timon, age (de la charrue).”

El segundo autor es Martínez Ruiz (1966), que describe, a partir de su investigación en Bni Chicar (en los Gel'aya, cerca de Mlilia/Melilla), un almiar construido con una estaca hincada en tierra, luego cita a un informador que da a esta estaca el mismo nombre que al timón del arado “porque se asemeja a él”. La presencia de la estaca también se verifica en los Bni Tuzin, más al oeste, que están en contacto con los A. Waryaghar, pero éstos no utilizan estaca en su almiar²³⁹. ¿Será que hay allí una zona de contacto en donde coexistirían las dos técnicas o bien existe una frontera nítida, por determinar? En cualquier caso tenemos aquí una alternativa técnica, circunscrita a una zona estrecha del Rif oriental, que incluye por lo menos Gel'aya (con Bni Chicar) y Bni Tuzin. Porque en todas las demás partes donde existe el almiar, *temun*, no hay estaca central²⁴⁰.



Fig. 80. Almiars de paja (cf. Vignet-Žunz)

Tomemos nota, además, del hecho que existe un término prácticamente idéntico en la Argelia bereberoparlante para una técnica algo cercana, según E. Laoust²⁴¹:

“Les Kabyles du Djurdjura emmagasinent la paille dans des huttes rondes, au toit conique, bâties en branchages à proximité des maisons; ils les appellent *athemmu*, pl. *ithemma*. Le mot correspond à *athemmun*, B. Snous, et *athmun*, Rif, usités dans le sens de meule de paille”.

Dejando de lado cualquier divergencia referente al radical N, Laoust asimila las dos formas léxicas, kabila y rifeña, y refuerza así la hipótesis bereber. Pero la técnica que describe es algo diferente, aunque mantiene su aspecto general: la paja está almacena-

da en una pequeña choza cilindrocónica (Fig. 80). Es lo que indica claramente la foto presentada por Laoust-Chantréaux²⁴² que muestra además cómo el techo cónico de la choza, también de bálago, es apretado por una red de cuerdas entrecruzadas como en el Rif, sin ser lastradas sin embargo por piedras.

Hay así homofonía entre una voz de origen bereber y otra sin duda alguna de origen latino. Lo que además excluye cualquier contaminación de sentido entre dos técnicas sin relación alguna.

Señalaremos por fin una variante de este almiar en los Tsoul, al extremo oriental del arco de Jebala: es un cono estricto, semejante a una tienda amerindia, cuya punta va cerrada por una forma de sombrero puntiagudo hecho de arcilla que limita en su base un aro hecho de tallo de cereal trenzado (Fig. 81). Todo protegido por una capa de bálago.



Fig. 81. Almiar en los Tsoul. Foto: J. Lanclon

6.3. Elementos de comparación entre la Alpujarra y el territorio Jebala-Gomara ²⁴³

Aunque no tan desarrollados como en la Alpujarra, los sistemas de riego y los bancales que corrigen las pendientes no están ausentes en la otra orilla mediterránea. En los valles Gomara que llegan al mar se han podido definir dos tipos de puesta en valor de los recursos hídricos:

- En la parte superior de los valles donde el agua es más abundante que en la orilla del mar cuentan con pequeñas acequias que drenan tanto el agua de fuentes como de los ríos (*oued*) hasta los bancales de riego. Los bancales que raramente alcanzan los dos metros de desnivel, están ausentes en el secano, reservado a los cereales donde apenas

se modifican las pendientes con las “cortinas” para evitar la erosión y conservar el agua. A diferencia de la Alpujarra las tomas de agua tienen la particularidad de tener la doble función de dique para conducir el agua y de balsa (con un ensanche) en forma de alberca de regulación (construidas en tierra) donde se almacena el agua antes de proceder a su reparto.

- En la desembocadura del *oued* donde, en asociación con la implantación de una ciudad almohado-meriní (Targha), se han desarrollado desde época medieval una serie de pozos con norias (Fig. 82). Los pozos medievales son abandonados en época subactual y ahora se va al sistema de pozos con motor para sacar el agua.

Según los autores del estudio, M. A. Carbonero Gamundi y P. Cressier, la toma-balsa y el sistema de recuperación de aguas no perennes (boqueras) son similares a los de las zonas áridas de la península ibérica. Otro paralelo con el norte hispano, y en particular con la Alpujarra, reside en el hecho de que en los ejemplos estudiados de los Gomara la propiedad del agua está ligada a la de la tierra (lo que no es frecuente en Marruecos) y el reparto del agua se hace en función de la cantidad de tierra regada (y además en Targha del tipo de cultivo).



Fig 82. Pozo con noria, Bni Boufrah (J. Vignet-Zunz)



Fig 83. Bancales de riego en el valle de Taghsa (M.-Ch. Delaigue)

07

LAS TÉCNICAS DE TRANSFORMACIÓN TRADICIONALES

7.1 Algunas técnicas de transformación preindustriales en la Alpujarra

7.2 Las técnicas de transformación en el territorio de Jebala - Gomara

LAS TÉCNICAS DE TRANSFORMACIÓN TRADICIONALES

7.1. Algunas técnicas de transformación preindustriales en la Alpujarra ²⁴⁴

Si la artesanía ha jugado en el pasado un papel importante en la economía local hoy en día no quedan muchos rastros de estas técnicas que eran en gran parte similares a las que se encuentran en otras regiones de España. En cambio, aprovechando la belleza del paisaje y el desarrollo turístico de estos últimos años, varios artesanos venidos de distintas partes de España o de Europa se han asentado en la Alpujarra desde finales de los años 1970 y se dedican a lo que llaman la “neo artesanía” que en ciertos casos puede tener algunas raíces locales pero en la mayoría de los casos son creaciones personales que no tienen nada que ver con las tradiciones de la Alpujarra (por ejemplo el taller de vidrieras, o los de cuero). No incidiremos aquí en este aspecto creativo y artístico.

7.1.1. Tejidos

Se considera, a menudo, que la tradición textil en la Alpujarra tendría su origen en las épocas musulmana y luego morisca, durante las cuales la Alpujarra era famosa por su seda. Bien es cierto que los autores árabes alaban, desde por lo menos el siglo XI²⁴⁵, la seda de la Alpujarra; sin embargo, no sabemos a qué se refieren precisamente: si es a la materia prima, un hilo de buena calidad, o si se trata del producto elaborado o sea del tejido, aunque varios datos apuntarían a que la Alpujarra era más bien una región de producción de material bruto²⁴⁶. La calidad de la producción alpujarreña se debía al cultivo de morales.

En la época moderna, queda claro que las actividades relacionadas con la seda en la Alpujarra granadina son las de crianza de los gusanos y del hilado, realizado este último por las mujeres y controlado por emisarios del poder para que no escape hilo alguno (por eso se les encomienda que hilasen en la entrada de la casa con la puerta abierta)²⁴⁷. Esta actividad, después de un periodo de declive debido al destierro de los moriscos y a las dificultades del proceso repoblador, se recupera en el siglo XVII para rápidamente volver a decaer, siguiendo sólo a escala doméstica en los pueblos. Los capullos se vendían a mercaderes que venían a buscarlos en los domicilios y servían para alimentar una fábrica de seda en Ugíjar, comprada en 1869 por un industrial de Lyon (Francia) que perduró a duras penas hasta los años 1950²⁴⁸.

Aunque la actividad propiamente dicha de tejer la seda se desarrollaba oficialmente en la ciudad de Granada, se ha podido dar el caso de producciones furtivas como las

que recopila Gálan Sánchez²⁴⁹ para la región de Málaga donde, en telares domésticos de los moriscos, se fabricaban piezas que se vendían directamente a los consumidores. De hecho, los telares no estaban ausentes de la Alpujarra: Mármol Carvajal (siglo XVI) precisa, en su descripción de la taha de Poqueira, que en Bubión había un castaño tan grande que “una mujer tenía puesto un telar para tejer lienzo entre las ramas, y en el hueco del pie hacía su morada con sus hijos”²⁵⁰, o sea la actividad era femenina y seguramente la mujer tejía en telares de pequeñas dimensiones materiales menos lujosos que la seda, como la lana, el yute, el cáñamo, el lino (producto éste que se cultiva en la Alpujarra desde el siglo XI –citado por *al-Bakrī*–). De hecho, en 1578 se están tejiendo en Cádiz telas de lino y de estopa que son mencionadas en una carta de dote²⁵¹.



Fig. 84. Foto de Encarna, tomada en el año 1956 y extraída del libro de Spahni
<http://www.la-alpujarra.org/timar/telares.htm>

Hemos visto que en la Alpujarra, son las mujeres las que tejen en telares de pequeñas dimensiones (solían tener dos pedales y dos lizos) las jarapas o “sábanas de lana” que se presentan al salir del telar en forma de lienzo estrecho que la tejedora cose juntos para ensanchar la pieza. Las jarapas servían como protectoras del colchón al colocarse entre éste y la colchoneta o para proteger las puertas de entrada de las casas o como mantas. El punto utilizado era básico (tafetán) y se empleaba un material local que las mujeres traían a las tejedoras: restos de ropa desgajada en tiras que cosían unas con otras para obtener una especie de hilo grueso utilizado para confeccionar las jarapas y lana de las ovejas para las “sábanas de lana”. Se tejían también telas que combinaban dos colores sencillos: rojo-blanco (¿similar a los mendiles de la mujer rifeña?), azul-blanco, rojo-azul, rojo-negro. Es curioso apuntar cómo este sencillo producto fue reaprovechado en los telares de la ciudad de Granada donde dos artesanos Sancho

López y Nicolás Casares, buscando en la década de 1920, innovar la industria textil, crearon a partir de estos modelos rústicos el “tradicional” tejido alpujarreño: ampliaron las gamas cromáticas utilizadas en la Alpujarra y añadieron en las telas bordados de sencillos motivos populares (inspirados en temas europeos). Antes de convertirse en el emblemático tejido alpujarreño, la creación de estos artesanos pasó por representar un artículo de lujo, en esos años 20, promovido por la moda decorativa, contribuyendo así a la expansión de la industria textil en los talleres granadinos²⁵². Al final este producto considerado como típico de la Alpujarra poco tiene que ver con ella: ni es una actividad especialmente femenina (en los talleres granadinos los hombres tejen y las mujeres bordan), ni se fabricó en sus montañas donde, en cambio, sigue siendo firmemente utilizado en la decoración interior, siendo así un buen ejemplo de una “invención de la tradición”.

No todos los pueblos tenían tejedoras y el oficio está desapareciendo: hace algunos años quedaban algunas en Timar (que contaba todavía a mediados del siglo XX con una decena de tejedoras cuya profesión constituía uno de los principales ingresos de este pueblo), Nieves, Ugíjar... y en el Barranco de Poqueira, el último telar fue quemado durante la Guerra Civil. Hoy en día jóvenes creadoras se han instalado en el Barranco de Poqueira recuperando una actividad más diversificada, pero que cuenta con jarapas²⁵³.

7.1.2. Alfarería

No se encuentran alfareros en la Alta Alpujarra ya que la tierra local no se presta a este tipo de transformación. En cambio en la Alpujarra Baja algunos alfareros (es una ocupación masculina) trabajaban con torno y el oficio se pasaba de padres a hijos. Los principales talleres se encontraban en Órgiva y Ugíjar. En los años 80 quedaba uno en Ugíjar y dos en Órgiva, en uno de ellos se trabajaba también el esparto.

7.1.3. Cestería

Es también una actividad masculina. Antes era doméstica o sea los hombres en invierno después de las faenas fabricaban objetos de esparto, mimbre.... Sin embargo tradicionalmente eran los gitanos los que se dedicaban a esta artesanía. Hubo cesteros en Ugíjar y en Lanjarón. Es igualmente un oficio que se transmitía de padre a hijos.

Fig. 85. Esparteñas para pisar la uva (colección Jiménez Tovar, Jorairátar).



7.1.4. *Las almazaras*

La técnica empleada en las almazaras ha sido bien descrita por ejemplo en la monografía editada por la ADR: *Patrimonio Histórico de la Alpujarra-Sierra Nevada*. Resaltaremos sólo algunas de las de la Alpujarra granadina como la de Mecinilla, en el término municipal de la Taha, que funciona con el flujo de una acequia y no con animales; la del Piojo en Cástaras, en la cual la viga de la prensa fue sustituida por una prensa de tórculo de madera, como las que se utilizaban en los lagares y el Molino de Benisalte (construcción del siglo XVIII) en Órgiva. La almazara de El Golco ha funcionado hasta hace algo más de una década. Las distintas funciones productivas se agrupan en una única edificación. Es una construcción al estilo alpujarreño (en mampostería sin revocar con cubierta plana de launa). El molino movido a sangre comporta atrojes que, como en la mayoría de las almazaras alpujarreñas se sitúan a cubierto. Podría tener unos 150 años; el cortijo de la Campana en el municipio de Lanjarón (entre el molino que se podría datar del siglo XIX y la vivienda principal se dispuso una hilera de viviendas secundarias probablemente destinadas a trabajadores de la finca).

7.1.5. *Lagares*

Las montañas que separan la Alpujarra granadina de la costa (Sierra de Lújar y Contraviesa) es el área más dedicada al cultivo de la vid. Sin embargo, hemos visto que en el siglo XIX, incluso en la Alpujarra Alta, el cultivo del vino se desarrolló y los pueblos más altos solían contar por lo menos con un lagar. Por ejemplo en Capileira existía un solo lagar. Pertenecía a uno de los dueños de las tabernas. La fabricación del vino era asunto de hombres, que pisaban la uva, descalzos o con unas esparteñas especiales. Se prensaba el mosto y el residuo servía como abono. Funcionaba únicamente después de las vendimias.

Algunos cortijos situados en terreno donde se cultivaba la vid disponen de su propio lagar con prensa: por ejemplo el de Era Nueva o de Matamoros en el término de Bérchules, el cortijo del Barranco Oscuro (probablemente de inicio del siglo XIX) de Cádiar tiene un lagar aunque ha desaparecido la primitiva prensa. El casón de Jorairá-tar que acoge la colección Jiménez Tovar dispone de uno de estos lagares.

7.1.6. *Molinos de harina*

En la Alpujarra los pueblos contaban por lo menos con un molino de harina. Se integraban en las redes hidráulicas, utilizando el flujo acarreado por las acequias para moler. En general sus construcciones no se diferencian de cualquier casa del entorno a no ser por su ubicación cercana a un río y por la presencia de una acequia.

El molino era una empresa familiar y por lo tanto comportaba una parte para la vivienda y otra (a veces debajo de la casa o al lado) para la maquinaria que contaba principalmente con una rueda horizontal (rodezno) accionada por el agua que cae de un

cubo vertical. El rodezno, a través del eje, transmitía el movimiento de la rueda a la piedra de moler. No se describirá aquí el aspecto tecnológico de estos molinos que han dado lugar a numerosas publicaciones²⁵⁴.

Existen en la Alpujarra desde la época medieval, estando atestiguado en la época morisca. Según Lorenzo Cara Barrionuevo “el molino medieval del antiguo Reino de Granada era de pequeño tamaño y, por lo general, de una sola piedra... Los molinos resultaron muy dañados con la rebelión de los moriscos (1568-1570). En 1608 se dice expresamente que molían cinco de los sesenta y siete contabilizados en la Alpujarra, de lo que se puede extrapolar que menos de 15% de las antiguas instalaciones debía de abastecer a poco más de un tercio de la población anterior, por lo que su capacidad de molturación debió de aumentar al introducir ya dos piedras. La gran mayoría de estos molinos era de cristianos viejos antes del levantamiento”²⁵⁵.

En la Alpujarra el número de molinos se incrementa a partir del siglo XVIII en paralelo al desarrollo de los cultivos de cereales y el incremento de la población. A lo largo del tiempo se han introducido pequeñas modificaciones para perfeccionar la molienda y hacerla más rentable, por ejemplo en la transmisión del movimiento a la muela volandera, en el tipo de piedra...

Estos molinos funcionaron a veces hasta la Guerra Civil, aprovechando este periodo de escasez generalizada, a pesar de que ya se habían instalado en la provincia verdaderas industrias de harina a finales del siglo XIX. En la Alpujarra granadina, la primera fábrica se instaló en los años veinte en Ferreirola, seguida en la década de los cuarenta por otras en Órgiva, Capileira, Pampaneira, Cádiar, Torvizcón. Algunas se mantuvieron hasta los años 70. La inserción en el mercado global supuso el final de esta actividad en la comarca.

La profesión era dominio del hombre aunque toda la familia del molinero estaba comprometida en esta industria: el molinero accionaba y vigilaba la producción, los hijos secundaban a su padre como aprendices; su mujer y sus hijas, además del trabajo de la casa, cribaban y limpiaban el trigo y llevaban el molino mientras se ausentaba el marido para ir a buscar por los pueblos y cortijadas los cereales que moler y llevarlos al molino con ayuda de la mula (acarreto) y devolver la harina, o bien trabajaba en el campo. Sin embargo las actividades centrales en la molinería le eran vetadas: “la mujer, aunque conozca el funcionamiento del molino y participe en todo el proceso de molienda, no toma parte en las dos actividades definitorias del oficio: el picado de las piedras --la técnica-- y el acarreto --la social--”²⁵⁶. El picado de la piedra era una operación delicada, imprescindible para mantener la calidad de la moltura y se llevaba a cabo con picos de punta en la parte central y piquetas para los bordes.

Los molineros eran propietarios o alquilaban los molinos. El oficio solía pasar de padre a hijo. Primero como aprendiz. No era un trabajo fácil a causa de la humedad generada por las caídas del agua y el polvo de la harina, lo que les ocasionaba a menudo neumoconiosis. Pero era una buena fuente de ingresos (se pagaba por *maquila*, una proporción de grano o de aceituna). A menudo esta actividad no tenía lugar todo el año pues en verano los ríos acarreaban poca agua y ésta se reservaba para el riego, por lo que la familia pasaba el verano cultivando la tierra alrededor del molino. La mejor

época para moler era el invierno²⁵⁷.

Además, en muchas casas y sobre todo en cortijos había un molino de mano que servían para moler pocas cantidades de cereales en caso de apuro. Como no se podían prestar por el peso que tenían, las mujeres tenían así una ocasión de encontrarse en casa de la vecina, de devolver una ayuda... y dentro de esta economía de subsistencia si la vecina dejaba en agradecimiento un puñado de harina, mejor. Este sistema permitía también eludir pagos al molinero o al Servicio Nacional del Trigo.

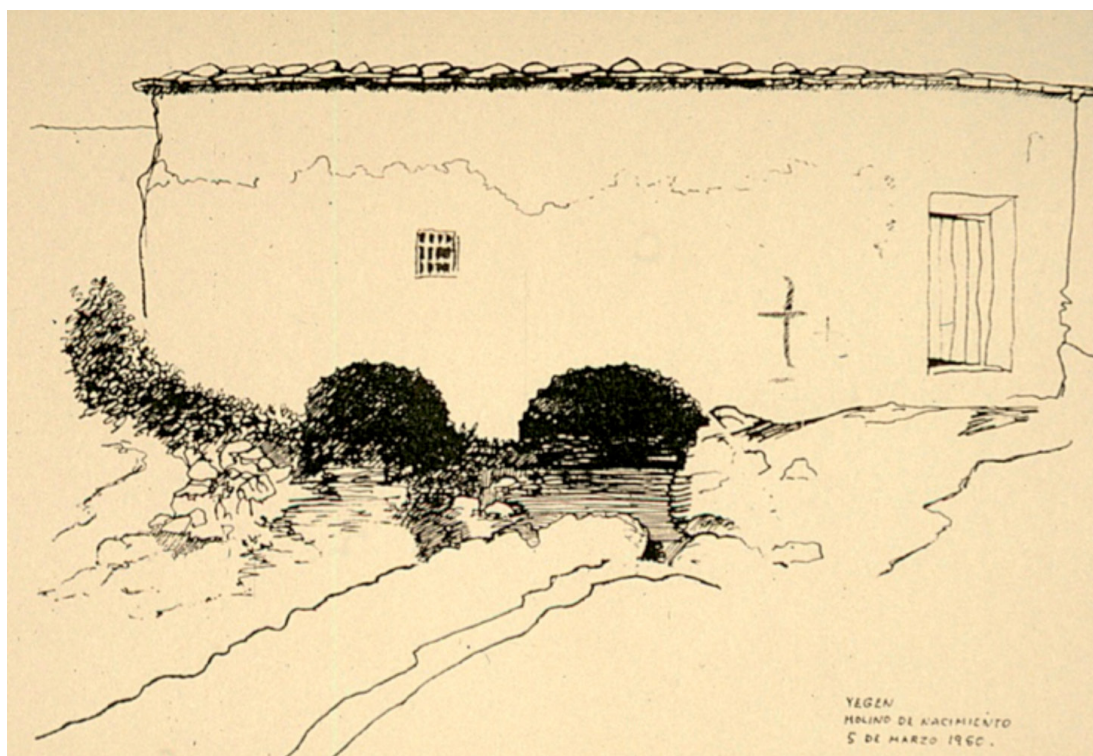


Fig. 86. Dibujo del molino El Nacimiento en término municipal de Yegen (J. Caro Baroja)

71.7. Batanes

Otro tipo de industria tradicional es la de rueda vertical o batán, ingenio de mazo, movida también por la fuerza del agua, que servía para accionar mazos empleados en la fabricación de tejidos de lana, de papel o en la transformación del hierro. No sería de extrañar encontrar este tipo de industria en la Alpujarra donde no faltan ni agua ni ovejas. Sin embargo hasta ahora sólo se ha encontrado un ejemplar en ruina de cronología incierta y cuya función exacta no ha podido ser vislumbrada. Se encuentra en el término de Bérchules a unos 3 km encima del pueblo. Los restos no dejan lugar a duda: se trata de un batan con las huellas del macizo donde se encontraba la rueda, la gran nave abovedada, los vestigios de una acequia que no se integra en la red del sistema de riego. La memoria colectiva no ayuda mucho en la medida en que sólo conocen el lugar como “la fábrica de los moros”²⁵⁸. La ausencia de este tipo de industria se tiene que poner en relación con la falta de un tejido social propicio en estas comunidades bastante aisladas y autárquicas.

7.1.8. Hornos de pan

En todos los pueblos y en las cortijadas se encontraban hornos de pan, situados en las casas (más bien en una dependencia).

Hemos visto que la fabricación del pan era una actividad femenina. Se concertaba una cita el día anterior con la panadera. Al día siguiente las mujeres llegaban temprano, sobre las tres o cuatro de la madrugada, con todos los ingredientes necesarios (harina, leña...). La panadera ayudaba a su clienta a tamizar la harina y a preparar la pasta: le añadían la “madre” (porción de la masa que se guardaba sin cocer de un día para el siguiente), se amasaba en la artesa, luego se dividía esta masa en partes del mismo peso: una vez los panes contados, la clienta volvía a su casa: la panadera prendía fuego en el horno mientras la pasta levantaba (entre una hora y un día según la temperatura ambiente). Cuando la pasta había subido y el horno estaba caliente (los ladrillos se ponían blancos), la panadera o su ayudante retiraba las brasas y ponía al horno los panes que cocían durante más o menos dos horas. Después los panes eran pesados en presencia del cliente. El trabajo de la panadera se acababa sobre la una de la tarde en el mejor de los casos. La mujer se volvía con sus panes, una parte de los cuales distribuía entre sus vecinos. Cuando su abastecimiento disminuía sus vecinas que volvían del horno le devolvían sus panes y cuando ya no tenía más deudores, se ponía de acuerdo con una de las panaderas para una nueva cocción.

Los hornos funcionaban todos los días menos cuando era la fiesta del pueblo y durante la Semana Santa.

El día anterior a una fiesta, las panaderas hacían hasta cinco hornadas pues todos los aldeanos querían pan fresco y dulces. A la panadera se le pagaba con panes (tres por cincuenta en Capileira).

Existía cierta solidaridad femenina entre las mujeres ya que solían tomar como ayudante a una mujer del barrio viuda y sin ingresos.

El oficio se transmitía de mujer a hija y el último horno de Capileira ha pasado por lo menos por tres generaciones de mujeres de la misma familia.

Fig. 87 - 1. Horno de la cortijada de Montenegro (1992)



Los hornos carecen de chimenea para la salida del humo, para no desperdiciar el calor del horno. Por esta razón se tiene que cargar tanto el combustible como las masas por la boca. Por esta razón se ha construido delante de la boca una campana o una chimenea que recoge los humos. Se suele también proteger de la intemperie la bóveda semicircular con un cobertizo o con la prolongación del techo.



Fig. 87 - 2. Horno de la cortijada de Montenegro (1992)
Fig. 88. Panadería en Capileira (con la artesa en el primer plano) (1982)

7.2. Las técnicas de transformación en el territorio de

Jebala-Gomara ²⁵⁹

Si el habla actúa como discriminante en un primer momento —aunque no nos ocuparemos ahora de ello y nos centraremos en la huella material-, la ropa, en el cara a cara, y la casa, de región a región, constituyen ciertamente los marcadores más obvios de la identidad. Por otra parte, las técnicas relacionadas con la producción no llaman tanto la atención y no son, sino excepcionalmente, un indicador de identidad. Eso explica por qué existe poca información al respecto en la literatura especializada.

De hecho, existen pocas diferencias en esta esfera de las tecnologías de transformación de la materia entre las poblaciones de Jebala. Con la excepción de un pequeño número de técnicas domésticas donde se pueden encontrar procederes originales en algunas de estas poblaciones.

Eso dará lugar, primero, a un repaso rápido del artesanado doméstico; es decir, a las producciones más dirigidas hacia el intercambio, hacia el mercado: aquí, los útiles y los procedimientos son, en lo esencial, comunes a todo el mundo rural marroquí (o más aún, magrebí). En segundo lugar, a las técnicas destinadas a las producciones previstas esencialmente para el consumo familiar ; si bien es cierto que un buen número de ellas se encuentran también en otras partes de Marruecos (y del África del norte), veremos que, paradójicamente, aquí es donde aparecen algunas características

totalmente originales. Y que se refieren prácticamente sólo a los grupos jebala o por lo menos a algunos entre ellos.

7.2.1. *El artesanado doméstico*

Los procesos técnicos relativos al telar, a la cerámica, al trabajo de los metales, del cuero y de la madera -actividades cruciales de la economía aldeana- serán objeto de menciones rápidas, ya que en esos campos, el norte, si bien presenta a veces ligeras peculiaridades, no innova.

Sin embargo, habrá que hacer una distinción fundamental entre la gente de los llanos y la gente de las montañas, pues la primera es sobre todo descendiente de pastores trashumantes. Ya se sabe lo poco que pesan entre ellos las técnicas de transformación de la materia mediante el artefacto. Todo su conocimiento se moviliza en el control de las rebaños (que son la verdadera herramienta de la transformación de la materia) y por lo tanto en el control del espacio con, cuando las circunstancias son favorables, este corolario doble: un papel en el gran negocio internacional y una inversión notable en la manera de tratar con otros. Notable en el sentido que sus desplazamientos, que les hacían tributarios de los encuentros con otras poblaciones que resultaban ser aliados o enemigos, les permitieron desarrollar un conocimiento que les ponía en buena posición para convertirse fácilmente en mercenarios del poder central y, a veces, para hacerse con él²⁶⁰.

Las poblaciones de origen beduino de la fachada atlántica, del Prerif y del Oriental traen a los mercados del piedemonte unos pocos productos acabados o semielaborados, que sacan sobre todo de la lana. Por otra parte, tienen larga y antigua fama los jebala, gomara y sanhaja en las profesiones de transformación de los productos de la agricultura y el ganado. Los geógrafos árabes y los viajeros extranjeros de los siglos pasados, evocaron los muchos productos fabricados por ellos y vendidos en los pequeños mercados del piedemonte o en las grandes ciudades: jabón en pasta fabricado a partir del aceite de oliva y la ceniza del lentisco, aceite de alumbrar hecho con bayas del lentisco, higo seco y pasas, jalea de uva (*samet*²⁶¹), queso blanco²⁶², carbón de leña, carteras bordadas, babuchas, fuelles de fragua, arcas y puertas de cedro, vigas, frascos de pólvora, diferentes objetos de metal como rejas, armas blancas, cañones de rifle²⁶³, pies de candelabro y braseros... Los rifeños parecen ser los niños pobres de la sierra desde este punto de vista. Sin embargo, las referencias a las producciones de sus antiguos artesanos indican una calidad igual, por lo menos hasta el siglo XIX²⁶⁴.

La lista de los pequeños oficios²⁶⁵ que fueron practicados en estas montañas hasta hace cuarenta o cincuenta años es larga. Aunque estos oficios no han desaparecido del todo, se han reducido considerablemente. Prácticamente sólo permanece el tejido. Todos estos artesanos tienen, además, sus tierras de las que se ocupan con su familia o que explotan en asociación.

A. al-Mrini (1984) ha trazado un cuadro de las especialidades de las varias tribus de Jebala: Bni Ahmed es famoso por sus carteras de cuero (za'abula, pl. za'abil), el aceite

de olivo, los higos secos (en ristra o la jalea de uvas suave y lícita); los Ghzaoua por la cerámica, el aceite, las pasas, el mismo *samet* y los higos secos; Taghzouth por la carpintería y las carteras; Oued Laou, por la cerámica y una variedad de higos, geddan; Gomara por la caligrafía y los pescados; Ouedras por el lino y su tejido, las cestas, las cribas de palmito; Bni Hozmar por la cal; Bni Issef, Akhmas, Bni Zakkar y otros por los hilos de seda que exportaban hacia Tetuán y Chauen, actividad hoy extinta pero que atestiguan las numerosas moreras que aún existen en su región. Y el autor especifica que los jebala eran autosuficientes para la ropa de lino, cuya preparación e industria se hacían por completo en tribu. Bni Issef era conocido por sus herreros y los más cualificados se desplazaban a Bni ‘Arus, Bni Gorfet, Sumata y Ahl Serif en el período de la labranza; la aldea de Le-Hsan, en Bni ‘Arus, por su ferretería (rejillas de ventana), sus trampas para las liebres, los chacaes y jabalíes, por sus conocimientos veterinarios y la castración de los animales de tiro (práctica poco usada, en realidad).

En general, esta significativa industria doméstica caracteriza a jebala y a sanhaja (éstos con el famoso valle de Taghzouth), en un grado inferior a gomara, terminando por darles ese aspecto de pueblo activo empeñado en actividades económicas múltiples y que va transformando sus sierras en una de las regiones más densamente poblada del país. Los rifeños satisfacen sus necesidades en parte pero apenas exportan.

7.2.2. El telar

Los jebala, pero también los sanhaja, son especialmente conocidos hoy como tejedores (*derraza*, sg. *derraz*; *ghezzala*: hiladoras). En la lista de los centros de telares más famosos en Marruecos, citan a Ouezzan, Chauen, Tetuán, Rabat, Marrakech y Bzou: los tres primeros están en el perímetro de Jebala (el último al pie del Medio Atlas, no lejos de Marrakech). En sus *gharsa*-s (huertas), cultivan regando -ciertamente, cada vez menos-, el algodón, el lino, el cáñamo (y antes la morera del gusano de seda) que tejen en casa (con excepción de la seda). Con la lana de las ovejas criadas por lo general en el llano, en asociación con los *‘arab*, o que compran en los mercados del piedemonte, hacen mantas, *yellaba*-s o velos y fajas para sus esposas; pero no alfombras, lo que es característico de las poblaciones de las cordilleras mediterráneas de África del norte que no tienen bastante lana. Es una ocupación a tiempo completo, por lo tanto más a menudo masculina porque las cargas domésticas entretienen demasiado a las mujeres. Pero una muchacha, o una mujer que acabó de criar sus hijos, puede tejer las fajas, los *mendil*-s o los pañuelos de cabeza en un modelo reducido de telar o, de vez en cuando, ayudar al hombre en el modelo grande.

En Jebala, el telar (*mramma*), situado en una pieza separada de la habitación, es una versión, apenas más rústica, del instrumento de las ciudades en las dos orillas del Mediterráneo: es el telar horizontal con dos filas de liza (con dos pedales y dos, cuatro o más poleas) que sustituyó en todas partes, al parecer, al pequeño telar horizontal de bajo lizo o al telar vertical con lizo alto (llamado también: con una fila de liza), femenino, sin lanzadera, que es tan común en otras zonas de montaña que fue llamado “el telar bereber” (poblaciones áraboparlantes de Argelia que lo tienen en uso lo llaman precisamente *znati*).

Los principales accesorios del telar de los jebala (los mismos, pues, que los que están en uso en Tánger y que llevan, con pocas excepciones, el mismo nombre), son:

mensey: los 2 rangos de liza
def: peine
nezq: lanzadera
matwa del-ghzel: ensuple distal
matwa d-sder: ensuple de pecho (donde se enrolla la parte tejada)
lwayah (sg. *luha*): pedales del gran telar
kwara': pedales del pequeño telar
bkakar (sg. *bekkara*): poleas
qiyem: hilo de urdimbre
to 'ma: hilo de trama
sdawa: madeja
maghzel: huso
mkibba: torniquete
na 'ura: devanadera
msifha: urdidera
qannuta: canilla²⁶⁶, que, con su hilo de trama, será colocada en la lanzadera.

Entre los rifeños también existió este telar pequeño vertical (*azta*); el telar del tipo que precede (*marmath*), masculino, de origen urbano, se ha generalizado también.

Recordemos el telar de tipo beduino que permitía hacer la estrecha cinta (*fliy*) de fibras vegetales para el velum, así como telas de lana para la ropa principal de los hombres y de las mujeres: horizontal, se tiende a algunos centímetros sobre el nivel del suelo donde está hincado a cada uno de sus extremos, mientras que la tejedora se sienta sobre la parte tejida, progresando a medida que avanza la labor, manejando la barra del lizo y la lanzadera (los hay también sin lanzadera). Sin embargo, en la fachada atlántica, las mujeres podían también utilizar el telar vertical con el lizo alto para tejer las telas (sg. *jelala*) que eran utilizadas para la industria del *hayk* o de la *yellaba*²⁶⁷ y, con una lana de baja calidad, de los *tellis-s* que servían de alfombras muy ordinarias, o del doble saco para el transporte del grano sobre mulas.

7.2.3. La cerámica

La cerámica rural ('ar. *frur*; jb. *afrur*²⁶⁸) es la otra actividad artesanal femenina, con una excepción, como se verá. Es, de hecho, asunto de algunos especialistas cuyos productos exceden apenas el mercado local. Este grado de especialización, como el aprendizaje que no siempre se limita al marco de la unidad familiar, y la finalidad de la producción que implica el trueque o la venta, son suficientes para caracterizar esta actividad de artesanía doméstica más bien que de estrictamente doméstica²⁶⁹.



Fig. 89. Horno de alfar en Ferran Ali (J. Vignet-Zunz)

La cerámica es actividad femenina, por lo tanto modelada, sin torno, y cocida sin horno construido en un hueco apenas marcado, cavado en el suelo horizontal, con un diámetro de uno a cuatro metros según la necesidad. Con la excepción notable de las ceramistas de Bni Sa'id, cerca de Oued Laou, en el borde del Mediterráneo: un pequeño valle que se ha convertido en un centro de producción de escala nacional que moviliza, en sus hogares respectivos, entre quinientas y seiscientas mujeres; allí, se cuece en hornos construidos sobre el modelo del horno de pan, en una versión más grande con una entrada de la altura de un hombre.

Se puede, de manera clásica distinguir una cerámica de uso culinario, sin decoración, y una cerámica pintada para almacenar agua u otros líquidos. Las decoraciones más elaboradas están en Jebala meridional y del sudeste y entre algunas tribus rifeñas, donde evocan, en particular, a las de la Kabília argelina. La tipología de los utensilios de cocina es demasiado larga y cuenta también con demasiadas variedades sub-regionales para presentarlas ahora.

Coon²⁷⁰ cita, de una manera sorprendente, una cerámica torneada masculina en una región que incluye: los gomara, los sanhaja occidentales áraboparlantes, Ktama, Bokoya, Targuist, Tamsaman, Beni Tuzin, Metalsa, Bni Sa'id, Guela'iya, Kbdana. Es decir, aparte de los primeros tres grupos, rifeños del Alto Rif y del litoral oriental. Esto discrepa de la división habitual del África del norte referente al trabajo de la cerámica entre "Berebería meridional", donde es cosa de hombres, y el norte, de Túnez a Tánger, "importantes agrupaciones de bereberes entre las cuales seguía siendo una ocupación sobre todo femenina"²⁷¹. Coon anuncia sin embargo (en 1931) su abandono en Targuist, Bokoya, Tamsaman y Bni Tuzin.



Fig. 90. Horno de ladrillo, en la desembocadura del Oued Bou Ahmed (J. Vignet-Zunz)

7.2.4. La forja

En su taller ('ar. *hanut*, jb. *hanuth*), el herrero (*haddad*) utiliza un material corriente y a menudo rudimentario: el yunque ('ar. y jb. *zebra*, rif. *minsbuth*), un par de fuelles (jb. *kir*, rif. *tahanut*), un par de pinzas ('ar. y jb. *laqat*, rif. *yukkuth*), un martillo ('ar. y jb. *mterqa* o, más pesado, *dukkkan*; rif. *thafathisth*), una lima ('ar. y jb. *mebradh*, rif. *thrima* del esp. "lima")...

Hoy, el herrero se ocupa sobre todo de hojas, entre ellas la de la hoz dentada; o de la fabricación de las rejas de arado y las herraduras de caballo (sg. *sfîha*), practicando él mismo el herraje. Puede que siga fabricando las hojas del cuchillo, del hacha, de la azuela, de la podadera, pero ya no de la hoz. A veces es ferretero y fabrica entonces rejas de ventana o trampas. Los sanhaja del-Uta eran antes famosos por la fabricación de las aljabas de flechas (*knana*), sustituidas luego por una especie de espada (*sbula*), antes de pasar a la fabricación del polvo de rifle²⁷².

El latonero, *qazdar*, fabrica los utensilios de metal de la cocina, el chapucero, *kowwey*, los repara. Los joyeros (oro, plata, cobre) eran sobre todo judíos; después de que se fueran apenas hay joyeros en el campo.

7.2.5. El trabajo del cuero

Desde comienzos del protectorado, tafileteros oriundos del país Jebala o Sanhaja, instalados en las grandes ciudades (Fez, Rabat, Casablanca), hacen pequeños objetos destinados a los clientes europeos: carteras de bolsillo, bolsos de mano, carteras, cojines, etc²⁷³. La posición que ocupan los habitantes del valle de Taghzouth, en Sanhaja, es todavía reciente en aquella época; resulta de la reconversión de sus actividades,

orientadas hasta la imposición del protectorado hacia la fabricación de armas de fuego y de polvo. Los rifeños mantenían su rango en este trabajo del cuero, pero la decadencia llegó muy temprano. Así Coon señala²⁷⁴ que a principios del siglo XIX, según sus informadores, existía en Temsaman una aldea que proporcionaba a las otras tribus rifeñas las correas y las carteras, alta especialización de la cual sólo, en su tiempo, perduraba el recuerdo.

La fama de esta artesanía es el índice de una habilidad que desde siempre se ha ejercido en las montañas del norte de Marruecos. Y que, no satisfecha con el hecho de exponerse en los mercados locales, se exportaba a Tetuán o Fez.

Con destino al mercado rural, se encuentran hoy: el delantal, el dedal y la protección del brazo de los segadores (el tejedor utiliza también el delantal de piel de cabra), las polainas femeninas, piezas de arreos o de talabartería, correas y cinturones, cribas, odres (y, antiguamente el cubo del pozo, dlo)... La industria de la piel de borrego con su vellón, para la oración o el descanso, es un saber común que no requiere intervención fuera de la familia.

El curtido de pieles (de vaca o de cabra) es una operación a la que muchas mujeres pueden proceder de vez en cuando para sus necesidades domésticas. Cuando se trata de un artesano (*debbagh*) que se dedica a eso a tiempo completo, puede proporcionar a sus clientes pieles curtidas que otro especialista trabajará, o bien venderlas él mismo al especialista (zapatero, *jarraz*; guarnicionero, etc), o incluso fabricar él mismo algunos de estos objetos. Utiliza una instalación (grandes palanganas de cerámica para los baños, sustituidas hoy en día por recipientes de plástico, planchas de corcho o piedra lisa para lavar, bancos de taller) y unos útiles (un cuchillo cortante o con hoja curva, un raspador, una gubia, tijeras...) someros y, según el grado de su especialización, un taller en una habitación de la casa o un espacio en el patio (el curtido, operación maloliente, está más alejado). Debe observarse, finalmente, que esta actividad está en fuerte decadencia²⁷⁵.

7.2.6. El trabajo de la madera

Esta actividad debe ser asociada a la explotación del bosque, consustancial con la vida en el monte. Un saber inmenso era invertido en ello y está a punto de perderse hoy. Cubría, además de la alimentación y la medicina, el trabajo de la madera, la corteza, las hojas y las fibras.

El carpintero es *neŷŷar*; *nŷara*, el conjunto de objetos que fabrica; *bit de-nŷara*, su taller. Utiliza principalmente: *chaqor*: hacha; *hdida*: podadera; *qadum*: azuela; *minchar*: sierra; *msibka*: cepillo; *ziar*: quijadas para mantener una pieza; *laqat*: tenazas; *mterqa*: martillo; *mebradh*: lima; piedra de afilar²⁷⁶.

Palas planas, horcas y rastrillos para aventar, mangos y astiles de herramientas, arados y timones, yugos, clavijas²⁷⁷, lanzaderas para tejer, cucharones y cucharas, morteros,

cubos y colmenas de corcho (material que asegura a éstas últimas un aislante térmico mejor que la madera), vigas y pértigas, marcos de puerta, piezas del molino de harina y prensa de aceite, son, en grados diversos, el producto de un especialista, el carpintero, o más sencillamente de un vecino más hábil. Es necesariamente algo leñador pero, a menudo, el cliente trae él mismo el pedazo de madera sin desbastar.

Por otra parte, uno puede pasar sin especialistas para la mayoría de los objetos de esparto y la cestería que hace, con exclusión de los sombreros, de las esteras (ésas con un gran junco, *Typha latifolia* L., ‘ar. *jab*, jb. *jap*) y, antes, de las sandalias: como son cuerdas, redes, cestas, bolsos, sacos dobles... o cepillos de barrer. Recordemos el tejido, por las mujeres, de cintas del velum y de esteras de fibra vegetal.

Anunciemos finalmente que los subproductos de la combustión, cenizas diversas, son utilizados en ciertas producciones u operaciones; al igual también que un alquitrán extraído por combustión del enebro (*taqqa*).



Fig. 91. Cestas y esportones en el mercado a lo largo del oued Laou (J. Vignet-Zunz)

7.2.7. Herramientas o máquinas en las técnicas domésticas

Las actividades que ahora serán examinadas están orientadas exclusivamente hacia el consumo familiar de los productos procedentes de la economía agropecuaria²⁷⁸. Dejaremos de lado, sin embargo, la preparación de alimentos y las terapias, como explicamos al principio.

Las técnicas más significativas de transformación en este medio rural se relacionan con los cereales y algunas materias líquidas (o, más ampliamente, fluidas) para los cuales se propone la clasificación siguiente:

1. En relación con el grano: arado, tracción, cosecha, trillo, almacenaje (ya fueron expuestas).
2. En relación con ruedas y fluidos: aplicación de los principios de la rotación y del pistón. A las cuales agregaremos la combustión, que suele ser a menudo la última etapa antes del consumo.

Es en este segundo grupo de técnicas en donde aparecerán varios casos que, dentro del marco magrebí, puedan parecer insólitas.

1. En torno a los fluidos: agua, harina, aceite y leche

Con este último recorrido a través del panorama técnico de las poblaciones del norte, abordamos la transformación, dentro del marco doméstico -y anterior a la etapa de las preparaciones culinarias-, de los productos principales de su agricultura. Desde el punto de vista de su finalidad, estas operaciones se relacionan con la molienda de cereales y con la extracción de materias grasas. Requieren el empleo de máquinas de complejidad variable cuyo funcionamiento moviliza, según los casos, el principio de la rotación o el principio del pistón. Además, las materias empleadas en estas operaciones, en su principio (fuerza motriz), o en su término (producto para el consumo), son fluidas: así el agua, el aceite y la leche.

a) El molino de agua (*rha del-ma*, rif. *thasath n waman*)

Es, en todo Marruecos, exclusivamente de rueda horizontal (turbina) y con caída oblicua de agua (molino de rampa, o cubo inclinado); en el norte, sin embargo, el ángulo formado por las compuertas de la turbina con el eje vertical está más abierto que en los molinos del Atlas.

En las partes áraboparlantes de la región, el acueducto que trae el agua es *sudd*²⁷⁹; la caída forzada, *qna*; la turbina, *farfar*; las palas, en forma de cucharas, sg. *richa*; el eje vertical que transmite la rotación a las muelas, situadas en el cuarto de arriba, *raqba*; lleva una punta de hierro en su extremo inferior, *zay*, que se pone en un pequeño círculo de hierro cavado en su centro, *noqta*. Una palanca cuyo mango está en el piso de arriba, cerca de las muelas, permite levantar el eje con su turbina y acelerar el movi-

miento. El diámetro de la turbina es de 60 a 90 cm; el diámetro de las muelas, de 60 a 80 cm.

Sin embargo una zona destaca, entre el norte de Tetuán y el Yebel Musa (cerca de Sabta/Ceuta), en algunos Anjra y en el Haouz, a lo largo de la gran dorsal: las dimensiones son idénticas, pero la caída de agua es vertical (*qob*²⁸⁰). Ahora bien, este tipo de caída es característico, si no exclusivo, del sudeste de la península ibérica²⁸¹. Cressier plantea la hipótesis de que el molino con caída vertical llegara a al-Andalus directamente del Medio Oriente árabo-pérsico, de donde es oriundo, sin transitar por el Magreb (donde estaba ya presente el molino de rampa). Hubo pues probablemente, en una fecha no especificada, un préstamo del sistema “andalusí” sólo a los marroquíes de la zona del Estrecho, sin que se cambiara la técnica de fabricación de las piezas (en la península ibérica, el diámetro de la turbina es de 110 a 160 cm, el de la muelas de 105 a 120 cm²⁸²).

b) El molino de harina manual

El pequeño molino manual (*rha del-yed* en árabe, *thasirth*, *thasath* en el Rif, *tasirt* en Marruecos central en lugar de *azerg*, más extendido en el sur) que se conoce en todo el norte de África está también presente en el norte de Marruecos. Lo acciona la mujer, sentada en el suelo, agarrando el mango con una sola mano (indiferentemente la derecha o la izquierda e indiferentemente en una dirección o en otra); cuando colaboran dos mujeres una frente a otra, cada una coge el mango, moviendo así la muela con dos manos.



Fig. 92. Molino de mano en una casa de Tazergutt (M. -Ch. Delaigue)

En algunas partes de la península tingitana, sobre todo en el grupo de tribus de las montañas de su fachada atlántica, ciertos jebala tienen otro molino manual totalmente

singular por sus dimensiones, por el hecho que se acciona de pie y con un movimiento alternativo (el vaivén del cuerpo de la mujer levemente oblicua respecto al instrumento) que un dispositivo original (*'ödda*²⁸³) transforma en movimiento rotatorio (Figs. 93 y 94).

Este dispositivo aplica simplemente el principio de la biela. Esta biela tendría groseramente el aspecto de una ballesta. Primero, un pedazo de madera (*zengzarra*²⁸⁴) de unos treinta centímetros (que sería “el cañón” de la ballesta) agujereado en un extremo hecho a propósito más ancho que el otro. Por este agujero pasa el mango o manivela (*yed*) de la muela superior (*ferdiya fuqaniya*). El otro extremo, más afilado pues, se encaja en una manija de madera (*dra'*) arqueada levemente. Así el *'ödda* se conecta con la muela por un extremo, sostenido con las dos manos en el otro y, en fin, colgado del techo: en efecto, de cada extremo del mango arqueado sale una primera cuerdecilla, y estas dos cuerdecillas se reúnen en una que sostendrá el dispositivo del techo de modo que permanezca horizontal. Por otra parte, de los mismos extremos del mango salen otras dos cuerdecillas cortas que pasan por un segundo orificio más pequeño, de “el cañón”: eso permite regular la tensión del conjunto gracias a una pequeña varilla (*zyar*) que pasa entre los hilos torcidos de cada una de estas cuerdecillas; al dar vueltas a estas dos varillas, se imprime una torsión que acorta las cuerdecillas, haciendo así más solidarias entre sí las diversas piezas del dispositivo.

Las muelas están colocadas en un escaño de piedras y adobes (*aksa*) de aproximadamente un metro de altura, lo que permite activar la muela de pie, y con las dos manos, así liberadas -debido a la fijación del mango al techo- de la molestia de mantener este dispositivo a la altura deseada. Así, un movimiento esencialmente alternativo (de tipo elíptico) se transforma en movimiento rotatorio. El rendimiento mejora notablemente puesto que la biela permite hacer girar una muela de 40 kilogramos y de 60 centímetros de diámetro por 6 o 7 de alto. Es aproximadamente el doble, en tamaño y peso, del molino tradicional del África del norte.



Fig. 93. Molino de biela-manivela (J. Vignet-Zunz)

Otro dispositivo permite el ajuste de la altura de la muela viva, por lo tanto de la finura de la molienda. Por una abertura debajo de la pequeña construcción que aguanta las muelas, se alcanza un pedazo de madera vertical (*qelb*), ancho en un extremo, afilado en el otro. Su base descansa sobre una piedra plana en el suelo; tiene una muesca para dejar pasar un taco cortado en bisel. Su extremidad atraviesa la muela inactiva (*fer-diya el-habtiya*) por el agujero central y se encaja en un pedazo pequeño de madera, el pivote, de forma trapezoidal (*tanÿa*) que equipa, sin obturarlo, el orificio (*'ayniya*) de la muela viva. Algunos golpes insertan el taco, lo que levanta levemente el *qelb* y consiguiientemente la muela viva, la cual machaca menos el grano; se invierte la maniobra para moler más fino.

Este molino con biela-manivela (*rha del-yed*) no existe al parecer en ninguna otra parte del África del norte, excepto -otra vez- en parte del Sous, más exactamente en el sur de Taroudant, en el Anti Atlas, donde coexiste con el pequeño molino de mango simple, *azreg*.



Fig. 94. Molino de biela, Bni Gorfet (J. Vignat-Zunz)

c) La trituradora o molino de aceite (*raha de-zit zeyton*)

Extraer el aceite de la fruta del olivo supone dos operaciones sucesivas, el machacado (o trituración) y la presión o prensa, realizadas por dos máquinas muy distintas. Estas máquinas pueden ser para el uso exclusivo de su propietario pero son más a menudo, como los molinos de agua, de acceso común a cambio de derechos en especie; Hart explica que la trituradora puede ser a veces propiedad de la comunidad (de la *ÿma 'th*, dicho por *ÿama 'a*). La trituradora usada en la sierra del Rif es del mismo tipo que la que se encuentra en otras partes en el Magreb.

Las aceitunas son machacadas por una maciza muela de piedra cilíndrica (jb. *tahhuna*, rif. y gh. *thahont*), vertical, de un poco más de un metro por 0'35 m de espesor, a la cual la mula o el asno (a veces dos o tres hombres) dan vueltas sobre una pila circular (*meyda* o *ges'a tahtiya*) hecha de una segunda muela horizontal, de cerca de 1'50 m de diámetro, rodeada por un murete de mampostería que forma un brocal (Fig. 95). Una mujer o un hombre con sus pies recoge y pisa la pasta siguiendo la muela en su rotación.



Fig. 95. Muela de almazara

En las regiones (o en las explotaciones) de producción poco importante se trasvasa la pasta a dos tanques de decantación (jb., sg. *agadir*), situados a algunos metros, uno levemente más bajo que el otro y conectados por una pequeña zanja (diámetro en la base de 1'30 a 1'50 m, profundidad de 0'40 a 0'60 m). Una mujer o un hombre pisa la pasta, a la que se agregó agua caliente, en estos tanques. El aceite sube a la superficie donde se puede recoger. Pisar así las aceitunas trituradas hace oficio de prensa²⁸⁵. En las regiones más especializadas, se trasvasa la pasta a la prensa, también cerca de la trituradora.

d) La prensa de aceite (jb. *m'asra*, rif. y gh. *azekor*)

Dos tipos existen en la sierra del Rif y en el Prerif: la prensa con árbol (o con viga, o con palanca: rif. *aharuch*) y con tornillo asociado (tornillo: jb. *luleb*, rif. *azthi*); y la prensa con tornillo central (o con tornillo de acción directa; por ejemplo, en Branes y Mernissa, según Coon). Uno y otro son comunes en el Magreb y, de forma más general, en el espacio mediterráneo, al lado de otros tipos de prensas.

Las capachas (jb. *chwama*) donde se prensa la pasta de aceitunas, son redondas, de fondo plano, de unos 0'80 m de diámetro y pueden contener diez kilos de pulpa; se colocan una encima de la otra bajo el árbol de prensa que baja gracias al tornillo, o a la vertical del tornillo en el sistema con tornillo de acción directa²⁸⁶.

La prensa doméstica (*m'isra*) se encuentra en la región de Taounate, al sureste del país Jebala, una pequeña prensa de aceite con dos tornillos laterales, de cerca de 50 cm de alto sobre 70 a 80 cm de ancho, por lo tanto móvil. No parece estar presente en otra parte del área mediterránea.

e) La mantequera

Extraer la leche de la manteca se hace batiéndola. Un segundo producto de la operación es el suero, *lben*. En toda el África del norte esto se hace sacudiendo, mediante

un movimiento de vaivén antero-posterior, un envase donde se ha vertido la leche. Esta técnica se practica en todo el Marruecos del norte, en donde se utiliza como recipiente, según las regiones, el odre de piel de cabra (mundo beduino: chekwa), una calabaza (Gomara, Jebala en el sur de Tetuán o en el valle del Ouergha, etc) o una jarra de cerámica torneada (o sea de fabricación urbana), alargada en el plano horizontal, con una apertura en el centro y afinada en los dos extremos (citada por Coon en el Rif) (Fig. 96). Este último modelo puede también colocarse sobre un cojín, en el suelo, y agitarse por un movimiento de báscula con el asa de una de las extremidades; se encuentra en muchos puntos de Marruecos donde estaría extendiéndose a expensas del odre.



Fig. 96. Mantequera, Taounate (J. Vignet-Zunz)

Fig. 97. Mantequera de pistón

En cambio, en las ciudades acuden al principio de la mantequera de pistón (*mjat*). Pero éste es también el caso en ciertos grupos jebala, aproximadamente en el área occidental de la península tingitana: se trata de la jarra de cerámica torneada, sin barnizar (*tonna*; en otros puntos: *tabria*), de 35-40 centímetros de alto y 30 centímetros de anchura máxima, cerrada por un disco de corcho en el cual se inserta una varilla de unos 70 centímetros, que lleva en su extremidad otro disco de corcho (Fig. 97). Este pistón es movido de arriba abajo por la mujer, en posición sentada.

La presencia de tal mantequera en el África del norte es ignorada por los autores especializados²⁸⁷; no obstante, existe por lo menos en otro punto, en la provincia de Taroudant, en el corazón del Sous marroquí.

2. La combustión

El fuego de uso doméstico se presenta bajo cuatro formas: el fogón, el brasero, el horno de pan, el “horno” para cerámica, este último a caballo entre las actividades domésticas y las artesanales y, por eso fue tratado ya más arriba.



Fig. 98. Horno familiar en el pueblo de Iqnin (M.-Ch. Delaigue)

El fogón (‘ar. y jb. *kanun*, rif. *thighagha*) está reservado para la cocina que requiere fuego vivo (cuscús, crepes, pan sin levadura...), pero también para el agua de las grandes abluciones; al amanecer se quema en él el carbón de leña que dará las ascuas utilizadas todo el resto del día en el brasero. Está en la habitación de fuego (a menudo *bit en-nar* entre los jebala, a veces *kanun*). Cerca de la pared del fondo, el fogón se compone de un simple agujero hemisférico de unos veinte centímetros de diámetro, rodeado por tres piedras (*inayech*²⁸⁸). Sin chimenea, el humo se evacúa por los intersticios del techo de bálago.



Fig. 99. Horneando la torta de pan ácimo (J. Vignet-Zunz)

El brasero (*meýmar*) es un recipiente al efecto de cerámica, que se desplaza, según las necesidades y las estaciones, al patio, a la pequeña veranda o a cualquiera de las habi-

taciones donde las mujeres están acostumbradas a estar. En él se hierva el agua del té o se guisa a fuego lento el *taÿin*.



Fig. 100. Horno en el patio de una casa de Taghsa. En todas las casas de los Gomara se cuece el pan (así como bollería) en un horno familiar. El horno se encuentra en la calle o en las casas. A diferencia de los de la Alpujarra dispone de una salida de humo en la parte superior de la bóveda (M.-Ch. Delaigue)

El horno de pan (jb. *jabbaz*²⁸⁹, rif. *thinurth*) está en la vecindad inmediata de la casa, pequeña construcción cilindrocónica de piedra y tierra, elevada de 0'50 m a 1 m sobre el nivel del suelo. Pero se encuentra a menudo, en gran parte de la península tingitana, el horno de barrio, del que cada familia se encarga, de manera alterna, por un día. Es un poco mayor que el horno particular.

7.2.8. Conclusión

Ésta es una de esas cosas inexplicables que han marcado nuestro recorrido por el norte. Mantequera de pistón, molino harinero con biela... ¿cómo es que a veces se encuentran en ambos extremos de Marruecos, en su costa mediterránea y en su ribera saharaui (el Sous), dispositivos técnicos ausentes en el resto del país, si no en todo el norte de África? ¿Qué habría podido reunir a estos espacios, anteriormente? La pregunta queda planteada.

¿Y qué pensar de esta acumulación de técnicas inusuales dentro del contexto no sólo marroquí sino rifeño, en un área irregular cuya extensión máxima parece ir de Chefchauen (o del río Laou) a Nador y especialmente centrada entre los actuales gomara? Granero sobre pilotes en Gomara y entre los jebala limítrofes; almiar de paja con estaca central y arado dental en la región de Nador (tal vez el mismo dental en el Gomara); yugo de cuernos en ciertos puntos de la península tingitana, incluyendo Gomara... ¿Lo debemos interpretar en términos de santuario, un área preservada operando como un conservatorio de un patrimonio lingüístico y cultural que antiguamente hubiese estado más extendido? Ubicado precisamente en el corazón de la sierra rifeña, respaldado contra el mar y protegido de las influencias meridionales por la barrera de la

gran cordillera y su bastión central -aislamiento intensificado por el cierre, desde el siglo XV, de las comunicaciones entre Marruecos y la península ibérica-, ¿este patrimonio habría estado en posición para resistir mejor? ¿Sería este mismo factor el que explicaría entonces, aunque de manera más general, el techo de bálago en la totalidad de la mitad occidental de la cordillera y, en sus dos mitades, el almiar de paja sujeto con cuerdas tiradas por piedras, ausentes en el resto de Marruecos pero no en todo el Magreb (Kabília)?

O bien ¿debe ser considerada toda esta región del noroeste marroquí, combinando la gran diversidad de factores naturales con la proximidad de las rutas marítimas y terrestres que recorrieron durante miles de años la cuenca occidental del Mediterráneo, debe considerarse, decimos, como una zona privilegiada en términos de confluencias, donde al historiador le resultaría muy difícil reconocer trayectorias y sentidos?



Fig. 101. Calabaza para batir, Beni Esjil (J. Vignet-Zunz)

A woman in traditional Andalusian dress, including a white blouse and a striped skirt, is sitting on the floor. She is working with a large earthenware jar, using a long wooden stick to stir or mix its contents. The background is a simple, light-colored wall.

08

LA MUJER

8.1 En la sociedad alpujarreña

8.2 La mujer de Jebala - Gomara

8.3 Comparación de la mujer de la Alpujarra y la de Jebala - Gomara

8.1. En la sociedad tradicional alpujarreña ²⁹⁰

Tradicionalmente en España, como en la mayoría de los países mediterráneos, la mujer era la guardiana de la casa y del honor. Este honor era sobre todo negativo ya que la mujer solamente podía perderlo por una conducta no adecuada a las normas de la sociedad. Por lo tanto, la mujer estaba sobreprotegida y su dominio era la casa cuyas tareas de mantenimiento le incumbían. Sin embargo, la mujer alpujarreña supo desarrollar, además de su papel de reproductora y cuidadora, unas funciones imprescindibles en el contexto de la economía agro-pastoral, aunque su trabajo no tenga la misma visibilidad que el del hombre y esté a menudo infravalorado. Ella participa en todos los procesos productivos aunque sea de forma complementaria.

El papel de la mujer en la economía alpujarreña tradicional ha sido fundamental en todos los aspectos, incluso en aquéllos que se consideran habitualmente propios de oficios masculinos especializados, como sucedía, por ejemplo, con los molinos hidráulicos. Las mujeres, como es norma en el mundo campesino que nos ocupa, no son consideradas como productoras, viéndose «desde el punto de vista laboral, su función tan escasa como ocasional»²⁹¹. Pero esto hay que matizarlo, ya que la mujer interviene en todos los procesos productivos²⁹², aunque de forma complementaria. Si en el molino está también la vivienda del molinero y su familia, la mujer, aunque conozca el funcionamiento del molino y participe en todo el proceso de molienda, no toma parte en las dos actividades definitorias del oficio: el picado de las piedras -la técnica- y el *acarreto* -la social-. Esos dos trabajos los realiza exclusivamente el hombre, el molinero, o los hijos o aprendices de éste. Su papel, el de la mujer, es de puertas adentro, llevando el molino mientras el marido está trabajando en el campo o haciendo el *acarreto*. La viuda del molinero arrendará el molino o lo llevará con ayuda de sus hijos o de un aprendiz. Los límites a su actividad son sociales y no tiene, pues, en modo alguno, consideración profesional como molinera.

Es necesario poner el énfasis en las transformaciones sociales actuales y en cómo éstas han transformado los roles femeninos en la comarca que nos ocupa, para percibir que la mujer alpujarreña es la piedra angular de la evolución de la comarca, pues su papel de educadora de los niños de la familia la designa como vector de los valores de la sociedad. Hoy en día su situación ha evolucionado bastante. El analfabetismo funcional sólo afecta a las más mayores y muchas chicas de la Alpujarra han conseguido diplomas y desempeñan trabajos fuera de la Alpujarra o han vuelto a su comunidad con el deseo de establecerse haciéndose valer del saber adquirido (como maestra, médico, emprendedoras en distintos sectores como por ejemplo la restauración, la artesanía...). En la actualidad, el paulatino cambio de orientación socio-económico de la comarca ha implicado la pérdida de buena parte de una sociabilidad grupal que les permitía afrontar los quehaceres de la vida, compartiendo sus relatos con el vecindario, las amigas, intercambiando consejos útiles, maneras de hacer, etc. Si las formas

modernas de vida con la ayuda de máquinas electrodomésticas les facilita la vida, se sienten a menudo aisladas. Sería entonces importante no perder la sabiduría ancestral, las técnicas específicas, los saber-hacer de estas mujeres y al mismo tiempo sensibilizarlas al papel fundamental que juegan en la sociedad, apelando por ejemplo a la formación de asociaciones que sepan valorar y recoger estas sabidurías y/o conseguir ayudas para que lleven a cabo sus deseos de contribuir al mantenimiento de los valores de la Alpujarra.

8.1.1. Socialización de los niños

La casa es el primer lugar de socialización del niño. Antes las mujeres daban a luz en sus casas y es en este entorno que el niño aprendía a reconocer a sus familiares y aprendía, tanto por mimetismo como por los consejos que le prodigaban sus progenitores, las normas de la sociedad. La madre poco a poco ensanchaba su grupo con la visita de sus familiares y de sus amigas. Poco a poco, bajo la atenta mirada maternal aprende a desarrollarse sólo, salir de la casa para ayudar, seguir a su madre en sus desplazamientos. Estos aprendizajes, la mayoría no conscientes, le conducían a seguir las vías abiertas por sus padres (pastor hijo de pastor, desarrollar para las niñas las habilidades propias de una ama de casa).

8.1.2. Aprendizaje culinario

Las mujeres cocinan a diario y conocen numerosas recetas más sabrosas y elaboradas que el famoso plato alpujarreño.

La producción del pan que solía ser tarea femenina: habían instaurado una rotación entre las mujeres de un barrio que utilizaban por turnos el horno común o entregaban harina a la “hornera”. Un elemento de solidaridad entre utilizadoras del horno consistía en la repartición de panes frescos entre todas las mujeres que utilizaban este horno cada vez que una de ellas horneaba. Así podían tener pan recién hecho casi todos los días del año.



Fig. 102. Foto del archivo de J. Spahni

La matanza: las mujeres se ocupaban de transformar las partes del cerdo que los hombres les iban trayendo conforme avanzaba el despiece del animal; además solía ser una mujer mayor²⁹³ la que se encargaba de recoger la sangre del animal que era enseguida procesada en la cocina en morcillas y luego en salchichas, longanizas; todas estas tareas las desempeñaban juntas todas las mujeres de la familia así como grupos de amigas y de vecinas, a cambio de ir a ayudar en las matanzas de ellas. La matanza era un momento importante de la vida social: permite reafirmar los lazos de parentesco y amistad y procuraba en muchos casos las únicas proteínas animales de la dieta.

Fabricación del queso: la mujer del pastor es la que suele hacer el queso. Sin embargo esta actividad no es una tarea exclusivamente femenina y en las familias que tenían ovejas el hombre podía participar en esta tarea.



Fig. 104. Cincho de esparto para la fabricación de queso. Colección Jiménez Tovar (Ugüjar)

Para fabricar queso, la mujer guarda la leche cruda en un recipiente donde introduce el cuajo o sea una pequeña parte del estómago de un cabrito (sacrificado antes de empezar a comer)²⁹⁴ y remueve la mezcla con una rama de higuera que contribuye también a la formación del cuajo. Esta tarea no suele durar más de una hora, dependiendo también, según los informantes, de la temperatura ambiental. Luego se cuelga el queso para eliminar por lo menos parte del suero. Después se dispone este cuajo encima de la mesa de madera especialmente grabada con dibujos que quedarán impresos en el queso y con un pequeño canal que permitirá la evacuación del suero que queda (Figs. 105 y 106). Se comprime la masa con una pleita de esparto que también dejará su huella (Fig. 104). Después de un tiempo de maduración se guarda el queso en un recipiente de cerámica que se rellena de aceite para su correcta conservación.



Fig. 105. Tabla-molde para la fabricación de queso. Colección Jiménez Tovar (Ugüjar)



Fig. 106. Haciendo queso. Archivo J. Spahni

8.1.3. El mantenimiento de la casa

Tanto las prácticas cotidianas como anuales, así por ejemplo el blanqueo interior y exterior de la casa antes de la principal fiesta, son tareas propiamente femenina; esta última actividad además es colectiva pues se realizaba por grupos de ayuda.

El blanqueo interior de la casas es una operación larga para la cual el ama de casa tiene que consagrar un día. En esta tarea la puede ayudar una amiga o pariente. El día anterior, la señora deja la mezcla que ha comprado en una tienda del pueblo, en remojo. Por la mañana, después de haber quitado los muebles de la habitación, amasa la mezcla a la cual añade un polvo azul que compra en el pueblo. Pasa la mezcla de un cubo al otro hasta que sea homogénea. La pasta está lista cuando cubre bien el dedo que se ha sumergido. Antes de extenderla, la mujer rasca las paredes con un instrumento metálico para quitar las placas del enfoscado anterior. Secándose la mezcla azulada pierde algo de su intensidad, proceso que seguirá en la cocina con el humo de la chimenea. Esta es objeto de cuidados atentos: en invierno cuando se enciende, se suele blanquear todos los días. Un zócalo que está dibujado con pintura de color (azul, marrón o verde) protege las paredes cuando se limpia el suelo.

El techo de la cocina se suele pintar una vez al año, en la limpieza de primavera. En las casas renovadas donde se ha quitado la estructura tradicional del techo no se le pinta ni una vez al año. El blanqueo del techo es más delicado y se requiere ayuda. Algunas mujeres, reputadas más hábiles que las otras, se han especializado en esta tarea que es entonces remunerada o a la tarea (en función de la superficie del techo y de su estado) o a la jornada. En las casas no renovadas donde la chimenea es todavía utilizada, se añade a la mezcla, menos líquida que la de las paredes, una tierra almagre que se encuentra en algunos pueblos como el de Atalbéitar, también se puede añadir azul. Estos colores evitan que el humo empañe demasiado rápido el techo. Esta pasta es proyectada contra las vigas con una brocha.

Las tareas relacionadas con el agua (el acarreo o el lavado en los lavaderos) constituían, además, una ocasión de reuniones femeninas, de cotilleo y también de intercambio de información sobre los aspectos relevantes de la vida femenina. En el lavadero se informaba de manera informal de una próxima unión en la familia cuando una

mujer venía a lavar la lana bruta que serviría para rellenar el colchón de los futuros esposos...

8.1.4. Saber sobre las plantas y poderes curativos

Las mujeres conocen el valor de ciertas plantas medicinales (menta poleo, manzanilla, etc.) que saben utilizar tanto por sus facultades curativas como por su valor nutritivo especialmente en época de hambruna (algunos hombres también participan en la recolección de estos productos silvestres en el campo) incluso algunas mujeres tienen la reputación de detentar saberes “mágicos”- como el de curar el mal de ojo- prácticas curativas bien aceptadas en la comunidad.

8.1.5. Artesanado doméstico

La mayoría de las técnicas artesanales estaban en mano de los hombres, que eran molineros, cesteros, alfareros (en Órgiva por ejemplo), albardoneros.... Una de las pocas técnicas artesanales que podían desempeñar las mujeres era la de tejedora de jarapas y sábanas de lana²⁹⁵. Tanto la técnica como el telar se solían transmitir de madre a hija y la actividad se solía desarrollar en la misma casa de las mujeres.

8.1.6. Relación con la religión, lo sagrado

Las mujeres tienen también una relación especial con lo sagrado y la religión y desempeñaban actividades en grupo a las cuales estaban invitadas a participar las niñas o que por lo menos aprendían a través de la observación:

- Para compartir las “ánimas”, estatuas religiosas que veneran, y se pasan de casa en casa en el seno del grupo;
- Sobre todo en mayo (mes de la Virgen y por lo tanto de las mujeres, especialmente de las jóvenes), las mujeres solían salir en procesiones matutinas, llamadas “el rosario de la aurora” que recorrían el vía crucis del pueblo y su entorno.
- Se organizaban también en grupo para limpiar por turno la iglesia, todas las semanas. Además de sus tareas diarias, la mayoría de las mujeres tienen que ayudar a su marido en el momento de la siembra y de la cosecha y suelen guardar pequeños rebaños de ganado, ocuparse de las gallinas y conejos que guardan en el campo próximo a su domicilio. En estos aspectos las mujeres de pastores tenían la fama de ser más atareada que las de los agricultores porque tenían que ayudar a nutrir más animales y fabricar los quesos. Estas sumas cuantiosas de trabajo no eran, ni son todavía, remuneradas aunque participen plenamente de la economía familiar.

Bajo la apariencia de una cierta sumisión, son, en general, las mujeres las que tienen la autoridad en la casa: deciden solas sobre lo que hay que hacer en el alojamiento, sobre los gastos cotidianos (productos alimenticios, de limpieza...). Pero cuando aparece el marido, tienen que abandonar lo que están haciendo para dedicarse a él. Se suelen so-

meter a lo que dicen los maridos pero cuando no están de acuerdo, discuten en público o en privado y llegan generalmente a hacerle cambiar su decisión, particularmente en lo que atañe a los niños.



Fig. 107. Mujeres Jebala en Muley Abslem (J. Vignet-Zunz)

8.2. La mujer de Jebala-Gomara ²⁹⁶

El perfil social de la mujer en los Jebala merece atención. Por ser el atuendo, junto con el habla, un signo distintivo de la identidad, cabe indicar que, en esta sociedad, la mujer se distingue de sus vecinas por su vestimenta (por lo que les corresponde, el atuendo de los hombres ya se ha trivializado a la escala del país). También se distingue por la ausencia de tatuajes (excepto en algunas tribus periféricas, es preciso recalcarlo), hecho excepcional en el ámbito rural del conjunto de los países árabes. (Otra excepción, una vez más, en algunas comarcas del Sous, donde tampoco la mujer lleva tatuajes). Igualmente es de apuntar su presencia activa en los zocos de la comarca, ciudades incluidas, mientras que en el Rif oriental (y en el Sous), el zoco no es asequible a las mujeres a quienes son reservados zocos femeninos, lo cual denota una fuerte segregación sexual. Según todos los observadores, esta segregación es de importancia relativamente escasa en país Jebala. Quizás sea otro índice la leve tasa de divorcio y de poligamia que conoce esta sociedad.

Destaca también su papel en la cultura musical: las mujeres del norte de Marruecos contribuyeron a la antigua y floreciente tradición de la música andalusí, formando orquestas compuestas enteramente de mujeres que realizaban la música a la vez instru-

mental y vocalmente, cosa que no se encuentra más que en esta región, y en particular en las ciudades de Tánger, Tetuán, Chauen y Ouezzan. Estas mujeres contribuyeron también a una música de un carácter más espiritual, que tiende a ser asociada a las *tariqat* (cofradías) sufíes, por ejemplo la de los Aïsaua o las *hadrawiyat* de Chauen o las *meddahat* de Ouezzan.

La aldeana canta: si tiene buena voz y temperamento practica la ‘ayta, cante colectivo con solo, típicamente femenino, con diversas variantes regionales en Marruecos, en particular en el llano atlántico y en la jebala. Actúa en las fiestas domésticas de la vecindad, a veces baila llevando en equilibrio sobre la cabeza una bandeja de vasos de té llenos, ejercicio bien conocido en todo el país. El ‘ayu’ es otra forma de cante femenino, donde las mujeres emprenden torneos en versos improvisados sobre aires lentos y no ritmados durante los trabajos del campo. Lo que puede sugerir una comparación con los torneos de trovos de la Alpujarra que podría ser instructiva sobre el tema de las influencias culturales cruzadas entre moriscos, andaluces actuales y jebala (ex-gomara). Aprovechemos para precisar que no es país de poetas que se desplazan por la comarca, como en otros lugares del Magreb. Pero sí de artistas locales, todos hombres, que pueden ser músicos tocando esencialmente la gaita (*ghayta*) y el tambor o atabal (*tbel*) para animar las habituales fiestas (tanto rurales como urbanas); o el laúd (‘*ud*’); o el violín, *kamanja*, con que se interpreta la famosa *taqtuqa jabaliya*, de ritmo muy vivo, acompañada de canciones. También narradores, que miman con brío sus acciones... Adjuntaremos en este campo el disfraz con pieles de chivo y máscara (*bujellud*) que lleva un hombre para espantar a los niños y mujeres en las fiestas que siguen al sacrificio anual del borrego (o del chivo), espectáculo muy extendido en el África del Norte.

Se puede citar por último, en un registro diferente, la procesión de mujeres para implorar a Dios la lluvia, conducidas por una de ellas que alza un cucharón vestido de ropa femenina (*ghanja*).

La importancia de las mujeres jebala no se limita a su producción musical. Pudieron jugar a veces papeles de gran importancia histórica. Es el caso de Sayyida Al-Hurra, hija del príncipe fundador del Principado de Chefchauen, que contrajo matrimonio con el gobernador de Tetuán, Al-Mandari, de origen granadino, y que a su muerte gobernó en Chefchauen y Tetuán, habiendo entre tanto contraído matrimonio con el propio sultán de Fez, ejerciendo así durante una treintena de años, en la primera mitad del siglo XVI, un poder político considerable²⁹⁷.

La mujer participa en la cosecha de cereales y se encarga sola de varias tareas vinculadas a la labor agrícola, como escardar y cuidar el huerto vecino a la casa. Se ocupa de los animales, pero en general no pastorea el vacuno o las cabras, salvo por los alrededores del barrio, al contrario que la niñas beduinas. Usa un tejedor pequeño para mandiles o fajas, pero puede ayudar a su marido con el tejedor de gran tamaño. De manera general, su menor vigor físico, y no su menor habilidad, la aleja de ciertas actividades manuales. Así, si bien es rarísimo verla manejar el tiro de bueyes para labrar, puede ocurrir en caso de viudedad y cuando no hay más brazos para socorrerla. Pero es cierto que no efectúa tareas que necesiten una herramienta, excepto algunas pocas como la hoz, la podadora y, por supuesto, el cuchillo (notemos que el tejar sólo moviliza una lanzadera).

El estatus de esta mujer tiene sus raíces. Así, en el siglo XVII, un *faqih* de los gomara (en aquel siglo todavía se designaba con este etnónimo a todos los que ahora llaman jebala), Ibn ‘Ardûn, polemizó con los ‘*ulamâ*’ (sabios) de Fez sobre el caso de la herencia del dueño de la casa: considerando que la viuda formaba una asociación con su marido, la ley impondría en primer lugar una división en dos partes de los bienes del difunto, una mitad le correspondería a ella, la otra mitad se repartiría siguiendo la ley habitual de la herencia. Ibn ‘Ardûn insistía en que no hacía más que exponer lo que los *fuqahâ* de la Gomara ya aplicaban...²⁹⁸

El estatus de la mujer, pero también la concepción del honor (y su complementariedad o competencia con el poder y las riquezas, las diversas manifestaciones de la fiesta, como otros campos que se pueden agrupar bajo el concepto del arte (cerámica, canto, poesía, baile, teatro, etc): todos forman parte del patrimonio inmaterial; todos dibujan papeles sociales que participan en la definición de una cultura. Y así permiten comparaciones.

VIII.3. Comparación de la mujer de la Alpujarra y la de Jebala-Gomara ²⁹⁹

Aunque la situación de las mujeres en los Jebala-Gomara sea bastante distinta de la de las alpujarreñas, comparten ciertos rasgos comunes en la perpetuación de la tradición, en el hecho de ser también las encargadas de la educación de los jóvenes de la casa, del mantenimiento de estas casas (las mujeres de esta comarca se esmeran en limpiar y adornar sus casas); comparten también muchas de las tareas agrícolas con sus maridos; son ellas las que cocinan (encienden el horno y cuecen el pan a diario) y cuando conocen una técnica artesanal (por ejemplo tejer) esa actividad les permiten tener algo más de poder en la casa.



Fig. 108. Mujer de Bni Hlu con su telar de dos pelades y dos lizos (M-Ch. Delaigue)

En los Jebala-Gomara algunas mujeres son tejedoras a diferencia del resto de Marruecos donde es una ocupación masculina. Las mujeres tejen en su casa (el telar se encuentra en el patio (debajo de un cobertizo cuando el patio es abierto), o en la cocina y en el mejor de los casos en una pequeña habitación construida para este propósito. Tejen en telares más pequeños que los que usan los hombres y suelen producir los mandiles, pieza tradicional de su indumentaria.

Como explicó Vignet-Zunz, la mujer de Jebala se destaca de sus compatriotas de otras regiones por varias características, entre ellas: su libre acceso a los mercados rurales, sin velarse el rostro; la ausencia de tatuajes; su indumentaria (el ancho sombrero de hojas de palmito *-chachiya-* con cuatro espesos cordones de lana negra y grandes borlas; la amplia faja roja *-kurziya-*; la falda delantal *-mandil o fota -*; y las polainas *-trabaq-*, menos usuales hoy día); su empeño en cuidar la limpieza personal y la de la casa.



Fig. 109. Casa de Bni Hlu (Jebala). Las mujeres pintan sus casas después de cada lluvia y antes de las fiestas. (N. Favreau)

09

LA INDUMENTARIA TRADICIONAL EN JEBALA - GOMARA

9.1 Los *ṭarab*

9.2 Los *Jebala*

LA INDUMENTARIA TRADICIONAL EN JEBALA - GOMARA

9.1. Los 'arab

Hasta las fuertes evoluciones iniciadas hace casi un siglo, con la invasión de las telas de algodón importadas, en particular, la indumentaria típica de los habitantes de los llanos, beduinos por su cultura, era, para ambos sexos, el *hayk*, “larga pieza de lana blanca de 12 codos, aproximadamente de 6’50 m de largo por 4 de ancho”³⁰⁰ que muchos hombres y mujeres, llevaban directamente sobre la piel, sin ningún otro vestido. El de las mujeres pronto se hizo de algodón:

“el *izar* o *lizar* es una pieza de tela blanca de algodón, lisa o punteada de 16 codos de largo que se corta en dos ; ambas partes se cosen en longitudinal, de manera que se obtiene una pieza de tela de 8 codos, 4’50 m aproximadamente de largo (...) con una anchura de 3 codos (...) aproximadamente “³⁰¹

En Marruecos, se encuentra hoy esencialmente el *hayk* para los dos sexos y el *izar* sólo para las mujeres. En realidad, *hayk*, *izar*, pero también *lhaf*, *melhafa*, *ihram*, *rda*, *a‘aban*, *‘abaya*, etc. son las voces que, según la época, el país y la región designan en árabe al mismo objeto³⁰². Se trata de una prenda de remotos orígenes desde el mundo mediterráneo (donde se reconoce en el *pallium* de los griegos antiguos pero no tanto en la toga romana) hasta el Oriente Medio. Sin costura (aparte del cosido de los dos paños para obtener más anchura) y sin teñir, es un producto bruto, de la misma anchura que el estrecho telar que utilizan las mujeres, según el principio que hace el *fliÿ* de la tienda. Es pues originariamente de lana blanca, materia que las telas de algodón (y poco a poco el lino o la seda) sustituyen a menudo. Hay varias maneras de envolverse³⁰³, incluso a veces en la misma región. Puede prescindir de cualquier sujeción, pero las mujeres, que en todo momento tienen más necesidad de libertad de movimientos, la atan a la altura de los hombros o por encima del pecho, con una o dos fíbulas (en general y en el sg.: *bzima*); los hombres recurren a menudo a una piedra colocada detrás de la tela que aprietan con un lazo y atan con la extremidad de la punta doblada en el hombro. También se puede asegurar con un cinturón. Se puede -o no- cubrirse la cabeza con él. La mujer puede también arreglarla de modo que uno de los faldones pequeños caiga en uno de sus costados, quedando así la ropa entreabierto por el lado, cogida simplemente por el cinturón.

Si ha desaparecido prácticamente de las campiñas magrebíes, sigue presente en las regiones del Sahara: *melhfa* de las mujeres mauritanas, *hawli* de las mujeres y de los hombres de Libia (donde el *yêrd* es una versión más ligera) y del gran sur tunecino... Una versión más corta en tela ligera de algodón es un velo para salir a la calle todavía corriente en ciertos pueblos y ciudades, cubriendo la cabeza pero no la cara: *izar* de tela impresa, de colores claros, en el Marruecos central, *izar* negro del sur del Atlas marroquí, *safsari* blanco del norte y del centro de Túnez, llamado en el sudeste de este país *futa* y hecho con tela impresa de grandes motivos, etc...



Fig. 110. Boda; al fondo, palanquín sobre mula, Bni Gorfet (J. Vignat-Zunz)

Esta ropa, llamada a veces en las lenguas europeas abrigo, capa, manta, paño o velo, no es solamente rural. En Marruecos, los habitantes acomodados de las ciudades todavía lo llevaban por encima de su ropa en el primer cuarto del siglo XX, ya fuera de lana, ya de seda (*ksa*); las mujeres de El Cairo, de Alepo o de Chiraz lo vestían por encima de sus ricas prendas cuando salían de su casa, cubriendo su cabeza y su cara para no dejar visible más que un ojo y a veces también la nariz. Se sabe que este velo de salida estuvo presente en Granada hasta su prohibición por Felipe II. En Argelia, muchas ciudadanas lo llevan (*hayk*), acompañado por el pequeño velo que cubre la cara bajo los ojos. En algunas ciudades de Marruecos aún lo llevan mujeres ancianas o de condición modesta (en Essaouira, en particular, donde está hecha de una espesa lana castaña), pero ha sido suplantado en el resto del país por la *ÿellaba*, la cual se tomó de los hombres en un movimiento progresivo desde antes de la Segunda Guerra Mundial.

Entre los 'arab del oeste de la península tingitana, al principio del siglo XX³⁰⁴, el hombre llevaba el *hayk* o *ksa*, pero también el *qachchaba*, larga camisa de lana blanca (o de algodón), sin mangas ni capuchón y sin cinturón. Los más acomodados vestían una larga camisa blanca de algodón, con mangas y un pequeño cuello alto (*tchamir*). Las dos camisas se cerraban en el cuello con un cordón anudado en el hombro. Pero ya la *ÿellaba*, abrigo cosido con cortas mangas y capucha, empezaba a imponerse aquí como en el resto del país, siendo la más común de lana rojiza y la más elegante de lana blanca. Al contrario de los 'arab de los llanos del Moulouya, no llevaban el *selham* que se estudiará más adelante.

Nada de calzas ni bombachos (*sarwal*) a diferencia de sus vecinos jebala. Los adoptarán gradualmente. Alrededor de la cabeza, un turbante de muselina blanca (*rezza*) del que un extremo cubría la parte de arriba del cráneo. Los más pobres se envolvían la cabeza con una pequeña cuerda de pelos de camello. En la oreja derecha, a menudo,

un anillo de cobre. El adulto llevaba barba y se afeitaba la cabeza. En las aldeas iban generalmente descalzos, siendo reservado el *belgha* (véase más adelante) para las visitas a la ciudad y al mercado. Los pastores gastaban sandalias rudimentarias (*refafes*), con suela compuesta de un pedazo de piel de vaca sin curtir, atada con cuerdas a los dedos y a los tobillos. La cartera de cuero cruzada en el pecho (*chkara*) no la usaba más que la gente acomodada.

Las mujeres llevaban exclusivamente el *lizar*, prendido por dos fíbulas de plata o de cobre (*katfiat*) y cogido por una faja (*hazam*). Y a veces, un *tchamir* bajo el *lizar*. Su peinado se componía de dos grandes trenzas (*grun*, “cuernos”) prolongadas por otras postizas que llegaban más abajo de la cintura, con hilos de lana azul marino o negro trenzados en el pelo; era entonces el modelo común de -por lo menos- todo el Marruecos del norte y en gran parte compartido con las ciudadanas.

En cuanto a ornamentos (bufandas y pañuelos, joyas –entre ellas los anillos de tobillo, sg. *Joljal-*), no eran distintas, tampoco, de las otras mujeres de la región, si no fuera en detalles o a veces por el léxico. El tatuaje, sin embargo, era y sigue siendo común.

9.2. Los Jebala

Por otra parte, el jebli se distingue claramente de sus vecinos - gomara y sanhaja áraboparlantes excluidos-. Primero y sobre todo por su *ÿellaba* -*dÿellab* para él- por lo menos antes, porque hoy se ha acercado al modelo que ha llegado a ser común en Marruecos, más largo y ceñido al cuerpo, perdiendo su ornamentación pero conservando su color oscuro. Era muy corto, pues llegaba apenas a las rodillas por delante, y por detrás apenas más bajo. Y muy amplio, hasta tal punto que era, de hecho, más ancho que largo. Mangas también muy cortas. El capuchón, muy amplio. Además, la mitad superior del abrigo, capuchón incluido, estaba forrada con la misma tela espesa. Era de color marrón, a veces con rayas finas. Se llevaban, a menudo, uno o dos otros *ÿellab*-s por debajo, de los cuales uno solía ser blanco según una tradición en el Magreb. *Last but not least*, todas las costuras y el capuchón estaban adornados con bordados y borlas de color.

Ignoraba la capa de capucha (en Marruecos: *selham*; la forma *bernus*, en francés “*bur-nous*”, conocida por ejemplo en Kabilia y en el Mzab y usada por Ibn Jaldún para evocar la ropa usada por los bereberes, parece derivarse de la raíz latina *burrus*³⁰⁵) tan común entre los otros serranos de Marruecos; sin embargo, muchas aldeas guardaban un *selham* de gala en casa de algún cacique para la ocasión de la boda de los muchachos.

Desde hace algunas décadas, ha terminado por conformarse el modelo de la *ÿellaba* de uso común. Por otra parte, sigue llevando el *qachchab* (más bien que *qachchaba*), larga camisa de lana blanca, sin manga ni capuchón, que deja paso al aire en verano y permite dedicarse a actividades para las que la *ÿellaba* estorbaría; un cordón permite cerrarlo a la altura del hombro; antes, los muchachos lo bordaban también, con hilos de seda de color. Así como el *tchamir* (o *tchamira* o también *foqiya*), una camisa de

algodón que llega a las rodillas, blanco, con un pequeño cuello alto, también cerrado en el hombro con un lazo. El uso del *sarwal*, pantalones (o bombachos) que los jebala, gomara y sanhaja áraboparlantes llevaban muy corto, apenas encima de la rodilla, y amplio³⁰⁶ -más bien bragas que pantalones-, fue primero reservado a los notables para luego extenderse, aquí precozmente en comparación con los llanos y el Rif berebero-parlante; se le han sustituido los bombachos clásicos, apretados debajo de la rodilla. No es necesario decir que, salvo para los ancianos, la mayoría de estas piezas cada vez más son sustituidas por prendas de importación, si bien la *yellaba* y el *qachchab* están resistiendo mejor que los demás.

El *jebli* llevaba cruzada en el pecho (como prácticamente cualquier marroquí), bajo el *yellab*, una gran cartera de cuero de doble bolsillo adornada con cintas de cuero largas y finas y magníficamente bordada (*chkara o za'bula*) así como una daga en su funda. Para los pies, babuchas amarillas (*belgha*) que llevaba de manera original, como zapatos, sin plegar el contrafuerte bajo el talón.

El adulto llevaba barba corta y se afeitaba la cabeza, dejando a menudo “un mechón de pelo en medio de la cabeza formando una larga trenza, entretejida con hilos de lana verde, que le cae en el hombro derecho”³⁰⁷. Los jebala generalmente iban con la cabeza desnuda debajo del capuchón, sólo los notables o los ancianos llevaban un gran turbante blanco, *rezza*, cuando las circunstancias lo imponían; se daba también un turbante más estrecho, de lana blanca bordada, *ghlef*, como Coon lo describe a propósito de los rifeños; los muchachos envolvían una cuerda de palmito trenzado o de lana alrededor de la cabeza. El turbante pierde terreno hoy, sustituido por los sombreritos de palmito locales o boinas de lana o de algodón de origen urbano. La trenza desapareció hace mucho tiempo.

La *jebliya* se diferencia de las otras mujeres del Marruecos rural en cinco prendas. Lleva un sombrero (*chechiya o taraza*³⁰⁸) de hojas de palmito (*'azef*) trenzadas: el tamaño poco usual (con diámetro de 0'60 a 0'75 m) justifica los cuatro espesos cordones de lana que mantienen los amplios bordes; es adornado además con grandes borlas de lana negra o azul marino, colocadas bajo el borde, allí donde se atan los cordones, y en la copa (en aquella copa donde, en la región de Oued Laou, no hay uno sino cuatro de ellos, enormes); a veces borlas más pequeñas de diversos colores corren a lo largo del borde externo.

La segunda prenda es una *faja*, *kurziya o hzam*³⁰⁹. Puede tener más de 5 m de largo por 0'40 m de ancho. Doblada a lo largo para formar una cinta de una docena de centímetros de ancho, envuelve las caderas más bien abajo, inclinándose levemente hacia adelante al pasar debajo del ombligo. Cada vuelta de la faja cubre exactamente la anterior, componiendo así un cilindro de 7-8 centímetros de espesor por una docena de ancho, que ensancha de una manera característica la silueta femenina. El color y el grafismo varían con las tribus: es roja aquí, negra allá (en Anjra, con una línea roja, y en el sur y en el este de Chauen con una línea blanca); las hay blancas (en Gomara occidental), verdes, etc... Entre los jebala meridionales (valle del Ouergha), las más famosas son las de Yāia³¹⁰, de un marrón rojizo con motivos amarillos, “teñidas según un procedimiento de reservas que ha podido ser descrito como batik bereber”³¹¹; sin embargo es allí donde desaparecieron precozmente, habiendo experimentado esta

región desde hace décadas la fuerte atracción de los modelos urbanos (Fez). Pero la *kurziya* no es visible ya que la prenda siguiente la cubre.

En tercer lugar, una clase de delantal o falda llevada como un mandil (*mendil* o *fota* ³¹²): una pieza de tela de lana y de algodón, atada por delante por encima de la faja, a la que oculta, y que baja hasta la pantorrilla o incluso un poco más abajo; es larga, de aproximadamente 1'30 m a 1'60 m, y ancha de 0'75 m a 1 m. En la región de Chauen, es roja y a rayas, con finas cintas blancas (*mendil mcharrat*), motivo que tiende a extenderse; si no, otras combinaciones de rayas reúnen e identifican, una vez más, los grupos de tribus: por ejemplo, los Bni Gorfet, Bni 'Arus y sus vecinos inmediatos tienen un *mendil* de lana cruda del que sólo los dos bordes más cortos llevan, en una docena de centímetros, finas cintas blancas de algodón y algunas otras en negro y rojo; en otras partes, las rayas alternan, a lo largo de la pieza, el rojo, el blanco, el negro, el verde. Si el principio general ya es el de las rayas, su número, anchura, la alternancia de los colores dibujan subgrupos difíciles de especificar. El *mendil* lleva a veces el nombre de *atezzer*. A veces aún, un segundo *mendil*, más largo (2 m), con las mismas rayas, se utiliza para proteger la cabeza y la parte alta del cuerpo; así en Anjra y en los alrededores de Tetuán, donde se llama *aterroq* o *mendil d-ched* porque permite "apretar" (*ched*) a un niño en la espalda o grano para moler o mercancías del soq, etc.



Fig. 111. Boda, músicos, Bni Gorfet (J. Vignet-Žunz)

En una parte de la península tingitana (occidental y del suroeste), un velo de lana cruda (*agedwar* o *gedwar*, a veces *adýenah*), completa la silueta. De hecho, es una versión reducida de la mitad del *hayk*. Colocado en la cabeza, los faldones cubren el cuerpo, sin envolverse alrededor a diferencia del *izar* de los llanos y del *hayk* de lana fina, de seda o de algodón de las ciudades. El *agedwar* se teje, lo mismo que el *mendil*, de lana

cruda y, a lo largo de los dos lados cortos y en medio, presenta una pequeña serie de rayas de algodón blanco. Sus dimensiones varían poco: 2'10 m por 1'50 m en Bni Gorfet, 2'80 por 1'90 m en Bni Mestara, 2'60 m por 1'55 m en Ouezzan. El *hayk* desapareció casi en todas partes; según parece, en invierno se envolvían en él, igual que lo hacen las mujeres del llano, y se sujetaba con dos fibulas (pl. *bzaym*).

Las polainas, *trabaq*³¹³, son la quinta característica relevante de la ropa de la *jebliya* (y *gomariya*), hechas de una sola pieza de piel de cabra. Antes, las llevaban a menudo con los pies descalzos.

El resto es más corriente: camisas (sg. *tchamira*), vestidos, bufandas o pañuelos para la cabeza (entre las cuales está el *sebniya*³¹⁴ con franjas), peinados (como la trenza doble, pl. *trafa*, con el *postizo*, pl. *selta* o *krara*), joyas (anillos, sg. *jathuma*, pulseras, sg. *debliÿ*, collares, aros, sg. meftala -¿y aros de tobillo?-) apenas presentan diferencias notables con otras regiones del país. La penetración, para las fiestas, de partes de indumentaria de tradición urbana como el *qaftan* y el *dfin* de muselina que lo cubre, ya se anuncia al principio del siglo XX. De igual manera, el cordón de hilo negro, atado en círculo y pasado, cruzado en forma de ocho, por los brazos y luego detrás de la cabeza (*hmala*, en otras partes *thamel*) sujeta las mangas de la ropa ya descrita y permite trabajar. Los pantalones (bombachos) tardaron en generalizarse. Hoy, las trenzas y los anillos de tobillo prácticamente desaparecieron.

La cuestión de las evoluciones a medio plazo no es fácil. No siempre se tiene una documentación completa en los textos de la Misión científica francesa: los Jebala, en las primeras dos décadas del siglo, no eran objeto de observación fácil. Salmon (1904), hablando de las mujeres de los Jebala del Fahs tangerino niega el uso de anillos de tobillo³¹⁵; para los Jebala del Habt (fronteras occidentales y suroeste del país Jebala), no los menciona. Ni el uno ni el otro se refieren al sombrero grande con los cordones espesos, ni a la falda delantal... Sin embargo, mencionan un *hayk* o *lizar* con fibulas (a veces simples alfileres de madera, pl. *asughna*), el segundo de estos autores lo reserva para las fiestas solamente y distingue para la vida diaria una *tchamira* bien abierta de arriba hasta la faja, en tela de algodón impresa.

Estas notas deben completarse con los datos recogidos en la época de la Independencia por una etnóloga española, Albarracín Navarro, que entregó así uno de los primeros estudios sistemáticos de la indumentaria y adornos de la mujer en el norte de Marruecos³¹⁶. Se trata aquí solamente de los jebala del norte de la península tingitana (11 tribus o distritos que formaron el territorio administrativo “Jebala” bajo el protectorado español). Además, los datos comparativos se refieren demasiado sistemáticamente sólo a las moriscas, descuidándose el parentesco con el resto del mundo árabe. Con excepción de estas dos reservas, este estudio enriquece, o corrige, la información anterior, gracias a las descripciones y a los puntos de vista científicos en el campo de la etimología que alumbran al vocabulario.

Así *tchamir*, la camisa larga de tela de algodón, puede también llevar los nombres de *mensurya* (*monsorya*) y *qamiÿa*, derivado de *qamîs*, ambos de factura tradicional y muy extendidos en Marruecos. Hay un chaleco, *bedîa* (o *bed'ia* en esta misma región y en otras partes de Marruecos), que se lleva por encima de la camisa. El *sarwal*

está presente y se describe como amplio y apretado bajo de la rodilla. En cuanto al velo grande, *agedwar*, no está mencionado, se habla de *gennas* (o *ghennas*?). Las dimensiones de la faja de lana, *kurziya*, van de 5 a 7 m de largo y de 0'45 a 0'50 m de ancho. La *fota* (nombre de lejano origen indio), de 2 m por 0'80, tiene la misma función que el *mendil*. En el pie, la mujer lleva de manera general la *rehia*, de cuero rojo, con la punta redonda; el *cherbil*, nombre genérico de la zapatilla femenina en Marruecos, es de punta aguda y se emplea solamente en las ocasiones especiales. También como en la ciudad, pero no reservado su uso para el baño (*hammam*), se dan los zuecos con espesas suelas de madera y cinta de cuero (*qwaqeb*, sg. *qawqaba*), hoy sustituidos por diversas sandalias y chancletas de plástico. Las polainas de cuero, *trabaq*, no son desconocidas en Marruecos o en Argelia. La trenza postiza se llama aquí *daffera*. El autor, que trata el cuidado del cuerpo, la ceremonia del *henna* y el maquillaje (*harqus*) de la novia, no plantea la cuestión del tatuaje.

Sin embargo la mujer de Jebala se abstiene de tatuarse, discrepando de nuevo con sus vecinas. Es un hecho excepcional en el mundo rural de los países árabes (se encuentra no obstante esta ausencia del tatuaje femenino en ciertos distritos del Sous). Con dos excepciones: en algunas tribus meridionales de la baja sierra rifeña (bajo la forma simplificada de la *siyala*, línea vertical en la barbilla), en la extremidad oriental del país Jebala en los Tsoul (y más en los Branes, cara y cuerpo)³¹⁷; como en dos o tres tribus cerca de Chauen, donde ocupa al parecer una superficie más significativa a la vez en la cara y en el cuerpo. Esta ausencia de tatuaje está indudablemente en relación con una mayor preocupación por la conformidad con las prescripciones religiosas.

Hay así una originalidad real de la indumentaria del país Jebala. Sigue estando bien marcada hoy, por lo menos para la mujer: su sombrero, su faja, su delantal siguen siendo su seña de identidad. El sombrero ancho de palmito o de paja se atestigua en muchos lugares del Magreb³¹⁸, a veces masculino, a veces femenino, a veces muy adornado, a veces no; pero lo que hace peculiar el sombrero jebli, son los espesos cordones de lana: no existen, que se sepa, en toda el África del norte ni en otra parte.

La larga faja de lana, roja generalmente, la llevan muchas poblaciones femeninas rurales, también de un extremo a otro del Magreb: además de su valor decorativo, tiene evidentes funciones prácticas en el cumplimiento de las tareas domésticas, en particular para el transporte de cargas pesadas en el lomo. Así existen en el Sahel tuncino fajas de lana de tejido fino de 5 m por 0'20 m que dan cinco vueltas a la cintura; o, en las ciudades tunecinas, fajas de seda de 4'50 por 0'90 m que dan dos vueltas a las caderas³¹⁹ (se encuentran, en el Marruecos urbano, las mismas fajas de seda, sin embargo menos amplias). En Argelia, Laoust-Chantréaux³²⁰ nota para la Gran Kabilia:

“el *tisfifin* tiene por lo menos siete codos de largo³²¹; da tres veces y medio la vuelta al cuerpo, las dos puntas caen de cada lado [hasta abajo de la falda]. Las vueltas no deben superponerse”.

En las notas agrega (7, p. 260):

“esta faja se encuentra idéntica en el Aurès (...); parece tener una área de extensión muy grande: se encuentra incluso en la Arabia del norte (...) una larga faja delana

roja”.

Cita finalmente las comparaciones hechas por ciertos autores con la faja de las mujeres de la Creta y la Grecia antiguas. Pero éstas no tienen al parecer un tamaño comparable con la que confiere aquí este volumen característico de las caderas de las mujeres de Jebala (y por otra parte, los dos extremos no caen en los lados).

En cuanto a la falda-delantal con rayas, de nuevo se echa de menos un estudio sistemático y comparativo de la indumentaria a escala del África del norte o del mundo mediterráneo. Obviamente, el tejido con rayas que corren paralelas en el lado pequeño no tiene nada de excepcional en el mundo rural magrebí; sin embargo, la *futa* atada por delante sí se atestigua en Kabilia por ejemplo (aquí *fuda*, adornada con amplias cintas o rayas de color alternado³²²), es difícil seguir en otros lugares su huella a través de la literatura especializada.

No estamos ante una cuestión menor: se plantea un parentesco, en el campo de la cultura material y a veces del léxico que le corresponde, entre las sociedades campesinas de varias sierras que se suceden una tras otra de oeste a este a lo largo del litoral mediterráneo del norte de África. Una ausencia de la falda-delantal en las zonas rurales diferentes de las telienas (el Tell indica en Argelia y Túnez estos macizos litorales) sería un argumento más en la discusión sobre una especificidad de la montaña mediterránea en el África del norte.

10

CRITERIOS DE INTERVENCIÓN Y PROPUESTAS PARA LA CONSERVACIÓN Y DIFUSIÓN DE LOS VALORES PATRIMONIALES ETNOGRÁFICOS Y CULTURALES

- 10.1 Valores patrimoniales relativos al paisaje agrícola de la Alpujarra*
- 10.2 Valores patrimoniales relativos al paisaje urbano y la arquitectura doméstica*
- 10.3 El patrimonio inmaterial de la Alpujarra*
- 10.4 El aprovechamiento turístico*

CRITERIOS DE INTERVENCIÓN Y PROPUESTAS PARA LA CONSERVACIÓN Y DIFUSIÓN DE LOS VALORES PATRIMONIALES ETNOGRÁFICOS Y CULTURALES

La Alpujarra es una de las zonas de Europa con más superficie protegida jurídicamente, tanto desde la perspectiva ambiental (Parque Nacional de Sierra Nevada, Parque Natural de Sierra Nevada) como histórico-patrimonial (Conjunto Histórico del Barranco del Poqueira, Sitio Histórico de la Alpujarra).

http://es.wikipedia.org/wiki/La_Alpujarra

Véanse:

web oficial Parque Nacional de Sierra Nevada - Red de Parques Nacionales

<http://www.casasblancas.es/parque-nacional-de-sierra-nevada>

Ministerio de Cultura, Patrimonio Histórico

Existen actualmente varias figuras de protección de patrimonio, tanto cultural como natural, que actúan sobre una parte importante del ámbito de la Alpujarra:

- Parque Nacional de Sierra Nevada,
- Conjunto Histórico del Barranco de Poqueira,
- Parque Natural de Sierra Nevada,
- Reserva de la Biosfera de Sierra Nevada,
- Sitio Histórico de la Alpujarra Media y La Taha

En el *Informe científico con la propuesta de identificación de los valores patrimoniales etnográficos y culturales de la provincia de Granada-territorio de Jebala-Gomara*, elaborado por Marie-Christine Delaigue para el proyecto en el que se enmarca esta obra, se identificaban algunos de los elementos más destacados del patrimonio cultural de la Alpujarra y se adelantaban algunos de los criterios de intervención y propuestas para su conservación y restauración, que ahora recogeremos y desarrollaremos.

10.1. Valores patrimoniales relativos al paisaje agrícola de la Alpujarra

La producción agrícola tradicional de la Alpujarra que constituía la base del desarrollo socio-económico de la comarca descansaba en dos elementos primordiales: la implantación de un conjunto terrazas perpendiculares a la pendiente de las laderas del abrupto relieve montañoso de la zona, así como el establecimiento de un sistema de acequias que permite la optimización en el aprovechamiento de los recursos hídricos y su distribución por las parcelas de cultivos. Por lo tanto, según Delaigue, son imprescindibles como señales de identidad y sustento de los valores alpujarreños todos los elementos del paisaje construido relacionados con la economía agropastoral y los sistemas de regadío: balates, paratas, caminos, organización peculiar de las paratas, simas, matas, calaeros, fuentes, remanentes, surgimientos, acequias, ramales, partidos-res, tomas de agua, alberca.

La propiedad característica de la comarca es el minifundio, según el PORN: *“El 80% de las explotaciones tienen menos de 5 hectáreas, cifra que se incrementa hasta el 90% si se consideran las fincas con menos de 10 hectáreas. La comarca que posee mayor grado de minifundismo es la Alpujarra Granadina, siendo la de Guadix-Marquesado la que menos presenta el fenómeno minifundista”*.

El aterrazamiento y la configuración en bancales delimitados por muros de contención o balates, son característicos del paisaje alpujarreño, pues permitieron adaptar las difíciles condiciones orográficas a las necesidades de la explotación agrícola al permitir extender la superficie de laboreo y conseguir que ésta cuente con una pendiente lo suficientemente escasa como para poder efectuar el riego “a manta”. Sin embargo, esta disposición de los espacios cultivados resulta *“ecológicamente no sostenible, generadora de graves impactos medioambientales, ya que al dejar la tierra suelta en un entorno de precipitaciones torrenciales y acentuadas pendientes como el nuestro, la erosión se ceba con el talud de la terraza. Esto da lugar a la apertura de torrenteras que terminan por desmontar la obra realizada abriendo irremisiblemente la zona transformada a la desertificación, mediante la pérdida masiva de suelo”*³²³.

En el Decreto 129/2007, de 17 de abril, por el que se declara Bien de Interés Cultural, con la categoría de Sitio Histórico, el Área delimitada de la Alpujarra Media Granadina y La Tahá, en la provincia de Granada, se explica que este sistema de explotación se conserva, en buena parte, porque ni el sistema de propiedad ni las condiciones orográficas permiten la mecanización en estas sierras. Si bien es verdad que la agricultura a tiempo completo está en retroceso, en determinados casos se mantiene como una actividad complementaria, por lo que no ha perdido su potencial económico, que se activa cuando el mercado demanda productos específicos como los tomates, las cerezas o las frambuesas.

Este sistema productivo forma parte de un sistema socio-económico histórico, que arranca desde la Edad Media, momento en el que está documentada su existencia al menos parcialmente, hasta la actualidad; y son precisamente las profundas transforma-

ciones socio-económicas de las últimas décadas las que han precipitado el peligro inminente de su desaparición. Como explica Sánchez Hita, “...el éxodo rural vivido en la comarca desde los años 50 del siglo XX, la pérdida de competitividad de la agricultura de montaña, el envejecimiento de la población y el cambio de las expectativas sociales y formas de trabajo no son sino lastres que se han ido acumulando sobre la comarca para hacer cada día menos viable la conservación de nuestro patrimonio paisajístico”³²⁴.

Las dificultades del terreno montañoso que impide la mecanización, la falta de ejes de comunicación de fácil tránsito impide que la base económica de la comarca sea hoy en día la agricultura (sobre todo en la Alpujarra Alta). Muchos de los antropólogos que han trabajado en la Alpujarra Alta han avanzado algunas vías de revitalización de su economía tradicional. Así en los años sesenta Pavel Sabovik proponía una especie de retorno al cultivo de árboles, en este caso sobre todo frutales y Pío Navarro Alcalá-Zamora abogó en los años setenta en favor de una extensión de la ganadería. Más recientemente el desarrollo de la agricultura ecológica ha dado lugar a que algunos vean una puerta de salida al mercado para unos productos de calidad cultivados en el ámbito de barrancos que se podrían aislar de la contaminación de los modernos abonos y sistemas químicos de protección y de prolongación de la vida de la cosecha, volviendo a técnicas tradicionales no tan agresivas.

Evidentemente, revertir un proceso histórico de esta naturaleza es tarea imposible, por lo que sólo mediante actuaciones concretas es posible intentar mantener las señas de identidad más destacables de este sistema productivo tradicional. En relación a este tema, expone Marie-Christine Delaigue que este conjunto de acondicionamiento de la naturaleza no se puede mantener sin el capital humano que, con sus prácticas tradicionales cotidianas vivifican y conservan estos sistemas complejos y frágiles. De allí que las tentativas de mejorar estos conjuntos, cambiando los materiales (empleo del hormigón, entubamiento de las acequias) no hayan surtido los efectos deseados, pues sin los esfuerzos humanos incesantes para evitar el deterioro de estos sistemas (como se ha podido observar en el Barranco de Poqueira y en muchas otras partes), estos se dañan rápidamente sólo por las condiciones climáticas extremas, provocando una erosión de los suelos, la pérdida de las masas arbóreas y del verdor característico de los campos cultivados. Así que más que promover un mantenimiento de los elementos de la cultura material, es más bien hacia la comunidad de campesinos y especialmente hacia la de los regantes, con la figura central y esencial del acequero, que sustentan los valores de la Alpujarra que se tiene que enfocar los esfuerzos sino no se podrá hacer frente al deterioro, el abandono y el paulatino cambio paisajístico que conlleva la pérdida de estos valores. Hay que insistir también en una necesaria sensibilización de la población de los distintos municipios hacia valores como la solidaridad consuetudinaria que juega un papel fundamental en la repartición de las aguas como lo han mostrado tanto las encuestas como los documentos históricos. Esta investigadora propone, por tanto, enfatizar la acción en la comunidad humana que sostiene el sistema, es decir, los campesinos y regantes en general, destacando la figura central del acequero.

El PORN resume el estado actual de la agricultura de la comarca: “En la actualidad, los aprovechamientos agrícolas en las comarcas granadinas son escasos, sustitui-

yéndose los cultivos que tradicionalmente se han cultivado en la zona por cultivos de explotación intensiva o reforestaciones, lo que está provocando modificaciones significativas en el paisaje de la zona. Por el contrario, en los municipios almerienses, sobre todo en los situados en la vertiente meridional de Sierra Nevada, la agricultura constituye una actividad en alza, con multitud de cultivos hortícolas, viñedos (Láujar de Andarax), olivo, almendro, frutales autóctonos (cerezo, frambueso), etc.” En este sentido, el PORN prescribe la adecuada cooperación y coordinación entre las Consejerías con competencias en materia de medio ambiente, agricultura y ganadería para alcanzar los siguientes objetivos:

- a) La asignación correcta de la carga ganadera pastante.
- b) El fomento de la ganadería ecológica e integrada y el empleo de razas autóctonas de ganado.
- c) La integración de los aspectos medioambientales en la actividad agrícola.
- d) En determinadas áreas, la reconversión de los cultivos de escasa productividad o que se encuentren abandonados hacia un uso forestal.
- e) La introducción de prácticas de agricultura ecológica e integrada.
- f) La promoción de la identificación de los productos agrícolas locales con el entorno (Denominaciones de Origen, Marcas Geográficas, etc.)

En el Decreto de declaración de Sitio Histórico del Área de la Alpujarra Media Granadina y La Tahá, se incluyen siete acequias:

- Acequia Alta de Pitres
- Acequia Baja de Pitres.
- Acequia de Almegíjar.
- Acequia de Cástaras.
- Acequia Alta de Timar y Lobras.
- Acequia Nueva de Bérchules.
- Acequia Real o Gorda de Busquístar.

Acerca de ellas, se explica que el principal impacto que sufren actualmente, “junto a su progresiva falta de uso por el abandono de las labores agrícolas, es la utilización de nuevos materiales y técnicas; de este modo se sustituyen y/o modifican algunos con hormigón, ladrillos, tubos de fibrocemento y PVC. Si bien así se mantiene y abarata el mantenimiento de las acequias, también se acaba irremediamente con el sistema tradicional de construcción y con los beneficios para el medio que proporcionaba dicho sistema”³²⁵.

En el libro *El Patrimonio Histórico de la Alpujarra y Río Nacimiento*, se dedica un apartado a la “*Problemática de las acequias: líneas de solución*”, en el que se expone la problemática que afecta a estas arterias básicas del sistema agrícola tradicional:

“El progresivo abandono del campo y el envejecimiento de la población rural tienen unas repercusiones importantes sobre el mantenimiento de las acequias. La falta de recursos humanos dificulta extraordinariamente la conservación de un sistema complejo y delicado que, al no recibir la atención que necesita, termina por deteriorarse gravemente (...) Por otro lado, las comunidades de regantes reciben ocasionalmente líneas de ayuda, sobre la simple base de la dotación presupuestaria puntual para reparación o mejora de las acequias. El desconocimiento, la minusvaloración de la complejidad del sistema y de sus funciones ambientales y paisajísticas, o la búsqueda de soluciones simplistas a corto plazo orientan normalmente las inversiones hacia la consolidación e impermeabilización del cauce, entendiendo como pérdida lo que es en realidad un proceso eficiente de recirculación. Con ello, no se piensa en la recarga del sistema, sino en el mejor aprovechamiento del agua que pueda entrar directamente en los canales desde los azudes de los ríos, en época de estiaje (...) Consecuentemente las funciones secundarias quedan suprimidas, entrando definitivamente en crisis el sistema agrícola y medioambiental”

Más adelante (pp. 57 y 58), se proponen algunas medidas para su preservación que se basan en la recuperación de las acequias de careo y madres de media ladera; en la consolidación cuidadosa de las acequias madres y brazales de los espacios de menor pendiente, correspondientes, atendiendo a la repercusión específica que las actuaciones puedan tener sobre la vegetación de galería; así como la obtención en las obras de una estética compatible con el paisaje tradicional. Asimismo se propone la creación de senderos etnológicos y paisajísticos al lado de las acequias, con un trazado que respete íntegramente la vegetación de galería, evitando la tentación de creación de viales rodados, constituyendo una de las opciones alternativas de puesta en valor de mayor interés.

Las albercas o balsas de riego forman parte igualmente de la infraestructura hidráulica de la comarca, sirviendo principalmente para acopiar agua y liberar al agricultor de los riegos nocturnos que le corresponderían según el sistema de tandas. En este caso, a diferencia de las acequias de careo, han de ser construcciones perfectamente impermeables para evitar la pérdida de agua, por lo que periódicamente han sido objeto de restauración, en los últimos años mediante hormigonados cuyos resultados han sido variables, según quien haya hecho la reforma y la atención que haya prestado a criterios culturales y paisajísticos. Es posible salvar gran parte de la caracterización tradicional de estos elementos al restaurarlos, por lo que es necesario que se atiendan a esos criterios cuando se proceda a consolidarlos.

También se explica que este sistema de explotación se conserva, en buena parte, porque ni el sistema de propiedad ni las condiciones orográficas permiten la mecanización en estas sierras. Si bien es verdad que la agricultura a tiempo completo está en retroceso, en determinados casos se mantiene como una actividad complementaria, por lo que no ha perdido su potencial económico, que se activa cuando el mercado demanda productos específicos como los tomates, las cerezas o las frambuesas.

Sánchez Hita aboga por la iniciativa particular para el mantenimiento de terrazas y balates, apelando a la *“satisfacción de poder contemplar en un estado aceptable de salud nuestro entorno”* (p. 63), lo que sin duda resulta encomiable pero, quizás, insuficiente.

Tratándose de un paisaje agrario, es precisamente la pervivencia del uso original lo que podría garantizar a largo plazo su conservación y para ello habría que apelar a principios nuevos, acordes con el momento actual, como el de la economía sostenible basada, en este caso, en la agricultura ecológica y de calidad, demandada por unos consumidores cada vez más interesados en la calidad sanitaria de los productos. Las iniciativas en este sentido son, por lo general, obra de autónomos, empresas pequeñas o cooperativas. Véanse, por ejemplo, algunos de estos proyectos alpujarreños financiados por Triodos Bank³²⁶.

En efecto, según el PORN: “...es necesario mencionar la agricultura ecológica, la cual está teniendo una creciente promoción institucional, intentando recuperar con ella las formas tradicionales de agricultura en la Sierra, apoyando la introducción de nuevos cultivos y variedades agrícolas con mayores ventajas competitivas basadas en la incorporación de marcas de garantía de origen y calidad natural de los productos”.



Fig. 112. Almendros en flor y viñedo en primer término

Véanse algunas iniciativas en este sentido del año 2013, como la de intentar conjugar gastronomía, turismo, producción ecológica y sostenibilidad³²⁷; las Jornadas correspondientes a la Primavera Ecológica en la Alpujarra, organizadas por ADR Alpujarra³²⁸; véase también el número de EPICÚREA, (2012), revista sobre gastronomía y cultura en Granada, que incluye un especial Semana Ecológica en la Alpujarra³²⁹; o las Jornadas de Calidad de Los Alimentos Ecológicos en Cádiar³³⁰.

X.2. Valores patrimoniales relativos al paisaje urbano y la arquitectura doméstica

Junto al paisaje natural y agrícola de la Alpujarra destaca, por su belleza singular y la armonía con el entorno, la arquitectura doméstica y los núcleos urbanos que compone. Marie-Christine Delaigue pone el énfasis en la labor de una comunidad rural que supo utilizar un sistema constructivo capaz de sacar el mejor partido posible, en estas latitudes, de los recursos del entorno (pizarra, tierra, launa, madera de los espléndidos castaños) y dar forma a unas sencillas casas adaptadas al medio ambiente y a sus necesidades. Asidos en la pendiente, los pueblos, hoy blancos, contrastan con la naturaleza frondosa y merecen conservarse lo mejor posible con toda su riqueza: calles, volúmenes edificados, sistemas constructivos, terrados de launa, chimeneas, tinados, formas elementales y más complejas, fuentes, monumentos específicos, huertos urbanos, etc. La conjunción de estos elementos, fruto de una larga evolución con una cadena de pequeñas innovaciones, proporciona hoy estos paisajes destacados.

En la Declaración de Sitio Histórico de la Alpujarra Media granadina y La Tahá se incluyen una serie de áreas patrimoniales compuestas por poblaciones y/o zonas de cultivo asociadas. En ellas se da una tipología de espacios habitados, de arquitectura vernácula, en simbiosis con los espacios agrarios, difícilmente separables mediante una clara delimitación lineal. Las zonas más productivas, los minifundios de regadío, se desarrollan, fundamentalmente, a continuación y en torno a los núcleos urbanos, como un sistema continuo e inseparable. El lento proceso de crecimiento, evolución y transformación de los núcleos tradicionales a partir de los pequeños asentamientos rurales primigenios ha supuesto la ocupación progresiva de los espacios cultivables existentes entre los cortijos y eras. Existen huertos que se mezclan en la trama urbana con las edificaciones residenciales, manteniéndose la actividad productiva en muchos casos. Estos espacios suponen un esponjamiento de la trama y son elementos de gran interés etnológico.



Fig. 113. Huertos urbanos en Almegíjar

Desde el punto de vista arquitectónico y urbanístico, la disposición espacial, la localización y la configuración formal de los núcleos urbanos están fuertemente condicionados por dos rasgos intrínsecos a este territorio: las características topográficas del área y el sistema de explotación de sus recursos. Así, la necesidad de adaptarse a una orografía de alta montaña que dificulta los desplazamientos y propicia el cultivo en minifundios, ha generado pequeños núcleos urbanos, próximos entre sí y a las tierras de cultivo. El tejido urbano se caracteriza por el alto grado de ocupación de las manzanas, por no existir prácticamente patios, por el trazado irregular de su trama condicionado por la topografía. La continuidad entre la zona urbana y la agrícola se refleja en las paratas, estructuras de contención de las huertas que, dispuestas en terrazas, conforman los límites de las manzanas del borde. Las calles, generalmente de pequeñas dimensiones, se desarrollan principalmente en paralelo a las curvas de nivel. Las conexiones transversales se minimizan y se resuelven mediante vías que salvan las fuertes pendientes con rampas y escaleras.

Marie-Christine Delaigue propone, en relación con la preservación de los núcleos urbanos alpujarreños, que la mejor forma de no destruirlos sería la construcción de nuevos barrios, separados de los originales por huertos, que respeten las proporciones, las alturas de las edificaciones tradicionales y los sistemas de circulación. Respecto a las casas no es cuestión de guardar la configuración interna que responde a patrones culturales obsoletos sin embargo se debería procurar no desentonar en las cuestiones de las proporciones de las casas y de los materiales que revisten muros y terrazas. Estos pueblos y sus casas particulares se han esculpido en la larga duración con una cadena de pequeñas innovaciones, de cambios. Hoy el fenómeno de la patrimonialización ha acelerado, por ejemplo en el Barranco de Poqueira, unas modificaciones que tarde o temprano la agilización de los intercambios iba a provocar: la sustitución de la economía de autosubsistencia por una economía de mercado orientada hacia el turismo, la subsecuente transformación de la vida cotidiana y de la organización social



Fig. 114. Huerto urbano en el límite de una parata en Válor

Las casas que antes no se consideraban como bienes tan rentables como las tierras, constituyen hoy uno de los focos de la economía local (en Capileira el número de albañiles se ha triplicado desde los años ochenta) y han alcanzado precios prohibitivos para la población autóctona. La paradoja entonces para esta población local es que el precio a pagar para vivir en estos parajes es casi inabordable y las medidas impuestas para conservar la belleza paisajística le impida a veces desarrollar actividades rentables. Sin embargo, cabe esperar que una correcta información previa de las medidas a tomar para la protección del paisaje urbano, acompañada de decisiones oficiales que tengan cierta flexibilidad, permitirán que los habitantes puedan valorar y participar activamente en esta protección de su patrimonio.

En el PORN (4.1.10) se recogen unas líneas básicas en este sentido:

- “1. Adecuar las edificaciones en suelo no urbanizable, tanto las de nueva construcción como las mejoras y rehabilitaciones, a las necesidades reales existentes, controlando la proliferación indebida de edificaciones en este tipo de suelo.*
- 2. Minimizar la incidencia de las edificaciones sobre la calidad ambiental del entorno.*
- 3. Priorizar la rehabilitación de las edificaciones ya existentes, frente a las de nueva construcción, respetándose en cualquier caso la tipología constructiva tradicional.*
- 4. Fomentar la recuperación de construcciones con valor histórico y patrimonial.*
- 5. Garantizar la integración paisajística de los desarrollos de suelo previstos en el planeamiento urbanístico de los municipios.”*

El arquitecto Juan Carlos García de los Reyes publicó en 2006 un trabajo titulado *El urbanismo en la Alpujarra. Propuestas para la conservación de la arquitectura y del urbanismo tradicional* (ADR Alpujarra), en el que reflexiona sobre el asunto que ahora nos ocupa y efectúa algunas propuestas interesantes³³¹. En primer lugar, examina algunos de los problemas que amenazan la relación armónica entre el medio natural de la Alpujarra y las actividades humanas que se han venido desarrollando. El progresivo deterioro de la imagen de estos núcleos urbanos tendría como causas la introducción de tipologías impropias; la edificación de volúmenes inadaptados; la ruptura de la escala en las promociones; la repetición de soluciones estereotipadas; los nuevos materiales que cambian la textura y el color; los acabados ajenos a la tradición; la progresiva densificación de los pueblos y la paralela desaparición de los huertos, del arbolado, de la presencia del agua; el ocultamiento creciente del paisaje desde las calles y desde las viviendas. Algunos de los hitos del urbanismo alpujarreño destacados son los siguientes:

- ARQUITECTURA MODULADA: Los sistemas constructivos empleados, la fuerte pendiente de las laderas y el alto grado de fragmentación de la propiedad pro-

pician una tipología edificatoria que se hace caracteriza por el carácter aditivo de sus volúmenes prismáticos sencillos.

- LA CHIMENEA, convertida muchas veces en símbolo representativo de esta arquitectura.

- MATERIALES Y TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Como fruto de la relación estrecha de la arquitectura con el medio natural en el que se sitúa y la elección de los materiales obtenidos directamente del entorno más próximo.

- TEXTURAS Y COLORES: Tanto interior como exteriormente, la arquitectura alpujarreña está conformada con los colores blanco y gris plomo, apareciendo pinceladas oscuras de la carpintería.

- LA CAL Y LA LAUNA

- HITOS URBANOS: Casas nobiliarias, ayuntamientos, fuentes, lavaderos, y sobre todo las Iglesias parroquiales actúan como focos de atención que concentran la actividad urbana.

- EL ESPACIO PÚBLICO: De origen andalusí (tal vez) pero intensamente adaptado al diferente concepto y necesidades que luego tuvieron los repobladores cristianos.

- AMBIENTE URBANO: la textura del suelo, la resolución de rampas con lajas de pizarra; la abundante vegetación en las fachadas y balcones, en incluso el sonido del agua que discurre por las acequias que atraviesan los pueblos.

- LOS TINAOS: Espacios de transición entre el espacio público y el privado que se configuran como un punto esencial de sociabilidad.

- LOS TERRAOS: cubiertas planas acabadas con launa que son uno de los elementos que singularizan la arquitectura de la Alpujarra.

- LOS LAVADEROS y LAS FUENTES. Como espacios comunitarios y de intensa interacción social.

En este trabajo se enfatiza, como herramienta de intervención y conservación, la importancia de tener un buen planeamiento urbanístico municipal: *“La legislación actual otorga una amplia autonomía a los municipios en el campo del urbanismo, la cual se traducen en la potestad de formular su plan urbanístico municipal, aun cuando éste haya de ser aprobado definitivamente por la administración autonómica”* A los planes urbanísticos municipales se les debe dotar “de un amplio contenido, ajustado a cada caso concreto, que dé respuesta a todas las necesidades de ordenación de cada municipio, tanto en su medio urbano como en el rural. Y entre tales necesidades es obligación ineludible abordar la necesaria protección de nuestro patrimonio cultural, del que el paisaje, la arquitectura y el urbanismo tradicional son una parte esencial”.

En consecuencia, se recomienda que todo plan urbanístico adopte los siguientes ob-

jetivos y estrategias para avanzar en la protección del patrimonio cultural tradicional de su municipio teniendo como fundamento una serie de principios que podríamos resumir así:

- Protección de la trama urbana tradicional de los núcleos, mediante diversas medidas, como el mantenimiento de las alineaciones históricas; el mantenimiento del parcelario histórico evitando procesos de agregación o de segregación indiscriminadas; establecer normas al mantenimiento de las alturas actuales; evitar la progresiva densificación de las zonas centrales de nuestros pueblos y la paralela desaparición de los espacios no edificados de carácter privado; preservando las vistas panorámicas que se perciben desde calles, plazas, miradores, caminos, etc. o los derechos históricos a vistas.
- Elaboración de un Catálogo del patrimonio cultural existente en el municipio de interés histórico, arqueológico, arquitectónico, etnológico y urbanístico, así como del medio ambiente urbano y del paisaje rural.
- Poner en marcha normas para la recuperación y puesta en valor de las tipologías arquitectónicas tradicionales, potenciando la rehabilitación como actuación básica de intervención como signo de autenticidad cultural.
- El mantenimiento de los colores, de las texturas, de los materiales y técnicas constructivas tradicionales.
- Dimensionar los nuevos crecimientos urbanos siguiendo pautas de sostenibilidad.
- Garantizar la armonía entre las tramas de los nuevos desarrollos con las del núcleo tradicional. Para ello se utilizarán en el diseño de los nuevos crecimientos idénticas pautas que las derivadas del núcleo tradicional.
- Establecer ordenanzas de la edificación tendentes a garantizar el mantenimiento de la imagen tradicional de los núcleos.
- Evitar el deterioro del paisaje rural, impidiendo las parcelaciones de carácter urbano en ese medio; la proliferación de tipologías edificatorias impropias; y evitando la destrucción o el deterioro progresivo de los edificios y elementos de valor cultural.

Entre las iniciativas que se vienen llevando a cabo en este sentido, destaca el PLAN DE ORDENACION INTERMUNICIPAL DEL BARRANCO DE POQUEIRA (Bubión, Capileira y Pampaneira). Granada), promovido por el CONSORCIO URBANÍSTICO DEL BARRANCO DEL POQUEIRA y dirigido por Juan Carlos García de los Reyes, quien destaca en las conclusiones del mismo su originalidad, y carácter innovador y así como el papel jugado por el urbanismo pedagógico en tanto que con este modelo se ha conseguido cambiar la tendencia especulativa existente hace apenas una década por un importante movimiento en defensa de los valores arquitectónicos y culturales de la Alpujarra. Pues la filosofía contenida en el Plan posteriormente ha tenido continuidad en otros trabajos que están en la base de la mayoría de las actuaciones públicas y privadas que se han desarrollado en los últimos años en este sentido:

- **Manifiesto en defensa de los valores de la arquitectura tradicional de la Alpujarra** (Capileira 1996), Colectivo Abuxarra/Lidear Alpujarra.
- **La Alpujarra-Sierra Nevada: Decálogo para la protección y promoción de la arquitectura tradicional y el paisaje** (2001), ADR Alpujarra-Sierra Nevada.
- **El urbanismo en la Alpujarra: propuestas para la conservación de la arquitectura y del urbanismo tradicional** (2002), ADR Alpujarra-Sierra Nevada.
- **El Patrimonio Histórico** (2007). ADR Alpujarra-Sierra Nevada;
- **Las Rutas Temáticas del Patrimonio Histórico** (2007). ADR Alpujarra-Sierra Nevada.

Con la declaración **B.I.C. del Sitio Histórico de la Alpujarra Media y de La Tahá**, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía ha dado un gran paso de cara a la protección cultural de la Alpujarra, incorporando municipios con Bienes declarados BIC o en su entorno inmediato de protección como Almegíjar, Bérchules, Bubión, Busquistar, Capileira, Cástaras, Juviles, La Tahá, Lobras, Pórtugos y Trevélez; y en el entorno visual de protección como Albondón, Cadiar, Murtas, Órgiva, Polopos, Rubite, Sorvilán Torvizcón y Turón. Y con la formulación del documento de **Criterios para la protección del paisaje cultural de la Alpujarra Media y de la Tahá** (2006) se han sentado las bases para que cada uno de ellos se dote de un PGOU que compatibilice sus necesidades urbanísticas con el respeto de sus valores patrimoniales³³².

10.3. El Patrimonio inmaterial de la Alpujarra

La Consejería de Cultura y Deporte a través del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico está elaborando el **Atlas del Patrimonio Inmaterial de Andalucía**, contando con la colaboración de otras instituciones (Centro de Estudios Andaluces, Servicio de Investigación y Difusión del Patrimonio Histórico) y con la participación de diferentes colectivos sociales (Grupos de Desarrollo Rural, Asociaciones, artesanos, Hermandades...). El **Atlas del Patrimonio Inmaterial de Andalucía** tiene por finalidad el registro, documentación, difusión y salvaguardia del patrimonio inmaterial de Andalucía. Este proyecto persigue poner en valor y difundir una imagen de Andalucía desconocida y poco valorada que permita a sus protagonistas reconocerse en las expresiones más vivas de nuestro patrimonio cultural³³³.

En el Atlas del Patrimonio Inmaterial de Andalucía se trabaja en cuatro grandes ámbitos o categorías: rituales festivos, oficios y saberes, modos de expresión y alimentación/cocina. Su ámbito territorial es todo el territorio de la Comunidad Autónoma Andaluza compuesta por ocho provincias y 771 municipios agrupados en 62 entidades supramunicipales o comarcas.

Según la Plataforma por Andalucía Oriental en su nota de apoyo por la declaración de la Alpujarra como Patrimonio de la Humanidad:

“La cultura alpujarreña está en los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas, junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes, que las habitantes de esta tierra reconocen como parte integrante de su patrimonio cultural.

Entre otras riquezas, el valor del patrimonio cultural inmaterial que allí existe, representado por el Trovo Alpujarreño, del que nuestra Plataforma ya apoyó su reconocimiento como Patrimonio Cultural Inmaterial. Las “tradiciones y expresiones orales” que se van transmitiendo de generación en generación por medio de la recreación permanentemente en función de su medio, entornos naturales e historia.”

<http://www.andaluciaoriental.es/09/2012/por-la-declaracion-de-la-alpujarra-como-patrimonio-de-la-humanidad/>

También se destaca este aspecto de la cultura alpujarreña en el documento de descripción y justificación para la propuesta de inclusión de la Alpujarra en la lista indicativa del Patrimonio mundial en España:

“La personalidad que tiene el paisaje de la Alpujarra se fundamenta en un elemento vertebrador principal, como es su emplazamiento en una zona de montaña media en la que la complicada orografía existente representa una base física peculiar de orden natural donde se ha desarrollado históricamente la relación humana con el medio, dirigida por unas condiciones ambientales particulares –climáticas, hídricas, edáficas– que han permitido una singular relación del ser humano con el entorno como base tradicional de su supervivencia. Este proceso de humanización de medio natural ha tenido como consecuencia la configuración de un paisaje cultural en la Alpujarra de características únicas y excepcionales, cuya idiosincrasia cultural va más allá de los elementos arquitectónicos o relacionados con el medio rural físicamente reconocibles en el territorio, es decir, un patrimonio inmaterial integrante de ese paisaje relacionado con las costumbres, los festejos, las tradiciones, las creencias, la gastronomía o los aprovechamientos etnobotánicos.”

10.4. El aprovechamiento turístico

El turismo es una de las industrias más importantes del mundo. El Consejo Mundial de Viajes y Turismo (WTTC) calcula que genera aproximadamente 12 por ciento del PBN mundial. Como hemos ido explicando en el presente documento, resulta evidente que uno de los recursos con más futuro para las dos regiones que nos ocupan, la provincia de Granada y en especial el territorio de la Alpujarra, y el de Jebala-Gomara, es la explotación turística, enfocada precisamente a los valores paisajísticos, naturales y humanos; así como al patrimonio cultural.

El turismo de estas regiones entraría, fundamentalmente, en la definición general de turismo de patrimonio, que es una categoría amplia que abarca tanto el ecoturismo como el turismo cultural con especial hincapié en la preservación del patrimonio natural y cultural. Esta categoría o segmento del mercado comprende visitas a sitios históricos, museos y galerías de arte pero también las excursiones a parques nacionales y forestales.

Según la Organización Mundial del Turismo (OMT), el turismo cultural incluye “movimientos de personas debido esencialmente a motivos culturales como viajes de estudio, viajes a festivales u otros eventos culturales, visitas a sitios y monumentos, viajes para estudiar la naturaleza, el arte o el folklore, y peregrinaciones.” Mientras que el ecoturismo es una de las categorías de “nuevo” turismo más citadas. La Sociedad Internacional de Ecoturismo define el ecoturismo como un viaje responsable a un medio natural que preserva el medio ambiente y contribuye al bienestar de las poblaciones locales”.

Dada la naturaleza de los valores culturales y naturales que constituyen el núcleo de interés turístico de estas regiones, estamos de manera clara ante la necesidad de plantear estrategias de turismo sostenible. El principio de “sostenibilidad” es una noción común a todos los segmentos y definiciones de “nuevo” turismo. Todas las definiciones se refieren a la preservación de los recursos para las futuras generaciones; la utilización del turismo al servicio de la protección del medio ambiente; la limitación de los efectos socioeconómicos negativos, y la producción de beneficios económicos y sociales para la población³³⁴. La OMT define el turismo sostenible como “el desarrollo de un turismo que toma en cuenta las necesidades de los turistas actuales y de las comunidades receptoras al tiempo que protege y promueve las posibilidades para el futuro. (El resultado esperado es que todos los recursos sean administrados) de modo tal que las necesidades económicas, sociales y estéticas puedan ser satisfechas preservando la integridad cultural, los procesos ecológicos esenciales, la diversidad biológica y los sistemas que sostienen la vida”. La expresión “turismo sostenible” se emplea con frecuencia en proyectos que solicitan asistencia internacional.

En este sentido, recordamos los objetivos del **PLAN DE DESARROLLO TURÍSTICO DE LA ALPUJARRA**:

- Puesta en valor turístico del patrimonio natural de la Alpujarra.
- Puesta en valor turístico del patrimonio cultural e histórico de la Alpujarra.
- Potenciación del recurso paisaje como reclamo turístico.
- La intervención puntual para la mejora y conservación del patrimonio y el paisaje.
- La mejora de la infraestructura turística actual de los municipios.
- La mejora de la oferta turística actual y creación de nuevos productos turísticos complementarios
- El embellecimiento de los pueblos para revalorizar su atractivo.

- La creación de productos turísticos ligados a la cultura y al turismo de naturaleza.
- La promoción y difusión de la Alpujarra y su actividad empresarial turística como destino de turismo cultural y de naturaleza.
- La creación de productos turísticos de interpretación basados en los recursos locales.
- La creación de programas destinados a la mejora de la calidad turística en destino, potenciando la generación de empleo local y formándola en este sentido.

Una de estas acciones ha sido la ejecución de un Itinerario Turístico a Pie, la Ruta Medieval³³⁵. Cabe también destacar las actividades relacionadas con el turismo de salud, basado en el aprovechamiento secular de los manantiales mineromedicinales, como alguna de las llevadas a cabo en 2012 por el Patronato de Turismo³³⁶. Y conviene llamar la atención, en sintonía con lo expuesto en apartados anteriores especialmente los relativos a la conservación y puesta en valor del patrimonio paisajístico asociado a la agricultura tradicional, en la atención que se debe prestar al turismo ecológico, teniendo en cuenta que resulta especialmente atractivo para el perfil más común del visitante de la Alpujarra³³⁷.

En relación a la conservación, difusión y aprovechamiento turístico del Patrimonio cultural alpujarreño, cabe destacar el gran trabajo que ha sido realizado ya con los conjuntos de aperos y artefactos alpujarreños conservados en las colecciones privadas o en los museos de pueblos a los cuales los habitantes han regalado ya parte de su patrimonio. En la propuesta clásica de museos de artes y tradiciones populares sería necesario insistir en la línea de ubicar los museos ya existentes en una red, insertada en rutas propuestas, con una especialización de cada uno de los museos, en vez de la situación actual en la cual cada museo propone al visitante casi los mismos objetos con una puesta en escena idéntica (casa rural con profusión de objetos) que no refleja ni los distintos estatutos de las familias alpujarreñas ni la diversidad de recursos económicos que se desarrollaron en la comarca (ganadería, agricultura, apicultura, etc.). Harían falta además unas explicaciones de los usos de los instrumentos para que los turistas urbanos que desconocen estos instrumentos puedan entenderlos (con la ayuda de fotografía, videos, o paneles explicativos...)³³⁸.

11

GLOSARIO DE NOTAS

GLOSARIO DE NOTAS

1. Apartado elaborado por J. Vignet-Zunz y P. Jiménez Castillo.
2. Apartado elaborado por M. Ch. Delaigue.
3. GARCÍA CANCLINI, 2001, p. 193.
4. <http://www.iaph.es/web/canales/patrimonio-cultural/patrimonio-inmueble/patrimonio-etnologico/>
5. http://www.lamoncloa.gob.es/ConsejodeMinistros/Referencias/_2013/refc20131108.htm#PatrimonioIn
6. De manera general, los apellidos y topónimos guardarán la forma oficial de la versión francesa. Excepto con “Jebala”: para quedarnos en las normas marroquíes de transcripción de los caracteres árabes en letras latinas, sin alejarnos demasiado de la forma castellana de esta voz, usaremos “Jebala” y no “Yebala” (más cercana por cierto a la pronunciación castellana) ni “Jbala” (que corresponde a la habla común marroquí cuando se la transcribe en caracteres latinos –la pronunciación entre los Jebala siendo: “Dÿbala”); no se trata en absoluto de una jota. Pero guardamos el carácter /ÿ/ en las demás voces vernáculas. Hemos tratado transcribir ciertos caracteres de la fonética marroquí de la forma siguiente. Para las interdental (como en el inglés “think” y “this”): th/ y /dh/. Para las enfáticas: /s/, /d/, /t/, en negrita. Para la /h/ del fondo de la garganta (como en “cante hondo”): /h/ en negrita. Para la /r/ uvular (o /r/ parisina, del fondo de la garganta): /gh/. La / ‘ / corresponde a la fricativa faringal. La /ch/ a la /ch/ castellana sin la oclusión anterior de la /t/.
7. Hasta II.4., inclusive, apartados elaborados por Jacques Vignet-Zunz. Se debe la traducción en castellano de los apartados de Vignet-Zunz a Oleg Vargas Ganzélévich, a la vez granadino y tangerino, recién desaparecido.
8. MAURER, 1990.
9. Al-Habt, en los primeros siglos de al-Ándalus, se prolongaba hacia el este entre Ouergha y Sebou hasta la altura de Fez, confirmando el sentido primero de la palabra habt: “bajada”, es decir la ruta llevando desde el corazón del país a los puertos del Estrecho (y puertas de al-Ándalus). Luego fue el nombre de la provincia que cubría el extremo noroeste de Marruecos, después de la pérdida de Sabta/ Ceuta, hasta entonces capital de esta provincia.
10. En castellano “*alfoz*” es el territorio agrícola de una ciudad, su hinterland rural.
11. MARTIN *et alii*, 1964.
12. Esta palabra puede tener una connotación despectiva, particularmente en las ciudades del norte del ex-protectorado español donde puede designar a toda persona originaria de la “zona sur”, o sea del ex-protectorado francés.
13. Cf. DOUTTÉ, 1899, p. 11, nota 3.
14. FERHAT, 1993.
15. 1976, p. 339.
16. 1926, pp. 35 y 36.
17. MAURER, 1968, HART, 1976.

18. NOIN, 1970.
19. MAURER, 1990, FAY, 1972.
20. DOUTTÉ (1899, 4, nota 1) cita, en Argelia, los “Djebala (...) de Nedroma, d’El Milia, etc...”
21. FERHAT, 1994, p. 33.
22. NAVARRO MEDEROS, 1992, citado por CAMPS, 1998.
23. AL-FIGUIGUI, 2001.
24. LAZAREV, 1966, p. 39, mapas 36 y 41.
25. CRESSIER, 1983-84, p. 451.
26. Cronistas árabes citados en BAZZANA *et al.*, 1983-1984, p. 370, nota 15.
27. IBN JALDÚN, 1968-1969.
28. Universidad de Granada.
29. TRILLO, 1994.
30. He dirigido un proyecto de prospección arqueológica superficial, *Análisis del poblamiento de la Alpujarra Alta granadina* (1992-1998), y la excavación de la necrópolis altomedieval del Cortijo de Ana (Órgiva) (1993). Se pueden consultar los resultados en los informes publicados en el *Anuario Arqueológico de Andalucía*. Asimismo un resumen de esto en TRILLO, 1996d.
31. TRILLO, 1997.
32. HODGES y WHITEHOUSE, 2003.
33. GÓMEZ BECERRA, 1998.
34. TRILLO, 1998.
35. TRILLO y AMTMANN, 2001.
36. SÁNCHEZ MARTÍNEZ, 1975-76; CRESSIER, 1984; TRILLO, 1994, pp. 100-107.
37. SÁNCHEZ MARTÍNEZ, 1975-76, pp. 59-69; TRILLO, 1998.
38. IBN HAYYÂN, 1981, p. 61.
39. IBN HAYYÂN, 1981, p. 57.
40. LÉVI-PROVENÇAL y GARCÍA GÓMEZ, 1950, p. 100.
41. IBN HAYYÂN, 1981, pp. 367-368.
42. CRESSIER, 1984.
43. MARTÍN CIVANTOS, 2012.
44. CARVAJAL, 2008.

45. AL- RÂZÎ, 1975, p. 25.
46. AL-BAKRÎ, 1982, pp. 23 y 24.
47. AL-ZUHRÎ, 1991, p. 165.
48. AL-ZUHRÎ, 1991, p. 166.
49. IBN AL-‘AWWAM: 1988, t. I, p. 289.
50. DOZY, 1967, p. 154.
51. LÓPEZ DE COCA, 1997.
52. MOLINA LÓPEZ, 1991.
53. ESPINAR, 1990; TRILLO, 2004, pp. 114-117.
54. ESPINAR y QUESADA, 1985-86; TRILLO y AMTMANN, 2001.
55. AL-IDRÎSÎ, 1989, p. 89.
56. AL-QASTÂLÎ, 2010.
57. TRILLO, en prensa.
58. CALERO, 1982, p. 150.
59. IBN AL-JATÎB, 1955, t. III, p. 306.
60. TRILLO, 2004, pp.75-95; TRILLO, 2006.
61. DELAIGUE, 2006.
62. A.G.S., C.M.C., 1ª época, leg. 131; TRILLO, 1994, pp. 183-185.
63. Para la época medieval se puede consultar los trabajos de Patrice Cressier (1984, 1992) y de Carmen Trillo San José (1992; así como el capítulo correspondiente en el presente libro).
64. La bibliografía es abundante ver por ejemplo, CASTELLÓN, 1995; DELAIGUE, 1988.
65. Este capítulo retoma en parte un artículo (DELAIGUE, 1995a) basado en los libros de Apeos y los protocolos notariales de Órgiva que escudriña el desarrollo de la región durante los primeros diez años del asentamiento de los colonos en las Alpujarras granadinas (tomo I 1574-1579 y tomo II, 1580-1581).
66. CRESSIER, 1984; TRILLO, 1992.
67. TRILLO, 1992, p. 73.
68. Según VINCENT, 1988, p. 236.
69. VINCENT, 1981, pp. 125-129.
70. RODRÍGUEZ MONTEOLIVA, 1996.
71. RODRÍGUEZ MONTEOLIVA, 1997, p. 22.

72. RODRÍGUEZ MONTEAOLIVA, 1997, pp. 18 y 19.
73. L.A.R. Busquístar, folio 73.
74. Protocolos, Órgiva, 1581, fol. 47.
75. Pedro fue el Encargado de la Población de Trevélez pero no recibió ninguna suerte de ventaja como todos los encargados de población, sino que se le pago un dinero que se le debía. Sigue unas dificultades con los vecinos "*çiertos veçinos dél (Trevélez) y para que me perdonasen fue condición que no viviesse en Trevélez y ansi, para evitar passiones y por mi quietud y la de los vezinos, hize trueque de la suerte que tenía en Trebélez, con la suerte que Rodrigo Arias tiene en Atalbeytar y ansi estoy ya, con mi mujer y hato, en el dicho lugar y Rodrigo Arias está en Trebélez*" (L.A.R. Atalbeitar, folio 39v). Sin embargo Pedro sigue teniendo problemas con sus nuevos vecinos y un año después de su nueva instalación en Atalbeitar se pelea con Juan Jorge, originario de Soria e instalado en aquel pueblo. El enfrentamiento se suelta para Pedro con tres heridas en la cabeza y tiene que recurrir a un cirujano (Protocolo, 1578, f. 110).
76. Alonso de Viciosa es también albañil y en 1577 le contrata don Luis Zapata para construir un mesón cerca de Torviscón, a unos diez kilómetros en línea recta de su pueblo. Puede edificarse otra casa al lado del mesón y ganará 124 ducados. Este año Alonso compra otra casa en Bayaca y alquila una suerte en Bayaca a un nuevo poblador (Protocolos, 1577, f. 29, 149, 151-152).
77. L.A.R., f. 309, 314, 382, 538-539.
78. L.A.R. Pórtugos, f. 140v y 174-176.
79. RODRÍGUEZ MONTEOLIVA, 1997, p. 26.
80. Protocolos, 1584, f. 62.
81. Protocolos, 1580, f. 97v.
82. Catalina una de las hermanas de María reconoce en 1584 que tuvo la importante suma de 465 ducados de dote y arras y que heredó de 190 ducados de sus padres (Protocolos, 1584, f. 63).
83. BAÑUELOS, 2009, pp. 52-53.
84. Protocolos, 1578, f. 102v.
85. Protocolos, 1578, f. 110.
86. Ver por ejemplo DELAIGUE, 1988, pp. 240-245
87. LÓPEZ, 1791.
88. Protocolos, 1581, f. 83.
89. Protocolos 1580, f. 121-122.
90. Protocolos, 1580, f. 102 v.
91. Protocolos, 1577, f. 106.
92. Protocolos, 1581, f. 97.
93. Protocolos, 1580, f. 97v-99v.

94. Protocolos, 1583, f. 74v-75v.
95. Protocolos 1585, f. 2.
96. Protocolos, 1585, f. 32.
97. Protocolos, 1581, f. 30-31.
98. T2 1577, f. 106.
99. Protocolos, 1580, f. 105v-107.
100. Protocolos, 1583, f. 78 v-82 v.
101. Protocolos, 1580, f. 102v.
102. Consiste en actas de dotes, arras, inventarios y testamentos en total cincuenta y uno documentos.
103. Protocolos, 1582, f. 11v-13.
104. Protocolos, 1579, sin paginación.
105. Por ejemplo en Cástaras “*diosele a la morada de Diego Lòpez un huerto a las espaldas de su casa, que alinda con casas de Alonso de Leiba y con casa de Francisco Martín, y tiene nueve morales*” cita del libro de Apeo (BAÑUELOS, 2009, p.14).
106. En Capileira las manzanas, algo más largas, no reúnen más de ocho casas (DELAIGUE, 1988, 260).
107. DELAIGUE, 1988, p. 241.
108. BAÑUELOS, 2009, p. 16.
109. “*se abia passado con los moros al tiempo del levantamiento y abia renegado y hecho laçala y andaba en abito de mora y que cortaba y señalava los cabellos como mora*” (L.A.R. de Los Bérchules, f. 240v).
110. L.A.R. Barranco de Poqueira, f. 71.
111. L.A.R. Los Bérchules, folio 242.
112. DELAIGUE, 1990, p. 153.
113. La iglesia del barrio de Purchena “*parecía hecha a manera de mezquita sin torre*” (L.A.R. de los Bérchules f. 239v.). Sobre las mezquitas ver CRESSIER, 1988.
114. L.A.R. Poqueira, f. 668v.
115. L.A.R. Poqueira, f. 142.
116. L.A.R. Poqueira, f. 669.
117. COROMINAS, 1991-1997, t. I, 609-610.
118. L.A.R. Barranco de Poqueira, f. 668v.
119. Libro de Habices, f. 13v.

120. Sobre los sentidos de la palabra árabe ver MARTÍNEZ RUIZ, 1972, p. 46; id., 1977, pp. 301-302; TORRES BALBÁS, 1950, pp. 179-181; MAZZOLI-GUINTARD, en prensa.
121. L.A.R. de Busquistar, f. 23.
122. Libro de Habices f. 13v.
123. Libro de Habices, f. 30.
124. L.A.R. Los Bérchules, f. 241v.
125. L.A.R. Barranco de Poquita, f. 6.
126. L.A.R. Barranco de Poqueira, f. 67v.
127. *“una rabita de tiempo de moros ...que tiene veynte pies de largo e doze en ancho”* (Libro de Habices de los Bérchules, f. 218v).
128. L.A.R. Los Bérchules, f. 218.
129. DELAIGUE, 1991, p. 122.
130. L.A.R. Bubión, f. 25.
131. L.A.R. Busquistar, sin paginación.
132. L.A.R. Busquistar, sin folio; L.A.R. de Los Bérchules, f. 15, 19.
133. GARCÍA GÁMEZ, 1997, p. 270.
134. L.A.R. Bérchules, f. 14.
135. L.A.R. Busquistar, f. 15.
136. Libro de Habices, f. 13.
137. Ver por ejemplo los trabajos de Antonio Orihuela Uzal (1996, 2002).
138. VINCENT, 1978, p. 69.
139. Protocolos, 1577, f. 114.
140. No se mencionarán en este trabajo las transformaciones económicas de la comarca ya que se puede consultar el excelente libro de GARCÍA MARTÍNEZ, 1999.
141. Una vara mide 0,836 m (MORELL, 1909, p. 38) y 4 varas corresponden a una viga de unos 3,3 m de longitud.
142. DELAIGUE, 1990, pp. 22 y 23.
143. DELAIGUE, 1991a, pp. 120 y 121.
144. CASEY, 1988, p. 195.
145. CASEY, 1988, p. 198.
146. Entre 1700 y 1752 se celebran en Capileira, según los libros de matrimonio de la iglesia, 148 uniones

de las cuales un tercio corresponden a un segundo, a un tercero o a un cuarto matrimonio. En el campo la necesaria complementariedad del trabajo del hombre y de la mujer hace indispensable volver a casarse en cuanto uno relativamente joven se queda viudo y con niños o al contrario la ausencia de descendencia empuja a un nuevo matrimonio. Los hijos constituyen una seguridad y, en el siglo XIX el doctor Oloriz apuntaba que las familias de la Alpujarra adoptaban fácilmente niños huérfanos para no quedarse sin descendencia (PINO, 1978, pp. 175-178).

147. En Capileira, las familias que no tienen animales son las de las viudas o las que residen en un solo cuarto.

148. Las estimaciones de las casas de Capileira varían en una escala de 1 a 80 mientras las de la tierra oscilan entre 1 y 17675 (DELAIGUE, 1988, p. 277).

149. CASEY, 1988.

150. CASEY, 1988.

151. DELAIGUE, 1988, p. 260.

152. DELAIGUE, 1990.

153. Apartado elaborado por Marie-Christine Delaigue.

154. Aunque en el barranco de Poqueira la noción “moderna” de hábitat vernáculo alpujarreño ha recuperado el valor de los muros sin encalado.

155. Las diferencias de estatus socioeconómico se basa sobre todo en la posesión de tierra. Los datos de las repoblaciones del siglo XVI dejan entrever la desigualdad en la distribución de las tierras, diferencias que se irán afianzando con el paso del tiempo llegando a conformar una sociedad dividida en tres estamentos principales: los ricos o pudientes (que poseían muchas tierras y/o una pequeña industria), los mediados dueños de unas parcelas que les permitían vivir, y los pobres sin tierra que se ofrecían como braceros.

156. El museo Pedro Antonio de Alarcón de Capileira propone la reconstitución de una habitación de la casa de una familia “acomodada”. <http://www.capileira.es/index.php?sec=256>

157. [http://granadapedia.wikanda.es/wiki/Casa_Alpujarre%C3%B1a_\(Bubi%C3%B3n\)](http://granadapedia.wikanda.es/wiki/Casa_Alpujarre%C3%B1a_(Bubi%C3%B3n))

158. Apartado elaborado por Marie-Christine Delaigue.

159. Apartado elaborado por M. Ch. Delaigue. Se trata de la traducción de un artículo publicado en Sierra Nevada y su entorno, Granada, Universidad de Granada, 1988, pp. 169-182.

160. En esta época la casa no tenía mucho valor en una sociedad en la cual la tierra era la principal fuente de ingreso. Además, según las encuestas, el reparto de la herencia era, a menudo, fuente de querellas familiares.

161. Sin embargo existen excepciones: en el barrio Bajo se observaban algunas grandes casas que pertenecieron antes a ricos propietarios y desde entonces han sido compradas y divididas.

162. VOIGT, 1937, pp. 24 y 25; FERNÁNDEZ, 1931. p. 304.

163. El tinado es el único sitio que permite ver las casas adosadas por cada lado. En verano su sombra es aprovechada por las mujeres para reunirse, charlar, desarrollar alguna tarea.

164. Utilizamos el término anexión a pesar de que significa una acción y no una realidad concreta material pues subraya precisamente el hecho de adquirir una dependencia.
165. No se conserva el volumen sobre los bienes del clero que contaban con edificios en el pueblo.
166. Según Madóz, (Pascual Madóz, *Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1848, t. V, pp. 504). Sin embargo, en el archivo de la parroquia se encontraron datos que permiten retroceder la erección del nuevo templo a los años 1716,-1717.
167. Ya desde 1621 se venía informado de que la iglesia era demasiado pequeña (*Informe del arzobispado (vicarios y parroquias)* año 1621), manuscrito conservado en el Archivo de la Curia de Granada.
168. Apartado elaborado por J. Vignet-Zunz. Debo a la amabilidad del Pr. Virgilio Martínez Enamorado el haber vuelto en un castellano más elegante y correcto mi propia traducción de este apartado.
169. PASCON, 1980.
170. Apartado elaborado por J. Vignet-Zunz
171. MICHAUX-BELLAIRE y SALMON, 1905/1974, T. 4, pp. 105-123.
172. Según Michaux-Bellaire y Salmon, op. cit., en realidad, se les hallaban también más al sur, en los Doukkala y los Rehamna, por ejemplo, cf. DOUTTÉ, 1905, pp. 285-289. Doutté precisa que la *nuwwala* es rara en Argelia, pero “se halla idéntica en Tripolitania”, confirmando su extensión.
173. Habían otras regiones, igualmente fuera del campo del gran nomadismo, en las cuales se encontraban tiendas confeccionadas a partir de fibras vegetales mezcladas con pelo de cabra. Así en los Chaouia y en los Doukkala (DOUTTÉ, 1905, p. 24). LAOUST (1920-1983, p. 22), a su vez, dice, a propósito de la tienda de los pastores trashumantes bereberoparlantes del Marruecos central, que el pelo de cabra está “mezclado de borra de palmero o de fibras de asfódelo”.
174. El término pudiera ser de origen bereber: cf. *agrur*, “pequeño cercado” en Gran Kabilia (LAOUST-CHANTRÉAUX, 1990, p. 43) y en el Alto Atlas (idem: nota 28, p. 259).
175. SEDDON, 1981.
176. MARTIN et al., 1964.
177. 1972, p. 88.
178. El bálago es sin embargo la cobertura normal de la *nuwwala*, la cual, al principio del siglo XX, se encuentra todavía lejos en el sur, en el Marruecos atlántico.
179. VIGNET-ZUNZ, 1997.
180. Son los Bni Gorfet de quienes se tiene en general las informaciones de primera mano. Sobre las otras tribus o regiones serán, en general, procedentes de otros estudios.
1781. Ya no es el caso puesto que desde hace una década la electricidad se ha extendido a todo el monte.
182. Vale señalar que en la isla de Djerba (Jerba), en el sur tunecino, la casa lleva al piso y en ángulo una habitación para la estación caliente (porque sopla entonces una brisa refrescante, lo que no es el caso en Fez): es la única en llevar el nombre de *ghorfā*.
183. REVAULT, GOLVIN y AMAHAN, 1985.
184. En otras tribus al suroeste de la península tingitana, se dice *qawr* o *mrah*.

185. En árabe, “árbol”; aquí, la higuera tiene un estatuto aparte puesto que es el único árbol que se llame *chadýra*; un huerto de higueras: *dýenan de-jrif*, donde *jrif* no es “otoño”, noción que no es usada en esta región, pero el tiempo de las frutas, el cual empieza con los primeros calores o sea en mayo.
186. En otras tribus, se dice *mimra*, *qutchina* y hasta *kanun*.
187. O bien, en otros lugares, *kanun* designará al mismo tiempo el cuarto de fuego (por ejemplo, en Bni Ider).
188. Véase más lejos: técnicas domésticas.
189. La chimenea, es decir la evacuación organizada del humo, con un dispositivo que permite evacuar el humo del hogar gracias a la combinación de una campana y de un conducto pasando a través del techo, es normalmente ausente de la casa rural de Marruecos y más generalmente de África del norte. En cambio, la casa patricia de las capitales utiliza tradicionalmente esta técnica para el uso del baño (*hammam*).
190. GONZÁLEZ URQUIJO et al., 1999.
191. BENELKHADIR y LAHBABI, 1989, pp. 43-51.
192. BENELKHADIR y LAHBABI, 1989, p. 61.
193. BENELKHADIR y LAHBABI, 1989, p. 56.
194. Así como el Rif occidental y los llanos atlánticos del norte.
195. BENELKHADIR y LAHBABI, 1989, p. 61.
196. BENELKHADIR y LAHBABI, 1989, p. 87.
197. Op. cit.:73.
198. Para el Rif bereberoparlante, las informaciones están sacadas esencialmente de Coon y de Hart, con las aportaciones puntuales de Laoust. Las precisiones lexicales sin mención del autor son de Coon.
199. Sin embargo, Coon (1931, p. 69) plantea la hipótesis de que los rifeños del Rif central hayan podido haber conocido ellos también el techo de dos aguas antes de apartarlo a causa de las destrucciones de la guerra del Rif y luego de la interdicción del corte de árboles por las autoridades coloniales.
200. HART, 1976, p. 95.
201. HART, 1976, p. 38. El informador de Moulieras (1895, I, p. 52) las evoca así: “Aquí, en el patio de cada casa, quatro vigas llevaban una alta torre de madera, arriba de la cual el jefe de familia vigila (...)”. DOUTTÉ (1914, p. 315) escribe a propósito de Argelia oriental: “En el Aurès, antes de nuestra llegada, las aldeas estaban en perpetuo estado de guerra” y agrega, citando a Masqueray: “cada uno tenía sus torres de observación, torres cuadradas, sólidas, a lo alto de las cuales sentinelas observaban el llano y los desfiladeros”. Gauché no las halla en el Bajo-Kert.
202. HART, 1976, p. 381.
203. Apartado elaborado por J. Vignet-Zunz.
204. CRESSIER, 1998a.
205. Apartado elaborado por Marie-Christine Delaigue
206. BAZZANA et alii, en prensa; DELAIGUE et alii, 2001.

207. Apartado elaborado por Marie-Christine Delaigue.
208. Video sobre un ejemplo de careo: http://www.thewaterchannel.tv/index.php?option=com_hwdvideoshare&task=viewvideo&Itemid=4&video_id=481
209. CASTILLO MARTÍN, 1999.
210. 1981, p. 21.
211. GARCÍA MARTÍNEZ, 1999, p. 81.
212. NAVARRO ALCALÁ-ZAMORA, 1981, p. 41.
213. NAVARRO ALCALÁ-ZAMORA, 1981, pp. 41-42.
214. VIGNET-ZUNZ- 2003, p. 198.
215. GARCÍA DE LOS REYES: <http://granadablogs.com/gr-arquitectos/2009/07/18/la-cortijada-y-el-bancal/>
216. Apartado elaborado por J. Vignet-Zunz
217. FAY, 1976, p. 127; véase también CHICHE, 1984, pp. 129, 195-198 y 316-317.
218. Este término existe también en España, véase DOZY, 1967, p. 477: “Manada de ganado mayor perteneciente a distintos propietarios y cuidado por un pastor pagado por la comunidad, Gl. Esp. 50, troupeau, Daumas V.A., 349, 368, doula”.
219. En bereber, “madera”. En las poblaciones bereberoparlantes de Marruecos central, se encuentra *imassen*, un plural que tiene como sentido primero: “instrumentos” (la palabra se encuentra también en el Aurès). En el sur, es *aullu* y sus derivados (LAOUST, 1920-1983, pp. 276-277).
220. El término podría ser de origen latino: cf. *stiva*, que da “esteba” en español (comunicación personal de J. L. Mingote Calderón). LAOUST (1920-1983, p. 284) da otras formas para el mundo bereber: *agellu*, *tisili*, con sus derivados.
221. BENEÍTEZ CANTERO, 1951.
222. MARTÍNEZ RUIZ, 1966/1995.
223. HART, 1976, foto p. 80.
224. THIBAUD, 1998.
225. Las regiones bereberoparlantes más meridionales tienen respectivamente *taguda* y *tagursa*, más raramente *askerz* (LAOUST, 1920-1983, pp. 286-287 y 280-282).
226. HART, 1976, p. 51. El autor ve incluso en eso una distinción relevante entre los dos grupos principales que ocupan la sierra, jebala y rifeños.
227. A principios del siglo XX, ya se notaba: “...pero a menudo siembran al mismo tiempo que vuelcan la tierra, o a veces aún antes, sus arados sirviéndoles de rastra”, SALMON, 1904/1974, p. 233, a propósito de los Fahsia, cerca de Tánger.
228. COMET, 1992, p. 50.
229. COMET, 1992, p. 131.

230. ar.=’arab, jb.=jebala, rif.=rifeño, gh.=gomera.
231. VIGNET-ZUNZ, 1995, pp. 226-228.
232. LAOUST, 1920-1983, p.357, note 1.
233. CARO BAROJA, 1957. Este tipo de “granero sobre patines” con tejado de dos aguas cubierto de bálago, de tejas llanas o de latas de madera, de dimensiones enanas, no es excepcional. Se ha señalado en Hungría y en Méjico central (GAST y SIGAUT, 1981, t. II). En España, el granero sobre pilas, hórreo, levantado en cortas pilas de piedra seca, es bien conocido -y desde la era neolítica- en los Montes de Cantabria (GÓMEZ-TABANERA, 1981, vol. 2).
234. ROSEMBERGER, 1985, p. 263, nota 6.El trabajo de terreno del equipo de etno-prehistoriadores de la Universidad de Cantabria ha producido interesantes descubrimientos. Uno de ellos se relaciona con el granero sobre pila atestiguado, gracias a su investigación del verano 2000, en Ghzaoua, fuera y al sur del país Gomara. El hecho de que un edificio tan visible como insólito desborde la área que se la atribuía demuestra la necesidad de avanzar rápidamente en el inventario de la cultura material y de su postigo lexical en una región, el Rif, que puede encubrir más sorpresas pero que pierde, con un ritmo creciente, los testigos de su originalidad pasada.
235. Véase EL ABDELLAOUI, 2003.
236. MONTAGNE, 1930, pp. 61-62.
237. Un modelo parecido ha ocupado una zona en la confluencia de las provincias de Granada, Murcia y Almería, véase VIGNET-ZUNZ, 2004, p. 208, nota 42.
238. Comunicación personal de H. Al-Figuigui.
239. Para los A. Waryaghar, la descripción de HART (1976, p. 31) es indiscutible: “*Here, after threshing, the straw is gathered into a circular stack or silo with a pointed top, and it is weighted down with stones hung from cords tied to a stone at its peak, in order to keep it in shape* ”; una foto (p. 60) lo ilustra claramente. Para los sanhaja, comunicación personal de Mh. Boudouah.
240. Una información de E. Gauché extiende, por observación propia, a las tribus siguientes de la provincia de Nador la zona donde el almiar tampoco lleva estaca: Bni Saïd, Bni Sidel, Bni Oulichek, Metalsa y Tafersit.
241. LAOUST, 1920-1983, p.36, nota 1.
242. LAOUST-CHANTRÉAUX, 1990, lámina L.
243. Apartado elaborado por Marie-Christine Delaigue.
244. Apartado elaborado por Marie-Christine Delaigue
245. AL-BAKRĪ en el siglo XI y AL-IDRĪSĪ y AL-ZUHRĪ en el siglo XII (TRILLO SAN JOSÉ, 1992, p. 130). Según LAGARDÈRE (1990, 97) la seda se implanta en la región de Granada a través de las tribus de Siria que llegan en 740.
246. LAGARDÈRE (1990, p.100) apunta que la seda de Sierra Nevada se tejía en distintos centros textiles de los alrededores de la montaña, como Granada. Sin embargo cita también para la época nazarí (mencionado por el visir nazarí Ibn al Ḥaṭīb) una “ciudad” llamada Jubiles que “producía magníficas sedas manufacturadas” (p. 110).
247. GARCÍA GÁMEZ, 1998.

248. HERNÁNDEZ RIOS, 2001.
249. GALÁN SÁNCHEZ, 1982, p. 293.
250. MÁRMOL CARVAJAL, 1991, p. 97.
251. Archivo notarial, protocolos, Diego de Silva y Antonio de la Peña, f, 97v.
252. HERNÁNDEZ RIOS, 2001.
253. En el taller de Bubión, Nade Favreau propone a los visitantes las típicas “sábanas de lana” de la Alpujarra con las técnicas tradicionales (punto de tafetán) tejidas en un telar más ancho (de hecho es el telar que utilizaba Nicolás Casares) así como una producción creativa y personal.
254. La más completa aunque trate sólo de la Alpujarra almeriense es la de CARA BARRIONUEVO *et alii*, 1999; REYES MESA, 2000.
255. CARA BARRIONUEVO, 2010, p. 202.
256. ORDÓÑEZ VERGARA, 1993.
257. Video del último molino de Cádiar (no se explica la técnica). <http://www.radiogranada.es/2013/11/09/domingo-conserva-en-cadiar-el-ultimo-molino-de-la-alpujarra/>
258. CRESSIER y DELAIGUE, 2003.
259. Apartado elaborado por Jacques Vignet-Zunz.
260. VIGNET-ZUNZ, 1979, p. 475.
261. Ciertos autores dan *samet* sin *s* enfático; *samet*, con *s* enfático, se dice en Marruecos de las frutas (aceitunas, higos, tomates...) todavía demasiado duras, no bastante maduras, lo que al parecer conviene. Esta jalea de uva la fabrican también los rifeños.
262. Producto raro, de hecho, siendo la producción de leche demasiado escasa. Se encuentra especialmente en las zonas cerca de las ciudades del norte, como Tánger y Tetuán, o entre los ‘arab del Moulouya.
263. “Antes formaban casi todo el efectivo de los armeros de Fez” (RICARD, 1926, pp. 64-65).
264. Véase en particular Coon (1931) en los dos capítulos sobre la cultura material.
265. Albañil, carpintero, tejero, costurero, zapatero, tintorero, curtidor, guarnicionero, joyero, herrero, cerrajero, chapucero, armero...
266. ja‘b (pl.) en Tanger. Notar la forma latina, mejor conservada en los Jebala.
267. MICHAUX-BELLAIRE y SALMON, 1905/1974, T. 6, p. 268.
268. “‘ar.”: en árabe de los ‘arab; “jb.”: en árabe de los Jebala; “rif.”: en bereber rifeño.
269. GONZÁLEZ URQUIJO et al., 2001.
270. COON, 1931, pp. 74-75.
271. LAOUST, 1920-1983, p. 66, nota 2.

272. MOULIÉRAS, 1899, citado por DOUTTÉ, 1899.
273. RICARD, op. cit.
274. COON, 1931, p. 81.
275. Este párrafo debe mucho al informe de GONZÁLEZ URQUIJO et al., 1999, pp. 34-38.
276. Terminos en uso en país Jebala.
277. Se puede añadir un préstamo de los colonos españoles, *horgai*, del español *horcate* (hermano del francés *fourche*), dos pedazos de madera arqueadas, reunidas a un extremo, sirviendo de cabestro a la mula durante el arado o, en el área de Larache y de Ksar El-Kebir, para tirar del carro, él también importado.
278. Ciertas cantidades de cereales y leguminosos, de aceitunas, de mantequilla, etc, son a veces puestas en el mercado, pero en general la producción excede poco las necesidades de la familia.
279. Este término define normalmente la presa; su uso aquí explota la forma, no la función.
280. El molino descrito por Joly (1912, p. 214) en Tetuán es del mismo tipo. Pero el autor no se refiere al otro tipo de molino, de rampa, lo que no permite clasificar los molinos de agua que señala como “similares” en Argelia (Titteri, Montes de Hodna, etc).
281. CRESSIER, 1998.
282. ORDÓÑEZ VERGARA, 1993.
283. En otras partes, por ejemplo en Egipto, *el-‘odda* es el equipamiento, el utillaje.
284. ¿Sería necesario hacer una aproximación a la raíz bereber *zneg*, “tirar”, que se encuentra en *azeneg* y sus alternativas para la clavija del timón del arado, en los Atlas alto y medio? Cf. LAOUST, 1920-1983, p. 289. Según el equipo de la Universidad de Santander, los jebala del sur y del este de Cháuen llaman *zinzgara*, *zinzarra* al pistón de la mantequera.
285. El pisado, con uso de agua caliente, en los tanques de decantación, no se practicaba en Provenza, me señala G. Comet.
286. Para una descripción más detallada y un barrido más completo a escala del Magreb, véase CAMPS-FABRER, 2000.
287. MYRDAL, 1988, quien lo ignora también en España.
288. O, en otras partes: *anich*; se sabe que el sufijo *ich* o *ech* marca el plural en el habla de los jebala. Estas tres piedras del hogar son iniyen en Gran Kabilia (LAOUST-CHANTRÉAUX, 1990, p. 41).
289. Y no ferran como en las hablas urbanas marroquíes y también en los jebala meridionales (*afernu* en muchas hablas bereber, del latín *furnus*).
290. Apartado elaborado por M. Ch. Delaigue
291. NAVARRO ALCALÁ-ZAMORA, 1979, p. 218.
292. NAVARRO ALCALÁ-ZAMORA. 1981.
293. Se ha comprobado que en las sociedades tradicionales (y no sólo la de la Alpujarra) se observa la ley según la cual la sangre espanta a la sangre: así las mujeres jóvenes susceptibles de tener la menstruación no pueden participar en un sacrificio sangrante. En cambio una mujer mayor menopáusica no

está excluida. Por esta razón la parte sacrificial de la matanza es siempre llevada a cabo por hombres.

294. El cuajo que se encuentra en el estómago de los citados animales contiene un enzima llamado quimosina, pepsina, lipasa, que tiene la propiedad de separar la grasa natural del agua que contiene la leche. De esta manera se puede conseguir que la leche solidifique al perder el aporte de agua que contenía nada más salir de las ubres del rumiante. Se utiliza también aunque es un uso menos frecuente la flor de cardo.

295. Quizás por falta de tiempo las mujeres no se podían dedicar a otro tipo de actividades artesanales. Sin embargo se puede también aludir a la teoría que muestra, en otros contextos culturales, que los hombres se reservan las actividades que requieren cierto nivel de técnica (en especial las promovidas por algún tipo de fuerza no humana, como el agua en los molinos y los batanes, fuerza animal en las almazaras, etc.) como modo de dominación masculina.

296. Apartado elaborado por J. Vignet-Zunz.

297. LEBBADDY, 2010.

298. MEZZINE y VIGNET-ZUNZ, 2014.

299. Apartado elaborado por M. Ch. Delaigue.

300. MICHAUX-BELLAIRE y SALMON, 1905/1974, t. 4, p. 80. Según Douffé, el término propio a principio del siglo XX era *ksa*, que casi no se encuentra hoy sino bajo la forma *keswa*, para toda clase de ropa o para el velo bordado que cubre el catafalco de un santo.

301. MICHAUX-BELLAIRE y SALMON, 1905/1974, t. 4, p. 88.

302. Véase DOZY, 1845, pp. 24-37, 400-403; DOUFFÉ, 1905, pp. 248-262; LAOUST, 1920-1983, pp. 124-133.

303. Para una clasificación de la ropa arrebozada, véase BALFET, 1984.

304. Véase MICHAUX-BELLAIRE y SALMON, 1905/1974, t. 4, p. 80 y siguientes.

305. LAOUST, 1920-1983, p. 129; BRIGA, 1992, pp. 1668-1669.

306. COON, 1931, p. 80.

307. SALMON, 1904/1974, p. 174. Sobre el carácter excepcional, en el marco marroquí, del mechón trenzado para el hombre adulto, véase Hart *infra*, quien nota la misma costumbre entre los rifeños.

308. LAOUST, 1920-1983, pp. 130-131; da *tarazala* o *tarazal* para el sombrero de ancho borde confeccionado con hojas de palmito trenzadas que, en verano, llevan el segador, el jinete o el viajador en país chleuh: “Se parece al tocado semejante de los nómadas del sur argelino, sin ser, no obstante, tan cargado y adornado de borlas y adornos de cuero o de lana”.

309. Si el segundo es clásico, el primero pertenece al léxico propio de los jebala: algunos avanzan un origen latino, a partir de *corrigia*, “correa”. Nótese que se halla en Gran Kabília akwerzi, “pieza de seda doblada” usada como cintura en ciertas tribus (LAOUST-CHANTRÉAUX, 1990).

310. LÉVI-PROVENÇAL, 1922.

311. RICARD, 1926. En realidad, el tinte “con nudo” (fr. *au nouet*) es conocido en toda África.

312. El uno y el otro son términos clásicos que se encuentran en algunas regiones del Magreb para piezas de tela que protegen la cabeza y lo alto de la espalda o, enrolladas, cubren la parte baja del cuerpo.

Véase Centre des Arts et Traditions Populaires (Tunisie), 1978. *Mendil* es dado como de origen latino: *mantele*, “toalla”.

313. Su etimología podría ser también latina: “*trabucus, genus calceamenti*” en latín común (ALBARRACÍN, 1964).

314. De Saban, ciudad de Iraq (ALBARRACÍN, op. cit.).

315. MICHAUX-BELLAIRE, 1911.

316. Junto al trabajo en alemán de RACKOW, 1958.

317. TRENGA, 1915-1916, p. 312.

318. BEHNSTEDT (1998, p. 89) lo confirma cuando señala, a proposito de al-Farâfira, oasis del desierto libio en Egipto occidental: “Los sombreros de paja son corrientes en todo el Magreb pero en ninguna otra parte de Egipto”.

319. CENTRE DES ARTS..., op. cit., 1978.

320. LAOUST-CHANTRÉAUX, 1990, p. 59.

321. Esta cintura no está hecha a partir de un tejido de lana pero de siete a diez cuerdecillas de lana trenzada, cada una apretada por una serie de cordones.

322. LAOUST-CHANTRÉAUX, 1990, p. 58.

323. SÁNCHEZ HITTA, 2007, p. 62.

324. 2007, p. 63.

325. http://granadapedia.wikanda.es/wiki/Sitio_Hist%C3%B3rico_de_la_Alpujarra_Media_y_La_Tah%C3%A1

326. http://es.wikipedia.org/wiki/Triodos_Bank
<http://www.lastorcas.com/>
<http://www.laflordelaalpujarra.com>

327. <http://www.canalsuralacarta.es/television/programa/espacio-protegido/28>

328. <http://www.alpujarragranada.com/presentaciones-de-la-semana-ecologica-de-la-alpujarra-diferencias-entre-los-alimentos-ecologicos-y-convencionales-una-alimentacion-sana-y-saludable>

329. <http://issuu.com/lepetitverdot/docs/2012epicurea5?mode=window&viewMode=doublePage>

330. http://www.cadiar.es/noticias/noticia/jornada_de_calidad_de_los_alimentos_ecologicos

331. <http://elecodealhama.es/sumarios/revistas/num024/medioambiente.html>

332. <http://granadablogs.com/gr-arquitectos/2009/10/05/el-barranco-de-poqueira-un-modelo-a-seguir/>

333. http://www.iaph.es/export/sites/default/galerias/patrimonio-cultural/imagenes/patrimonio-inmuble/atlas/documentos/1279283407305_boletin_ph_71_atlas_criterios_metodologicos_del_proyecto.pdf
<http://www.iaph.es/web/canales/patrimonio-cultural/patrimonio-inmaterial/atlas/fase.html>

334. PEDERSEN, *Gestión del turismo en sitios del Patrimonio Mundial: Manual práctico para administradores de sitios del Patrimonio Mundial*, París, 2005, p. 24

335. *"La idea surge dentro del marco de ejecución del Plan de Senderos, actuación perteneciente al Plan de Desarrollo Turístico de la Alpujarra Granadina, primera anualidad del Plan, que también contempla la adecuación de la red local de senderos de los 26 municipios de la Mancomunidad de Municipios de la Alpujarra Granadina, la mejora integral del trazado y la reposición de señalización del sendero GR 7, mejoras puntuales en el GR 142, creación de nuevos senderos en municipios concretos, así como la promoción de los productos de turismo activo creados y su difusión, no solo a través de la edición de guías, sino también a través del Portal Web del Plan de Desarrollo Turístico. Las Delegaciones de Turismo y Cultura, que tienen intereses compartidos en cuanto a la puesta en valor turístico de patrimonio cultural de la Alpujarra y con inversiones coparticipadas en otras actuaciones del Plan de Desarrollo Turístico de la Mancomunidad de la Alpujarra, fue el desencadenante de la colaboración con la Delegación de Cultura, en la ejecución de la Ruta Medieval. La colaboración entre ambas entidades, a través del Plan de Desarrollo Turístico de la Alpujarra Granadina, no solo se define en parámetros económicos, sino también a nivel técnico."* www.juviles.net/rutas/Ruta%20medieval.doc

336. <http://www.turgranada.es/patronato-turismo/Plan2012.pdf>

337. <http://www.granadadigital.com/la-alpujarra-granadina-apuesta-por-el-turismo-ecologico-para-garantizar-su-desarrollo-254682/>

338. Algunas reflexiones a tener en cuenta sobre este tipo de museos en: CARRETERO PÉREZ, A., "Antropólogos y mueseos etnográficos", <http://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/viewFile/CM-PL9696330329A/29845>

"Los museos etnográficos resultan ser con frecuencia museos históricos de las épocas recientes, apoyados sobre bases teóricas deficientes y mantienen una relación ambigua con la Antropología como disciplina científica. Los antropólogos no se sienten identificados con los museos y su cultura material, pero tampoco parecen tener interés para dotarles del soporte museos y su cultura material, pero tampoco parecen tener interés para dotarles del soporte epistemológico necesario, y ayudar a transformarlos en centros de análisis cultural. La situación degenera en un círculo vicioso que, por una parte, impide el desarrollo de los museos etnográficos más allá del mero conservatorio de recuerdos estilizados por el tiempo, y por otra deforma la proyección pública de la Antropología Cultural que la disciplina no puede desatender, y que el público cree encontrar en los museos".

339. Este capítulo no es sólo el apartado bibliográfico de la monografía, sino que reúne también numerosas publicaciones no citadas en el texto pero que nos han parecido especialmente relevantes de cara a una aproximación al conocimiento de la historia y el patrimonio cultural de la Alpujarra y Jebala-Gomara. Es de carácter orientativo y no exhaustivo.

12

COMPILACIÓN BIBLIOGRÁFICA

COMPILACIÓN BIBLIOGRÁFICA³³⁹

- ABUXARRA: REVISTA COMARCAL DE LA ALPUJARRA, Asociación Cultural Abuxarra de La Alpujarra, Almería: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, D. L. 1990.
- ADARVE, A., CASTILLO, A., GISBERT, J. y AL-ALWANI, G., “Characterization of subsurface flow in schists in Sierra Nevada (Granada; Spain) by depletion curves”, *Hydrogeology of Hard Rocks*, 1997, Ed. I.A.H., pp. 115-124.
- ALARCÓN, P. A. de, *La Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*, Armilla (Granada), 2000.
- AL-BAKRÎ, *Geografía de España. (Kitab al-Masalik wa-l-Mamalik)*, ed. y trad. E. VIDAL BELTRÁN, Zaragoza, 1982.
- ALBARRACÍN NAVARRO DE MARTÍNEZ RUIZ, J., *Vestido y adorno de la mujer musulmana de Yébala*, Marruecos, CSIC, Madrid, 1964.
- ALBERA, D. et CORTI, P. (bajo la dir. de), *La montagna mediterranea, una fabbrica d'uomini ? Mobilità e migrazioni in una prospettiva comparata (secoli XV-XX)*, coloquio de Cuneo, 8-10 octubre 1998, Cavallermaggiore, 2000.
- AL-FIGUIGUI, H., “Jbāla: tārīḥ wa majāl”, *Les Jbala: savoirs et systèmes paysans*, coloquio internacional (Kénitra, 16-17 diciembre 1993), GROUPE PLURIDISCIPLINAIRE D'ÉTUDE SUR LES JBALA, Les Jbala. Espace et pratiques, Kénitra, Université Ibn Tofaïl, Publications de la FLSH, 2001.
- AL-IDRÎSÎ, *Los caminos de al-Andalus en el siglo XII*, estudio, edición, traducción y notas de J. ABID MIZAL, Madrid, 1989.
- ALLART, Ph. y DELAIGUE, M-Ch., “Ethno-architecture à Capileira”, *Sierra Nevada y su entorno. Actas del encuentro hispano-francés sobre Sierra Nevada. La historia, la tierra y el poblamiento de Sierra Nevada y su entorno organizado por la Casa de Velázquez y la Universidad de Granada*, Granada, 1988, pp. 169-182.
- AL-QASTÂLÎ, A., *Milagros de Abû Marwân al-Yuhânîsî (Tuhfat al-mugtarib bi-bilâd al-Magrib fî karâmât al-sayj Abî Marwân)*, estudios, prólogo, nota e índices por F. de la Granja; trad. B. Boloix Gallardo, *Prodigios del maestro sufí Abû Marwân al-Yuhânîsî. Estudios crítico y traducción de Tuhfat al-mugtarib bi-bilâd al-Magrib a cargo de Ahmad al Qastâlî*, Madrid, 2010.
- AL-RÂZÎ, A., *Ajbar muluk al-Andalus. Crónica del moro Rasís. Descripción geográfica de al-Andalus*, ed. D. Catalán y M. S. De Andrés, Madrid, 1975.
- AL-ZUHRÎ, *El mundo en el siglo XII. Estudio de la versión castellana y del “Original” Árabe de una geografía universal: “El tratado de al-Zuhri”*, ed. D. BRAMÓN, Barcelona, 1991.
- ANGULO, A., et al., *Las rutas de Al-Andalus. 1, La Alpujarra*, Granada, El Legado Andalusi, 1995.
- ANTEQUERA LUENGO, F., *El vino de la Sierra de la Contraviesa: historia y agricultura de la Alpujarra*, Mancomunidad de Municipios de la Alpujarra Granadina, 2013.
- ARC, E., et alii, *La Alpujarra (Exposición)*, 1984
- AULAGA: revista del Colectivo Ecologista y Cultural Guadalfeo, Granada: Colectivo Ecologista y Cultural Guadalfeo, 2000.

- ÁVILA CANO, J. C., “El manejo de las acequias de careo en Sierra Nevada: el caso particular de La-roles (Granada)”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 190-197.
http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD15.pdf
- BALFET, H., “Forme et fonction: la position ambiguë des “drapés” dans un système descriptif du vêtement”, *Vêtement et sociétés*. 2. (Actes du colloque national CNRS “Vers une anthropologie du vêtement”, Paris, mars 1981), *L’Ethnographie*, vol. 80 no 92-93-94 (1984), pp. 383-386.
- BAÑUELOS ARROYO, A., *Apeo y repartimiento de Cástaras y Nieves*, Cuadernos nº 05, Cástaras, Asociación Cultural de Cástaras y Nieves, 2009.
et alii, *Alpujarra, agua, paisaje y patrimonio*, Granada: Club UNESCO Alpujarra Granadina: Asociación Cultural ABUXARRA, 2012.
- BARBOSA GARCÍA, M. V. et al., *El patrimonio histórico de La Alpujarra granadina*, Granada, 1997.
- BARRANCO DEL POQUEIRA: BUBIÓN, CAPILEIRA, PAMPANEIRA: planeamiento urbanístico, Granada: Diputación, Área de Obras y Servicios, 1994.
- BARRIOS AGUILERA, M., *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)*, de Francisco A. Hitos, Granada, 1993.
- BAZÁN, M. y PIÑAR SAMOS, J., *Las aguas de Lanjarón*, Granada, 1997.
- BAZZANA, A., et al., “Première prospection d’archéologie médiévale et islamique dans le nord du Maroc (Chechaouen-Oued Laou-Bou Ahmed)”, *Bulletin d’Archéologie Marocaine*, XV (1983-1984), pp. 367-450.
y DELAIGUE, M-Ch., EL HRAIKI, R. y MONTMESSIN, Y., “Villages et bourgs ruraux des Jbala-Ghomara: les structures d’habitat”, *Trente années d’archéologie marocaine*. Rabat, 9 –10 de diciembre de 2005. Colloque international, en prensa.
- BEHNSTEDT, P., “La frontière orientale des parlers maghrébins”, *Peuplement et arabisation au Maghreb occidental. Dialectologie et histoire*, Actas reunidas y preparadas por J. Aguadé, P. Cressier y A. Vicente, Casa de Velázquez, Universidad de Zaragoza, Área de Estudios Árabes e Islámicos, Madrid-Zaragoza, 1998.
- BENAVIDES-BARAJAS, L., *La Alpujarra morisca y cristiana: de Almería a Granada: “la cocina y su historia”*, Granada, 1998.
- BENEITEZ CANTERO, V., *Ganadería y agricultura marroquí*, Tétuán, 1951.
Sociología marroquí, Ceuta, 1952.
- BENELKHADIR M. y LAHBABI, A., *Architectures régionales. Un parcours à travers le Nord marocain*, Casablanca, 1989.
Architectures régionales rifaines, Okad, Rabat, École d’Architecture, Casablanca, 2012.
- BERNALDO DE QUIROS, C. (1873-1959), *Sierra Nevada 2* (1923), Granada, Caja General de Ahorros (reprod. Facs. de la ed de 1923), 1993.
- VINCENT, B., 1978, “La famille morisque”, *Études hispaniques*. I. Les mentalités de la péninsule Ibérique et en Amérique Latine au XVIème et au XVIIIème siècle. Histoire et problématique, Tours, Universidad de Tours, pp. 67-89.
“Andalucía Oriental Moderna”, en VVAA. *Los Andaluces*, Madrid, 1981, pp. 107-134.
“La population des Alpujarras au XVIe siècle”, *Sierra Nevada y su entorno*, Granada, 1988, pp. 227-245.
- BESANCENOT, J., *Costumes du Maroc*, Rabat-Aix-en-Provence, 1942-1988.

- BLANCO IZAGA, E., La vivienda rifeña, Ceuta, 1930.
- BLANCO PRIETO, F., La Alpujarra: notas de un viaje, Salamanca, 1991.
- BOSQUE MAUREL, J., La Alpujarra, Granada, 1970.
- BOYD, A., De Ronda a las Alpujarras: viajes a caballo en los sesenta por el sur de España, Ronda, 2007.
- BRENAN, G. (1894-1987), Al sur de Granada, Barcelona, 1997.
- BRIGA, E., “Burnous”, Encyclopédie Berbère, XI, Aix-en-Provence, Edisud, 1992.
- CABEZA QUILES, F., Gallegos en las Alpujarras granadinas, Noia (La Coruña), 2003.
- CAGIGAS, I. de las, “Topónimos Alpujarreños”, Al-Andalus, XVIII (1953), pp. 295-322.
- CALERO SECALL, M^a I., Los cadíes del reino nazarí de Granada. (Estudio histórico-biográfico), Granada, 1982, tesis doctoral.
- CAMPO TEJEDOR, A del, Trovadores de repente: una etnografía de la tradición burlesca de los improvisadores de la Alpujarra, Salamanca, 2006.
Cancionero popular de la provincia de Granada, Granada, 1997.
- CAMPS, G., “Poterie peinte et araire manche-sep en Afrique du Nord”, coloquio del GIS Maison de la Méditerranée-1982, Cahier n° 7, 1985.
“Peuplement des îles et navigations préhistoriques”, L’homme préhistorique et la mer, 120e congreso del CTSI, Aix-en-Provence, oct. 95, 1998, 23-26.
- CAMPS-FABRER, H., “Huile”, Encyclopédie Berbère, XXIII, Aix-en-Provence, Edisud, 2000.
- CANO-MANUEL LEÓN, J. y ORTIZ MORENO, E., “Los cauces fabricados: el paisaje construido para el agua”, en El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 217-227.
http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD19.pdf
- CAPDEQUÍ Y BRIEU, M., Yébala: Apuntes sobre la zona occidental del protectorado marroquí español, Madrid, 1923.
- CARA BARRIONUEVO, L. et al., Los molinos hidráulicos tradicionales de la Alpujarra (Almería), Almería, 1999.
<http://www.dipalme.org/Servicios/IEA/PublicIEA.nsf/novedades/C12568F5004575E-8C125690D0067B08D>
(ed.), Legado arquitectónico y turismo rural. I Jornadas de Patrimonio de la Alpujarra, Almería, 2000.
“El aprovechamiento tecnológico tradicional de la energía del agua: molinos y herrerías”, en El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 200-203.
http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD17.pdf
- CARANDELL PERICAY, J., Sierra Nevada, Montblanc de España y otros escritos, Granada, 1994.
- CARBONERO GAMUNDI, M^a. A. y CRESSIER, P., “Le paysage agraire de Targa (province de Chefchaouen): hydraulique et aménagement de l’espace dans le territoire d’une ville médiévale des Jbala”, Trente années d’archéologie marocaine. Rabat, 9 –10 de diciembre de 2005. Colloque international, en prensa.
- CARBONERO GAMUNDI, M^a. A. y CRESSIER, P., y LARBI ERBATI, “Un ejemplo de transfor-

- mación radical y planificada del paisaje agrario en la Edad Media: Tagsa (Chefchaouen)”, dans J. A. González Alcantud, M. González de Molina, A. Malpica Cuello, J. Vignet-Zunz (ed.), *Transformaciones agrarias en Andalucía oriental y norte de Marruecos*, Madrid, 1997, pp. 63-105.
- CARMONA VÍLCHEZ, A., *Clarito, un gran hombre de la Alpujarra*, Granada, 2005.
 - CARO BAROJA, J., “Una encuesta en Gomara: Historia y tradición”, *Estudios magrebies*, Madrid, CSIC/IDEA, 1957.
España desconocida: La Alpujarra: rincón misterioso, Madrid, 1967.
 - CARRASCOSA SALAS, M., *A las puertas de la Alpujarra*, Granada, 1960.
La Alpujarra, Granada, 1992.
Un viaje a la Alpujarra en 1836 (Charles Didier), Granada, 1993.
 - CARVAJAL LÓPEZ, J. C., *La cerámica de Madinat Ilbira (Atarfe) y el poblamiento altomedieval de la Vega de Granada*, Granada, 2008.
 - CASADO ALCALDE, A., “Introducción al urbanismo alpujarreño”, *Gazeta de Antropología*, 6 (1988), artículo 06.
http://www.ugr.es/~pwlac/G06_06Alejandro_Casado_Alcalde.html
 - CASANOVA, A., *Paysans et machines à la fin du XVIIIe siècle. Essai d’ethnologie historique*, *Annales littéraires de l’Université de Besançon*, n° 415, 1990.
 - CASEY, J., “Matrimonio y patrimonio en un pueblo alpujarreño: Órgiva 1600-1800”, *Sierra Nevada y su entorno*, Granada, 1988.
 - CASTELLÓN GALLEGOS, A., *Arquitectura en la alta Alpujarra: trabajo monográfico*, Granada, 1995.
 - CASTILLO MARTÍN, A., “Agua y acequias en la Alpujarra (Sierra Nevada)”, *II Conferencia de La Alpujarra*, Ed. Rosúa y Cátedra UNESCO, pp. 151-164, 1999.
“El papel de las surgencias en los regadíos de Sierra Nevada”, *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010, pp. 80-83.
http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD05.pdf
 - CASTRO, E., AMO, V. de, *Artesanos de la Alpujarra*, Granada, 2002.
 - CENTRE DES ARTS ET TRADITIONS POPULAIRES, *Les costumes traditionnels féminins de Tunisie*, obra colectiva, *Maison Tunisienne de l’Edition*, Tunis, 1978.
 - CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y DE ESTUDIOS DE SIERRA NEVADA Y LA ALPUJARRA, *Al sur de Granada, (1919-2005)). Primeras Jornadas sobre Gerald Brenan*, Sevilla, Consejería de Cultural de la Junta de Andalucía; Granada, Fundación El Legado andalusí, 2007.
 - CHICHE, J., “Description de l’hydraulique traditionnelle”, en BOUDERBALA, CHICHE, HERZENNI, PASCON, *La question hydraulique. I. Petite et moyenne hydraulique au Maroc*, Rabat, 1984.
 - COMET, G., *Le paysan et son outil. Essai d’histoire technique des céréales (France, VIIIe-XVe siècle)*, *Collection de l’École Française de Rome*, 165, Roma, 1992.
 - COON, C. S., *Tribes of the Rif*, *Harvard African Studies*, vol. IX, Harvard University, Cambridge, Mass., 1931.
 - COROMINAS, J., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, [Con la colaboración de José A. Pascual], Madrid, 1991-1997.

- CORREO DE LA ALPUJARRA, Dúrcal (mensual), 1998.
- CRESSIER, P., "Structures fortifiées et défensives du Rif. II. La tour de vigie de Mastasa", Bulletin d'Archéologie Marocaine, XV (1983-84), pp. 451-464.
- "Le château et la division territoriale dans l'Alpujarra médiévale: du hisn à la taha", Mélanges de la Casa de Velázquez, XX (1984), pp. 115-144.
- "Églises et châteaux dans l'Alpujarra à la fin du Moyen Âge: implantation d'un pouvoir", Sierra Nevada y su entorno, Granada, Universidad de Granada, 1988, pp. 95-112.
- "El castillo y la división territorial en la Alpujarra medieval: del hisn a la ta'a", Estudios de arqueología medieval en Almería, 1992, pp. 7-48.
- y GARCIA-ARENAL (dir.), Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental, Madrid, Casa de Velázquez et CSIC, 305-334, 1998.
- y EL-BOUDJAY, AL-FIGUIGUI, VIGNET-ZUNZ, "Hajra al-Nasr, "capitale" idrisside du Maroc septentrional: archéologie et histoire (IVe H./Xe ap. J.-C.)", in CRESSIER et GARCIA-ARENAL (dir.), Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental, Madrid, Casa de Velázquez et CSIC, 305-334, 1998.
- y DELAIGUE, M-Ch., "Batanes de las Alpujarras y de la Sierra de Almijara", Montañas del Mediterráneo, Coloquio Internacional, Granada: Centro de Investigaciones etnológicas Ángel Ganivet, 2003, pp. 255-273.
- CRESSWELL, R., "Un moulin à eau dans le Haut Atlas marocain", De la voûte céleste au terroir, du jardin au foyer, Ed. de l'EHESS, Paris, 507-513, 1987.
- CRIADO, P., et al., Coplas viejas de la Contraviesa: cortijos de Turón, Granada, 2004.
- CUERDA, J., Las Alpujarras y el Parque Natural de Sierra Nevada, Barcelona, 1994.
- DELAIGUE, M-CH., con Ph. Allart: "Evolution d'un village de l'Alpujarra (Espagne): Capileira", Nomades et sédentaires. Perspectives ethnoarchéologiques (dir. O. Aurenche), Paris: Recherches sur les Civilisations, 1984, pp. 81-95.
- Capileira, village andalou. Un habitat montagnard à toits plats, Oxford: B.A.R., International Series 466, 1988.
- "Deux exemples d'habitat rural en Andalousie orientale: approche ethno-archéologique", La maison hispano-musulmane. Apports de l'archéologie, Granada: Patronato de la Alhambra y Generalife, Casa de Velázquez (Madrid), Museo de Mallorca, 1990, pp. 131-162.
- "Diez años de una taha de la Alpujarra en el siglo XVI", Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba, 1995a, pp. 413-421.
- "La red de acequias de la Alpujarra Alta", El agua en la agricultura de al-Andalus, Barcelona, Madrid, Legado andalusí, 1995b, p. 143-149.
- y EL RAIKI, R. y MONTMESSIN, Y., "Tagssa, un village héritier d'une agglomération médiévale?", Premières Journées d'Archéologie et du Patrimoine. Rabat, 1-4 julio de 1998, Rabat, 2001, pp. 39-58.
- "Eau et peuplement dans l'Alpujarra Alta", La Maîtrise de l'eau en al-Andalus: Paysages, pratiques et techniques, P. Cressier (dir.), Casa de Velázquez, Collection de la Casa de Velázquez, 2006, vol. 93, pp. 51-74.
- DESPOIS, J., "La culture en terrasses dans l'Afrique du Nord", Annales E.S.C., XI, 2, Paris, 1956.
- DÍAZ LÓPEZ, J. P., "Un ejemplo de ordenanzas de regadío: El riego en Huéscar en el siglo XVI", en El agua domesticada.
- Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía, Junta de Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 160-165.
- http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD13.pdf
- DIPUTACION DE GRANADA E ITGE (1990). Atlas hidrogeológico de la provincia de Granada. Coed. Diputación-ITGE. 107 pág. 4 mapas a 1:200.000, Granada.
- DOUTTÉ, E., Merrâkech, Paris, 1905.

Les Djebala du Maroc d'après les travaux de M. Auguste Mouliéras, Orán, 1899.
En tribu. Missions au Maroc, Paris, 1914.

· DOZY, R. P., Dictionnaire détaillé des noms de vêtements chez les Arabes, Librairie du Liban, Beirut, 1845. Supplément aux Dictionnaires Arabes, 2 v., Leiden-Paris, 1967 (3^a edición).

· EL ABDELLAOUI, M., “Técnicas de almacenamiento y tratamiento de los productos agrícolas en las montañas rifeñas (norte de Marruecos)”, Las montañas del Mediterráneo, A. Ortega Santos y J. Vignet-Zunz (eds.), (Coloquio Internacional, Granada, 4-5 feb. 1999), Working Papers N° 4, Dip. de Granada, CIE Ángel Ganivet, 2003.

· EL ECO DE LA ALPUJARRA, Órgiva, (mensual), 1998.

· EL-GHARBAOUI, A., La terre et l'homme dans la péninsule Tingitane. Etude sur l'homme et le milieu naturel dans le Rif Occidental, Rabat, Travaux de l'Institut Scientifique, Université Mohammed V, 1982.

· ERZINI, N., “Jabli Architecture and its Relation to Urban Architecture of Northwestern Morocco”, en GROUPE PLURIDISCIPLINAIRE D'ETUDE SUR LES JBALA, Jbala. Histoire et société. Etudes sur le Maroc du Nord-Ouest, Casablanca-Paris, Wallada-Ed. du CNRS, 1991.

· ESCOLANO Y LEDESMA, D. et al., Memorial de los mártires de la Alpujarra, 1568, Almería, 1999.

· ESCRIBANO PUEO, M. L., Sierra Nevada, La Alpujarra y La Alfaguara por Nicolás María López, Granada, 1998.

· ESPINAR MORENO, M., Estructura económica de las Iglesias alpujarreñas a través de los libros habices, Granada, 1981.

“Población y agricultura de una alquería almeriense en los siglos XII y XIII”, Almería entre dos culturas. Siglos XIII al XVI, Almería, 1990, t. I, pp. 187-207.
y QUESADA GÓMEZ, M^a D., “El regadío en el distrito del castillo de Sant Aflay. Repartimiento del río de la Ragua (1304-1524)”, Estudios de Historia y Arqueología Medievales, V-VI (1985-86), pp. 127-157.

· ESTÉVEZ CALLEJÓN, M., La guerrilla antifranquista en la Alpujarra (1946-1952), la partida de Paco, El Polopero, Capileira, 2000.

· FAY, G., Recherches sur l'organisation de la vie rurale et sur les conditions de la production dans la basse montagne rifaine, Thèse 3^o cycle sous la dir. de J. Dresch, Paris VII, 1972.
“Les conditions d'un véritable développement rural”, Bulletin économique et social du Maroc, 131-132 (1976), pp. 121-132.

· FERHAT, H., Sabta des origines au XIV^e siècle, Rabat, Al Manahil-Ministère des Affaires Culturelles, 1993.
“Historiographie et stratégie tribale au Maroc, à la fin du XI^e siècle”, Les Assises du pouvoir. Temps médiévaux, territoires Africains, O. Redon et B. Rosenberger (bajo la dir. de), Presses Universitaires de Vincennes, 1994.

· FERNÁNDEZ, F., Sierra Nevada, Barcelona, 1931.

· FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, R., Vocabulario Alpujarreño: la vida de un pueblo a través de su vocabulario, Granada, 2005.

· FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, F. (1890-1942), Sierra Nevada: estudios, descripciones y leyendas, Granada, 1996.

· FERNÁNDEZ-VALENCIA CABALLERO, N., La Alpujarra, Granada, 2010.

- FERRER MUÑOZ, M., Sierra Nevada y la Alpujarra, Granada, Andalucía, 1985.
- GALÁN SÁNCHEZ, A., “Notas para el estudio del origen de la ‘cuestión morisca’. Las bases socioeconómicas: el Obispado de Málaga (1500-1515)”, *Historia, Instituciones, Documentos*, 9 (1982), pp. 273-326.
- GARCÍA CANCLINI, N., *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires-Barcelona-México, 2001.
- GARCÍA CIGÜENZA, I., *Arrieros [en la Serranía de Ronda, Alpujarra y Campo de Gibraltar]*, Estación de Gaucín, Guadiaro, 2002.
Brujas: adivinación, mal de ojo, tesoros ocultos, duendes, plantas, curanderos, supersticiones y rituales, El Colmenar, Guadiaro, 2006.
- GARCÍA DE CABAÑAS, M. J., *Vocabulario de la Alta Alpujarra*, Madrid, 1967.
- GARCÍA DE LOS REYES, J. C., et al., *El urbanismo en la Alpujarra. Propuestas para la conservación de la arquitectura y del urbanismo tradicional*, ADR Alpujarra, Granada, 2006.
- GARCÍA FIGUERAS, T., y DE RODA JIMENEZ, R., *Economía social de Marruecos*, vol. 1, Madrid, CSIC/IDEA, 1950.
- GARCÍA GARCÍA, J., “El Baño, un modesto balneario en Cástaras”, *Cuadernos*, 03, Cástaras, Asociación cultural de Cástaras y Nieves, 2008.
- GARCÍA LUJÁN, J. A., *Las Alpujarras a principios del siglo XVII: el manuscrito Domecq-Zurita de 1605*, Córdoba, 2002.
- GARCÍA MARTÍNEZ, P., *La transformación del paisaje y la economía rural en la montaña mediterránea andaluza: la alta Alpujarra occidental*, Granada, 1999.
- GARCÍA PULIDO, L. J., “El sistema de abastecimiento hidráulico de la Almunia de los Alijares. Estado de la cuestión”, *En la España Medieval*, 30 (2007a), pp. 245-280.
 “Sobre el emplazamiento de los restos arqueológicos de la Casa de las Gallinas”, *Al-Qantara*, XXVIII 1 (2007b), pp. 229-259.
 “La configuración de los pagos agrícolas del ruedo de Granada en época morisca”, *XI Simposio Internacional de Mudejarismo*, Teruel, 2009, pp. 803-823.
 “El ‘Canal de los Franceses’ (Granada, Beas de Granada, Dúdar, Quéntar). Un aprovechamiento hidráulico con dos mil años”, *2º Coloquio Internacional ‘Irrigación, energía y abastecimiento de agua: La Cultura del Agua en el Arco Mediterráneo’*, Sevilla, 2010a, pp. 123-146.
La dimensión territorial del entorno de la Alhambra, Sevilla, 2010b.
 “Las posesiones agrícolas de los Marqueses de Campotéjar, los Marqueses de Mondéjar y los Señores de Castril en los predios rústicos del término de Granada”, *Nobleza y Monarquía. Los linajes nobiliarios en el Reino de Granada, siglos XV-XIX. El linaje Granada Venegas, Marqueses de Campotéjar*, Granada, 2010c, pp. 287-352.
 y BRAZILLE NAULET, V., “El Pago agrícola del Fatinafar (Granada) y los elementos patrimoniales conservados en el mismo”, *Revista Electrónica de Patrimonio Histórico*, 6 (2010), pp. 117-149.
 y ESPINAR MORENO, M., “La Acequia de Ainadamar hasta Víznar (I). Estructuras hidráulicas: los puentecillos de tránsito de las aguas de escorrentía”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 16 (2004), pp. 61-81.
 y ORIHUELA UZAL, A., “El suministro de agua en la Granada islámica”, *Ars Mechanicae. Ingeniería medieval en España*, Madrid, 2008, pp. 142-149.
- GAST, M. et SIGAUT, F. (bajo la dir. de), *Les techniques de conservation des grains à long terme*, Marseille-Paris, LAPMO-MSH, CNRS, 1981.
- GAUCHÉ, E., “Les montagnes des Aït Saïd: villages, paysans et paysannes, hier et aujourd’hui (Rif

oriental, Maroc)”, en *Hommage à D. M. Hart*, CIE Angel-Ganivet, Granada, en prensa.

· GAUTIER-DALCHÉ, J., 1988, “Reconquête et structures de l’habitat en Castille”, *Castrum* 3, 1988, pp. 199-206.

· GIL PALOMO, C., *Sobre las plantas silvestres de Cástaras: usos y costumbres tradicionales en un lugar de la Alpujarra*, Jaén, 2006.

· GÓMEZ BECERRA, A., *El poblamiento altomedieval en la costa de Granada*, Granada, 1998.

· GÓMEZ MONTERO, R., *Barranco de Poqueira: balcón de la Alpujarra al mar*, Granada, 1985.
Ruta alpujarreña: los pueblos más altos de España, Granada, 1971.

· GÓMEZ-MORENO, M., “De la Alpujarra”, *Al-Andalus*, XVI (1951), pp. 17-36.

· GÓMEZ-MORENO CALERA, J. M., “Las primeras iglesias construidas en las Alpujarras. Aportación documental”, *Cuadernos de arte de la Universidad de Granada*, 20 (1989), pp. 189-194.

“La visita a las Alpujarras de 1578-79: estado de sus iglesias y población”, *Homenaje al prof. Darío Cabanales Rodríguez, O.F.M., con motivo de su LXX aniversario*, Granada, 1987, pp. 355-367.

La arquitectura religiosa granadina en la crisis del Renacimiento (1560-1650). Diócesis de Granada y Guadix-Baza, Granada, 1989.

· GÓMEZ-TABANERA, J. M., “El hórreo hispánico y las técnicas de conservación de grano en el N.-W. de la península ibérica”, in GAST, M. et SIGAUT, F., op. cit.

· GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (ed.), *Pensar la Alpujarra*, Granada, Diputación de Granada, 1996.

“La percepción simbólica y social del agua”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 205-215.

http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD18.pdf

· GONZÁLEZ ARROYO, F. y RUIZ CABALLERO, S., “Las aguas de Aynadamar”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 120-131.

http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD09.pdf

· GONZÁLEZ, R., CANO-MANUEL, J., CASTILLO, A., RUÍZ, S., DELAIGUE, M.-Ch., “La conservación de un patrimonio histórico y natural: las acequias de Sierra Nevada”, *Montes para la sociedad del nuevo milenio. III Congreso forestal español*, Granada 25-28 septiembre 2001, Granada: Junta de Andalucía, Consejería de Medio Ambiente, 2001, t. V, pp. 353-359.

· GONZÁLEZ BLASCO, J., *El subsector Cárnico Del Jamón Curado en la Alpujarra*, Granada, 2001.
Natalio Rivas, benefactor de la Alpujarra: la política de favores y recomendaciones (política de jamones), Cadiar, 2007.

Constitución política de la monarquía española 1812, Granada: ADR Alpujarra Sierra Nevada, 2012.

· GONZÁLEZ URQUIJO, J. A., et al., *Las primeras comunidades campesinas en la región cantábrica. El aporte de la etnoarqueología en Marruecos. Memoria 1999 presentada ante la Fundación Marcelino Botín*, Universidad de Cantabria, 1999.

“Un proyecto etnoarqueológico y antropológico en el Rif occidental marroquí. Avance sobre los resultados del trabajo de campo del año 2000”, *Edades. Revista de Historia*, 8 (2001).

“Estudio etnoarqueológico sobre la cerámica gzaou (Marruecos). Técnica y contexto social de un arte-sanado arcaico”, *Trabajos de Prehistoria*, 58, nº 1, CSIC, Madrid, 2001.

· GROUPE PLURIDISCIPLINAIRE D’ETUDE SUR LES JBALA, *Jbala. Histoire et société. Etudes sur le Maroc du Nord-Ouest*, Casablanca-Paris, Wallada-Ed. du CNRS, 1991.

· GUADALFEO: REVISTA DE ESTUDIOS DE LA COSTA Y ALPUJARRA GRANADINAS, Motril: Asociación Cultural Guadalfeo, 1997-

· GUZMÁN ÁLVAREZ, J. R., “Los regadíos de la Vega de Granada”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010, pp. 94-101. http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD07.pdf

“Recorrido histórico del derecho a usar el agua”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010, pp. 143-159.

http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD12.pdf

y NAVARRO CERRILLO, R. M. (coords.), *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010.

http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/site/portalweb/menuitem.7e1cf46ddf59bb227a9ebe205510e1ca/?vgnextoid=046f5cd16c80b310VgnVCM2000000624e50aRCRD&vgnextchannel=83b9e628e4637310VgnVCM2000000624e50aRCRD&lr=lang_es

y GUZMÁN GARCÍA, J. M., “El regadío en la montaña mediterránea”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010, pp. 43-65.

http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD02.pdf

· HAGEN, K. y CRUZ MÁRQUEZ, R. de la, “El agua y los bosques de la Alhambra”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010, pp. 132-137.

http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD10.pdf

· HART, D. M., *The Aith Waryaghar of the Moroccan Rif. An Ethnography and History*, Tucson, University of Arizona Press, 1976.

Estructuras tribales precoloniales en Marruecos bereber, 1860-1933: una reconstrucción etnográfica en perspectiva histórica, Granada, 1997.

y RACHID RAHA, A. (bajo la dir. de), *La sociedad bereber del Rif marroquí. Sobre la teoría de la segmentaridad en el Magreb*, serie Historia y Antropología del Magreb contemporáneo, Granada, 1999.

· HAUDRICOURT, A., “La technologie culturelle. Essai de méthodologie”, *Ethnologie générale*, bajo la dir. de J. Poirier, *Encyclopédie de la Pléiade*, Gallimard, 1968.

· HENSENS, J., *L’habitat rural au Maroc. Enquête nationale sur l’habitat rural traditionnel. Habitation: résultats partiels – 1970*, Rabat, 1972.

· HERNÁNDEZ RÍOS, M. L., “Una tradición textil: la familia López Sancho y su aportación a las telas granadinas”, *Narria*, 93-96 (2001), pp. 52-62.

· HERTTING, M. et alii, *Sierra Nevada: impresiones de dos viajeros alemanes (1889-1890)*, Granada, 1995.

· HERES HERNÁNDEZ, J. M., *Toda la Alpujarra*, Granada, 1992.

· HODGES, R. y WHITEHOUSE, D., “La decadencia del Imperio romano de Occidente”, en LITTLE, L. K. y ROSENWEIN, B. H. (eds.), *La Edad Media a debate*, Madrid, 2003, pp. 102-24.

· IBN AL-‘AWWÂM, *Libro de agricultura / su autor el doctor excelente Abu Zacaríah Iahia*, Estudio preliminar y notas por García Sánchez, E. y Hernández Bermejo, J. E., Madrid, 1988.

· IBN AL-JATÎB, *Al-Ihâta fî ajbâr Garnâta*, ‘Abd Allâh ‘Inân (ed.), El Cairo, 1955.

· IBN HAYYÂN, *Muqtabis V. Crónica del califa Abderrahman III an-Nasir entre los años 912 y 942*, Trad. M^a J. VIGUERA y F. CORRIENTE, Zaragoza, 1982.

- IBN JALDÚN, Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale, Paris, 1968-1969.
- JOLY, A., "L'industrie à Tétouan", Archives Marocaines, 18 (1912), pp. 361-393.
- LAGARDÈRE V., "Mûrier et culture de la soie en Andalus au Moyen âge (Xe-XIVe siècles)", Mélanges de la Casa de Velázquez, 1990, t. XXVI (1), pp. 97-111.
- LAOUST, E., Mots et choses berbères. Notes de linguistique et d'ethnographie. Dialectes du Maroc, Paris/Rabat, coll. "Calques", 1920-1983.
- LAOUST-CHANTRÉAUX, G., Kabylie côté femmes. La vie féminine à Aït Hichem. 1937-1939, Aix-en-Provence, 1990.
- LAZAREV, G., "Structures agraires et grandes propriétés en pays Hayaïna (Prérif)", Revue de Géographie du Maroc, 9 (1966), pp. 23-58.
- LEBBADDY H., Regards sur les patrimoines et les terroirs des Jbala, 3e Forum de Planète Terroirs, Ministère de la culture du Maroc, 2010.
- LEROI-GOURHAN, A., L'homme et la matière. Evolution et techniques, Albin Michel, 1943/1971.
- LÉVI-PROVENÇAL, Textes arabes de l'Ouargha. Dialecte des Djebala (Maroc septentrional), Paris, 1922.
- y GARCÍA GÓMEZ, E., Una crónica anónima de 'Abd al-Rahmân III al-Nâsir, Madrid-Granada, 1950.
- LÓPEZ, T., Diccionario geográfico, 1791.
- LÓPEZ CALERA, N.M., En Sierra Nevada por Nicolás María López, Granada, 1992.
- LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E., "'Morus nigra' vs 'morus alba' en la sericultura mediterránea: el caso del Reino de Granada (siglo XVI)", en AIRALDI, G. (ed): Le vie del Mediterraneo. Idee, uomini, oggetti (secoli XI-XVI), Génova, 1997, pp. 183-196.
- LÓPEZ MÉNDEZ, H., España desconocida: la Alpujarra, rincón misterioso, Madrid, 1967.
- LÓPEZ TOVAR J. A., Guía rápida, fácil y entretenida para comprender la arquitectura popular de la Alpujarra, Órgiva, 1998.
- LUNA, P., Demografía de la Alpujarra: Estructura y Biodinámica, Granada, 1984.
- MALPICA CUELLO, A., "La domesticación del agua en la montaña mediterránea: una larga historia", en El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 85-93. http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD06.pdf
- MÁRMOL CARVAJAL, L. de, Rebelión y castigo de los moriscos, Málaga, ed. Arguval, 1991.
- MARTIN et al., Géographie du Maroc: 5° année secondaire, Paris-Casablanca, 1964.
- MARTÍN CIFUENTES, T., Pampaneira en la Alpujarra: una forma de vida que se transforma y un patrimonio que permanece, Pampaneira, 2009.
- MARTÍN CIVANTOS, J. M., "Sistema de riego en la cara norte de Sierra Nevada (Granada-Almería)", en J. TORRÓ y E. GUINOT, Hidráulica agraria y sociedad feudal. Prácticas, técnicas, espacios, Valencia, 2012, pp. 225-259.

- MARTÍN JORGE, M., Aportaciones desde la antropología social al desarrollo comunitario de una zona rural: municipio de Ugíjar, la Alpujarra, Fotocop. 1988.
- MARTÍN-LAGOS LÓPEZ, F., Tradición y cultura del vino en La Alpujarra, Granada, 2006.
- MARTÍNEZ RUIZ, J., Inventario de Bienes moriscos del Reino de Granada. Lingüística y civilización, Madrid, 1972.
- “Arabismos y mozarabismos en el Libro de los Habices de las Tahas de de Ferreira, Poqueyra y Xubiles (año 1527)”, Revista de Filología Española, LIX (1977), pp. 298-300.
- “Notas sobre el arado bereber de Beni Chicar”, Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, t. XXII, Cuadernos 3º y 4º, Madrid; reproducido en El vigía de tierra. Revista de publicaciones, 1995, nº 1, Melilla, 1966.
- MAURER, G., “Les paysans du haut Rif central”, Revue de Géographie du Maroc, 14 (1968), pp. 3-70.
- “Le Rif occidental et central, montagne méditerranéenne à influences atlantiques”, Paysages et sociétés. Péninsule ibérique, France, Régions atlantiques. Mélanges géographiques en l’honneur du Professeur Abel Bouhier, Travaux du Centre de Géographie humaine et sociale, 17, Université de Poitiers, 1990.
- “Les Jbala dans une nouvelle approche de l’étude régionale du Maroc du Nord”, Jbala. Espace et société (Actas del coloquio internacional: Jbala: systèmes et savoirs paysans II, Kénitra, 14-15-16 diciembre 1995), en prensa.
- MAUSS, M., Sociologie et anthropologie, PUF, Paris, 1966.
- MAZZOLI-GUINTARD, Ch., “Genre et architecture domestique à Cordoe au XIe siècle: construction et utilisations de l’algorfa”, en El espacio doméstico en la península ibérica medieval: sociedad, familia, arquitectura, ajuar, en prensa.
- MEZZINE, M., y VIGNET-ZUNZ, J., “Retour sur les sociétés de montagne au Maghreb: fuqahā’ et soufis du Bilād Ġumāra (XIe-XVIIe siècles) à l’épreuve des réformes de la pratique religieuse”, RE-MMM 135, Aix-en-Provence, 2014.
- MICHAUX-BELLAIRE, E., “Quelques tribus de montagnes de la région du Habt”, Archives Marocaines, Tome XVII, Rabat, 1911, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1974.
- et SALMON, G., “Les tribus arabes de la vallée du Lekkous”, Archives Marocaines, Publication de la Mission Scientifique du Maroc, Tome IV, Paris, E. Leroux, 1905, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1974.
- et SALMON, G., “El-Qçar El-Kebir: Une ville de province au Maroc septentrional”, Archives Marocaines, Publication de la Mission Scientifique du Maroc, Tome II, Paris, E. Leroux, 1905, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1974.
- MISSION SCIENTIFIQUE DU MAROC, Rabat et sa région. IV Le Gharb (les Djebala), Villes et tribus du Maroc, vol. 6, Paris, 1918.
- Tanger et sa zone. VII, Villes et tribus du Maroc, Paris, 1921.
- MOLINA LÓPEZ, E., “El documento árabe de Guadix (siglo XII)”, Homenaje al Profesor Jacinto Bosch Vilà, Granada, 1991, t. I, pp. 271-294.
- MONTAGNE, R., Un magasin collectif dans l’Anti Atlas. L’agadir des Ikounka, Paris, 1930.
- MORELL Y TERRY, L., Equivalencias métricas de la provincia de Granada, Granada, 1909.
- MORÓN TARIFA, A., La distinción S-Z en la Alpujarra Alta granadina: contribución al estudio de la dialectología andaluza, ¿?, 1987.
- MOULIERAS, A., Le Maroc inconnu. I. Exploration du Rif, Oran, 1895.
- Le Maroc inconnu. II Exploration des Djebala, Paris, 1899.

- MYRDAL, J., “The Plunge Churn from Ireland to Tibet”, en FENTON y MYRDAL (dir.), *Food and Drink and Travelling Accessories*, Edinburgh, 1988.
- NAVARRO, J., *El país perdido: la Alpujarra en la guerra morisca*, Sevilla, 2013.
- NAVARRO ALCALÁ-ZAMORA, P., *Mecina (La cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra)*, Madrid, CSIC, 1979.
Tratadillo de agricultura popular, Barcelona, 1981.
- NAVARRO ESPINACH, G., “La tecnología sedera en Valencia a la luz de unas ordenanzas inéditas del siglo XV”, *Anuario de Estudios Medievales*, 41/2, julio-diciembre de 2011, pp. 577-591.
- NAVARRO MEDEROS, J. F., *Los gomeros. Una prehistoria insular*, *Estudios Prehispánicos I*, Santa Cruz de Tenerife, 1992.
- NOIN, D., *La population rurale au Maroc*, París, 1970, 2 vols.
- OLÓRIZ AGUILERA, F., *Diario de la expedición antropológica a la Alpujarra en 1894*, Granada, 1995.
- OLMEDO GRANADOS, F., *Cortijos, haciendas y lagares. Arquitectura de las grandes explotaciones agrarias en Andalucía. Provincia de Granada*, Sevilla, 2003.
- ORDÓÑEZ VERGARA, P., “Los molineros de la Alpujarra”, *Gazeta de Antropología*, 10 (1993), artículo 13,
<http://hdl.handle.net/10481/13642>
“Molinos hidráulicos en la Alpujarra granadina. La técnica y el agua”, *Fundamentos de Antropología*, 2, C.I.E. “Angel Ganivet”, Granada, 1993.
- ORIHUELA UZAL, A., “Técnicas constructivas en la arquitectura doméstica de los moriscos granadinos”, *Actas del Primer Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, 1996, pp. 395-398.
“La casa morisca granadina: último refugio de la cultura andalusí”, *De mudéjares a moriscos: una conversión forzada*, vol. 2, Teruel, 1999, pp. 753-764.
- ORTIZ MORENO, E. y CANO-MANUEL LEÓN, J., «Aspectos constructivos de las acequias y estructuras hidráulicas de Sierra Nevada», en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010, pp. 228-233.
http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/site/porta/web/menuitem.7e1cf46ddf59bb227a9ebe205510e1ca/?vgnextoid=046f5cd16c80b310VgnVCM2000000624e50aRCRD&vgnnextchannel=83b9e628e4637310VgnVCM2000000624e50aRCRD&lr=lang_es
- PADILLA MELLADO, L.L. (transcripción), *Libro de Apeo, condiciones y repartimiento de suertes y demás instrumentos de la población del lugar de Yatór, partido de Alpuxarras, año 1576*, Cádiar, 2012.
Libro de Apeo y repartimiento de Yegen, año 1577, Mecina Bombarón, 2011.
Libro de Apeo y repartimiento de Mezina de Buen Barón, año 1572 (traslado de 1749), Mecina Bombarón, 2011.
Heredades de los Habices de la Iglesia de El Golco de Mecina, Mecina Bombarón, 2010.
- PADILLA MORALES, L. et al., *Nueva estrategia rural de la Alpujarra-Sierra Nevada*, Sevilla, Grupo de desarrollo Rural de la Alpujarra-Sierra Nevada, 2008.
- PEREDA ROIG, C., *Los Hórreos colectivos de Beni Sech-yel*, Ceuta, 1939.
- PINO ARTACHO, J. del, *Sociología de la Alpujarra: análisis de un cuestionario aplicado en 1894*, Málaga, 1996.
- PUGA BARROSO, J. L., *Reivindicación de bienes en la taha de Órgiva, tras la guerra de la Alpujarra*,

Órgiva, 1993.

¿Qué pasa Alpujarra?: revista, comunicación, información, ecología y cultura, Órgiva, 1988-

· RAMÍREZ ANDRÉS, M., El sabor de nuestra tierra, Almería, 2011.

· RACKOW, E., Beiträge zur Kenntnis der materiellen Kultur. Nordwest-Marokkos. Wohnraum, Hausrat, Kostüm, Wiesbaden, 1958.

· RAVIS-GIORDANI, G., “Typologie et répartition micro régionale des araires corses”, Etudes corses, 3 (1974), pp. 43-82.

· REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL, Ýebala y el Bajo Lucos, Madrid, 1914. Regards sur les patrimoines et les terroirs des Jbala, dir. Fatima BOUCHMAL, CALVO VALDERRAMA, Isabelle JABIOT, Jacques/J. VIGNET-ZUNZ, participation du Comité local du Forum international Planète Terroirs, Ed. du Ministère de la Culture du Royaume du Maroc, Chefchaouen, 2010.

· REVAULT, J., GOLVIN, L. y AMAHAN, A., Palais et demeures de Fès. I Epoques Mérinide et Saadienne (XIVe-XVIIe siècles), París, 1985.

· REYES MESA, J. M., “Tecnología y arquitectura popular. Los molinos hidráulicos en la provincia de Granada”, Gazeta de Antropología, 16 (2000)
<http://hdl.handle.net/10481/7516>

· RICARD, P., “Arts jbalien et rifains”, “Rif et Jbala”, Bulletin de l’Enseignement Public Marocain, 71, janvier, París, 1926.

· RODRÍGUEZ GORDILLO, J.; VELILLA, N. y FERNÁNDEZ RUBIO, R., “Hidroquímica y termalismo de las aguas de Lanjarón (Granada)”, I Simposio sobre el Agua en Andalucía, Granada, 1981.

· RODRÍGUEZ MONTEOLIVA, F., “Los molinos de harina en la Alpujarra de Granada durante los siglos XVI al XVIII. Léxico, etnografía e historia”, El Agua en zonas áridas. Arqueología e Historia. I Coloquio de Historia y Medio Físico, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1989, pp. 683-712.
dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2245839.pdf
“Militares, jueces y escribanos públicos, base de la estructura demográfica en la repoblación de la Alpujarra de Granada”, Isla de Arriarán, nº 7 (1996), pp. 137-152.
“El trasiego entre los nuevos pobladores, un fenómeno destacable en la repoblación de la Alpujarra de Granada”, Isla de Arriarán, nº 9 (1997), pp. 17-30.
Lobras y Tímar. Estudios sobre la Repoblación de la Alpujarra, Lobras, 2001.

· ROSENBERGER, B., “Réserves de grains et pouvoir dans le Maroc précolonial”, in GAST, M. et SIGAUT, F. (bajo la dir. de), Les techniques de conservation des grains à long terme, 3, fasc. 1, Marseille-París, LAPMO-MSH, CNRS, 1985.

· RUBIO LOZANO Y., Manual de cocina alpujarreña: seminario de alimentación y cocina de la Alpujarra, Granada, 1994.

· SALMON, G., “Une tribu marocaine. Les Fahçya”, Archives Marocaines, Tome I, 1904, Publication de la Mission Scientifique du Maroc, París, E. Leroux, 1905, Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1974.

· SÁNCHEZ HITA, A., El patrimonio histórico de La Alpujarra y Río Nacimiento: patrimonio monumental, arqueológico y etnológico: un recorrido por la historia, el paisaje y la antigua sociedad alpujarreña a través de su patrimonio, Granada, ADR Alpujarra-Sierra Nevada, 2007.

· SÁNCHEZ HITA, A., La arquitectura tradicional en la Alpujarra Alta, Laujar de Andarax, Almería, Órgiva, Granada, Asociación para la Promoción Económica y el Desarrollo Rural de la Alpujarra-Sierra Nevada, 2009.

- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M., “La cora de Ilbira (Granada y Almería) en los siglos X y XI según al-‘Udri (1003-1085)”, Cuadernos de Historia del Islam, VII (1975-76), pp. 5-82.
- SÁNCHEZ RAMOS, V., “Las viudas de la Alpujarra en la repoblación de Felipe II”, en M. D. Martínez San Pedro (coord.) Los marginados en el mundo medieval y moderno: Almería, 5 a 7 de noviembre de 1998, Almería, 2000, pp. 131-152.
- SEDDON, D., A Century of Change in the Eastern Rif. 1870-1970, Folkestone, Kent, Dawson, 1981.
- Sierra sur “La Alpujarra”: revista comarcal de La Alpujarra Granadina y Almeriense, Granada, Colectivo de Creación Sierra Sur “La Alpujarra”, 1991.
- SOLER Y PÉREZ, E., La Alpujarra y Sierra Nevada, Madrid, Eduardo Arias, 1906.
- SPAHNI, J. Ch., La Alpujarra. La Andalucía secreta, Granada, Diputación de Granada, 1983, 1era ed. Neuchâtel, ed. De la Baconnière, 1959.
- TEJERIZO ROBLES, G., Canciones y romances de la Alpujarra, Granada, 2007.
- THIBAUD, N., “L’ethno-histoire des araires: l’illusion d’une typologie universelle?”, Le sol et l’aire dans l’Antiquité, Bruxelles, ULB/Malagne la Gallo-Romaine, 1998.
- TITOS MARTÍNEZ, M., Textos primitivos sobre Sierra Nevada (1754-1838), Granada, 1991.
- TORRES BALBÁS, L., “Algunos aspectos de la casa hispano-musulmana: almacería, alforfas y saledizos”, Al-Andalus, XV (1950), pp. 179-181.
- TRENGA, “Les Branès. Note pour servir à une monographie des tribus berbères de la région de Fès”, Archives Berbères, 1915-1916, vol. 1, fasc. 2, Rabat.
- TRILLO SAN JOSÉ, C., La Alpujarra: historia, arqueología y paisaje: análisis de un territorio en época medieval, Granada, Diputación, 1992.
- “El mundo agrícola alpujarreño a finales de la Edad Media según las rentas de habices”, IV Simposio Internacional de Mudejarismo. Economía, Zaragoza, 1993, pp. 549-573.
- La Alpujarra antes y después de la Conquista Castellana, Granada, 1994.
- “Especies vegetales en el reino de Granada, según el vocabulario de Pedro de Alcalá (ss. XV-XVI)”, Actas del Encontro Internacional “Formas de habitar e alimentação no Sul da Península Iberica (Idade Media)”, Arqueologia Medieval, Mértola (Portugal), IV (1996a), pp. 59-94.
- “Los diferentes aprovechamientos del agua en una alquería del reino de Granada: La Malahá, del distrito del Quempe”, Actas del coloquio Agricultura y regadío en al-Andalus. Síntesis y problemas, Granada, 1996b, pp. 215-228.
- “La Alpujarra en la Edad Media. El poblamiento de la tã’a de Ugíjar”, 1ª Conferencia sobre la Alpujarra. Recursos naturales y conservación. Granada, 1996c, pp. 67-76.
- “De una remota tierra de al-Andalus a los señoríos castellanos: la Alpujarra en época medieval”, 1ª Conferencia Internacional de Sierra Nevada. Conservación y Desarrollo Sostenible, vol. IV, Granada, 1996d, pp. 67-92.
- “El poblamiento medieval de la Alpujarra: la necrópolis tardorromana de Pago y su evolución posterior”, Arqueologia Medieval, Mértola (Portugal) V (1997), pp. 35-46.
- “El castillo de Escarientes y el poblamiento de la ta’a de Ugíjar”, en MALPICA, A. (ed.), Castillos y territorio en al-Andalus, Granada, 1998, pp. 419-449.
- “El paisaje vegetal en la Granada Islámica y sus transformaciones tras la conquista castellana”, Historia Agraria, Seminario de Historia Agraria, Murcia, 17 (1999), pp. 131-152.
- y AMTMANN, G., “Un castillo junto al río Laroles: ¿Sant Aflîy?”, Arqueología y Territorio Medieval, 8 (2001), pp. 305-324.
- y MALPICA CUELLO, Antonio, “La hidráulica rural nazarí. Análisis de una agricultura irrigada de origen andalusí”, Asentamientos rurales y territorio en el Mediterráneo Medieval. Granada, Athos-Pergamos, 2002, pp. 221-261.
- “El mundo rural nazarí, una evolución a partir de al-Andalus”, Studia Historica. Historia Medieval, 18 (2000-2002), Univ. Salamanca, pp. 155-195.

- “El tiempo del agua. El regadío y su organización en la Granada Islámica”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 23 (2002), Univ. Central Barcelona, pp. 237-285.
- Agua y paisaje en Granada, una herencia de al-Andalus, Granada, Diputación de Granada, 2003.
- Una sociedad rural en el Mediterráneo medieval. El mundo agrícola nazarí, Granada, 2003.
- “Una interpretación social del regadío en el área periurbana de la Granada islámica: la acequia de Aynadamar”, *Homenagem ao Professor Doutor Humberto Carlos Baquero Moreno*. Oporto, 2003, pp. 319-331.
- “Regadío y estructura social en al-Andalus. La propiedad de la tierra y el derecho al agua en el reino nazarí”, *Primeras Jornadas de Historia Rural y Medio Ambiente en la Andalucía Medieval*, Huelva, 2003, pp. 67-94.
- “Aynadamar: la primera acequia de madina Garnata”, *Transporte, Servicios y Telecomunicaciones*, 6 (diciembre de 2003), pp. 66-85.
- “El agua y la agricultura en el reino nazarí», *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, Tomo I (Córdoba 2001), Córdoba, 2003, pp. 211-230.
- Agua, tierra y hombres en al-Andalus. La dimensión agrícola del mundo nazarí, Granada, 2004.
- “A social analysis of irrigation in al-Andalus: Nazari Granada (13 th-15th centuries)”, *Journal of Medieval History*, 31 (2005), pp. 163-183.
- “La alquería y su territorio en al-Andalus: estrategias sociales de organización y conservación”, *Arqueología Espacial. Revista del Seminario de Arqueología y Etnología turolense*, 26 (2006), pp. 243-262.
- “Organización del espacio agrícola y el agua en la Granada nazarí (siglos XIII-XV)”, *Simonetta Cavaciocchi* (ed.): *Relazioni economiche tra Europa e mondo islamico*, secc. XIII-XVIII. Florencia: 2007, págs. 121-134.
- “El agua en las ciudades andalusíes: madina Garnata y su área periurbana (siglos XI-XV)”, *Musulmanes y cristianos frente al agua en las ciudades medievales*. Valladolid, 2008, pp. 103-123.
- “Paisajes, cultivos y culturas”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 103-119.
- http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD08.pdf
- “El agua en el reino de Granada: herencia islámica y transformaciones castellanas”, *Hidráulica agraria y sociedad feudal. Prácticas, técnicas, espacios*, Valencia, Universidad de Valencia, 2012, pp. 261-285.
- “Rábitas alpujarreñas en época nazarí: un ejemplo de religiosidad popular”, *Homenaje a Pierre Guichard*. Valencia, en prensa.
- TROIN, J. F., “Montagnes et villes dans le Nord-Ouest du Maroc”, *Revue de l’Occident musulman et de la Méditerranée*, 41-42 (1986), 1986, pp. 209-215.
- VARGAS LORENTE, P., *Diputados a Cortes por la Alpujarra*: Natalio Rivas, Albuñol, 2006.
- VIGNET-ZUNZ-J., *Hommes de l’Ouarsenis. Une communauté rurale en Algérie*, doctorat de 3ème cycle, Paris, Archives et Documents, Institut d’Ethnologie, micro-fiche n° 74.012.103, 1974.
- “À propos des Bédouins: une réévaluation des rapports “nomades-sédentaires” ”, *Production pastorale et société*, Paris, MSH, Cambridge, Cambridge University Press, 467-478, 1979.
- “À propos du mariage endogame arabe: une étude de cas, l’Ouarsenis (Algérie)”, *BRETEAU* (dir.), *Production, pouvoir et parenté dans le monde méditerranéen*, de Sumer à nos jours, Paris, Geuthner, 1981.
- “À propos de la bédouinisation en Afrique du Nord. Déterminations culturelles et niveau des techniques agricoles”, *Actes de la Table ronde «Technologie culturelle »* (Ivry, nov. 1982), *Techniques et Culture*. Pour une ethnologie de l’acte traditionnel efficace, 1, Éditions de la MSH, Paris, 1983.
- “Treize questions sur une identité”, in: *Groupe Pluridisciplinaire d’Etude sur les Jbala*, *Jbala. Histoire et société. Etudes sur le Maroc du Nord-Ouest*, Paris/Casablanca, coéd. CNRS/Wallada, 133-199, réf. bibl. 6 p., 1991.
- “Les instruments de la décentralisation (administrative et économique) dans le Rif à la charnière des XIXe et XXe siècles”, *Signes du Présent, Dossier «La société civile au Maroc. Approches»*, Rabat, SMER, 1992.
- “Manifestations insolites dans le patrimoine technique des Jbala (Maroc) ”, *I Jornadas Internacionales sobre Tecnología Agraria Tradicional*, Madrid, Museo Nacional del Pueblo Español, 1993a.

“Repères pour une étude sur les fuqahā’ du Maroc”, *Annuaire de l’Afrique du Nord* XXX-1991, CNRS Éditions, 1097-1118, 1993b.

“Rif”, *Encyclopédie de l’Islam*, fasc. 139-140, 539-540, 1994.

“Jbala”, *Encyclopédie Berbère*, Aix-en-Provence, Edisud, 1995a.

“La moisson à la faucille chez les Jbala (Bni Gorfet) du Rif occidental (Maroc) et dans l’Ouarsenis (Tell algérien)”, *Cahier d’histoire des techniques*, 3, “La transmission des connaissances techniques”, Publications de l’Université de Provence, 1995b.

“Djebala (Jbala)”, *Encyclopédie Berbère*, XVI, Aix-en-Prov., Edisud, 1995c.

“Une paysannerie de montagne productrice de fuqahā. Les Jbala, Rif occidental, Maroc”, *L’islam pluriel au Maghreb*, S. Ferchiou (dir.), CNRS Éditions, p. 201-220, 1996.

“Primeros elementos para una comparación entre dos sociedades de montaña (Rif occidental y Andalucía mediterránea)”, *Transformaciones agrarias y cultura material en Andalucía oriental y norte de Marruecos*, bajo la dirección de Alcantud, de Molina, Cuello, Vignet-Zunz, serie Estudios, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Diputación Provincial de Granada, 155-187, 1997.

“Hajra al-Nasr, “capitale” idrisside du Maroc septentrional: archéologie et histoire (IVe H./Xe ap. J.-C.)”, voir CRESSIER, EL-BOUDJAY, AL-FIGUIGUI, VIGNET-ZUNZ, in CRESSIER et GARCIA-ARENAL (dir.), *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, Madrid, Casa de Velázquez et CSIC, 305-334, 1998a.

“Gomara”, en collab. avec G. Camps, *Encyclopédie Berbère*, vol. XX, Edisud, 1998b.

“Un récit fondateur dans le Nord-Ouest du Maroc”, *Actes du colloque de Kénitra (17-19. 12. 1997)*, Contes et récits. Instruments pédagogiques et produits socioculturels, Textes réunis et introduits par MESSAOUDI et ZOUGGARI, FLSH de l’Université Ibn Tofaïl, Kénitra, Groupe Pluridisciplinaire d’Étude sur les Jbala, Groupe de Recherches et d’Études sur le Conte, Rabat, 1999.

“Dynamisme montagnard et mobilité au Maroc” (traduit en italien), *La montagna mediterranea: una fabbrica d’uomini? Mobilità e migrazioni in una prospettiva comparata (secoli XV-XX)*, Actes colloque sous la dir. de D. ALBERA et P. CORTI, Cuneo 8-10 octobre 1998, Ed. Gribaudo, Cavallermaggiore, p. 211-229, 2000.

“Quelques questions relatives à la société Jbala: savoir lettré et savoirs paysans, segmentarité et sédentarité, comparaisons andalouses”, *Jbala: savoirs et systèmes paysans-I (Kénitra, 16-17.12.1993)*, GROUPE PLURIDISCIPLINAIRE D’ÉTUDE SUR LES JBALA, Les Jbala. Espace et pratiques, Kénitra, Université Ibn Tofaïl, Publications de la FLSH, 2001.

“Roues, bielles, pistons dans le Rif occidental (Maroc)”, *Cahier d’Histoire des Techniques*, 5, dossier Agriculture méditerranéenne. Variété des techniques anciennes, Publications de l’Université de Provence, 296 p., 247-262, 2002.

“A propos de spécificités: Rif, montagnes et bassin méditerranéen”, ORTEGA SANTOS y VIGNET-ZUNZ (dir.), *Las montañas del Mediterráneo*, Working Papers, n° 4, Diputación Provincial de Granada, Centro de Investigaciones Etnológicas-Ángel Ganivet, 2003a.

“El patrimonio etnográfico del Marruecos del Norte”, ALCANTUD, J. A. G. (dir.), *Patrimonio y pluralidad. Nuevas direcciones en Antropología patrimonial*, Grenade, Biblioteca de Etnología 9, CIE Ángel Ganivet, Diputación de Granada, 147-245, 2003b.

“La communauté villageoise entre l’urbanité et le changement”, *Bulletin Economique et Social du Maroc*, Rapport du Social 2004, Communautés de base et changements sociaux, Okad, Rabat, 12-22, 2005.

“La piété populaire et le savant”, BESM, Rabat, Éditions Okad, avril, 2008.

“Le tissage et le vêtement dans le nord du Maroc”, *Matières, manières et sociétés*, hommage à Hélène Balfet, dir. F. COUSIN et C. PELRAS, PUP, Aix-en-Provence, 2010a.

Regards sur les patrimoines et les terroirs des Jbala, dir. Fatima BOUCHMAL, CALVO VALDERRAMA, Isabelle JABIOT, Jacques/J. VIGNET-ZUNZ, participation du Comité local du Forum international Planète Terroirs, Ed. du Ministère de la Culture du Royaume du Maroc, Chefchaouen, 2010b.

“Outils insolites, outils défaillants et savantes montagnes”, *Études offertes à Georges COMET*, éditées par Aline DURAND, *Cahiers d’Histoire des Techniques*, n° 8, Publications de l’Université de Provence, Aix-en-Provence, 2011a.

“Forme de la piété chez les montagnards du Rif occidental”, en *Religión y Patrimonio Cultural en Marruecos: Una aproximación antropológica e histórica*, dir. E. GÓMEZ PELLÓN y A. GONZÁLEZ VÁZQUEZ, Sevilla, pp. 317- 332, 2011b.

“Du poids des lettrés dans la piété populaire. Le cas des Jbala et des Swasa”, en *Religión y Patrimonio Cultural en Marruecos: Una aproximación antropológica e histórica*, dir. E. GÓMEZ PELLÓN y A. GONZÁLEZ VÁZQUEZ, Sevilla, pp.125- 145, 2011c.

- “Montagnes savantes : une récapitulation”, *Insaniyat, Revue algérienne d’anthropologie et de sciences sociales*, n° 53, juillet-septembre 2011, La Montagne : populations et cultures, Oran, pp. 95-114, 2011d.
- “Le point sur la question de la segmentarité dans le Rif central et oriental avant l’action de Ben Abdelkrim Al-Khattabi”, *Rif. Les traces de l’histoire. Actes du colloque «Patrimoine culturel du Rif: Quelle muséographie?»*, 15-16 juillet 2011, sous la dir. de Driss El Yazami et Ahmed Siraj, Ed. La croisée des chemins et Conseil National des Droits de l’Homme, Casablanca, 2012, pp. 215-237.
- “Les couloirs lettrés dans la montagne méditerranéenne”, *Tunisian-Mediterranean Association for Historical, Social and Economic Studies, Fourth international conference: Mountain and Forest Areas in the Arab-Mediterranean World: their Transformation throughout History*, Monastir (Tunisia), 25 – 26 - 27 April 2013.
- “Le collectif dans le système agricole des Jbala”, *Jbala. Espace et société (Actas del coloquio internacional: Jbala: sistemas et savoirs paysans II, Kénitra, 14-15-16 diciembre 1995)*, in *Les Jbala du Rif. Des lettrés en montagne*, recueil d’une douzaine d’articles, Casablanca, La Croisée des Chemins, 2014a.
- Les Jbala du Rif. Des lettrés en montagne*, recueil d’une douzaine d’articles, Casablanca, La Croisée des Chemins, 2014b.
- VIÑET MILLET, C., *Sierra Nevada en los viajeros románticos*, Granada, 1992.
- VIVAS, G., GIRÁLDEZ, J. V. y MATEOS, L., “El ciclo del agua en las montañas mediterráneas”, en *El agua domesticada. Los paisajes de los regadíos de montaña en Andalucía*, Sevilla, 2010, pp. 73-79. http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/portal_web/servicios_generales/doc_tecnicos/2010/agua_domesticada/parte_1/EAD04.pdf
- VOIGT, P., *Die Sierra Nevada. Haus, Hausrat, Haüsliches undgewerbliches Tagerwerk*, Hamburgo, 1937.

EL PATRIMONIO CULTURAL DE LA ALPUJARRA (GRANADA) Y EL TERRITORIO JEBALA-GOMARA (NORTE DE MARRUECOS) APROXIMACIÓN COMPARATIVA



Proyecto ETNOMED · Edificio CIE · Diputación de Granada · Avenida de Andalucía s/n. · 18015 Granada



EL PATRIMONIO CULTURAL DE LA ALPUJARRA (GRANADA) Y EL TERRITORIO JEBALA-GOMARA (NORTE DE MARRUECOS) APROXIMACIÓN COMPARATIVA



Diputación de Granada. Delegación de Empleo y Desarrollo Provincial.
Edificio CIE. Avda. de Andalucía, s/n. 18015 Granada | Telf.: 958 80 58 26 | Fax: 958 80 58 25 | empleoydesarrollo@dipgra.es